

Emilio Herrera Muñoz

Párrafos diversos

El porqué de esta nueva columna: Hay ocasiones en que leyendo, últimamente releiendo antiguas lecturas, siento vehementes deseos de compartirlas con mis lectores para que puedan disfrutar, igual que yo en aquel instante, el estilo de algún autor, la habilidad de otro para desarrollar sus temas, o el dato histórico descubierto por la tenaz persecución de los investigadores. Este placer, hasta ahora solitario, que alguna vez compartí a través de mi columna "Mirajes" con los lectores, llevando a ellos algunas poesías de los mejores poetas tuvo siempre favorable respuesta, pues siempre comprobé que se habían disfrutado. Párrafos diversos, a partir de ahora sólo será eso: un par de párrafos de un autor escogido al azar entre mis libros como una invitación para que usted los lea. Un "probeta", como decía mi abuela, con el nombre del autor y de la obra para que usted decida, si le entusiasma, si va o no tras ella. Pero, dejemos de hablar y descorchemos la botella: Comencemos.

Emilio Herrera Muñoz

Párrafos diversos 2001

Enero

10 de enero 2001

El porqué de esta nueva columna: Hay ocasiones en que leyendo, últimamente releiendo antiguas lecturas, siento vehementes deseos de compartirlas con mis lectores para que puedan disfrutar, igual que yo en aquel instante, el estilo de algún autor, la habilidad de otro para desarrollar sus temas, o el dato histórico descubierto por la tenaz persecución de los investigadores. Este placer, hasta ahora solitario, que alguna vez compartí a través de mi columna "Mirajes" con los lectores, llevando a ellos algunas poesías de los mejores poetas tuvo siempre favorable respuesta, pues siempre comprobé que se habían disfrutado. PÁRRAFOS DIVERSOS, a partir de ahora sólo será eso: un par de párrafos de un autor escogido al azar entre mis libros como una invitación para que usted los lea. Un "probeta", como decía mi abuela, con el nombre del autor y de la obra para que usted decida, si le entusiasma, si va o no tras ella. Pero, dejemos de hablar y descorchemos la botella: Comencemos.

(..)

La penetración y conquista que culminó el 13 de agosto de 1521 fue en pueblos de habla nahua. Los más cultos y organizados bajo la dominación del señorío de Tenochtitlán y sus aliados, que con nombre ya divulgado suele llamarse Imperio Azteca. Los que ya hablaban esa lengua la impusieron a los pueblos sometidos como lengua de dominación y comercio. La unidad de lengua facilitó la penetración hispana en todos los pueblos dominados. No bien cesó el fragor de las armas, los misioneros y los hombres cultos que fueron llegando a esta tierra iniciaron la investigación acerca de aquellas culturas en todos sus aspectos. Y como hallaron abundante cantidad de textos en lengua nativa, que fueron aprendiendo ellos, tuvieron la preocupación de rescatarlos de la memoria y salvarlos del naufragio por medio del alfabeto. Es verdaderamente asombrosa la suma de escritos en lengua azteca que se allegaron y muchos de ellos han salvado tormentas de los siglos y las incomprendiones o desdén de los hombres y los tenemos a nuestra disposición. Ya en 1528 se redacta y escribe por indios la primera de las recopilaciones históricas que hoy se hallan en la Biblioteca de París por vicisitudes de la fortuna, y está marcada con el No. 22. Este tiene valor inapreciable, no sólo por ser tan antiguo sino por haber recopilado en textos que hoy en vano buscaríamos en otra parte.

*ÁNGEL M. GARIBAY K.: "La Literatura de los Aztecas".
México, Sexta edición, 1979.*

17 de Enero 2001

Una extraña caravana se estrella -cierta mañana del otoño de 1539- contra la luz que alumbraba un paisaje cuajado con todos los colores ideados por la mente divina; va caminando por los senderos que bordean el Lago de Pátzcuaro y apunta su rumbo hacia el pueblo ribereño de Guayameo, recién bautizado con el nombre de Santa Fe.

Encabeza el cortejo, caballero en una mula, un hombre de elevada estatura y de ascética presencia; la encorvada espalda revela una incipiente ancianidad; vestiduras e insignias ponen de manifiesto la dignidad episcopal del Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga; le escoltan, a caballo, enristradas las lanzas, una docena de españoles y tres clérigos que no tratan de ocultar las espadas que penden de sus cabalgaduras.

Dan pronto alcance a otra comitiva compuesta por un receptor, un alguacil de la Audiencia de México y un Juan Infante que, revolcándose en la codicia, va a recibir de los funcionarios la posesión de la encomienda de los barrios de La Laguna, que comprenden unos veinticinco pueblos michoacanos, entre los cuales se encuentra Guayameo, cuyas tierras había comprado D. Vasco para edificar su República Hospital de Santa Fe. Funda el aventurero sus derechos en documentos falsos que le fueron rechazados, en todas las instancias, por los tribunales del país. Valido de influencias familiares, apeló al Consejo de Indias, logrando que se le reconocieran sus torcidos títulos. Aquella mañana se dirige a Guayameo, erguida la altanera cabeza soberbia, a consumir el despojo. Al ponerse en contacto ambos séquitos, los ejecutores de la real justicia ordenan a D. Vasco y su compañía volver atrás, y conminan severas penas a legos y clérigos, según su propia condición. Ante los azorados ojos de los atónitos

espectadores, se yergue el prelado en defensa de sus expoliados indios y comunica a los funcionarios que está ahí para evitar violencias de los nativos, y que primero tendrán que hacerle pedazos, antes que ser o consentir en la injusticia.

Reanudan la marcha ambos séquitos, distanciándose un trecho entre sí. Un rumor empieza a recorrer, en breve, el campo de Infante. Alguien le comunica que en un recodo del camino, detrás de una cruz, se oculta el diablo bajo la apariencia de seis mil guerreros indígenas, entre los cuales se encuentra un buen número de salvajes chichimecas, provistos de abundantísimas y mortíferas flechas. Sabidor en derecho, el obispo con antelación ha respondido a diversas consultas, informando que no hay responsabilidad criminal en aquellos casos en que la muerte resulte de la colectiva operación de un grupo. El plebiscito de Fuente Ovejuna puede votar la ejecución del comendador.

Súbitamente detiene su marcha el encomendero, y declara su voluntad de regresar a México, sin poner los pies en las disputadas tierras, para mejor servicio de Dios y de Su Majestad el Rey.

24 de Enero 2001

Más que una tempestad, la era del descubrimiento y conquista de América parece por momentos, un estallido, una explosión, una tremenda explosión de los imponderables de que se había ido cargando la península Ibérica (España y Portugal), durante centurias y aún durante milenios. El Barón de Humboldt nos habla de grandes tesoros vegetales "acumulados allí por el movimiento constante de los pueblos hacia el Occidente bajo la influencia de una civilización en progreso", pero para ser exactos, tendríamos que hablar también de otras muchas inmigraciones de muy diversa índole, operadas con rumbo a España como centro magnético del mundo, como por ejemplo, la de las cifras de la matemática hindú, llevadas allá por los árabes.

En general puede decirse que en vísperas del primer viaje de Cristóbal Colón, la Península Ibérica era un área en que todas las grandes culturas y civilizaciones de Europa, de África y del Asia tenían depositada una herencia para el Nuevo Mundo, formada con aportaciones de los celtíberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los judíos, de los visigodos y de los sarracenos... Aunque el Cristianismo estaba allí detenido, representado, en espera del momento propicio para continuar en marcha triunfal siguiendo la ruta del sol.

Pero no sólo se habían amontonado y acumulado en España los ideales y las aspiraciones y virtudes más puras de la antigüedad, del Medioevo y del Renacimiento, también esperaban las grandes concupiscencias, el "levántate y anda" del descubrimiento, para lanzarse al asalto de las nuevas tierras. Esta mezcla extraña y complicada hace singularmente explosiva la época de los grandes descubrimientos y de las grandes conquistas, y hace contradictoria, la historia de aquellos tiempos, porque al lado del "Id y predicad a todas las naciones..." actúan también los más tenebrosos instintos biológicos y bestiales del súper-hombre de Nietzsche.

Recién llegados los conquistadores a las tierras vírgenes de América, sentían relajados los frenos morales y represivos que en el Antiguo Continente inhibían la concupiscencia de la fiera; pero la conciencia cristiana, la acción de la autocritica que actúa siempre sobre el hombre español, logran enfrentar a la bestia y tras una lucha secular, España implanta en el Nuevo Mundo un eficaz y efectivo régimen de derecho.

El duelo entablado entre los teólogos por un lado y los encomenderos por otro, duelo tranzado por el jurista en etapas sucesivas, así casi siempre con mayor ventaja para los primeros, acaba por hacer derribar toda la corriente histórica del imperio de la violencia, del imperio de la justicia social, y si nuestra vida se inicia en las sangrientas conquistas de ese gran carnicero que es Nuño de Guzmán, la época de las conquistas se cierra en nuestro país con la de la Alta California, -conquista incruenta- por ese santo que se llama Junípero Serra.

*Pablo Herrera Carrillo: "Fr. Junípero Serra, civilizador de las Californias".
México, Ediciones Xóchitl, 1943.*

31 de Enero 2001

Hay un apólogo que se intitula: "Dos lógicas". Cuéntase que una delegación de llamas vino a pedir ayuda al jaguar contra los pumas que las estaban devastando. El jaguar venció, pero

continuó con el poder de sus garras y sus colmillos. Entonces llegaron las llamas ancianas a pedir clemencia. "Señor Tigre, venimos a rogarle que no nos gobierne a nosotros con las mismas armas que le sirvieron para vencer a nuestros enemigos. -¿Justicia? ¿Razón? - Preguntó el jaguar. ¿Qué garra es la razón? ¿Qué colmillo es la justicia? ¿Acaso me nombrasteis Gobernador porque usaba la razón y la justicia o porque usaba colmillos y garras? ¿Con qué os libré de los pumas: con la razón o con mi valor, con la justicia o con mi fuerza? ¿Y ahora que estoy en el poder pretendéis que no use las armas que me valieron el poder? ¡No! Yo gobernaré a las llamas con las mismas armas que me valí para vencer a sus enemigos, ya que por ellas me veo en el lugar en que estoy...".

A veces estos cuadros son humillantes para el hombre; pero así, tan dura es la lección para la humanidad: tal es el caso del tema, cuando el perro no muere: "Entre -me dijo el hombre-. Yo, receloso, le señalé el perro, un enorme perro de recia pelambre, tirado frente a su puerta". "El hombre hizo una mueca despreciativa y le pegó un duro puntapié". "El perro se levantó azorado, cobarde, y echó a correr gimiendo". "¿Por qué le pega así? -le pregunté yo-. Naturalmente, sin darse cuenta de todo lo trascendental que se encerraba en lo que decía, el hombre respondió: "Porque no muere".

Febrero

8 de febrero 2001

El conquistador Hernán Cortés venció a los aztecas en una campaña de dos años; fue un triunfo de la diplomacia, más que de la espada, pues el audaz extremeño y su puñado de seguidores no habrían podido vencer a millones de indios por medios puramente militares. Las hordas de aliados indígenas necesarias para imponer la soberanía española en tierras aztecas fueron ganadas mediante la astucia política, característica de la Europa del Renacimiento y de la época maquiavélica.

El asombroso triunfo de Cortés creó la ilusión de una superioridad del europeo sobre el indio como guerrero. Pero su relampagueante subyugación de pueblos tan numerosos y complejos como los tlaxcaltecas, aztecas y tarascos no resultó más que un preludio de una mucho más dilatada pugna militar contra las peculiares y aterradoras proezas de los guerreros más primitivos de la América India. Esta lucha fue llamada la Guerra de los Chichimecas, y empezó casi simultáneamente a la muerte de Hernán Cortés (1547), dando fin, simbólicamente, a la "primera conquista de México".

La nueva guerra, entablada en las vastas que se extienden al norte de las zonas sojuzgadas por Cortés, ensangrentó cuatro décadas, de 1550 a 1590: la guerra contra indígenas más prolongada en toda la historia de Norteamérica. Fue el primer enfrentamiento completo y constante de la civilización y el salvajismo en este continente. Fue una nueva clase de guerra, ajena tanto a los europeos cuanto a sus aliados indios, mestizos, negros y mulatos.

Los chichimecas, tribus y naciones nómadas y seminómadas del norte tenían una cultura extremadamente primitiva y andaban desnudos; pero eran hombres atterradoramente valerosos, incomparables arqueros y maestros de la guerra, de súbitos ataques y retiradas. Hombre por hombre, en sus ancestrales zonas de caza y de guerra, estos combatientes eran muy superiores a sus enemigos que llevaban ropas, y finalmente los chichimecas no fueron vencidos por la fuerza militar. La guerra de los chichimecas es la historia de la triunfal resistencia militar indígena a las fuerzas mandadas por los españoles, en una época en que las milicias españolas eran invencibles en Europa.

Para subyugar a los guerreros del norte, tampoco pudo utilizarse el arma cortesana de la diplomacia. Estos nómadas, terror de los caminos, las ganaderías y los campos mineros, constantemente luchaban entre sí; vivían y combatían en grupos pequeños, rancherías, casi sin caudillos discernibles o respetados. No había jefes de importancia regional capaces de comprender, negociar o poner en vigor ningún tratado de paz con los capitanes generales o virreyes españoles. Y una resistencia general al cristianismo hizo casi inútiles los esfuerzos de los misioneros, aparte de unos cuantos conversos logrados cerca de los límites de las tierras disputadas. Así los misioneros, a pesar de las inmoderadas loas que en sus crónicas y otros escritos, fueron virtualmente inútiles en la empresa de pacificar a los chichimecas durante la mayor parte de esta guerra de cuarenta años.

La guerra de los chichimecas inició la larga historia de los "presidios", ranchos ganaderos y misiones como instituciones básicas de la frontera, acompañadas por el establecimiento de poblados defensivos y por la organización de una caballería de soldados-colonos que caracterizaron este avance, y todos los posteriores hacia el interior. Y la migración a una tierra de guerra, con sus

imperativos de defensa contra los chichimecas y todas sus complejidades de confrontación y mezcla recia, creó una nueva estirpe de gente de las zonas limítrofes, antepasados de los fronterizos que habían de venir después: de Zacatecas a Nuevo México, de Durango a Texas y la Luisiana, y de Querétaro a la Baja California.

En el Gran Chichimeca del México del siglo XVI, los establecimientos fronterizos (que deben distinguirse de las meras exploraciones) fueron la génesis de lo que después, en otras perspectivas sería llamado "Las fronteras españolas". La ruda gente de la frontera, formada en la guerra, y la zona que quedó protegida por la única paz chichimeca de la década de 1590, hicieron posible el avance hacia Nuevo México. El gobierno virreinal no escogió a un jefe para esta empresa lejana hasta que quedó en claro que el gran chichimeca ya no era "tierra de guerra". Luego se hicieron dos selecciones para mandar la expedición que recorrería 1600 kilómetros, hasta tierra de los indios pueblo.

Francisco de Urdiñola, el preferido y primer nominado, perdió el contrato al ser falsamente acusado de siete asesinatos, incluido el supuesto envenenamiento de su esposa (después fue absuelto, llegó a Gobernador de Nueva Vizcaya); entonces fue nombrado Juan de Oñate para mantener la guía de Nuevo México bajo la tutela española. Ambos eran veteranos de la guerra contra los chichimecas, magnates cuyas riquezas en minas, tierras, negocios y hombres se basaban en plata, la guerra y la pacificación del gran chichimeca.

*Philip W. Powel: La Guerra Chichimeca (1550-1600).
Fondo de Cultura Económica, México, 1977.*

21 de febrero 2001

Selección: Emilio Herrera M.

Tlacaélel recorrió lentamente con la mirada el fascinante espectáculo que se ofrecía ante su vista: En el amplio patio interior del templo principal de Chololan, al pie de la gigantesca y antiquísima pirámide, estaba celebrándose la ceremonia de iniciación de los nuevos sacerdotes de Quetzalcóatl. La luz de más de un centenar de antorchas, en las que ardían aromáticas esencias, iluminaba el recinto con cambiantes tonalidades. Una doble hilera de sacerdotes, alineados en ambos costados del patio, entonaban con rítmico acento antiguos himnos sagrados.

Centeotl, el anciano sumo sacerdote, oficiaba la ceremonia ostentando sobre su pecho el máximo símbolo de la jerarquía religiosa: el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl. En el centro del patio, dentro de un enorme círculo de pintura blanca, se encontraba el pequeño grupo de jóvenes -entre los cuales estaba el propio Tlacaélel- que recibirían en aquella ocasión el alto honor de entrar a formar parte del denominado sacerdocio blanco, consagrado al culto de Quetzalcóatl.

Para los jóvenes que en medio del complicado ceremonial iban siendo ungidos por el sumo sacerdote, aquel acto constituía la culminación de una meta largamente soñada, y lograda a través de varios años de incesantes esfuerzos.

De entre varios miles de adolescentes que en todas las comunidades náhuatl aspiraban a ser admitidos en el templo de Chololan, se escogía cada cinco años a cincuenta y dos candidatos. El criterio selectivo resultaba riguroso en extremo; no sólo era necesario poseer una conducta ejemplar desde la infancia y contar con amplias recomendaciones de los principales sacerdotes de la comunidad donde habitaban, sino que además, debían salir airoso de las difíciles pruebas que los sacerdotes de Quetzalcóatl imponían para valorar la capacidad de los aspirantes. La extrema dureza de los sistemas de enseñanza utilizados en el templo de Chololan, motivaba una considerable desertión a lo largo de los cinco años del noviciado, por lo que rara vez lograban ingresar como nuevos miembros de la Hermandad Blanca más de media docena de jóvenes.

Una vez investidos con la prestigiada dignidad de sacerdotes de Quetzalcóatl, los así ungidos regresaban a sus lugares de origen, donde muy pronto ocupaban puestos relevantes, ya fuera como jefes militares, y dirigentes eclesiásticos, o incluso como reyes de los múltiples y pequeños señoríos en que había quedado fragmentado el mundo náhuatl tras la desaparición, ocurrida varios siglos atrás, del poderoso Imperio Tolteca.

*Antonio Velasco Piña: TLACAELEL, El Azteca entre los Aztecas.
México, Editorial Jus, 1986.*

Marzo

7 de Marzo 2001

Sólo digo que tulteca quiere decir hombre artífice, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España, y las ruinas de sus principales edificios, como es el pueblo de San Juan Teotihuacán, en el de Tula y Cholula y otros muchos pueblos y ciudades.

Estos tultecas dicen que vinieron de hacia la parte del poniente y que trajeron siete señores o capitanes llamados Tzacatl, Chalcatzin, Ehecatzin, Cahuatzin, Tzihuac-Cohuatl, Tlapalmetzotzin y el séptimo y último Metzotzin. Y trajeron consigo mucha gente, así de mujeres como de hombres y que fueron desterrados de su patria o nación. Y dicen de ellos que trajeron el maíz, algodón y las demás semillas y legumbres que hay en esta tierra, y que fueron grandes artífices de labrar oro y piedras preciosas y otras muchas curiosidades.

Salieron de su patria (que se llamaba Huehuetlapalan) el año que ellos llamaban. Cetecpatl, y anduvieron ciento y cuatro años vagueando por diversas partes de este Nuevo Mundo hasta llegar a Tulantzinco, donde contaron una edad que contenía de tiempo desde que salieron de su tierra y patria; y la primera ciudad que fundaron fue Tulla, doce leguas de ésta de México, a la parte del norte y más de otras catorce del sitio referido de Tulantzinco, que por entonces no les debió de agradar aunque es bueno y lo dejaron al oriente y se metieron en este dicho de Tulla, al poniente.

De este lugar el primer rey que tuvieron se llamó Chalchiuhtlanextzin y comenzó a gobernar el año chicomeacatl, el cual murió a los cincuenta y dos años de su gobierno. Y luego le sucedió Ixtlilcuechahuac en el mismo año y gobernó otros tantos años, porque tenían por ley, estos tultecas, que los reyes no habían de gobernar más que cincuenta y dos años, ni tampoco menos, si tenían vida y ellos quisiesen, porque este número era su xiuhtlpile (que llamaban una edad), y luego entraba a gobernar el sucesor, cumplidos los cincuenta y dos años, aunque estuviese vivo su padre; y si moría antes de cumplir este número gobernaba la república hasta llegar el año dicho, y luego metían en el gobierno al que legítimamente le venía.

A Ixtlilcuechahuac le sucedió en el reinado Huetzin y a Huetzin, Totepehu y a Totepehu, Necaxoc. A este otro llamado Mitl que edificó el templo de la diosa rana. A éste sucedió la reina Xiuhzaltzin, la cual gobernó cuatro años. A ésta sucedió Tecpancaltzin, por otro nombre *Tolpiltzin*, en cuyo tiempo se destruyeron los tultecas. Este rey tuvo dos hijos varones que se llamaron Xilotzin y Pochotl, de los cuales después procedieron los reyes de Culhuacan, que escaparon con otros señores y otros plebeyos en diversas partes de esta Nueva España, especialmente en las riberas de la laguna de Tezcoco y en las costas del Mar del Sur y Norte; porque como las cosas de la vida mortal todas tienen fin, por estar sujetas a corrupción (que es lo que dice San Pablo) permitió la divina majestad de Dios que estas naciones y gentes se acabasen y llegasen a tener fin y se introdujesen otras que las siguiesen y poblasen las provincias, desamparadas y asoladas del tiempo que todo lo consume.

*Fray Juan de Torquemada: MONARQUÍA INDIANA.
México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.*

21 de Marzo 2001

Al salir del sol del 28 de abril de 1402 que entonces se llamaba "Ce mázatl o 1 Venado", del año "Ce tochtli o 1 Conejo" nació en Tezcoco, capital del señorío de Acolhuacan situada al noreste del Valle de México y al borde del gran lago, el príncipe Acolmiztli Nezahualcóyotl, nombre que significa brazo o fuerza de león y coyote hambriento o ayunado, respectivamente. Era hijo de Ixtlilxóchitl Ome Tochtli o Ixtlilxóchitl el Viejo, quien a su vez era hijo de Techotlala, ambos señores sucesivos de Tezcoco, y de Matlalcihuatzin, quien a su vez era hija de Hutzilihuitl y hermana de Chimalpopoca, también señores sucesivos de México-Tenochtitlan.

El señorío chichimeca de Acolhuacan se reputaba por uno de los más antiguos del mundo nahua y sus habitantes se tenían por sucesores de los legendarios toltecas. Habían sido grupos nómadas procedentes del norte, que hacia el siglo XII, encabezados por Xolotl, destruyeron Tula, capital entonces ya en la decadencia de los toltecas. Estableciéndose primero en Xolotl, luego en la cercana Tenayuca y finalmente en Tezcoco, capital de su extenso dominio.

Sus costumbres rudas se transformaron rápidamente al contacto de otros grupos más avanzados; adoptaron el Náhuatl como su lengua y aprendieron mucho de los hábitos y tradiciones de los toltecas supervivientes, a los que tuvieron como vasallos, pero a cuya cultura quisieron sentirse vinculados.

Ixtlíchitl era el sexto señor chichimeca y, al igual que sus antecesores, que gobernaron en promedio más de sesenta años cada uno, había tenido un largo reinado. Aquel nacimiento le dio gran alegría porque aseguraba la sucesión de su señorío, ya que con la reina Matlalcihuatzin sólo tuvo, además, dos hijas: Tozcuetzin y Atotoztzin.

Los astrólogos precisaron que aquel día "Ce mázatl" tenía un signo afortunado, pues el príncipe que bajo tal signo nacía "sería también noble y principal, tendría que comer y beber, y que dar vestidos a otros, y a otros joyas y atavíos" aunque, añadían, los nacidos bajo este signo son temerosos, de poco ánimo y pusilánimes, ya que es natural de ciervo ser temeroso. Por otra parte, el año "Ce Tochtlí" indicaba a los nigromantes que el infante, como los nacidos bajo aquel signo sería próspero y rico y abundante de todos los mantenimientos, ya que sería gran trabajador y muy aprovechador del tiempo, que vería las cosas de adelante y sabría atesorar para sus hijos y guardaría con circunspección su honra y hacienda.

Ixtlíchitl y Matlalcihuatzin dieron a conocer a la nobleza tezcocana y de los señoríos amigos, los nombres dados a su nuevo hijo y recibieron de ellos los parabienes y presentes acostumbrados entre los que no faltaron la rodela y la macana, el arco y las flechas que recordaban el inevitable destino guerrero del niño. Y en cuanto se desprendió su cordón umbilical, se le llevó a enterrar con precauciones en tierras de enemigos, dando a entender con ello que desearía hacerles la guerra.

El niño quedó bajo la protección y el regalo de la madre y de la servidumbre de la casa real. Pero en cuanto tuvo "uso de razón", entre los seis y los ocho años, fue enviado al "calmecac" y se inició para él la severa educación destinada a la nobleza. Además, su padre le asignó ayos que "convenían a la buena crianza y doctrina" y, entre ellos, a Hutzilihuitzin considerado en su tiempo gran filósofo, que sería para el niño y el mozo Nezahualcōyotl no sólo el maestro que acaso despertara en él la afición por el conocimiento del antiguo pensamiento tolteca, la sensibilidad poética y la piedad sino también un aliado leal y aún heroico en época de adversidades.

*José Luis Martínez: Nezahualcōyotl, Vida y Obra.
México, Fondo de Cultura Económica. Primera Edición, 1972.*

28 de Marzo 2001

Los caminos, mejor, los senderos de esta tierra nuestra que emerge de los dos mayores océanos del mundo, haciendo el vértice de enorme triángulo septentrional del continente, fueron, hasta los finales de las tres primeras décadas del siglo XVI, trochas y brechas de conquista especialmente. En los días más lejanos, los ojeadores de los grupos en marcha, treparon de cima en cima buscando las tierras más propicias para los asentamientos. Seguramente que los más ágiles, los de mayor experiencia, de mirar más agudo, precedían en jornadas a la masa en marcha para localizar el mejor sitio inmediato, los abastecimientos y peligros que le circundaran y los pasos mejores para el avance fácil y seguro de guerreros, mujeres, viejos y niños.

Tiempos de inmigración y migraciones sobre estas tierras, desde cualquier rumbo hacia cualquier otro, poco importa la exactitud para el caso, y considerando solamente a las gentes de las culturas señeras indígenas (mayas, nahoas, totonacos, tarascos, mixtecos y zapotecos), esos ojeadores no solamente tenían que considerar los requisitos naturales propicios al andar, la trayectoria del punto anterior al seleccionado, sino también la vecindad descubierta, o posible, de puestos que podían serles hostiles o benéficos, llegados con antelación, en la noche de la prehistoria.

Bien satisfecha la comisión regresarían los adelantados al grueso de sus gentes, para rendir informes, dar pormenores y sostener con sus aseveraciones la bondad de su selección o de su hallazgo. Ellos, los ojeadores, fueron y vinieron por cañadas y laderas, por roquedales y montes, sobre mesetas y gibas, oteando, siempre oteando; reuniéndose para comunicarse las nuevas; dispersándose para búsqueda mayor si lo encontrado resultaba deficiente. Haciendo frente en grupo o sujetos extraños o, a las volandas, como parvada de perdices sorprendida escabulléndose por matorrales y peñas, según fuera el enemigo topado. Así, en sus marchas de avance, no había para qué concretar trayectoria

alguna. El regreso sí la imponía. Si ese regreso era triunfal, ya lo harían en grupo, acordando las dos condiciones básicas de todo trayecto: menos distancia y mayor seguridad contra la naturaleza y, en su caso, también contra los hombres. ¡Cuántas jornadas victoriosas tuvieron que lograr esos ojeadores! Pero también seguramente, en cuantas otras encontraron la derrota y hasta la muerte. ***

Cuando las crónicas pudieron registrar definitivas estadias, fue haciendo la toponimia mojonos de itinerario, únicas señales válidas para la certeza del rumbo, porque el trayecto seguía siendo sendero, siempre sendero serpeante, huidizo, incierto en grandes tramos, ya que la total carencia de bestias de carga y de vehículos rodantes, dejaba a los mismos pies del viandante, la total tarea de la marca.

En las zonas metropolitanas, ya por tierras del Mayab y del Istmo, ya por la feraz Totonacapam, ya en las riberas de los vasos michoacanos y sobre las cuencas y aledaños de Texcoco y lagunas hermanas, el tráfico continuado en servidumbres, mercaderías y adoraciones; las entradas y salidas de mesnadas bélicas, acabó por fijar trayectorias.

Un día el tenaz escrutamiento de las selvas peninsulares del sureste, quizá revele las posibles largas y anchurosas calzadas que no pocos creen haber atisbado. Donde alcanzó realidad y valimiento plenos el camino, fue en las vías que distendiera la Gran Tenochtitlan, sobre fangales y lagunas, para aferrarse a la tierra maciza, para asegurar su propia vida y para enviar legiones de conquista y recibir tributos y rehenes. Oxtapalapa, Tepeyac, Tlacopan... Terracerías, empalizadas, levantamientos expeditos para las tareas de la paz y los afanes de la guerra; ingeniería admirable en la traza, obra aplastante en la ejecución.

*Conrado Espinoza: Fray Sebastián de Aparicio: Primer Caminero Mexicano.
Editorial Jus. Primera Edición, 1959.*

Abril

4 de Abril 2001

Por las tierras vecinas de Hexotzingo, de Cholula, y se decía que hasta por Tlaxcala, se rumoraba mucho de una nueva empresa. Un don Martín Cortés, en nada relacionado con el Marqués del Valle, ni con sus hijos, había conseguido las licencias y arreglos necesarios para una enorme plantación de moreras para los gusanos que fabrican la seda. Se decía que nada menos que cien mil plantas iban a ser acomodadas. Se traerían arbolillos de los huertos del Marqués, de Yautepec y de tierras del Valle de Oaxaca, se tomarían algunos del mismo inmediato Atlixco, donde los gusanos habían demostrado muy buen medro.

Esto, con gozo de Sebastián, daría trabajo a muchos peones y daría nuevos medios de vida; pero, como contrapartida, encontraba que la tarea de carga se asentaría sobre los tamemes que cada vez escaseaban más y podría llegar el tiempo en que, con muchísimas dificultades y retraso, se hiciera el comercio entre Veracruz y México. El oficio mismo del tameme le parecía un tristísimo resabio de los tiempos paganos. Lo justificaba. Fue la costumbre permanente de las etapas indígenas, necesidad insuperable sin bestias apropiadas...

Recordaba Sebastián haber visto, con sus propios ojos -el paso del primer Virrey, don Antonio de Mendoza, de Veracruz a México-. A trechos en mula, a ratos por dignidad humana y por desperezarse por su propio pie, aprovechando los sitios de más fácil acceso y más hermosura, pero en los roquedales hoscos, por los barrancos enormes y en las cuestas asombrosas, a lomo de tameme, en sillón elevado sobre las espaldas y sostenido con mecapaes de la misma cabeza del indio y de los pechos. Y eso ¡por largas jornadas! Y como el señor Virrey ¡a cuántos otros personajes!

Lo que importaba, y cuanto antes mejor, era encontrar medios de transporte que borrarán para siempre el uso nefando de tamemes y que facilitara el ir y venir de mercaderías, materiales de construcción y personajes. Y él tenía la respuesta a mano. No iba a calentarse la cabeza buscando en lo desconocido, venía de España y tenía amplísimo conocimiento del tráfico de carros que allá se hacía, conocía hasta diversas clases de vehículos. Recordaba las numerosas romerías que había visto camino de Compostela, en las cuales, con los millares de romeros a pie, por devoción, iban docenas y docenas de gentes montando caballos, mulos, borricos y no pocos en carros que aparentaban gran comodidad. El problema, pues, no era el de encontrar la manera de substituir al tameme, sino la de construir el vehículo apropiado para el caso y con los elementos que se tenían a la mano.

Siglos de juegos y competencias reñidas con esferas y aros y no tuvieron aquellas gentes la

visión de un eje sobre el cual hacer girar el círculo o la bola para transportar un peso. ¡Y además tenían el malacate! No se metía tampoco en muchas averiguaciones sobre los porqués del fenómeno. Los indios no conocieron la rueda, y era lo importante, había que ponerse en acción. Con las indicaciones de Sebastián estaban ya hechos el eje, la lanza, armada la cama, listas las teleras. ¡La carreta iba a aparecer sobre el suelo del continente! Y ante el azoro de los vecinos y curiosos llegados de lejos, se acabó la armadura de aquel prodigio, se trajeron los bueyes más lucios para uncirlos y... ¡a rodar!

¡Espectáculo insólito aquél que presencié el vecindario de la Puebla en una mañana de luz! Uncidas las bestias, magnífica yunta de pintos; la garrocha en la diestra, otate que brillaba como una fina caña de oro rematada en la punta con la chispa acerada del punzón, Sebastián hizo subir a sus peones y, tomando la delantera, llevó mansamente a los brutos que le seguían con docilidad de veteranos. ¡Lo habían hecho ya tantas veces con el arado! Y regresó Sebastián a su casa con la fiesta con que había venido.

Por la senda, quedaban bien marcadas, sobre arena y polvos, sobre terrones y pastos, las paralelas que pautaban el laberinto de veredas y pisadas.

*Conrado Espinoza: Fray Sebastián de Aparicio: Primer Caminero Mexicano.
Editorial Jus. Primera Edición, 1959.*

11 de Abril 2001

En el bando colocado en un pilar de la iglesia, Gonzalo leyó, aún sin tachonar, los nombres del contramaestre, capataz, calafate, maestro de víveres y sotapiloto. Más abajo se solicitaban simples marineros, hombres fuertes y avezados que tuviesen los arrestos para dominar una cangreja, en plenitud de tempestad, con el auxilio de una simple boza. Estuvo largo rato mirando la lista, repasando las posibilidades de pasar, de simple bombardero a las órdenes de Nicuesa, a ser uno de los oficiales de la nave que, en breve, partiría.

El gusto por la sal del mar comenzaba a marearle, a introducirse en la sangre que corría por sus ansiosas venas, borrándole de la memoria la sentencia del viejo vidente que arrastrara su mendicidad alrededor de los muros del Alcázar. ¡Nunca regresarás! Mostró sus manos Gonzalo, su paladar y su torso, viró hacia uno y otro lado de la pieza, reculó y saltó en dos patas como mono malasio, y enfrentó un fétido aliento que incidía tras los rastros de un escorbuto vacante. Y bien, qué sabéis hacer, señor soldado. * Sé del arte de mirar en las estrellas los rumbos que ofrecen paso seguro y de buen resguardo. Sé escuchar, en el canto de las aves, el parloteo que surge de los bancos de peces, el chillido de las esponjas que auguran tentáculos de coral en donde mueren las naves. Sé tirar desde la cofa la ráfaga que envía a los infiernos las almas del filibustero; calafatear un batel, trepar por los lomos de una mesana sin resbalar ni una vez, golpear las espaldas del galeote, ensañarme con el café y el infiel... * Sois una buena pieza, ya lo veo. ¿Y qué dejáis en la tierra que pueda verter lamentos, que quiera pedir remedio? El joven titubeó y guardó silencio. Había en el corazón más de una llaga, pues remedios para su mal de alcoba en la tierra eran panes multiplicados, sin milagros, en las casitas del pueblo. Era fama de cimarrón y mustia rosa en las iras del zurrón. * ¿Será hija de señor, o mujer de buen hidalgo? ¿Preñada fruta morena, o mujer habida en la morada de Dios? * ¿Es menester contestar, de lo que un buen caballero debe guardar con cerrojo de oro? * Potestativo muchacho; pero me parece que huyes de... * ¡Un oráculo señor! Y no huyo sino que me enfrente. He de temer al demonio en tanto que no lo venza.

Refirióle los sucesos con don Elear y la pena que, desde entonces, venía arrastrando. * Bastante tenéis con eso, os eximo de mayores pormenores. Guardad en vuestro corazón los rombos de cristal que hayáis cortado. Ve con Dios, buen hombre y llévate el cargo de capataz de la nave capitana. Tu real vendrá de la nómina del Excelentísimo don Vasco Núñez de Balboa.

Gonzalo partió feliz, corriendo como un muchacho a quien han dado una estrella de orozuz en la doctrina. Se presentó en el cuartel y recogió su manta y su costal de bártulos. Metió la mesada entre el pecho y la guarnición y se fue, ya con la tarde cayendo en la siega del rey Cronos, a meter en la barrera que ofrecía fuego y ración a la plebe marinera. Metióse una generosa porción de habichuelas con tocino y una garrafa de vino y luego, eructando y lamiendo con el dorso de los pañuelos de la boca, se arrimó al fuego, en donde clavó la mirada.

A poco rato surgió la figura, destrozada y lastimera, que tanto le atormentaba. El eco brotó después, llegando de muy lejos, tanto que su cabello erizado tuvo tiempo suficiente de aplacarse

sobre el cráneo, sellándose sobre la frente. Luego se presentaron los otros, sangrantes, encadenados en fila de despojos, y sus gritos pregonando la seña de la nave perdida, el galeón grande San Juan. Y, de entre sus venas, la advertencia que rezaba: irás por el mismo rumbo, Gonzalo Guerrero te perderás en la carrera de la India. Nosotros te seguiremos y nadie aprenderá la letra. El golpetear del agua sobre el tejamanil le despertó. Se levantó del lecho y corrió a mirar el cielo. Estaba gris y centelleando. Ese era el día que para zarpar, estaba impreso en el bando.

Gonzalo Guerrero: Novela histórica por Eugenio Aguirre.

Centro de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Universidad del Valle de México, 1983.

18 de abril 2001

De Alejandro Magno a Felipe el Hermoso y a Fray Pedro de Gante. Contraposiciones e integraciones. Mediaba el siglo quince. Los reinos occidentales de Europa pugnaban por deslindar sus fronteras enfrentándose unos a otros, y el Sacro Imperio Romano Germánico fundado por Carlo Magno en el año de 800 y dividido en 843 entre los descendientes de su hijo Luis, conservaba una sombra de su antiguo poder, que ora parecía desvanecerse cuando se inmovilizaba ante los más osados, ora cobraba fuerzas y se volvía amenazante.

Tableros movedizos eran las tierras intermedias entre Francia y Flandes, en medio de las cuales se encontraba el Ducado de Borgoña; al suroeste, dominio feudal de Francia; al norte, señorío cada vez más autónomo, bajo la más y más esfumada autoridad del Imperio, que de hecho había venido a ceder allí su ser, casi de todo a Borgoña, cuyo último señor, conocido con el nombre de Carlos el Temerario, hijo del Duque Felipe el Bueno y de su esposa, Isabel de Portugal, nació en el mes de noviembre de 1433.

De su madre tenía Carlos el Temerario, dice el historiador belga, Enrique Pirenne, "una índole desconfiada y suspicaz que le hizo creer en los presagios y en las prácticas de los maleficios": "agria era su voluntad y agudas sus palabras", observa Chastellain, citado por Pirenne; insultaba y trataba duramente a sus servidores, prosigue Pirenne, "y pudiera pensarse que se complacía en su suscitar en ellos traidores. Desde su infancia se manifestaron sus accesos de furor, y el ardor de su temperamento era tal que se abstenía de beber vino, y que sólo tomaba tisanas o agua apenas teñida con vino tinto. Tuvo una juventud austera, dada al estudio y a la lectura de escritores de la antigüedad".

La historia de Alejandro Magno, -como él, hijo de un Felipe fue desde temprano su libro predilecto. Para un temperamento como el suyo semejante lectura era peligrosa: el ejemplo y la sugestión de Alejandro, como gran capitán y como gran conquistador tienen que haber obrado sobre el alma del borgoñón como un fermento; pero Alejandro no fue grande por sus criminales y monstruosos excesos; fue grande por la admirable amalgama de pueblos y de culturas que su genio realizó. Carlos el Temerario no pudo entenderlo.

"Devorado de orgullo" dice Pirenne, "pretendía imponer a todos su voluntad, no cedía nunca ante los obstáculos; gastaba sus fuerzas en una obstinación febril y enfermiza. Fuerza era que todo ello lo hiciera zozobrar al fin en la locura. Totalmente desprovisto de las eminentes cualidades políticas de Felipe el Bueno, ni supo esperar circunstancias, ni hacer que éstas nacieran, ni desbaratar los planes de sus enemigos, ni conservar a sus aliados"; no fue lo que fue Alejandro, un prodigio de constructor; fue destructor, un desquiciador. "Perdió de vista lo posible y lo real, y puso tantas cosas en su imaginación, hace notar Felipe de Commines, que vivió bajo el peso de ella". No tuvo aquel sentido de la realidad que es el signo, como lo ha advertido Pedro Janet, del equilibrio mental. "Preso desde el sitio de Neuss de un vértigo de ambición, que le hace emprender todo a la vez, se abandona a un ensueño confuso de dominación universal"

. Lugarteniente de Felipe el Bueno desde 1565, ya un Capítulo de la Orden del Toisón de Oro fundado por Felipe, "recomendaba en 1568" a Carlos, "que no quisiese -sino lo más tarde que pudiera-, llevar a su pueblo a la guerra, y que no quisiera hacerla sin bueno y maduro consejo, pero ¿qué le importaban a él los votos de su pueblo? Su absolutismo creció al compás de sus apetitos de conquistas. Adoptó la violencia y el terror como procedimiento de gobierno. Me gusta más que me odiéis, que contemporizar, exclamó un día ante los diputados de los cuatro componentes de Flandes", dice Guechard citado por Pirenne.

Ya desde la grande insurrección de Lieja Carlos había dado en el año de 1465, muestras de barbarie y de implacable resolución cuando arrasó las ciudades de Dinant y de Lieja, después de

condenar a ésta a un espantoso saqueo; y sometió por el terror a las poblaciones vencidas que contra él habían sido soliviantadas por su enemigo, Luis XI, de Francia. La dureza de su conducta siguió acentuándose más y más: "aislado en medio de su corte, sin amigos ni confidentes", enajenábase la buena voluntad de todos. El poder militar y político que le había cedido su padre le permitió vencer a Luis XI que el 5 de octubre de 1465 se vio forzado a reconocer que había violado las cláusulas del tratado de Arrás concertado treinta años antes entre Francia y Felipe el Bueno, y que tuvo que jurar, "sobre la Cruz de Carlo Magno" el tratado de Peronne, el 14 de octubre de 1468, por el que "desapareció todo vestigio de soberanía francesa en los países bajos"; pero cometió luego errores cada vez más graves: en lucha Segismundo de Austria contra los suizos e incapaz de someterlos, cedió a Carlos, para concitar su ayuda, el señorío de las tierras austriacas de Alsacia y Carelos, envió, como Gobernador a Alsacia "al más fiel y más brutal de sus lugartenientes, a Pedro de Hagenbeck" dice Pirenne, con lo cual juntamente convirtió en sus enemigos a los suizos y a los alsacianos. Continuará el próximo miércoles.

Ezequiel A. Chávez: El ambiente geográfico, histórico y social de Fray Pedro de Gante hasta el año de 1523. México, Editorial Jus, 1945.

25 de Abril 2001

Viene del miércoles anterior: Concertaba y desbarataba a su guisa el Temerario, los desposorios de su hija Blanca María, ya con un soberano, ya con otro, hasta siete, y como si todo esto no fuera suficiente para llevarlo a su ruina, se apoderaba del antiguo Ducado de Güeldres al sureste de Zuider Zee cuando Luis XI espiaba todos sus movimientos para aprovecharlos en su propia ventaja concertando tratados con los enemigos de Carlos, y azuzándolo a fin de aniquilarlo.

Sin parar mientes en nada, reforzó sus tropas con gran número de mercenarios de otros países, principalmente italianos, y puso sitio a la ciudad fortificada de Neuss a la orilla del Rhin, al noroeste de Colonia, para apoderarse de esta última y arrebatarla al dominio del Emperador, y cincuenta y seis veces la asaltó para hacerse dueño de ella. Con él, sin embargo, tuvo que hacer una convención y levantar el asedio de la plaza, al cabo de once meses de haberla cercado; después de lo cual, y como para reparar este grave revés, se apoderó de Lorena. Seguramente ya entonces la sobriedad que tuvo antes, había desaparecido; encontrábase en la necesidad de beber. "Dios", dice Commynes, como Pirenne lo recuerda, "le había turbado el sentido y el entendimiento".

El 30 de noviembre de 1475 su ejército tomó posesión de Nancy,: exasperadas a la vez y al fin contra él las provincias de los países bajos, negábanse ya a seguir proporcionándole hombres y subsidios, a la cabeza de auxiliares franceses, el Duque Renato de Lorena tornaba entrar a Lorena, y no bien el ejército de Carlos, atacado por los suizos en las montañas, era aniquilado en la batalla del lago de Morat, el Duque Renato recuperaba a Nancy. Fue entonces cuando, en el colmo de la locura, se empeñó Carlos en arrebatarla de nuevo, y cuando, traicionado y abandonado por casi todos, decidió no obstante apoderarse de ella por asalto, y a los cuarenta y cuatro años de su vida pereció bajo los muros de Nancy, el 5 de enero de 1477, deshecho por los loreneses, los alsacianos y los suizos, el puñado de hombres que al cabo fue el único que le fue fiel. "Dos días más tarde", dice Pirenne, "se encontrará sobre el hielo de un estanque, su cadáver, a medias devorado por los lobos y traspasado por tres heridas mortales".

La terrible lección que dejó la trágica historia de Carlos el Temerario no pudo ser olvidada pronto: si se le había comparado a Alejandro se le había considerado también como el Anticristo. Los más reflexivos de quienes en él pensaban, sobre todo sus deudos estaban emparentados, tenían que pensar en él aun cuando hubieran nacido después de muerto él. Entre los que seguramente a su pavoroso recuerdo dirigían su pensamiento estaba el que vendría a ser conocido con el nombre de Fray Pedro de Gante, su viviente antítesis; mesurada comprensión de sí propio, y no orgullo; consideración y respeto para todos, y no arrogancia; dulzura, y no violencia de carácter; amor, y no odio; no exasperación.

Ezequiel A. Chávez: El ambiente geográfico, histórico y social de Fray Pedro de Gante hasta el año de 1523. México, Editorial Jus, 1945.

Mayo

2 de Mayo 2001

"(...) se anunció el almuerzo. La señora de Santa Anna me introdujo al comedor. Colocaron a Calderón a la cabecera, a mí, a su derecha; el almuerzo estuvo magnífico y consistió en una variedad de platos españoles, carne y verduras, pescados y aves, frutas y dulces, todo servido en porcelana francesa de blanco y oro, con café, vinos, etc. Después del almuerzo la señora ordenó a un oficial que fuese a traerle su cigarrera, que es de oro, con el picaporte formado por un diamante; me ofreció un cigarro que no acepté, y encendió el suyo, un "cigarro" de papel, y los caballeros siguieron tan buen ejemplo.

En seguida inspeccionamos los alrededores de la casa, así como las oficinas. Vimos el caballo de batalla predilecto del General, viejo corcel blanco, filósofo más sincero que su amo, probablemente; varios gallos de pelea, criados con esmero especial, pues las peleas de gallos constituyen una de las diversiones favoritas de Santa Anna; y su litera, que es hermosa y confortable. No hay jardines, pero según él hubo de observarlo, no son necesarios, porque la totalidad de la comarca es un jardín y le pertenece en una extensión de doce leguas.

El aspecto de la familia no recomienda mucho la salubridad del local; y por cierto que su belleza y fertilidad no alcanza a comenzar semejante inconveniente. Como teníamos pocas horas de qué disponer, el General mandó traer dos carruajes, hermosísimos ambos, construidos en los Estados Unidos, en uno de los cuales entramos él, Calderón, la señora y yo. En el otro venían la niñita y los oficiales y en este orden avanzamos a través del campo hacia el camino real, donde debíamos ser alcanzados por la diligencia y los criados, junto con nuestro guía, don Miguel S. Como la diligencia no había llegado, echamos pie a tierra y nos sentamos en un poyo de piedra, junto a una cabaña india, donde charlamos, en tanto que la chiquilla se divertía comiendo manzanas y el General y Calderón arreglaban el mundo, sin haber salido del carruaje. Poco tiempo después, y precisamente cuando el sol empezaba a hacer gala de su fuerza, nuestra retardada escolta de soldados mexicanos llegó al galope (el Gobierno había dado orden de que una escolta de refresco se estacionase de seis en seis leguas) y anunció la proximidad de la diligencia.

Quedamos agradablemente chasqueados al ver llegar un hermoso coche nuevo, hecho en los Estados Unidos, tirado por diez respetables mulas y conducido por un hábil cochero yanqui. Nuestra caravana se componía de nosotros, don Miguel, el capitán del "Jasón" y su primer teniente, que nos acompañaba a México. El día estaba delicioso y cada cual parecía encontrarse de magnífico humor. Dijimos adiós a Santa Anna y a su señora, así como a la niña y también a nuestro hospitalario huésped, señor V; (...) entramos a la diligencia, se cerraron las puertas perfectamente; ahora, látigo a las mulas y adelante, hacia México.

Marquesa Calderón de la Barca: La vida en México.

Tomo I. Libro Mex-Editores, 1958.

9 de Mayo 2001

Fue este conjurado de la Independencia el más joven de todos los que inicialmente tomaron parte en la conspiración, tanto en Valladolid como en Querétaro, siendo apresado como Hidalgo, Allende, Jiménez y Aldama, pero con la excepción que en sus declaraciones del proceso en Chihuahua, culpó a sus amigos y cómplices en todos los sucesos, salvándolo del patíbulo su riqueza y las grandes influencias políticas de su mujer.

Nació en Dolores en el año de 1783, era hijo de padres vascongados residentes desde hacía tiempo en la provincia de Querétaro y dedicado a las labores del campo, que les proporcionó una buena riqueza. El joven Abasolo, huérfano a temprana edad, heredó una cuantiosa fortuna. Como era costumbre en aquellos años, los ricos herederos de los españoles, por prestigio propio se dedicaban a la carrera de las armas, y fue así como Abasolo decidió ingresar al ejército colonial, adquiriendo pronto el grado de Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina. Hizo la campaña o maniobras de los Cantones de Jalapa y Perote, en compañía de Ignacio Allende que le inculcó sus sentimientos de libertad, y lo comprometió con su amistad, primero en la conspiración de Valladolid y más tarde, de regreso al puesto del Regimiento de Dragones de la Reina, en San Miguel El Grande, lo hizo cómplice de las conspiraciones de Querétaro.

Durante su estancia en San Miguel, contrajo matrimonio con una rica dama de origen español, llamada doña Manuela Rojas Taboada, nacida en Chamacuero. Era huérfana y heredera de una gran

fortuna en haciendas que, reunidas a las de Abasolo en Querétaro, hacían una riqueza envidiable en toda la comarca.

Cuando en la noche del 16 de septiembre de 1810, entraron los ejércitos Insurgentes a la villa de San Miguel El Grande, Abasolo dio órdenes al Sargento Martínez, para que entregara a Hidalgo las armas del regimiento, y con los Insurgentes marchó a Celaya, donde fue ascendido a Coronel en la promoción general. Con este grado entró en Guanajuato; y sin haber tomado parte en la batalla, fue comisionado por Hidalgo, para que junto con Camargo fuera al castillo de Granaditas y presentara la nota de intimidación al intendente Riaño, para entregar la plaza. En las declaraciones que hizo en el proceso de Chihuahua declaró: que no tomó parte en ningún momento en el asalto a la Alhóndiga, ni en la batalla, porque después de que entraron las fuerzas insurgentes a Guanajuato, él se fue a tomar chocolate con su íntimo amigo don Pedro Otero, en la casa de éste.

En la siguiente promoción general que hubo en Acámbaro, se le nombró Mariscal, grado con el que asistió a la batalla del Monte de las Cruces, mandando un ala del ejército insurgente. Después de la retirada de Las Cruces y la derrota de los insurgentes en Aculco, se separaron Allende e Hidalgo. El primero se dirigió a Guanajuato, seguido por Abasolo y Aldama que lo acompañaron en su infortunada derrota por Calleja, en esa plaza. Abandonando Guanajuato, fueron los tres a reunirse con Hidalgo a Guadalajara.

Mientras Abasolo acompañaba a los insurgentes, más bien por compromiso que por convencimiento, su esposa doña Manuela se vio obligada a abandonar su casa de Dolores, que fue saqueada por el realista Flon, conde de la Cadena; y buscando a su marido fue a dar a Valladolid, en donde descubrió que los insurgentes ya comenzaban a sufrir grandes derrotas y la causa decaía. Fue entonces cuando doña Manuela se dedicó en cuerpo y alma a obtener de las autoridades españolas un indulto para su esposo, exponiendo su fortuna y usando de todas sus amistades hasta lograr su propósito.

Juan N. Chavarrí: Los hombres de la Independencia.

Libro México - Editores 1958.

16 de mayo 2001

Al ocurrir el avasallamiento del mundo indígena muy pocos europeos tuvieron conciencia de que estaban siendo destruidas civilizaciones altamente refinadas; pero estos pocos desde el primer momento realizaron una meritoria tarea que abarcó múltiples aspectos. El más conocido es, desde luego, el que se refiere a la valiente labor de algunos misioneros, los cuales, enfrentándose sin armas a los conquistadores, impidieron que éstos llevaran a su total conclusión el genocidio que venían practicando.

Algo semejante a lo ocurrido con las personas sucedió con los documentos que contenían los conocimientos desarrollados a lo largo de varios milenios de cultura. Mientras que con entusiasmo digno de mejor causa, la mayoría de los europeos procedían a la quema de cuanto códice caía en sus manos, no faltaron algunos que se impusieron como misión salvar de la hoguera el mayor número posible de documentos pintados. De igual forma, al tiempo que se generalizaba un total menosprecio hacia las culturas indígenas de México, calificándolas de bárbaras y no reconociéndoles el menor mérito, un puñado de seres dotados de especial inteligencia y sensibilidad intentaban desentrañar los profundos conocimientos contenidos en los antiguos documentos mexicanos salvados de la destrucción.

Ahora bien, esta difícil empresa de procurar descifrar tales enigmas -iniciada por unos cuantos religiosos españoles y proseguida por investigadores de diversas nacionalidades-, fue siempre una labor a la que dedicaron sus afanes muy contadas personas que, tras una vida consagrada al análisis de los escasos documentos que estaban a su alcance, procedían a elaborar complicados tratados tendientes a explicar su contenido. Y en lo tocante a su divulgación, los tratados corrían la misma suerte que los documentos originales: sólo podían ser comprendidos y despertar el interés de los reducidos círculos de especialistas.

Esta situación comenzó a sufrir un cambio radical a partir de la fecha axial en la historia de la humanidad que constituyó el 2 de octubre de 1968. Sin que mediase ninguna clase de publicidad o anuncio al respecto empezaron a darse permisos para que fuesen estudiados documentos de las antiguas culturas mexicanas cuya consulta se había mantenido vedada en la sección de los archivos

secretos del Vaticano.

La apertura se realizó en forma gradual y el acceso a los documentos se reglamentó con especial cautela. En una primera etapa no se dieron a conocer nuevos códices, sino una gran variedad de escritos elaborados por los sabios indígenas quienes al ocurrir la conquista, fueron sabedores del colapso que se avecinaba para sus respectivas culturas, habían aprendido español y latín con objeto de redactar en estos idiomas testimonios que contuviesen diversos fragmentos de la profunda cosmovisión desarrollada por las generaciones de antaño, cosmovisión que corría el peligro de ser olvidada para siempre si ellos no lograban preservar su memoria.

*Antonio Velasco Piña: La Herencia Olmeca.
Hoja Casa Editorial, S.A. de C.V, 1993.*

Junio

Textos no localizados en el acervo del autor.

Julio

Textos no localizados en el acervo del autor.

Agosto

Textos no localizados en el acervo del autor.

Septiembre

Textos no localizados en el acervo del autor.

Octubre

Textos no localizados en el acervo del autor.

Noviembre

Textos no localizados en el acervo del autor.

Diciembre

Textos no localizados en el acervo del autor.

Emilio Herrera Muñoz

Párrafos diversos 2002

Enero

Textos no localizados en el acervo del autor.

Febrero

Textos no localizados en el acervo del autor.

Marzo

Textos no localizados en el acervo del autor.

Abril

Textos no localizados en el acervo del autor.

Mayo

Textos no localizados en el acervo del autor.

Junio

Textos no localizados en el acervo del autor.

Julio

Textos no localizados en el acervo del autor.

Agosto

14 de agosto 2002

Hace setecientos años un hombre conquistó casi toda la tierra, fue señor de la mitad del mundo conocido e infundió a la humanidad un miedo que duró varias generaciones. Distintos fueron los nombres que tuvo en el curso de su vida. Poderoso asesino, Azote de Dios, Perfecto guerrero, Señor de tronos y coronas. Pero más conocido es por el de Gengis Kan. A diferencia de la mayoría de los dominadores de hombres, mereció todos sus títulos.

Actualmente, nos es familiar la historia de los grandes guerreros, que empieza con Alejandro de Macedonia, continúa con los Césares, y termina con Napoleón. Pero Gengis Kan fue un conquistador de talla más gigantesca aún que los conocidos actores de la escena europea. Es en verdad difícil medirlo con el rasero ordinario. Cuando cabalgaba al frente de su horda, no se contaban sus marchas por millas, sino por grados de longitud y latitud. A su paso las ciudades quedaban con frecuencia arrasadas; los ríos eran desviados de su cauce, los desiertos veíanse visitados por la persecución y la muerte. Y cuando Gengis Kan había pasado, los lobos y los cuervos eran los únicos moradores de las antes populosas tierras.

Esta destrucción de las vidas humanas ofusca la imaginación moderna, no obstante las escenas de las guerras europeas. Gengis Kan, caudillo nómada que apareció en el desierto de Gobi, hizo la guerra a los pueblos civilizados de la tierra y salió victorioso. Retrocedamos al siglo XIII, y veamos lo que esto significa.

Encontramos entonces a los mahometanos, convencidos de que semejantes acontecimientos en las cosas terrenas sólo eran posibles por intermedio de una fuerza sobrenatural. "Jamás, dice un cronista, se encontró el Islam en caso semejante, dividido por las incursiones de nazarenos y mongoles".

Y la mayor consternación se apoderó de la cristiandad toda cuando una generación después de la muerte de Gengis Kan, los terribles jinetes mongoles cabalgaron hacia el Occidente de Europa; Boleslas de Polonia, y Bela de Hungría, huyeron de los campos de batalla; Enrique duque de Silesia, murió en Liebnitz, bajo las flechas mongólicas, con sus caballeros teutones compartiendo el destino del gran duque. Jorge de Rusia y la dulce reina Blanca de Castilla gritaba a San Luis: "Hijo mío, ¿dónde estás?". Un hombre más sereno, Federico II de Alemania, escribía a Enrique III de Inglaterra que los tártaros no podían menos de ser un castigo enviado por Dios a la cristiandad, para penitencia de sus pecados, y ellos mismos eran los descendientes de las diez tribus errantes de Israel, que habiendo adorado al becerro de oro, fueron arrojados por su idolatría a los desiertos del Asia.

El honorable Roger Bacon expresó su creencia para recoger la postrer terrible cosecha. Esta creencia fue robustecida por una curiosa profecía, erróneamente atribuida a San Jerónimo, según la cual, en los días del Anticristo, una raza de turcos, corrompida y sucia y que no consumía ni sal ni vino, ni trigo, vendría de las tierras de Gog y Magog, más allá de las montañas de Asia, para causar un desastre universal. Así vemos que el Papa convoca al concilio de Lyon, en parte, para idear el medio de detener la ola mongólica. El animoso y venerable Juan de Plano Carpini, fraile minorista, fue enviado como legado apostólico a los mongoles: "porque tememos que el más próximo e inminente peligro para la iglesia se alza allí". Y las preces se elevaron en las iglesias para librar a la humanidad del furor de los mongoles.

Si esta devastación, esta suspensión del progreso humano constituyesen toda su vida, Gengis Kan no sería más que un segundo Atila o un Alarico, un formidable vagabundo sin empresa determinada. Pero el Azote era también el perfecto guerrero y el señor de tronos y coronas. Y aquí es donde empezamos con el misterio que rodea a Gengis Kan. Un nómada, un cazador y pastor de ganados que asumió los poderes de tres imperios. Un bárbaro que jamás viera una ciudad, que desconocía el uso de la escritura y dio un código a cincuenta pueblos (...)

*HAROLD LAMB. GENGIS KAN, Emperador de todos los hombres.
México, Editorial Mar Adentro, 1946.*

21 de agosto 2002

Las tres grandes naciones que cristalizaron su propio ser moral en El Renacimiento: Alemania, Italia y Francia, durante los siglos medios se repartieron las tres cosas más excelentes de la cultura europea, de la cultura humana; Italia dio alojamiento a la suprema autoridad moral de la tierra: el pontificado; Alemania tuvo para sí el Imperio; Francia, la Universidad; el "studium", como en aquellos tiempos se decía.

París, palpitante entraña de la cristiandad, fue la capital intelectual de Europa. En las aulas de la Sorbona, ganaron los mejores lauros, los ingenios privilegiados de Italia, de Inglaterra y de Alemania. Lo mismo San Buenaventura que Santo Tomás de Aquino; así Alberto El Grande como el sutilísimo Escoto. París irradiaba, por su mente pensadora, sobre el universo. ¡Alemania imperial, Italia pontifical, Francia pensadora!...

En el renacimiento de las letras, acertó a aparecer, como relicario de la mentalidad nacional y exponente del sutil ingenio de Francia un escritor magnífico, Montaigne, el celeberrimo autor del libro titulado "Ensayos", que Emerson pone entre los "hombres simbólicos" de la humanidad. Montaigne siempre amó sobre todas las cosas, el estudio; pero supo unir su pasión intelectual con un profundo sentido de la vida. Esta alianza estrecha de la vida y el pensamiento; este desenfado en el pensar y el vivir, "difícil facilidad" que no abandona el sentido de la realidad, por consagrarse a la esfera de la idea; esta alianza estrecha, consustancial, del pensamiento y la acción, es lo que constituye el valor clásico de la mentalidad francesa, para la cultura europea.

He aquí cómo declara Montaigne su pasión intelectual: "No hay tarea más fuerte que la de mantener el propio pensamiento. Vivir es pensar. La tarea de los dioses, al decir de Aristóteles; de la cual procede tanto su divina beatitud como la nuestra". Aristóteles caracterizó la vida de Dios como el

"pensamiento del pensamiento". De aquí procede la beatitud divina; del sublime contentamiento de Dios mismo al pensarse; de aquí también, la beatitud humana, según lo advierte Montaigne; por esto no hay tarea más recia ni más pulcra que la de mantener en nosotros mismos la actividad pensadora.

Al siguiente siglo florece Descartes. Con él, asimismo, la filosofía moderna. De modo que, si en la Edad media fue París el centro de las actividades intelectuales de la cristiandad, en la Edad Moderna, la filosofía procede de la obra incomparable de aquel matemático excelso, que se empeñó en dotar a la filosofía de la misma preciosa certidumbre que distingue a las ciencias matemáticas. Y ¿cuál fue el axioma sobre el que Descartes fundamentó la obra de la ciencia?... Dudo, por ende, pienso, por ende soy. Es decir, la "tarea divina", la recia ocupación que dijo Montaigne se torna en Descartes, no sólo la base de la ciencia, sino el fundamento mismo del ser. ¡A tal punto es consustancial con Francia, el pensamiento!

No nos referiremos al siglo del "iluminismo". Entonces, la razón se volvió la inspiradora fundamental de la cultura. A porfía, todos los grandes literatos y sabios de Francia, declararon que "la historia debería obedecer al dictado de la razón humana". Pero, un contemporáneo de Descartes, Pascal, reivindicó, como ningún otro pensador lo ha hecho, el poder y la dignidad del pensamiento; y agregó que hay un orden por encima de la razón pura; el orden del amor, de la caridad, del Evangelio.

Veamos, primero, cómo pondera Pascal la majestad del pensamiento: "El hombre sólo es una caña dice lo más débil de la naturaleza; pero una caña que piensa"... "Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento". Al lado del pensamiento que tanto nos dignifica, agrega Pascal, que "el corazón tiene sus razones que la razón ignora". He aquí declarado todo el mundo de los valores, la región de las "esencias irracionales" según lo ha definido Max Scheler, uno de los más ilustres discípulos de Pascal en la filosofía contemporánea.

*Antonio Caso: Filósofos y Moralistas Franceses.
México, Editorial Stylo, Segunda Edición, 1957.*

28 de Agosto 2002

Hay árboles cuyo poder destructor es igual al de un tanque pesado o al de un cañón de largo alcance. Las raíces de las ceibas y de los zapotes, los troncos del matapalo, miembro particularmente agresivo de la apacible familia de los "Ficus" son capaces de pulverizar las piedras, de agrietar las escalinatas, o de originar derrumbes espectaculares. La lucha que libraron el árbol y la piedra durante siglos no ha terminado y todavía es visible. Logró, por ejemplo, destruir el piso bajo del palacio de Sayil, preservando estructuras superiores, ensañarse contra un dios y respetar al vecino, o convertir la tumba de la pirámide del Templo de las Inscripciones en una gruta cargada de estalactitas.

Aun devastados o reconstruidos la medias, cercados o golpeados salvajemente, lo que queda es asombroso. Ni la selva ni los saqueadores han logrado escamotearnos lo esencial de ese enorme legado. Nos es posible adentrarnos en los bosques y contemplar la hermosura de un pequeño templo que sobre el desorden de la maleza impone el juego armonioso de sus molduras, la nobleza de sus yeserías o de sus altas peinetas erguidas al borde del Usumacinta.

El maya exploró todos los caminos de la expresión plástica. Nos sentimos cómodos ante un arte religioso que se vale de un lenguaje simbólico propio, y ése es el caso de la Serpiente Emplumada y de la máscara de Chac, el dios de la Lluvia, que figura en las esquinas de los edificios o compone la fachada íntegra del templo de Kabah, porque la repetición de un símbolo establece una especie de letanía, de cántico donde la reiteración suscita el sentimiento de lo sagrado.

Sin embargo, cuando el arte simbólico religioso se ve quebrantado con frecuencia por un arte naturalista, surgido al mismo tiempo, nos desconcertamos, pisamos un terreno desconocido en el que no cuentan ya los mismos parámetros. Éste es el caso de los estucos de Palenque, de los frescos de Bonampak, de algunos bajorrelieves o de las estatuillas de Jana, en que el realismo ha llegado a la síntesis de las más grandes obras maestras, sin perder su sentido específicamente maya.

El maya no sólo ha creado conjuntos monumentales, sino que en ellos logró integrar a la arquitectura, a la pintura y a la escultura, combinando las luces y las sombras, las fachadas lisas y los oscuros agujeros de las puertas con los frisos llenos de movimiento y de juegos ópticos, la monumentalidad de los espacios externos a la minucia del detalle, todo hecho y rehecho muchas veces, con nuevas formas, nuevos métodos expresivos hasta culminar con las grandiosas salas hipóstilas y las poderosas masas de Chichén Itzá.

De pronto este mundo aéreo, pintado de brillantes colores, delicado y fuerte, se vacía y es devorado por la selva. En el siglo XVI el maya sobrevive, perdida su coherencia y su energía creadora, mientras la naturaleza renace y se destruye indefinidamente. En la península de Yucatán único suelo maya densamente poblado - los españoles nada hicieron que pudiera compararse en ningún sentido, ni remotamente, a lo edificado por los indios con instrumentos del neolítico.

Sus iglesias son pequeñas y toscas, sus casas pobres, sus poblados miserables. Nunca pudieron vencer el clima de los trópicos o la pobreza de la tierra.

*Fernando Benítez: Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana.
México, Fondo De Cultura Económica, Primera Reimpresión, 1980.*

Septiembre

4 de Septiembre 2002

Si bien los indios, según los definió Porfirio Díaz, estaban acostumbrados a guiarse por aquéllos que poseen autoridad, en vez de pensar por sí mismos, una era la autoridad impuesta a la fuerza y otra muy distinta la que regía su comunidad y emanaba de ellos. Los que finalmente gobernaban su vida moral y religiosa eran los principales, los que habiendo servido gratuitamente a los intereses del grupo durante largos años se habían ganado su confianza y ocupaban los más altos cargos.

El problema, desde luego, no consistía en que hubieran declinado la facultad de pensar por sí mismos, sino que pensaban de acuerdo a sus inalterables patrones culturales. El poder emanaba de los muertos, de los principales pasados y tenía un carácter místico que se traducía en la posesión de los bastones de mando. Este poder, el único verdaderamente democrático, normaba la conducta interna del grupo, constituía una fuerza moral y religiosa a la que se oponía y se opone hasta nuestros días la fuerza política establecida.

El gobierno indio, aun mutilado y oscurecido, contribuía a mantener la cohesión del grupo y a establecer una jerarquía de valores incomprensible para el blanco. El indio amenazado, cercado y envilecido, poseía además un fuerte sentimiento de solidaridad. Aunque el avanzado sincretismo del centro del país hubiera ido sustituyendo sus viejas deidades por las católicas, la totalidad de su visión del mundo, su tendencia a sacralizar las actividades humanas fundamentales no habían sido alteradas. Para él la tierra, el agua, la siembra, el trabajo mantenían un carácter divino. Las cosas habían sido creadas por los dioses y debían permanecer inalterables hasta el fin. Mantenían intacto su pensamiento mágico y, como carecían de médicos, de escuelas o diversiones, los mitos regían su conducta, en sus enfermedades recurrían a los chamanes y a los curanderos y un sistema de economía primitiva basado en el regalo y contra-regalo los llevaban a organizar costosas ceremonias -entierros, casamientos, festividades de la divinidad tribal- que aumentaban el monto de sus deudas.

México era un mosaico de lenguas y de razas dispersas desigualmente un poco en todo su territorio. Las densas masas del altiplano, de Chiapas o de Yucatán -las que sufrieron todo el peso de la Colonia - eran bien conocidas desde el siglo XVI, pero había una multitud de grupos ignorados en las dos cadenas montañosas, en los desiertos del norte o en los bosques del sur.

El explorador noruego Carl Lumholtz al terminar un largo viaje por la Sierra Madre Occidental pudo escribir un libro donde recogía sus observaciones y titularlo con justicia "El México desconocido",

porque en 1910 enormes extensiones se habían convertido en una tierra incógnita. Millones de seres vivían una existencia "salvaje", de la que ya no se guardaba memoria alguna. Incluso los vestigios de remotas evangelizaciones se habían modificado dando origen a nuevos rituales.

En el sigilo de las altas montañas o de las selvas, los chamanes se sentaban alrededor del Abuelo Fuego y cantaban los mitos de fundación durante la noche. Se rendía culto a los señores de los animales, a los venados azules y bermejos, a los peces y a las águilas las que vuelan alto y todo lo ven y todo lo saben, cuyas plumas conferían sus poderes al chamán. Muchas tribus emprendían ascensiones místicas tomando drogas alucinantes o pasaban una parte de su vida visitando los lugares donde los dioses habían realizado sus hazañas creadoras o sacralizando sus tierras y sus cosechas. Ellos se sentían contemporáneos y colaboradores de los dioses en la tarea de mantener el equilibrio del mundo, y su mayor preocupación consistía en reconstruir, mediante su sacrificio, el tiempo y el espacio sagrados, como la sola posibilidad de trascender el amargo tiempo profano.

El mundo celeste estaba cargado de significación. Quetzalcóatl. La Estrella de la Mañana, seguía matando con sus flechas a su hermano Tezcatlipoca. La Estrella de la Tarde, haciendo el día; el sol y los muertos recorrían el camino del inframundo y la nostalgia del paraíso los hacía conservar su modelo simbólico en los campos ceremoniales. Un inmenso tesoro de ciudades devoradas por la selva, de mitos, de cantos, de danzas, de preciosos objetos rituales, de ceremonias esotéricas yacía ignorado y sólo interesaba a unos pocos antropólogos extranjeros.

*Fernando Benítez: Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana.
México, Fondo De Cultura Económica, Primera Reimpresión, 1980.*

11 de Septiembre 2002

La historia de los Dawson: ésa es mi historia. A pesar de no tener a mi abuela y bisabuela aquí conmigo, conozco de memoria la historia de los Dawson. Les contaré el resto. No teníamos dinero para comprar madera, pero mi padre traía arrastrando los restos de la serrería. Como teníamos una mula, no nos costó nada. La cabaña tenía tres habitaciones pequeñas y un retrete detrás, a poca distancia de la casa. Había una cocina, un cuarto para dormir y un granero en la parte de atrás donde guardábamos el algodón y tejíamos.

Yo nací en esa cabaña en 1898, el primero de cinco hijos. No teníamos casi pertenencias, pero nos teníamos el uno al otro y nadie nos dijo que éramos pobres. Nunca me sentí solo; desde que tengo uso de razón, hasta las mañanas más frías cuando el fuego del hogar se había consumido, me despertaba bajo una manta siempre con hermanos y hermanas a mi lado. Nos manteníamos calientes y cómodos en aquella cabaña.

Yo era el mayor de todos los hermanos, pero me gustaba ser el primero en levantarme. Cuando era invierno, el suelo de tierra estaba frío, pero me ponía cerca de la estufa. Mi madre me daba un abrazo. Cuando me había calentado me tocaba el hombro y me decía: "¿Te vas a quedar mirando el fuego todo el día, o nos ponemos a preparar el desayuno?". Ella tenía razón. Mientras la cabaña permanecía a oscuras, me encantaba pasar el rato mirando las llamas. Me daba calor tanto por dentro como por fuera. Pero me reía cuando mi madre me pasaba el cubo; el pozo estaba fuera. Para mí el invierno era la mejor época del año. Recuerdo que todavía era de noche cuando salía a buscar agua al pozo. Si el cielo estaba despejado, podía ver las estrellas o la luna. Mi padre ya se encontraba en el granero o trabajando en el campo.

El pozo no estaba muy lejos, pero me quedaba junto a la casa hasta que mis ojos podían ver en la oscuridad. Como la madrugada era el mejor momento de caza para los coyotes miraba al gallinero. No me acercaba a las pilas de leña, porque cuando hacía frío, las serpientes de cascabel se refugiaban entre los troncos. Iba con cuidado con esos reptiles. La abuela me contó un cuento de cómo una serpiente de cascabel mordió a un temporero. Levantaba las manos y extendía los brazos para mostrarme hasta dónde se le había hinchado la pierna en una sola noche. Me dijeron que tuvieron que cortar ese miembro, pero pese a ello el tipo murió. A mi abuela no le gustaban las serpientes. Yo le

prometí a mi abuela que me mantendría alejado de esos reptiles, pero a mí no me asustaban. Descubrí que cuando veía una serpiente y no la sorprendía, podía quedarme quieto observándola. Me gustaba hacer eso, quedarme ahí estudiando el comportamiento de las serpientes. Si no las asustaba y seguía con lo mío, no me molestaban. Pero, por supuesto, nunca se lo conté a mi abuela.

La mayoría de la gente, si veían una serpiente de cascabel y tenían una escopeta a mano, intentaban cazarla. Quienes la han probado dicen que sabe a pollo. Pero algunos te dirán que cualquier cosa te sabe a pollo. Nadie dice que un pollo sabe a serpiente de cascabel. A ver si alguien puede explicarme por qué. Cuando de madrugada seguía a oscuras, no podía ver el fondo del pozo. Dejaba caer el cubo atado a una cuerda, y el ¡plas! del cubo cuando daba con el agua siempre sonaba más fuerte si era de noche. No sé por qué, pero así era.

El pozo lo cavaron antes de construir la cabaña. Todos en la familia colaboraron en este trabajo: mi padre estaba abajo, cavando, y mi madre o la abuela o la bisabuela bajaba y sacaba los cubos llenos de tierra, de uno en uno. Se iban turnando. Y cuando mi padre se cansaba de cavar, entonces mi madre bajaba y lo relevaba. Por supuesto, bajar era fácil, pero a medida que el pozo se hacía más profundo, resultaba cada vez más complicado conseguir sacar a alguien de allí abajo. El pozo tenía una profundidad de siete metros.

Tuvimos algunos veranos muy duros, pero no recuerdo que se haya secado más que en un par de ocasiones. Cuando eso sucedía teníamos que bajar a buscar agua al arroyo. De pequeño, el peso del cubo me hacía inclinar hacia un lado y golpeaba contra mi pierna. Tenía que parar y descansar de camino a la casa. Pero siempre lo hacía solo. Aunque tampoco teníamos a nadie más que me pudiera ayudar. Recuerdo que mi madre siempre me sonreía cuando le daba el cubo y me decía: "Ahora ve a ayudar a tu padre. El desayuno no estará hasta que amanezca".

*George Dawson/Richard Gkaubman: La Vida Es Hermosa.
Traducción Martín Perazzo. México, Ediciones Granica, S.A. 2002.*

18 de Septiembre 2002

En China, en LinT'ong, al este de Xian capital de once dinastías sucesivas -, una punzante emoción me apretó la garganta cuando vi sacar de la tierra uno de los 7.000 guerreros de terracota, o con mayor precisión de limo ocre del río Amarillo. Este ejército fue colocado en formación de batalla en tres galerías subterráneas doscientos diez años antes de nuestra era, para servir de cortejo fúnebre a T'sin o Shin Huang-Ti, "primer emperador augusto soberano de un imperio infinito" quien dio su nombre T'sin a la China. Su tumba el túmulo de tierra apisonada de 47 metros de altura y de cerca de 1.500 m de circunferencia se levanta al sur de las fosas descubiertas por casualidad en nuestra época. En el mes de mayo de 1974, campesinos de la comuna popular de Yan Zhai, mientras se encontraban cavando un pozo en el patio de una granja, descubrieron una cabeza, después un guerrero enterrado a una profundidad de 4.80 m. De inmediato fueron emprendidas nuevas excavaciones y se descubrieron tres fosas, más bien tres galerías, llenas de guerreros. Mientras los arqueólogos, armados de pinceles y de pequeños escobillones se afanan y necesitarán aún varios años antes de terminar su gigantesco trabajo algunos guerreros comienzan recién a dejar su envoltura terrosa. En las paredes ocre, se puede ver aparecer una mano o un perfil, el resto del cuerpo de arcilla está todavía sepultado... y ésta es quizá la imagen que obsesiona cuando se mira el extraordinario espectáculo: guerreros que miden 1.78 a 1.82 m. tocados con un pintoresco rodete colocado sobre el costado de la cabeza, que son, según se cree, otros tantos retratos parecidos a los originales humanos. En los tres fosos, los soldados están colocados en orden de batalla. Primero, en tres filas, la vanguardia. Sólo los oficiales, con cascos, llevan armadura y espada. Los otros, vestidos con uniforme de combate más ligero, tienen las piernas enfundadas en polainas de bandas elásticas y los pies calzados con sandalias. Llevan en sus manos venablos y flechas verdaderos, realizados en una aleación de bronce y estaño y uno cree soñar- icromados! ¡Sí, cromados, doscientos años antes de Cristo! Después sigue una unidad compuesta de treinta y ocho columnas que rodean numerosos carros de combate tirados por caballos con las crines hermosamente trenzadas. La alzada de los caballos es de 1.70 metros y el largo de 2 metros. Una doble fila de guerreros fue colocada sobre los flancos del regimiento,

haciendo frente a derecha e izquierda, como para proteger la marcha de la columna. Una tercera fosa contiene una verdadera división de caballería: ¡un millar de hombres a caballo! Un poco más lejos, se puede encontrar y enumerar sesenta y ocho guardias rodeando un carro. ¡Es el cuartel general de la división! Antes de ese primer imperio, una pavorosa tradición exigía que se enterraran vivos, en compañía del cadáver del rey, a todos sus servidores y, sobre todo, a sus mujeres y concubinas, así como a una parte del ejército del difunto. Shin Huang-Ti quiso sin duda, conservar el ejército intacto para su hijo, y prefirió ordenar que moldearan una división en terracota millares de artistas que, según se afirma, ellos sí, fueron enterrados vivos con su obra, mientras que una parte de las mujeres del emperador sin duda las que él prefería siguieron a su amo a la tumba. Ahora bien, él poseía un número suficiente de esposas, como para cambiar todas las noches durante treinta y seis años, lo cual y esta cifra llena de asombro- ¡representa más de trece mil mujeres!

*André Castelot: La Historia Insólita. Traducción: José Federico Delos.
Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1992.*

25 de Septiembre 2002

Tlacaélel recorrió lentamente con la mirada el fascinante espectáculo que se ofrecía ante su vista: En el amplio patio interior del templo principal de Chololan, al pie de la gigantesca y antiquísima pirámide, estaba celebrándose la ceremonia de iniciación de los nuevos sacerdotes de Quetzalcóatl. La luz de más de un centenar de antorchas, en las que ardían aromáticas esencias, iluminaba el recinto con cambiantes tonalidades. Una doble hilera de sacerdotes alineados en ambos costados del patio, entonaban con rítmico acento antiguos himnos sagrados. Centeotl, el anciano sumo sacerdote, oficiaba la ceremonia ostentando sobre su pecho el máximo símbolo de la jerarquía religiosa: el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl. En el centro del patio, dentro de un enorme círculo de pintura blanca, se encontraba el pequeño grupo de jóvenes entre los cuales estaba el propio Tlacaélel que recibirían en aquella ocasión el alto honor de entrar a formar parte del denominado sacerdocio blanco, consagrado al culto de Quetzalcóatl. Para los jóvenes que en medio del complicado ceremonial iban siendo ungidos por el sumo sacerdote, aquel acto constituía la culminación de una meta largamente soñada, y lograda a través de varios años de incansables esfuerzos. De entre varios miles de adolescentes que en toda la comunidad náhuatl aspiraban a ser admitidos en el templo de Chololan, se escogía cada cinco años a cincuenta candidatos. El criterio selectivo resultaba riguroso en extremo; no sólo era necesario poseer una conducta ejemplar desde la infancia y contar con amplias recomendaciones de los principales sacerdotes de la comunidad donde habitaban, sino que además, debían salir airoso de las difíciles pruebas que los sacerdotes de Quetzalcóatl imponían para valorar la capacidad de los aspirantes. La extrema dureza de los sistemas de enseñanza utilizados en el templo de Chololan, motivaba una considerable desertión a lo largo de los cinco años de noviciado, por lo que rara vez lograban ingresar como nuevos miembros de la Hermandad Blanca más de media docena de jóvenes. Una vez investidos con la prestigiada dignidad de sacerdotes de Quetzalcóatl, los así ungidos regresaban a sus lugares de origen, donde muy pronto ocupaban puestos relevantes, ya fuera como jefes militares y dirigente eclesiásticos, o incluso como reyes de los múltiples pequeños señoríos en que había quedado fragmentado el mundo náhuatl tras la desaparición, ocurrida varios siglos atrás, del poderoso Imperio Tolteca. Diversas circunstancias singularizaban al grupo de novicios que en aquella ocasión estaban siendo ordenados como sacerdotes de Quetzalcóatl. Una de ellas era la que por primera vez figuraban en dicho grupo dos jóvenes aztecas: Tlacaélel y Moctezuma, hijos de Huitzilíhuatl que fuera segundo rey de los tenochcas y hermano de Chimalpopoca, quien gobernaba bajo difíciles condiciones al pueblo azteca, pues éste se hallaba sujeto a un vasallaje cada vez más oprobioso por parte del Reino de Azcapotzalco. Otro de los motivos que singularizaba a la nueva generación de sacerdotes, era el hecho de que formaba parte de ella Nezahualcóyotl, el desdichado príncipe de Texcoco, quien a raíz del asesinato de su padre y de la conquista de su reino por los tecpanecas, se había visto obligado a vivir siempre en constante fuga, acosado en todas partes por asesinos a sueldo, deseosos de cobrar la cuantiosa recompensa ofrecida a cambio de su vida. La admisión en el templo de Chololan, tanto de los jóvenes aztecas como del príncipe Nezahualcóyotl, había producido desde el primer momento un profundo disgusto de Maxtla, el despótico rey de Azcapotzalco, sin embargo, el monarca tecpaneca se había cuidado muy bien de no hacer nada que pusiera de manifiesto sus sentimientos. Centeotl, el sumo sacerdote poseedor del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl, era ya un anciano de más de noventa años cuya muerte no podía estar lejana; el

sacerdote que le seguía en jerarquía dentro de la Hermandad Blanca era Mazatzin, un tecpaneca incondicional de Maxtla. Sí, como era lo más probable, al percatarse Centeotl de que su fin estaba próximo, entregaba a Mazatzin el Emblema Sagrado, Maxtla vería aumentar el prestigio de su reino hasta un grado jamás imaginado, lo que le facilitaría enormemente la conquista de nuevos pueblos y territorios. Así pues, a pesar del odio que profesaba a Nezahualcóyotl y de la posibilidad de que el honor de contar con miembros dentro de la Hermandad Blanca pudiese envanecer a los aztecas y despertar en ellos peligrosos sentimientos de rebeldía, el monarca tecpaneca se guardó muy bien de cometer cualquier otro acto que pudiese disminuir las probabilidades de que Mazatzin se convirtiese en depositario del Emblema Sagrado. La ceremonia de admisión de los nuevos sacerdotes había concluido. Tras formular las últimas palabras rituales, Centeotl se dirigió hacia el enorme incensario que ardía al pie del altar central, en donde figuraba una impresionante representación de Quetzalcóatl en piedra basáltica; todos los concurrentes supusieron que Centeotl iba a extinguir las llamas del brasero para dar así por concluida la ceremonia, pero en lugar de ello, al llegar frente al incensario el sacerdote arrojó en él una nueva porción de resinas, produciéndose con esto una fuerte llamarada que iluminó vivamente el recinto. Enmarcado en el resplandor de las llamas, Centeotl se dio media vuelta quedando de frente ante todos los participantes, después con un movimiento repentino y en medio del asombro general, se quitó del cuello la fina cadena de oro de la cual pendía el Emblema Sagrado de Quetzalcóatl. El hecho de despojarse en una ceremonia del símbolo de su poder, sólo podía significar una cosa: Centeotl juzgaba llegado el momento de transmitir a un sucesor la pesada responsabilidad de ser el depositario humano de todos los secretos y conocimientos de civilizaciones que habían existido desde los orígenes de la humanidad. Una paralizante expectación dominaba a todos los que contemplaban el trascendental suceso y todos se formulaban una misma pregunta: ¿Quién sería el nuevo poseedor del máximo símbolo sagrado? Los orígenes del Emblema Sagrado de Quetzalcóatl se perdían en el pasado más remoto. Según los informes proporcionados por las antiguas tradiciones, existió mucho tiempo atrás un Primer Imperio Azteca, cuya capital, la maravillosa e imponente ciudad de Tollan (Teotihuacan) había constituido a lo largo de incontables siglos el máximo centro cultural del género humano. Durante todo este período, los gobernante toltecas habían ostentado sobre su pecho, como símbolo de la legitimidad de su poder, un pequeño caracol marino que le fuera entregado al primer Emperador por el propio Quetzalcóatl, venerada Deidad tutelar del Imperio. Al sobrevenir primero la decadencia y posteriormente la aniquilación y desaparición del Imperio, la unidad política que agrupaba a la gran diversidad de pueblos que lo habitaban también había quedado destruida, dividiéndose éstos en pequeños señoríos que vivían en medio de luchas incesantes, sin que prosperasen el saber ni las artes. Escondida en alguna región montañosa, una mística orden sacerdotal la Hermandad Blanca de Quetzalcóatl había logrado preservar durante todos esos largos años de oscurantismo, tanto el Emblema Sagrado, como una buena parte de los antiguos conocimientos. Más tarde y teniendo como capital a la bella ciudad de Tula, se había constituido un Segundo Imperio Tolteca, el que aunque no poseía el grandioso esplendor que caracterizara al primero, logró importantes realizaciones como unificar bajo un solo mando a un vasto conjunto de poblaciones heterogéneas y el promover en ellas un renacimiento cultural basado en una elevada espiritualidad. Complacidos por lo que ocurría, los guardianes del Emblema Sagrado habían hecho entrega de su preciado depósito a Mixcoamazatzin, forjador del Segundo Imperio y, a partir de entonces, los emperadores Toltecas ostentaron nuevamente, como símbolo máximo de su autoridad, el pequeño caracol marino. Toda obra humana es perecedera, y finalmente el Segundo Imperio corrió la misma suerte que el primero. Minado por luchas intestinas y por incesantes oleadas de pueblos bárbaros provenientes del norte, el Imperio comenzó a desintegrarse y el Emperador Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl se vio obligado a huir al sur acompañado de algunos miles de sus más fieles vasallos. Al pasar por la ciudad de Chololan - centro ceremonial de máxima importancia desde antes de la época del Primer Imperio Tolteca- los fugitivos fueron amistosamente recibidos y pudieron interrumpir por algún tiempo su penosa retirada. Una tarde, agobiado por la tristeza y el abatimiento los males que afligían al Imperio, Ce Actl Topiltzin Quetzalcóatl se despojó del Emblema Sagrado y lo arrojó con furia contra el piso, partiéndolo en dos pedazos. A pesar de que los prestigiados orfebres de Chololan lograron reparar el daño, injertando en ambas partes pequeños rebordes de oro que encajaban a la perfección y unían las dos piezas en una sola, el Emperador se empeñó en ver en aquella rotura un símbolo de división que reinaba entre los pueblos y prefirió encomendar a la custodia de los sacerdotes del Templo Mayor de Chololan una de las dos mitades del caracol. Al llegar a territorio maya, Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl hizo entrega de la segunda mitad del emblema al máximo representante del sacerdocio maya, encomendándole que la conservara hasta que surgiese un hombre capaz de fundar un nuevo Imperio y de unir en él a los distintos

pueblos que habitaban la Tierra. A partir de entonces, las dos mitades del caracol sagrado habían constituido el más prestigioso emblema de los sumos sacerdotes del área náhuatl y de la región maya, los cuales aguardaban ansiosos las señales que indicasen la llegada del hombre que lograría dar fin a la anarquía y a la decadencia en que se debatían todas las comunidades".

*Antonio Velasco Piña: Tlacaélel, El Azteca Entre Los Aztecas.
México, Editorial Jus. Cuarta Edición, 1986.*

Octubre

2 de Octubre 2002

En cuanto al primer arribo del Quijote a nuestro país corrió hace años una simpática superchería y es lástima que lo fuera, pues se dijo y escribió que el primer ejemplar de "El Ingenioso Hidalgo" lo trajo consigo Mateo Alemán. Fue superchería solamente en cuanto a que no fue ése el primer ejemplar de tal novela llegado a Nueva España, pero no podemos dudar que lo trajera entre sus libros el autor del "Pícaro Guzmán de Alfarache", pues la versión de todo eso la cuenta con datos precisos González Obregón, historiador veraz y fidedigno: él vio el acta de registro y la copió en parte, de modo que sabemos que el ejemplar recogido a Mateo Alemán era, nada menos, que uno de la edición madrileña de 1605, de Juan de la Cuesta. No fue ese ejemplar que luego le fue devuelto a su dueño- el primero en llegar, pero muy interesante resulta la anécdota de tal suceso. Fue don Francisco Rodríguez Marín, devoto cervantista, quien encontró en uno de los registros de embarque (trámite ordinario de la Casa de Contratación) el dato para nosotros interesantísimo de que en la flota que zarpó de Sevilla el 12 de julio de 1605, en la nao "Espíritu santo" venían cajones con 262 ejemplares de Don Quijote de la Mancha, para ser desembarcados en San Juan de Ulúa y consignados a Clemente Valdés en México. Esas noticias fueron más tarde conocidas por González de Obregón y él no tuvo empacho en corregir aquélla su primera versión de que Mateo Alemán hubiese sido el primer introductor del Quijote en México, y al continuar sus investigaciones pudo aportar más datos sobre el mismo asunto: "Confirmación y complemento del interesante estudio del señor Rodríguez Marín, son otros documentos que hube la fortuna de hallar en el Archivo General y Público de la Nación; y si los de Sevilla dan completa luz sobre el lugar, fecha del embarque de ejemplares, número de los que se destinaron a la Nueva España, ediciones y precios, los documentos de México no son menos curiosos, pues fijan los días y meses de arribo, los nombres de la naos en que se venía leyendo el Quijote o en que se traían las cajas destinadas a los libreros de Puebla y México, con sabrosos detalles sobre la seguridad con que se hizo la travesía..." En los últimos días de septiembre y los primeros de octubre, de aquel año de 1605, fueron llegando a la Nueva Veracruz y se les hizo la visita de registro a 25 barcos; don Luis González Obregón pudo ver las acatas solamente de 12 registros y entre ellas, en cuanto a nuestro tema, vale la pena citar que la nao "La Encarnación", el 28 de septiembre, declararon que "para entretenerse traían (con otros libros) "Don Quixote de la Mancha"... "Igual cosa declaran en la misma fecha los de la nao "Nuestra Señora de los Remedios"; otro barco, que entró el 5 de octubre, traía 20 cajones de libros, 18 a un consignatario de México y 2 a otro de Puebla, ambos muy diferentes a los que mencionaba Rodríguez Marín: el 6 de octubre, en otro navío declaran que traía para leer "Don Quixote de la Mancha"; igual en otro barco, el 10 de octubre, que además traía dos o tres cajones de libros, y el mismo 10 de octubre los de la nao "Nuestra Señora de los Dolores" dice también que en la travesía se entretenían en leer Don Quixote, y además traían 3 cajones de libros para un dominico de Puebla. Así pues, además de la nao "Espíritu Santo" con más de un cuarto de millar de ejemplares del Quijote, sabemos que de otros barcos llegaron 25 ó 26 cajones más de libros, en los cuales bien podían venir ejemplares de la novela cervantina; no tenemos las actas de otros 12 navíos, casi la mitad de la flota, pero esa mitad no sería muy diferente de la conocida y consta que en no pocas de las naos visitadas los tripulantes y pasajeros hicieron la travesía regocijándose con las aventuras del Caballero Manchego. ¡Con razón don Luis la llamó "La Flota Cervantina"!

*Cervantes y Don Quijote: Estudios Mexicanos. Prólogo De José Rojas Garcidueñas. Secretaría De
Educación Pública, Primera Edición, 1972.*

(En Este Mes De Octubre Hacen, Pues, 397 Años Que Don Quijote Llegó A México).

9 de Octubre 2002

De todos los países de acelerado desarrollo existentes en Asia Oriental, Corea del Sur ha tenido quizás el sector estatal más hiperactivo (con excepción de los países comunistas). Las empresas estatales, incluyendo todo el sector bancario, producían el nueve por ciento del Producto Bruto Interno en 1972, o sea el trece por ciento de toda la producción no agraria. El resto de la economía se hallaba altamente regulado, a través del control estatal sobre el otorgamiento de créditos y su capacidad de premiar o castigar a las empresas privadas a través de la concesión (o negación) de subsidios, licencias y protección frente a la competencia exterior.

El estado coreano estableció, en 1962, un proceso formal de planificación que tuvo por consecuencia una serie de planes quinquenales que han regido la dirección de la estrategia general de inversiones en el país. En vista de la alta incidencia de la relación entre activos y pasivos de las corporaciones coreanas, el acceso al crédito fue la clave para gobernar la economía en su totalidad y, de acuerdo con lo expresado por un observador, "todos los empresarios coreanos, incluso los más poderosos, han tomado conciencia de la importancia de estar en buenos términos con el gobierno, a fin de asegurar la continuidad de su acceso a créditos y evitar el acoso por parte de los funcionarios impositivos. Hasta ese punto, el comportamiento del Estado coreano no pareciera diferir mucho del que mostrara el de Taiwán.

Este último país tuvo un sector estatal aún más grande y el gobierno era el propietario de todos los bancos comerciales y, sin embargo, su economía era dominada por los productores medianos y pequeños. La diferencia clave entre Corea y Taiwán no fue el grado de participación estatal en la economía, sino su dirección. Mientras que el gobierno del Partido Nacional del Pueblo (Kuo Min tang) de Chiang Kai-shek no quería fomentar la creación de grandes empresas que algún día pudieran convertirse en competidoras del partido político, el gobierno coreano, bajo el mandato de Park Chung Hee buscó crear grandes empresas líderes nacionales que, según esperaba, competirían con las "keiretsu" japonesas en los mercados mundiales. Park, eso era obvio, tomaba como modelo a otros revolucionarios políticos como Sun Yat Sen, Ataturk, Nasser y los gobernantes meiji de Japón.

Es evidente que compartía algo de la fijación leninista con la gran escala, y estaba convencido de que ésta era un componente indispensable de la modernización. Como explicó en su manifiesto autobiográfico, al principio deseaba crear "millonarios que promovieran la reforma (de la economía) y alentar así el "capitalismo nacional". Mientras que los planificadores taiwaneses se contentaban con crear las condiciones macroeconómicas y de infraestructura necesarias para un rápido crecimiento, el régimen de Park intervino en forma microeconómica para alentar a determinadas empresas y fomentar determinados proyectos de inversión.

El gobierno coreano creó una cantidad de mecanismos diferentes para alentar el crecimiento de sus empresas. El primero y más importante fue el control de los créditos. Al contrario de lo sucedido en Taiwán, donde se aplicó una política de altas tasas de intereses para estimular el ahorro, el gobierno coreano volcaba sus fondos a las grandes "chaebol" en su esfuerzo por fortalecer su posición competitiva en un nivel mundial. Este crédito muchas veces se otorgaba a tasas de interés real negativas, hecho que explica en gran medida la expansión de esos conglomerados, contra viento y marea, hacia áreas de negocios en los que tenían una experiencia limitada. La proporción de los denominados "préstamos políticos", es decir préstamos dirigidos explícitamente por el gobierno hacia firmas específicas, aumentaron del cuarenta y siete por ciento de todos los préstamos en 1970 al sesenta por ciento en 1978.

El gobierno también tenía la posibilidad de manipular los mercados crediticios, como sucedió con el Decreto de Emergencia de 1972 para el control de los límites de préstamos comerciales cuyo objetivo era beneficiar a las empresas grandes en detrimento de las pequeñas y medianas.

*Francis Fukuyama: Confianza.
España, Editorial Atlántida, 1996.*

16 de Octubre 2002

La mesnada del almirante Lope de la Puebla, natural de Landa del Burgo, Soria, navega durante dos meses por la ruta equinoccial hasta llegar a las costas del golfo Triste, en la actual Venezuela. Desde allí remontan el río Orinoco y luego toman por el Apure. Son de los primeros europeos en pisar los inmensos llanos del norte del subcontinente suramericano: hombres rudos, gente de guerra con sus yelmos y armaduras, espada, lanza y adarga, arcabuces y ballestas. Desembarcan, cruzan el Arauca y, tras una esforzada marcha, la hueste española consigue alcanzar el primer poblado de los indios achaguas.

"Los tercios todos regáronse por la inesperada aldea. Mas la desnudez de los habitantes los excitó en sumo grado. Aquellas mujeres eran muchas de ellas jóvenes y hermosas, aunque con la piel extremadamente morena; con los pechos al aire y las partes pudorosas del mismo modo, sin la menor señal de vello. Los soldados se sintieron fuertemente atraídos y comenzaron a meterse en el interior de las viviendas. "Las indias mirábanlos con no poca extrañeza y curiosidad; aquellos hombres cubiertos de acero, con barbas, la mayoría con el cabello corto llamábanles mucho la atención. Ellos lo comprendían y hacían esfuerzos por acercárseles, pero ellas huían... "Los conquistadores pasaron ahí todo el día y toda la noche...

La Puebla envió a uno de sus legionarios al Paso, donde habían quedado los soldados con las acémilas y las barcas. Era la medianoche cuando apareció el enviado, con los tercios dejados y las acémilas. Llegó con ellos el vino... y con el vino completóse el manjar de la yuca y las sabrosas carnes de peces y ciervos. "Los pellejos (de vino) quedaron exhaustos, a los indios los primeros tragos no les vinieron bien a la tripa, mas catados los primeros sobrevenían otros y otros. La soldadesca satisfizo sus apetitos, sus hambres, sus pasiones. A la mañana, la masa indígena y la masa europea se mezclaban y se retorcían en la orgía placentera y bulliciosa. (...) Era aquella la tierra de los encantos, de la molicie, de la dulzura".

La Puebla, tras la noche de placer, bautizó el poblado con el pío nombre de San Esteban de los Llanos. Ésta es una crónica romántica, seguramente apócrifa, escrita por Diego Albéniz de la Cerrada dos siglos después de la época en que, supuestamente, ocurrieron los hechos. Describe una situación más o menos ideal, que, sin embargo, es probable que se haya dado en la realidad numerosas veces, aunque los cronistas del siglo XVI omitieran describirlas con tan generosos rasgos como el galante Albéniz de la Cerrada lo hace en el siglo XVIII.

Con mucho menos cortesanía y buen estilo quedan, sin embargo, numerosos registros ciertos de la otra fiebre que, además de la del oro y la de la fama, agitó incansablemente a los conquistadores españoles en América. Durante la campaña de México, un soldado de Palos de la Frontera, de quien el cronista Bernal Díaz del Castillo sólo recuerda su apellido, Álvarez, tuvo en tres años treinta hijos en hembras americanas.

Las huestes españolas al mando de Álvaro de Luna apenas un centenar de hombres-desarrollaron tal actividad sexual con mujeres aborígenes durante la conquista de Chile que, en su campamento "hubo semanas que parieron sesenta indias de las que estaban al servicio de los soldados. En Asunción del Paraguay, mientras tanto, el presbítero Francisco González Paniagua, denunciaba en 1545 que el "español que está contento con cuatro indias es porque no puede haber ocho, y el que con ocho porque no puede tener dieciséis (...) no hay quien baje de cinco o de seis mancebas indígenas.

Éstos son algunos ejemplos de la infatigable actividad genésica de los conquistadores españoles con mujeres americanas desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XVI, que en conjunto constituye, probablemente el festín licencioso más grande y prolongado de la Historia. Casi cinco siglos más tarde, los frutos de aquel proceso de miscegenación comenzado con este ejercicio maratónico del arte de amar están a la vista: decenas de millones de mestizos que pueblan el Continente Americano como testimonio vivo del más gigantesco proceso de mezcla racial conocido que ha producido la humanidad.

Estos, relativamente, pocos varones españoles consiguieron cambiar, con hembras indígenas, la composición étnica del Nuevo Mundo: la absoluta mayoría indígena fue reemplazada, a lo largo de los siglos, por los mestizos. Hoy los indios puros son sólo una escueta minoría en el conjunto de Iberoamérica.

Ricardo Herren: La Conquista Erótica de Las Indias.

Barcelona, Editorial Planeta, S. A., Primera Reimpresión. En México Editorial Planeta Mexicana, S. A. 1992.

23 de Octubre 2002

Goethe tiene cerca de cuarenta años cuando conoce a Christiane Vulpius que no tiene más de veinte. Es una hermosa muchacha, sana y sensual, con un cuerpo voluptuoso de estatua antigua y esa gracia un tanto equívoca de hermafrodita. Si bien el poeta, enamorado de Italia, ama a esas mujeres de mármol, jamás soñó con animarlas, y he aquí que esta mujer-niña lo seduce y él la convierte en su amante oficial. Christiane, hija de un burócrata insignificante, obligada desde el principio a trabajar en una fábrica de flores artificiales, no tiene ni cultura ni barniz mundano. Pero a Goethe eso le divierte. Es feliz con ella, como ella con él. Christiane es una perfecta compañera de placer, la llama su "tesoro de cama" y al parecer las voluptuosidades de cada uno son correspondidas. Además es excelente cocinera y buena conocedora de vinos, algo raro en una mujer de su época. Es buena mujer de su casa y se ocupa con solicitud de la comodidad del escritor, quien encuentra en ella la querida imagen de la Gretchen doméstica que hila en la rueca como Margarita, y que rebana el pan de los niños como la Lotte que Werther sorprende a la hora del baile.

Trece años después, Goethe se casa con ella. Ha descubierto en Christiane otras cualidades, virtudes morales, un carácter serio, valor y energía en la adversidad. Así, cuando en 1806 la soldadesca francesa saquea Weimar y unos soldados ebrios intentan introducirse en la casa del poeta, Christiane le protege con su cuerpo y salva sus libros, Marcel Brion observa con justicia. Mientras Christiane no es más que el "tesoro de cama", la buena cocinera, la animosa y hábil compañera en la voluptuosidad, sigue siendo la señorita Vulpius.

El día que da prueba de una valentía que la iguala a su marido, éste no duda en otorgarle el título que ahora le corresponde y, en una atmósfera de gravedad llena de ternura y agradecimiento que por lo general no tienen las "regularizaciones", la convierte en la Señora von Goethe". Honra a Goethe dar una posición a aquélla que durante tanto tiempo le sirvió en la cama y en la mesa. Sobre todo porque con la edad Christiane engordó singularmente a fuerza de prepararle platos y probar sus vinos. Poco a poco se transformó en matrona, al grado de que esa pérfida de Bettina von Brentano la trata de "salchicha". ¿Realmente está tan embutida, o es una alusión a sus copiosísimas chucruts? Es cierto que el perfil de medalla, dibujado por el propio Goethe se ha deformado y se ha vuelto pesado, pero él también tiene papada y mofletes.

En los retratos conjuntos que les hace Bury en 1800, se parecen con ese aire de burgueses a los que les ha ido bien. Sobre todo honra a Christiane ser siempre la buena esposa del maestro. El papel no es fácil. "Pone tanto tacto, dice de nuevo Brion, delicadeza y discreción, antes y después de su matrimonio, que debemos suponer que tiene mucha sagacidad natural para haber salido sin perjuicios de más de un mal paso".

Libera al poeta de la vida artificial de Weimar y lo establece por el contrario en la vida familiar. A pesar de las maternidades dolorosas y difíciles (de sus cinco hijos sólo uno sobrevivió), lo rodea de cuidados solícitos y le permite trabajar en paz y soñar con pasión. Goethe manifiesta respeto y consideración por ella. A sus detractores que le reprochan el haberse enredado con una persona que no es de su medio, y que se burlan del aspecto desaliñado, "al ahí se va", de Christiane, responde encolerizado y la defiende con ardor. Christiane muere después de diez años de feliz matrimonio. Entonces Goethe nota a su alrededor "el silencio y el vacío". Si bien no estuvo unido a ella por verdaderas "afinidades profundas" le está profundamente agradecido de haberle amado, de manera sencilla, con cierta abnegación, y de haberlo soportado, a él, el gran hombre habitante del Olimpo y quizá demasiado consciente de su genio.

Al parecer la señora Goethe jamás leyó las obras de su marido, pero comprendió lo que él esperaba de ella y lo que ella podía darle de felicidad.

*Jeanpaul Clébet: Mujeres De Artistas.
México, Editorial Diana, S. A., D.F. Primera Edición, 1994.*

30 de Octubre de 2002

Armenak de Bitlis: Bueno, hace un par de meses fui a visitar tu tumba en el cementerio situado junto a la vía del tren en San José, California, y mientras estaba frente a la parcelita numerada recordé la primera vez que la visité. Fui con tu hermano menor, Mihran, cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años y él treinta y siete o treinta y ocho, hace ahora cuarenta años. Tu hermano lloraba, y yo, con esta bocaza que heredé de la otra rama de la familia, de tu mujer, tu viuda, mi madre, la rama tumultuosa de la familia, dije: -¿Por qué lloras? Él no está ahí. Y me reí, por el gusto que me daba estar en un lugar como aquél en un día de verano tan hermoso, porque era estupendo estar vivo y porque yo no creía en la muerte, no podía creer en ella, no creía que tú estuvieras muerto, por ejemplo, o que alguien hubiera muerto alguna vez. Tu hermano quedó consternado por mis palabras y por mi risa, y como los sollozos que estaba tratando de ahogar no le dejaban hablar con claridad, me dijo: -Entonces, ¿dónde está? Bueno, esto empeoró las cosas, pues Mihran siempre tuvo una especie de formalidad y una ingenuidad que le llevaban a hacer unas preguntas que a los demás les resultaban muy graciosas. Pues en muchos sitios respondí-. Nadie acaba en la tumba; sólo los huesos o el polvo están ahí.

El hombre sigue estando siempre en los lugares en que ha estado. Allí donde nació, donde pasó la niñez y la adolescencia. También sigue estando donde viajó, en los trenes, en los barcos, y sigue estando en los libros que leyó. Yo tengo los libros de mi padre y sus libros están llenos de él. Yo vine aquí sólo para ver dónde pusieron sus huesos. Mi padre no está muerto. Si yo estoy aquí, él también. Bueno, estas teorías son muy discutibles; pero esto no hace al caso.

Durante mucho tiempo, recordé tan sólo aquel pedazo de tierra cubierta de hierba, bajo los árboles, junto a la carretera, y (más allá de la carretera) la vía del tren. No es que pensara: "Allí está mi padre", o "Allí están los restos de mi padre, o cosas por el estilo. Sólo recordaba que yo había estado allí. Ahora bien, cuando era un niño que empezaba a querer entender las cosas, creía que un día, muy pronto, te vería subir por una calle y que yo sabría que era tu hijo, de tres, cuatro, cinco, seis, siete u ocho años. Seguí creyendo que vendrías hasta que tuve once o doce años y luego la idea se me olvidó por completo. No es que dejara de creerlo, es que lo olvidé, lo solté y se me fue durante mucho tiempo; y luego, de pronto, volvió, y por aquel entonces yo era ya un hombre hecho.

Yo no conocía más que alegrías, una salud de hierro, confianza absoluta, toda clase de ideas, noche y día, y movimiento constante, interior y exterior y continuas idas y venidas. Empecé a viajar en cuanto tuve un poco de dinero; pero la primera salida importante fue financiada por tu hermano Mihran, que en 1928, poco antes de que yo cumpliera los veinte años me prestó doscientos dólares, con los que me fui a Nueva York en el ómnibus de Greyhound. Se los devolví, desde luego, pero siguió haciéndome préstamos, incluso cuando yo había ganado ya veinte o treinta veces más que él en toda su vida, y yo seguía devolviéndoselos, menos una o dos veces, en que tardé varios años en hacerlo, y temo que al final él me haya prestado más de lo que yo le he devuelto.

Yo tenía ya bastantes años, casi los que tú tenías al morir, en 1911, cuando empecé a creer otra vez que cualquier día subirías por una calle y vendrías a mi encuentro. Tal vez más que creer que esto pasaría, empecé a recordar lo que mucho tiempo atrás había creído que iba a pasar. "Mi padre lo hará porque es mi padre me decía de niño-; no va a dejar de venir sólo porque esté muerto. Ya encontrará él la forma de levantarse y subir por cualquier calle para venir a buscarme. Porque él es mi padre y porque nosotros somos como somos, podremos hacerlo. Sabemos que no se puede, que va contra las leyes; pero mi padre lo hará. Y entonces, ¿qué dirá la gente? Dirán: "Estuvo muerto diez años y luego volvió. Sencillamente. No era un fantasma, ni era un doble; era él mismo, en persona, que volvió. Volvió

para pronunciar el nombre de su hijo". Esto es lo que dirán. Y lo pensaba mientras andaba por allí, armando jaleo en los lugares públicos y haciendo que la gente se apartara de mí con asombro y hasta con miedo, como si yo fuese algo más que un hombre que hablaba fuerte y tenía ganas de reír.

Y entonces, entre unas cosas y otras, volví a olvidarlo por mucho tiempo. Me acordaba, pero no hacía mucho caso de mi recuerdo, no sé si porque no resultaba o porque yo no acababa de ver cómo iba a ocurrir entonces, al cabo de más de treinta años. Bruscamente, en 1939, dejé de ser incansable, dejé de ser inagotable y algo pasó a la risa, a los chistes, al barullo, al ir y venir, al viajar, al comer, al beber, al divertirse y al trabajar y a la fama y al dinero. Tenía treinta y un años cuando empecé a sentir una terrible tristeza que iba conmigo a todas partes. Quizá se debía a que la guerra se nos venía encima otra vez. Y pensaba: "Hay demasiada gente en las calles. Si ahora mi padre volviera se perdería entre todo ese histerismo; si nos encontrásemos cara a cara no me conocería, tendría miedo de todo el mundo, y también miedo de mí"...

*William Saroyan: Cartas desde La Rue Taitbout.
Barcelona, Plaza & Janes, S. A. Editores, 1971.*

Noviembre

6 de Noviembre 2002

César, después de haber animado a la legión décima, viniendo al costado derecho, como vio el aprieto de los suyos, apiñadas las banderas, los soldados de la duodécima legión tan pegados que no podían manejar las armas, muertos todos los centuriones y el alférez de la cuarta cohorte, perdido el estandarte; los de las otras legiones muertos o heridos y el principal de ellos Publio Sextio Baculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas sin poderse tener en pie; que los demás caían en desaliento y aun algunos, desamparados de los que les hacían espaldas, abandonaban su puesto hurtando el cuerpo a los golpes; que los enemigos, subiendo la cuesta, ni por la frente daban treguas ni los dejaban respirar por los costados, reducidos al extremo sin esperanza de ser ayudados; arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas (que César se vino sin él por la priesa), se puso a la frente, y nombrando a los centuriones por su nombre, exhortando a los demás, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas.

Con su presencia, recobrando los soldados nueva esperanza y nuevos bríos, deseoso cada cual de hacer los últimos esfuerzos a vista del general en medio de su mayor peligro, cejó algún tanto el ímpetu de los enemigos. Advirtiendo César que la legión séptima, allí cerca, se hallaba también en grande aprieto, insinuó a los tribunos que fuesen poco a poco reuniendo las legiones y todas a una cerrasen a banderas desplegadas con el enemigo. Con esta evolución sosteniéndose recíprocamente sin temor ya de ser cogidos por la espalda, comenzaron a resistir con más brío y a pelear con más coraje.

En esto las dos legiones que venían escoltando los bagajes de retaguardia, con la noticia de la batalla, apretando el paso se dejaban ya ver de los enemigos sobre la cima del collado. Y Tito Labieno que se había apoderado de sus reales, observando desde un alto el estado de las cosas en los nuestros, destacó la décima legión a socorrernos. Los soldados infiriendo de la fuga de los caballos y gastadores la triste situación y riesgo grande que corrían las trincheras, las legiones y el general, no perdieron punto de tiempo. Con su llegada se trocaron tanto las suertes, que los nuestros aun los más postrados de los heridos, apoyados sobre los escudos, renovaron el combate; hasta los mismos furrieres, siendo consternados a los enemigos, con estar desarmados se atrevían con los armados. Pues los caballos a trueque de borrar con proezas de valor la infamia de la huida, combatían en todas partes, por aventajarse a los soldados legionarios.

Al tanto los enemigos, ya sin esperanza de vida, se portaron con tal valentía, que al caer de los primeros, luego ocupaban sus puestos los inmediatos, peleando por sobre sus cuerpos; derribados éstos y amontonados los cadáveres desde los cuales como de parapeto nos disparaban los demás sus dardos, recogían los que les tirábamos y volvíanlos a arrojar contra nosotros; así que no es maravilla

que hombres tan intrépidos osasen a esguazar un río tan ancho, trepar por ribazos tan ásperos y apostarse en lugar tan escarpado, y es que todas estas cosas, bien que de suyo muy difíciles, se las facilitaba su bravura.

*Cayo Julio César: Comentario de la Guerra de las Galias.
Ediciones Aguilar, Colección Crisol, 1962.*

13 de Noviembre 2002

Don Alonso el Grande se casó a los 21 años de su edad con doña Ximena, señora muy principal de Navarra. Su primer hijo se llamó García, nombre muy usado entre los navarros y no oído en la Casa Real de Asturias hasta el nacimiento de este infante, que se nombró así por respeto de su madre, y de García Íñiguez, su abuelo materno. Entró a reinar en el año de 910, no por muerte de su padre, sino por renuncia que éste hizo en Boydes, pueblo de Asturias, obligado de la persecución, que levantaron contra él la reina su mujer, y sus propios hijos, cuya sublevación no pudo extinguir, sin embargo de haber encarcelado a don García en el castillo de Gouzón.

No gobernó al reino de León con la violencia con que se apoderó de él, rebelándose a su padre, príncipe el más digno de respeto, y amor de los hombres; antes bien dio desde luego muestras de corazón muy cristiano, lleno de celo por la religión, piadoso a las iglesias, y personas religiosas, y sumamente inclinado a promover la honra de Dios, y extender con sus armas el nombre de Cristo. Fundó, y dotó en su reino el Monasterio de San Pedro de Eslonza, cuyo nombre se escribe con los privilegios antiguos con esta variedad: Así consta de la escritura de reedificación del mismo Monasterio hecha por la Insigne Infanta Doña Urraca, hija del Rey don Fernando I, y de la Reina Doña Sancha, y hermana de Don Alonso VI en el año 1099.

El Monasterio fue desde sus principios muy abastecido de los bienes necesarios para el sustento de los monjes, y de la casa, por haberla dotado Don García, en el corto tiempo de su reinado con muchas villas y lugares, que se expresan en instrumentos de los años 1012 y 1013. Fue también gran bienhechor del Monasterio de San Isidro de Dueñas, tomando a esto, santo mártir de Alejandría en el primer año de su reinado por su protector y patrono, para que por sus méritos, fuese Dios servido de establecer, confirmar y aumentar su reino, como se puede ver en el privilegio publicado por Yepes, en el apéndice de su Tomo IV escritura 24.

En la data se dice que el rey y los confirmantes estaban en la ciudad de León, usando de las mismas palabras, que don Alonso el Grande puso en sus instrumentos. Pero hay la diferencia de que éste declaraba, que su solio residía en Oviedo, lo que no pudo decir su hijo, que no tenía otra corte que la de León, reinando en Asturias su hermano Don Fruela. En el principio del mismo privilegio se llama el territorio y lugar de Dueñas Suburbum Legionense, de donde se colige, que estaba ya entonces muy extendida la jurisdicción de esta ciudad, de la cual creyeron algunos historiadores que se hallaba despoblada en estos tiempos.

Murió de su propia enfermedad. Su cuerpo fue trasladado a Oviedo. La Reina su mujer se nombra Munia Dona ó Mumma Donna. No habiendo dejado hijo que le sucediese en la corona de León tocó este Reino a su hermano Don Ordoño, que era rey de Galicia desde 910.

*Fr. Manuel Risco: Historia de la Ciudad y Corte De León y de sus Reyes.
Madrid, Edición Facsímil. Ediciones Lancia.*

27 de Noviembre 2002

Catalina de Médicis fue la madre de familia de tres reyes, sus tres hijos, durante treinta años. Fue formada en Florencia y en Roma, de 1519 a 1533, pero debido a su matrimonio con Enrique de Orléans, segundo hijo de Francisco I, se le reeducó en la Corte de Francia. Su personalidad sólo resulta comprensible en sus vericuetos y sus misterios cuando se conocen

sus fuentes primeras.

Catalina sólo se convirtió en "la reina negra" de los franceses debido a la acción, irresistible e inconsciente, de su herencia y educación florentinas y romanas, conjugadas con la acción brutal de la corte y la sociedad francesas después de su casamiento: tenía catorce años y una pavorosa experiencia de la simulación y la política. ¿No son sinónimos, una y otra?

Catalina es un producto puro del siglo XVI italiano y francés al mismo tiempo. Un proverbio africano lo dice muy bien: "Eres más hijo de tu época que de tu padre". ¿Cómo se le podría hacer volver a vivir fuera de la Corte de los Valois, del Siglo del Renacimiento y de las guerras de religión? Por sí sola, ella es todo eso al mismo tiempo. Desarraigada de Florencia, se encontró trasplantada sin miramientos al lecho de su joven esposo, en una corte y un país extranjeros y más bien hostiles. En el lecho encontró el amor, el de toda su vida, el único. En la corte y el país, desdichas sin fin. El choque fue duro. La forma en que se aclimató ya resulta profundamente reveladora de su naturaleza secreta. Pero al mismo tiempo pone de manifiesto a la sociedad secreta del momento. Tuvo que afrancesarse, cuando en la Corte la moda consistía en italianizarse. Lo extraño de esta coyuntura, que había podido resultarle favorable, es que, al contrario, Catalina fue considerada por la aristocracia, y aun por el pueblo mismo, como un cuerpo extraño, tanto más cuanto que no pertenecía a la raza de la realeza. Y no fue la menor de las dificultades que debió superar.

Para pintar esta larga y humillante naturalización a la sombra de un esposo a quien idolatraba, y que sólo la amaba porque así se lo habían ordenado, haría falta, con el fin de hacer su retrato, que se encuentra en el centro de todo, hacer también el de sus acompañantes; el rey, las amantes, la familia real, los nobles, y relatar los rumores populares. En ellos se refleja la forma en que Catalina tuvo que hacerse aceptar, tanto por su sumisión como por una tranquilizadora humildad, y más tarde por su autoridad, cuando, en nombre del rey, defendió la monarquía y a Francia como ninguno de sus hijos supo hacerlo. Y siempre con una maravillosa inteligencia.

Esta extranjera despreciada tuvo que gobernar, sin embargo, el reino inmerso en una revolución inaudita, no política y social: las estructuras de la sociedad se mantuvieron invariables... en apariencia.

El Renacimiento fue una revolución de las inteligencias y las almas. Demasiadas innovaciones trastornaron las creencias ancestrales, como para que la gente de ese siglo no se haya visto a la vez deslumbrada y desorientada. Se descubrió un nuevo mundo, que contenía una humanidad que no conocía a Dios, y a la cual los textos sagrados ignoraban. ¿Y entonces?

Copérnico descubre un nuevo cielo; la Tierra ya no es el centro del universo, es apenas una bola de tierra que gira, desolada, junto con otras bolas de tierra. ¿Y entonces? ¿Qué ocurría entonces en nuestra tierra amasada por Dios para el hombre, a su vez amasado de la misma tierra? ¿Qué pasaba con los sueños sublimes de Dante y con las enseñanzas de la Santa Iglesia, que nos ubicaban, como criaturas únicas, en el corazón de la Creación, colocada como una joya en un cofre centelleante, el firmamento? Todo estaba cuestionado, en primer lugar las enseñanzas de la Iglesia, y aun la institución clerical y romana. Además, ese siglo descubrió las obras griegas y latinas. Es decir, otra manera de pensar y de creer. La libertad de pensar salió del pozo de las antiguas ignorancias. La gente se creyó apta para juzgar respecto de todo, y no se privó de hacerlo.

Catalina heredó, junto con la corona de su marido, la más vasta, la más apasionada, la más sangrienta disputa de nuestra historia: las guerras de religión. Todo comenzó con diatribas, y continuó con rebeliones, con suplicios, y terminó en guerra civil. Catalina vio muy pronto que los progresos de la herejía, como se decía entonces, se confundían con los de los enemigos de la monarquía y la unidad del reino. No tenía, como no lo tenían Francisco I y la familia real, odio alguno contra el calvinismo. El odio llegó cuando los calvinistas atacaron a la Corona y a la dinastía de los Valois. ¿Pero quién atacaba al rey? ¿Los honestos y virtuosos reformados, profundamente cristianos? En modo alguno; ellos creían, pacíficamente, que era bueno volver a la pureza de las Escrituras. Pero, frente a Catalina, y en armas, estaban el primer príncipe de la sangre, Borbón, rey de Navarra, sus primos los Condé, y en derredor de esos príncipes la más alta, la más poderosa, la más rebelde aristocracia feudal: varios Montmorency,

sus sobrinos los Chatillón-Coligny, los Rohan, los Rochefoucauld, los Durfort, los Montgomery, Turenne, Uzés, y Lesdiguières... y otros. ¿Qué significa esto? Que las guerras de religión fueron sabia y poderosamente organizadas por gente de guerra emérita; en realidad esas guerras civiles se presentan ante el historiador como la última y más sangrienta rebelión del gran feudalismo contra el poder real, que desde los primeros Capeto no había dejado de reducirlo y someterlo.

Tocqueville, en *Introducción a la democracia en América* ha puesto las cosas en su lugar a la perfección: "En Francia los reyes mostraron ser los niveladores más activos y constantes. Cuando fueron ambiciosos y fuertes trabajaron para elevar al pueblo al nivel de los nobles (como Luis XI y Francisco I)... Cuando se recorren las páginas de nuestra historia, no se encuentran, por decirlo así, grandes acontecimientos que desde hace setecientos años no se haya producido en beneficio de la igualdad. Si a partir del siglo XI se examina lo que ocurre en Francia cada cincuenta años, al cabo de cada uno de esos períodos no se dejará de percibir que se ha producido una doble revolución en el estado de la sociedad. El noble habrá descendido en la escala social, el plebeyo se habrá elevado en ella; uno cae, el otro sube".

Por haber querido mantener la tradición de los Capeto, Catalina encontró frente a sí, es decir, frente al trono, la formidable conjuración de las presuntas guerras de "religión".

Jean Orioux: Catalina de Médici: Biografía e Historia.
Buenos Aires, Javier Vergara Editor, S. A., 1987.

Diciembre

4 de Diciembre 2002

La Plaza de Toros de San Pablo era en 1835, uno de los sitios públicos más concurridos por las clases sociales de la Ciudad de México. Desde los tiempos de la Colonia, el "coso paulino", como dio en llamársele, era el punto de cita y a la vez el escaparate de los elegantes de entonces.

Los virreyes y los altos dignatarios de la Corte, no se desdeñaban de lucir sus airosas casacas, sus caudalosas caídas de encaje y sus pantorrillas ceñidas por deslumbrante liga y enfundadas en la finísima media violeta, marfil o mordorée. Las virreinas y sus señoras de servicio, tal cual marquesa aposentadora de cámara; las beldades palaciegas y las damas dadivosas y coquetas del encumbrado mundo virreinal, hacían derroche de ostentación en los palcos floridos, en los templetos que a menudo se levantaban en la caseta del coso y aun en las simples graderías de donde se miraban emerger, confundidas con la gente pobretona de la clase modesta, los cintilantes arreos, la audaz belleza y las voces y maneras imperiosas de las favoritas en cierno del virrey o de las amigas de los consejeros o privados, que podían dar algo más que simple amistad.

La Plaza de San Pablo tenía, pues, su historia no ya sólo taurina, sino galante. Era entonces, antes de la modificación que sufrió a mediados del siglo XIX, un vasto círculo que podía albergar a doce mil espectadores. Con sus "loggias" de palcos sobre el tendido, con su espacioso anillo circunvalado por una valla de gusto romántico, pilastras torneadas superpuestas en el tablado-; con su columna de piedra en medio del redondel (un prisma hexagonal rematado por un asta en la que flameaba flexible gallardete rojo), y con su toro de bronce, su monte parnaso, su palo encebado, y sus graciosos, que mantenían una hilaridad chabacana en los intervalos de las suertes, la Plaza de San Pablo era, en 1835, el lucido espejo de la pasión torera, el índice de las vanidades, el reflejo de las vehemencias mundanas y el acabado registro de los dispositivos galantes.

Por entonces don Manuel Becerra, dueño del coso de San Pablo, acababa de hacer venir a México al célebre aeronauta Guillermo Eugenio Robertson, que había realizado emocionantes ascensiones en Europa y en los Estados Unidos. Robertson era inteligente, culto, valeroso y audaz. Era también fino como una dama, sociable y urbanísimo. Su aventajada estampa, la seguridad en sus palabras y actitudes, la gallardía de su porte y los maliciosos halagos que sabía repartir con certero

tacto, acabaron por ganar, en su favor y de manera bien anticipada, al público de México.

Después de los arreglos de estilo y de las licencias del Gobierno Consistorial, Robertson anunció su primera ascensión para las once de la mañana del 12 de febrero de 1835. El vuelo debía hacerse, naturalmente, en San Pablo. Desde las nueve viose henchido de espectadores el célebre coso. En medio de la plaza bamboleaba ya, a medio inflar, el esferoide de tafeta que había de elevarse por la sutil atmósfera de nuestro valle. Cerca de las once lanzáronse varios globos pequeños de exploración, para reconocer el rumbo del viento. Y a la hora anunciada, Robertson se instaló en la barquilla del aeróstato; una barquilla romántica, en forma de nave, con cables interpolados con guirnaldas florecidas. Después de dar la orden de desatar las amarras y de vitorear por última vez al excelentísimo señor don Manuel Barragán, presidente de la República, el bravo Eugenio, una mano sobre el cable y la otra en el corazón, dejó ver una pálida sonrisa de circunstancias que se fue perdiendo poco a poco al elevarse el flamante esferoide.

La lima de Vulcano, célebre periódico de la época, rindiendo homenaje a la fraseología de entonces comentaba así la memorable ascensión: ¡Cuántas y cuán vivas las emociones de ternura y de placer al contemplar lo grandioso y patético de aquel acto! Las almas sensibles eran agitadas por la suerte del hombre intrépido que así penetraba en el aire inconstante; y los espíritus ilustrados hallaban un deleite suavísimo al observar tranquilo las inmutables leyes de la Naturaleza... ¡Robertson, pues, se ha hecho digno de nuestros elogios y es la eterna remembranza de México!...

Desde el momento que se perdió de vista (jueves 12) hasta hoy, 14 de febrero, todas habían sido vanas conjeturas y noticias sin fundamento sobre la suerte del aeronauta, que, en efecto, era ignorada... Pero, al fin, el hombre se halla dentro de la ciudad, de nuestra ciudad, testigo de su talento e impavidez. Su viaje aéreo fue tan rápido que atravesó veintidós leguas en menos de dos horas, pues a la una y media de ayer posó sobre un árbol a inmediaciones de Chalma. Allí necesitó de auxilios para su regreso, y hoy ha sido cumplimentado, según su mérito por S. E. el Presidente de la República, por las personas más visibles y por el público todo que lo aprecia (...).

*Enrique Fernández Ledesma: Espejos Antiguos
México, Fondo De Cultura Económica, Letras Mexicanas, Primera Edición, 1968.*

11 de Diciembre 2002

Cuando el hijo de un minero de Sajonia, Luther, Lhuder, Lutter, Lutero o Lotharius, como era diversamente conocido, clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg el 31 de octubre de 1517, lo último que se proponía era escindir su iglesia, la católica ("universal"), y dividir su mundo en campos enfrentados. Tampoco estaba realizando un acto desacostumbrado. Era monje y profesor de teología en la recién fundada Universidad de Wittenberg (donde posteriormente estudiaría Hamlet), y era práctica común entre los clérigos iniciar un debate de esta manera. El equivalente actual sería publicar un artículo provocador en una revista académica.

Un estudioso alemán ha sostenido hace poco que Lutero nunca clavó sus tesis. Lo hiciera o no, circularon con rapidez; había hecho copias que envió a sus amigos, los cuales las copiaron y enviaron a su vez. Pronto, Lutero tuvo la inquietante sorpresa de volver a recibirlas enviadas desde el sur de Alemania e impresadas. Este pequeño hecho es revelador. Las esperanzas de reforma de Lutero podrían haber naufragado, como tantas otras de los anteriores 200 años, de no haber sido por la invención de la imprenta.

El tipo móvil de Gutenberg, en uso desde hacía unos cuarenta años, fue el instrumento físico que desgarró Occidente de lado a lado. Pero una cuestión sobre la nueva técnica merece atención: la imprenta por sí sola no bastó; hizo falta mejorar el papel, modificar la tinta y un cuerpo de artesanos experimentados para convertir la imprenta en poder. Entonces pudieron producirse panfletos con rapidez, con precisión, en gran número y, comparado con las copias manuscritas, con poco dinero.

Muchos tratados protestantes estaban ilustrados con grabados de Cranach, de Dürero y de

otros artistas destacados, lo cual contribuyó a su propaganda al atraer a los analfabetas; sus amigos les leían el texto. Los escritos del s. XVI de argumentación bíblica y terribles improperios, no siempre en latín para clérigos sino en alguna de las lenguas comunes, iniciaron lo que hoy llamamos popularización de ideas por medio del primero de los medios de comunicación de masas.

Podemos formarnos una idea segura de la fuerza que poseía este nuevo artefacto, el "libro", por el cálculo de que al llegar el primer año del s. XVI se habían impreso 40.000 ediciones distintas de todo tipo de obras; aproximadamente nueve millones de ejemplares salidos de más de cien imprentas. Durante la lucha protestante había en algunas ciudades media docena de talleres que trabajaban día y noche, saliendo sus emisarios cada pocas horas con paquetes de cuartillas bajo la capa, apenas seca la tinta, para entregarlas a algún distribuidor de confianza: la primera prensa clandestina.

*Jacques Barzun: Del Amanecer A La Decadencia:
500 Años de Vida Cultural en Occidente (De 1500 A Nuestros Días)
Traducción De Jesús Cuéllar y Eva Rodríguez Halffter. Madrid, Taurus, Historia.*

18 de Diciembre 2002

En julio se presentó ante el Senado. Comenzó afirmando su fidelidad a la Constitución, ofreciendo como prueba de ello leer su testamento, para mostrar que, con la muerte en perspectiva, no había nombrado sucesor, sino que había dejado la elección al pueblo romano. El Senado no se dio por enterado. Declaró que no necesitaba de pruebas al respecto a esa cuestión; una disminución temporal de grano en Roma había hecho que los senadores ansiasen más que nunca la presencia de un administrador severo, e insistían (la política había intervenido en el asunto) en que había llegado el momento en que la autoridad del Príncipe debía ser ampliada y más perfectamente definida. Un decreto del Senado, más tarde aprobado por la Asamblea, dio a aquella autoridad su forma legal definitiva.

Primero se planteó la cuestión fundamental del "imperium". Habiendo renunciado a la tenencia anual del consulado, Augusto tenía ahora el "imperium" sólo como procónsul, y no podía ejercerlo en Roma o en las provincias adjudicadas al Senado. Esta dificultad fue abreviada con la concesión de un "majus imperium", que era válido para todas las provincias y también dentro de los muros de la ciudad. Esto significaba que tenía una autoridad suprema a través de todo el Imperio: reclutaba todas las tropas, nombraba a todos los oficiales y el juramento oficial era tomado en su nombre, era el único origen de honor; decidía en la distribución de terrenos públicos y en el establecimiento de veteranos, y de él dependía la declaración de guerra y el hacer la paz.

Podía interponerse en el gobierno de las provincias senatoriales cuando lo juzgase necesario. Un plan, que corría parejas con la posición de Pompeyo entre el 67 y 62 a. de J.C., había sido ideado para proveer que el mando supremo lo desempeñase permanentemente el mismo hombre sin peligro para el Estado. Prudentemente, el arreglo quedaba limitado a un plazo de diez años. No menos importante fue la concesión del poder tribunicio de por vida pero con la renovación anual, de suerte que todos los documentos podían ser fechados por los años, comenzando en el 23 a. de J.C. en que lo desempeñó-. El título aparecía ahora en las monedas, para demostrar la importancia que le adscribía. Era la suprema ligazón con Roma y su pueblo, y ya hemos visto qué derechos le dio para controlar los asuntos públicos. Su dimisión del consulado le privaba de ciertos privilegios con respecto a las reuniones del Senado, y éstos le fueron específicamente devueltos. Se le dio el poder consular de presentar asuntos, el derecho de convocar al Senado, el derecho de emitir decretos senatoriales, y, por medio de su Consejo privado, podía establecer el orden del día para cada sesión.

Estas prerrogativas, un "imperium" proconsular ilimitado y el poder tribunicio fueron los cimientos gemelos para la nueva versión del principado. Podía haber conseguido más si se lo hubiera propuesto, pero juzgó suficiente lo logrado. Dichas prerrogativas le hicieron, en efecto, todo poderoso. Mandaba los ejércitos y gobernaba el imperio al otro lado de los mares. Podía dirigir las deliberaciones del Senado y la Asamblea y controlar la elección de magistrados. Tenía la sacrosantidad de un tribuno. Poseía el poder legislativo definitivo. Aunque sin ser "Pontifex Maximus" hasta la muerte de Lépido en

el 13 a. de J. C. estaba virtualmente encargado de todos los asuntos religiosos y nombraba los miembros de los colegios sagrados. Presidía la revista de la orden ecuestre. La policía, los trabajos públicos y el suministro de grano de Roma estaban en sus manos. Por poder alimentar la tesorería pública con sus fondos privados su propia casa constituía el mayor negocio mercantil y bancario en Roma-, disponía de lo necesario para controlar las finanzas del Estado.

Y todos estos poderes, tan numerosos y variados, habían sido adquiridos sin violentar el sentimiento republicano; y, aunque su sanción principal derivaba de su prestigio personal, habían sido sólidamente afianzados por leyes autorizadas.

John Bucham: Augusto.

Traducción del Inglés: G. Sans Huélin. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1942.

Emilio Herrera Muñoz

Párrafos diversos 2003

Enero

15 de Enero 2003

En la mañana del treinta de agosto de mil trescientos treinta y cuatro, las campanas de Santa Águeda, la iglesia del Cid, anunciaban al pueblo de Burgos el nacimiento de un heredero de la corona de Castilla, vanamente esperado desde hacía más de cuatro años. Alfonso XI, monarca reinante, se había casado, al anochecer, con una infanta de Portugal, María, hija del rey Alfonso IV llamado el Bravo, la cual, menos por su culpa que por la de su esposo, estaba en su primer embarazo. El niño fue bautizado con el nombre de Pedro, aún inusitado en los linajes reales de Castilla y de Portugal, pero frecuente en el de Aragón, pariente y rival, al que el rey Alfonso XI le interesaba halagar. Dos pesadas herencias se cernían sobre la cuna del recién nacido.

Por su padre, guerrero brutal sin duda, pero tan buen rey como mal marido, era el nieto de ese miserable Fernando IV que los cronistas han llamado el emplazado, porque habiendo ordenado precipitar de lo alto de una roca a los dos hermanos Carvajal, injustamente acusados de un complot, había sido citado por ellos a comparecer ante Dios dentro de treinta días, y se había muerto de terror antes del plazo. Su bisabuelo, el terrible Sancho IV el Bravo, indigno hermano del gran Alfonso X el Sabio, había usurpado el trono a su sobrino, el infante de la Cerda, y se había asegurado la posesión haciendo apuñalar a su otro hermano, Fadrique.

La ascendencia portuguesa del niño real no valía casi más. Alfonso el Bravo, su abuelo, dejaría degollar, algunos años más tarde, a la famosa Inés de Castro, su nuera, denunciando después a los sicarios que se habían encargado de perpetrarlo, y a quien su hijo hará arrancar el corazón en su presencia arrojándolo a los perros. En cuanto a su madre, María, hija y hermana de estos dos tristes soberanos, nuestro relato mostrará que su infortunio de esposa ultrajada y traicionada excusa mal la notoriedad de una mala conducta que iba a servir más de una vez, de pretexto a la de su hijo.

A este respecto, el ejemplo legado por el rey Alfonso XI tampoco tenía nada de edificante. Hacía un año que estaba casado y aún no quitaba los ojos de Leonor de Guzmán, muchacha noble de Castilla, quien, en el momento en que la reina María daba a luz, ya le había dado dos gemelos: Enrique, a quien hacía presente, justo con el título de conde, del magnífico dominio de Trastámara, y Fadrique, pronto nombrado, a la edad de dos años, maestre de la Orden de Santiago. Leonor iba a tener a continuación otros siete niños, seis varones y una niña, todos ricamente dotados. Tanto, que esta mujer con título de concubina, por lo demás de gran carácter, pasaba a los ojos de todos por la verdadera reina, viviendo en palacio, rodeándose de una corte brillante, distribuyendo cargos y oficios a sus allegados y tratando los asuntos en ausencia del rey, "como si hubiera sido -según la expresión de un contemporáneo- dama propietaria del reino de Castilla..." El favor de que ella gozaba no impedía por lo demás a su real protector engendrar, aquí y allá otros bastardos además de los que tenía con ella.

Como lo dice con bastante gracia Ferrer del Río, "vencedor de los moros y de los nobles, Alfonso XI no sabía triunfar de su incontinencia". El desorden de su vida conyugal no impidió a este rey ser uno de los mejores que Castilla haya conocido. Había reanudado por un tiempo, en este siglo XIV al que su padre Fernando IV ya había fijado un destino sombrío, las tradiciones de buen gobierno heredadas de sus abuelos del siglo XIII, San Fernando y Alfonso el Sabio.

Reprimiendo con mano de hierro la audacia de los grandes vasallos y de los señores; defendiendo contra ellos los privilegios de las ciudades; conteniendo con el mismo vigor las usurpaciones del clero; ora despiadado ora clemente, según la necesidad, no había sido menos feliz en sus empresas guerreras. En el año mil trescientos cuarenta, su victoria del Salado, donde fueron muertos, dicen sin duda con alguna exageración doscientos mil africanos, ponía fin a la invasión de los

merinides y liberaba a España de su amenaza. Dos años más tarde queriendo arrancar a los infieles la plaza de Gibraltar, que aún poseían, moría en su campamento el día de Viernes Santo atacado por la peste negra que devastaba en ese tiempo una parte de Europa.

El joven Pedro, que él había abandonado a los cuidados de la reina María hasta el punto de no llevar nunca con él, en sus desplazamientos, sino a los dos bastardos, pasaba así a ser rey según las leyes dinásticas y se disponía, acompañado por su madre, a ir a Valladolid para hacerse reconocer y proclamar por las Cortes de Castilla.

La infancia de este príncipe, que acababa de alcanzar su mayoría de edad, había transcurrido en los tristes muros del Alcázar de Sevilla, donde la reina María rodeada de algunos servidores, vivía pobremente en la humillación y el rencor. Su padre se había preocupado apenas de su porvenir negociando para él dos matrimonios que servían su propia política y que fracasaron el uno y el otro: uno, en mil trescientos cuarenta y cinco, con Juana de Navarra, hermana de Carlos el Malo, y que nuestro Felipe VI desposará algunos meses antes de su muerte; el otro, en mil trescientos cuarenta y ocho, con Juana de Plantagenet, hija de Eduardo III, la cual morirá de la peste, en Burdeos, en el momento en que iba a embarcarse para España.

El nuevo rey de Castilla era un bello adolescente de dieciséis años de talla elevada y de una fuerza física poco común. Muy blanco de piel, con una cabellera rojiza y ojos grises muy vivos, mostraba una verdadera pasión por todos los ejercicios físicos. Sobrio, grave, de poco dormir, más bien taciturno, conservaba de su primera educación, confinada en Sevilla, dos rasgos que son característicos de la Andalucía: la elocución arrastrada y como ceceante de la cual se burlan fácilmente los castellanos y un marcado gusto por las mujeres a base de celos y sensualidad.

Que este conjunto de dones naturales y contradictorios, brotados de una infancia desgraciada, hayan influido algo sobre la terrible vida de aquél que llamarían pronto, con demasiado derecho, Pedro el Cruel, sería una tesis muy plausible... Pero el error de una leyenda que lo transformará un día en "justiciero" estará en haber buscado en ellos, en lugar de una explicación, por lo demás discutible, una excusa o una fatalidad.

*Francois Petri: Pedro el Cruel.
Barcelona, Editorial Pomaire, 1963.*

22 de Enero 2003

El coraje fue una de las constantes en la vida de Borges. En la década de los sesenta lo llamaban por teléfono a menudo y voces anónimas lo amenazaban de muerte. Un día, harto de esas amenazas, contestó: "Mire, yo vivo en tal calle, en tal número, en el sexto piso y en la puerta hay una chapa que dice Borges: usted no se puede equivocar. Casi siempre estoy en casa y cuando tocan el timbre suelo abrir yo mismo la puerta; matarme es bastante fácil. Si usted lo hace, me favorece. Nada hay que favorezca más a un escritor o a una artista que una muerte violenta; Lugones, y Gardel son una prueba de lo que digo. Venga nomás, no pierda más tiempo, lo estoy esperando". Los llamados se interrumpieron definitivamente.

Cuando era todavía profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una mañana irrumpió un muchacho en su aula y lo interpeló. -Profesor, tiene que interrumpir la clase. -¿Por qué? -Preguntó Borges. -Porque una asamblea ha decidido que no se dicten más clases hoy para rendir homenaje al Che Guevara. -Ríndanle homenaje después de la clase agregó Borges. -No. Tiene que ser ahora, y usted se va. -Yo no me voy, y si usted es tan guapo, venga a sacarme del escritorio. -Vamos a cortar la luz prosiguió el otro. -Yo he tomado la precaución de ser ciego. Corte la luz, nomás. Borges se quedó, habló a oscuras, fue el único profesor que dictó su clase hasta el final y sus alumnos, impresionados, no se movieron del aula.

En otra oportunidad desafió en los Estados Unidos a un portorriqueño que intentó agredirlo. Posiblemente algunos pocos recuerden que hace bastantes años (antes de 1973, por supuesto) fue a verlo a su casa un grupo de jóvenes nacionalistas que reunían firmas para la repatriación de los restos

de Juan Manuel de Rosas. Se negó. Lo acusaron de retrógrado e intransigente. Borges les dijo: "Hay otra repatriación más urgente, la de los restos de Perón. Esa adhesión la firmaré con gusto". Perón, en esa época, todavía vivía en Madrid y, los jóvenes, obviamente, eran peronistas. El coraje y el amor a la patria iban juntos en Borges.

Un poeta le mandó su libro con esta dedicatoria: "A Borges, en cuyos labios sigue siendo limpia la palabra Argentina". Cuando se la leí, Borges se conmovió y dijo: "¡La Patria! ¡Ésa es la Patria!". Yo recordé entonces algo que ocurrió hace más de cincuenta años y que me contó uno de los protagonistas. Borges se encontraba en un boliche de Boedo y San Juan con Néstor Ibarra y Drieu La Rochelle. Al salir se largaron a caminar y llegaron a Puente Alsina. Del otro lado, los descampados preanunciaban la pampa. Amanecía. Por la margen opuesta pasaba una caballada arriada por un tropero y Borges, en voz baja, más para sí mismo que para los otros susurró: "¡La Patria, carajo!".

Curiosamente, en ese mismo lugar es batido Isidoro Acevedo, el abuelo materno de Borges en el año ochenta a las órdenes de Tejedor.

María Esther Vázquez.

Ediciones B. Argentina, S. A. De esta edición Mayo 2001.

Suma De Letras, S. L. Barquillo 21. 28004 Madrid, unto De Lectura, 84.

Febrero

5 de Febrero 2003

Los tratados de Noyom y de Cambrai (1516 y 1517) habían establecido entre Francia, el emperador y el joven rey de España una concordia y hasta aparente amistad que si los que las proclamaban hubieran estado realmente resueltos a permanecer fieles a ellas, hubiesen dado la paz a Europa. Los pueblos alimentaron la ilusión de que estaba asegurada, y bajo la influencia y las ardientes instancias del Papa León X, los dos jóvenes soberanos admitieron el proyecto de una alianza más estrecha que hubiera unido sus fuerzas para una nueva cruzada.

Egipto había caído bajo el dominio de un otomano audaz y ambicioso, Selim I cuya soberanía se extendía asimismo sobre Argel y cerraba a los cristianos las rutas de África y de Oriente. Sólo la seguridad de una larga paz europea y el esfuerzo colectivo de las grandes potencias hubiese podido permitir una intervención eficaz. A prepararla se consagró León X, para el cual el espejismo de una cruzada general disimulaba un poco los problemas inmediatos y, en su favor, la proclamó en el mes de marzo de 1518. El emperador Maximiliano fue designado jefe supremo de los soldados de Cristo: un viejo sueño medieval resurgía.

Pero los grandes acontecimientos que estallaron entonces en Occidente suscitaron otras preocupaciones e inflamaron otras ambiciones menos lejanas y más violentas. Una situación cargada de inevitables peligros se dibujaba ya a través de esta falsa atmósfera de concordia sagrada. Se sabía que el emperador se hallaba enfermo y más agotado aún que enfermo; sus días parecían contados. ¿Qué le sucedería? ¿Qué manos recogerían el cetro imperial que reivindicaban Francisco I, rey de Francia, y Carlos de Luxemburgo, rey de España?... Las intrigas apasionadas caminaban sordamente de una parte y de otra; se trataba de hacer presión sobre los electores del Imperio; es decir, se trataba de comprarlos. El mismo Maximiliano intervenía y sostenía la candidatura de Carlos. Pero finalmente la sucesión no estaba abierta y los dos rivales unidos por un tratado reciente, se veían obligados a operar con alguna reserva y en un secreto relativo.

No ocurrió lo mismo cuando el 12 de enero de 1519 murió bruscamente el emperador. Inmediatamente la competencia se desencadena a la luz del día. Los electores, solicitados por ambas partes, hostigados y cargados de dones inmediatos y de promesas, buscaban discernir su interés más durable. No podían limitarse a guardar las sumas que les eran ofrecidas; necesitaban también tener en cuenta la opinión alemana y determinar cuál le parecería a ésta, el menos extranjero de los dos candidatos. Carlos y Francisco I sentían por su parte la necesidad de crear en torno de su personalidad en los Estados alemanes una atmósfera favorable. Para ello lanzaban manifiestos.

Francisco I hacía valer la contigüidad de Francia y de las tierras del imperio tan alejadas de España; hacía alabar su vigor, su resistencia física y sus dones de inteligencia y de fortuna; parecía ser el designado por la providencia para reconquistar los Santos Lugares y devolvérselos a la cristiandad. Además existía, según afirmaba, una comunidad de origen y de raza entre Francia y Alemania, la una y la otra descendientes de los sicambros (antiguo pueblo de la Germania).

En cuanto a Carlos, recordaba que por tradición familiar España es la verdadera y eterna adversaria de los infieles y que él se constituía en defensor de la cristiandad. Fundaba igualmente sus pretensiones sobre su pertenencia a la Casa de Austria, fuente germánica de su raza. En fin, muy hábilmente, dejaba entender que su dominio, por ejercerse de más lejos, no tendría las exigencias estrechas y tiránicas de la soberanía francesa. Carlos fue proclamado emperador el 28 de junio de 1519 con el nombre de Carlos V. El destino prescribía a Francia las vías imperiosas de una política nueva.

*Auguste Baille: Francisco I. Protector de las Letras y de las Artes.
México, Editorial Herrero, S.A., Primera Edición En Español, 1966.*

12 de Febrero 2003

Una mujer de Mantinea llamada Diotima preguntó a Sócrates: "...el que ama lo bello ¿a qué aspira? -A poseerlo, respondí yo. -Esta respuesta reclama una nueva pregunta, dijo Diotima: ¿Qué le resultará de poseer lo bello? Respondí que no me era posible contestar inmediatamente a esta pregunta. -Pero, replicó ella, si se cambiase el término y poniendo lo bueno en lugar de lo bello te preguntase: Sócrates, el que ama lo bueno ¿a qué aspira? -A poseerlo. -¿Y qué le resultaría de poseerlo? -Encuentro ahora más fácil la respuesta; se hará dichoso. -Porque creyendo las cosas buenas, es como los seres dichosos son dichosos, y no hay necesidad de preguntar por qué el que quiere ser dichoso quiere serlo; tu respuesta me parece satisfacer a todo. -Es cierto, Diotima. Pero piensa que este amor y esta voluntad sean comunes a todos los hombres, y que todos quieran siempre tener lo que es bueno; ¿o eres tú de otra opinión? -No, creo que todos tienen este amor y esta voluntad. -¿Por qué entonces, Sócrates, no decimos que todos los hombres aman, puesto que aman todos y siempre la misma cosa? ¿Por qué lo decimos de los unos y no de los otros? -Ésa es una cosa que me sorprende también. -Pues no te sorprendas; distinguimos una especie particular de amor, y le llamamos amor usando del nombre que corresponde a todo el género; mientras que para las demás especies empleamos términos diferentes. -Te suplico que pongas un ejemplo. -He aquí uno. Ya sabes que la palabra poesía tiene numerosas acepciones, y expresa en general la causa que hace que una cosa, sea la que quiera, pase del no ser al ser, de suerte que todas las obras de todas las artes son poesía, y que todos los artistas y todos los obreros son poetas. -Es cierto. Y sin embargo, ves que no se llama a todos poetas, sino que se les da otros nombres, y una sola especie de poesía tomada aparte, la música y el arte de versificar han recibido el nombre de todo el género. Ésta es la única especie que se llama poesía; y los que la cultivan los únicos a quien se llama poetas. -Eso es también cierto.

Lo mismo sucede con el amor; en general es el deseo de lo que es bueno y nos hace dichosos, y éste es el grande y seductor amor que es innato en todos los corazones. Pero, todos aquéllos que en diversas direcciones tienden a este objeto, hombres de negocios, atletas, filósofos, no se dice que aman ni se les llama amantes, sino que sólo aquéllos que se entregan a cierta especie de amor reciben el nombre de todo el género, y a ellos sólo se les aplican las palabras amar, amor, amantes. -Me parece que tienes razón, le dije. -Se ha dicho, replicó ella, que buscar la mitad de sí mismo es amar. Pero, yo sostengo que amar no es buscar ni la mitad ni el todo de sí mismo, cuando ni esta mitad ni este todo son buenos...".

*Clásicos Inolvidables: Platón. Diálogos Escogidos, Apología de Sócrates.
Argentina, Librería "El Ateneo", Tercera Edición, Diciembre 1957.*

19 de Febrero 2003

"Un campo de batalla es un espectáculo espantoso. Hasta los treinta años la victoria puede deslumbrar y ornar de gloria tales horrores, ¡pero más tarde!". "Jamás me ha parecido tan horrible la guerra". Hubiera podido vencer y no ha querido; ha rechazado la victoria como un amante harto ya rechaza a su querida, cosa que ella no le perdonará nunca. El ataque de la caballería de Murat ha introducido el desconcierto en toda el ala izquierda de Kutuzov; la caballería de Latour-Maubourg se ha apoderado de las alturas de Semenovsky; el camino de la victoria está abierto. Pero los mariscales Ney y Murat, agotados, piden refuerzos.

El emperador vacila: tan pronto dice que sí como que no. Los rusos se aprovechan de ello; Bragatton reconstituye la línea rota; ya no se trata de dar cima a la victoria sino de conservarla. Los mariscales vuelven a pedir, imploran refuerzos. El emperador da orden por fin a su guardia para que avance, pero inmediatamente la hace detenerse: "No, prefiere esperar a ver...". A eso de mediodía, el ala derecha francesa se había metido tan hondo en el ejército ruso, que descubría todo el interior y la retaguardia del mismo hasta el camino de Mojaisk -¡los fugitivos, los heridos, los carricoches!-. Sólo una torrentera y un soto separaban a los franceses de los rusos; no falta más que un último empujón para llegar hasta ellos y decidir la suerte de la batalla acaso de toda la campaña.

"¡La guardia joven! imploran, exigen los mariscales-. ¡Que se presente tan solo! Bastará con eso para acabar". "No, quiero ver más claro en mi tablero de ajedrez... Si mañana hay otra batalla, ¿con qué la voy a dar?". "No lo reconozco, dice Murat con un suspiro de tristeza". "¿Qué hace el emperador detrás del ejército?", exclama Ney, enfurecido. "Ya que no pelea, puesto que no es general, qué quiere hacer de emperador en todas partes, que se vuelva a las Tullerías y nos deje a nosotros ser generales, en lugar de él". Cuando Napoleón dio por fin su guardia era demasiado tarde ya; los rusos se habían retirado en buen orden, sin dejar a los franceses más que el campo de batalla en que parecía haber más vencedores muertos que vivos.

"Moscú! ¡Moscú!, exclamaron los soldados, y batieron palmas de júbilo, cuando el 14 de septiembre, a las dos de la tarde, vieron al final de la llanura de Mojaisk las cúpulas doradas. De repente olvidaron todos los sufrimientos de la guerra: ¡La paz está en Moscú", les había prometido el emperador. Quizá se alegrasen de algo más grande y que no sabían expresar: por Moscú pasa el camino de Oriente en que el Señor había puesto en otro tiempo el Paraíso de Adán, el Hombre, les llevaba hacia un nuevo paraíso: hacia el reino de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad.

Del Tabor a Gibraltar, de las Pirámides a Moscú; tal es la cruz napoleónica, el signo apocalíptico trazado sobre la tierra. "La causa del siglo estaba ganada; la Revolución, acabada, dirá Napoleón al evocar en Santa Elena sus sueños de entonces-. Yo pasaba a ser arca de la antigua y nueva Alianza, mediador natural entre el antiguo y nuevo orden de cosas". "¡Mi ambición! ¡Ah!, sin duda encontrará ambición en mí el historiador, y mucha, pero de la más grande y más elevada que acaso haya existido nunca; la de asentar, la de consagrar por fin el imperio de la razón y el pleno ejercicio, el goce íntegro de todas las facultades humanas". "Entonces, ¡qué perspectiva de fuerza, de grandeza, de goce, de prosperidad!". ¿No es esto tanto como decir: "Al paraíso por Moscú"? "¡Era tiempo!", exclama al contemplar, desde lo alto del Monte de la Salvación, Moscú que se extiende a sus pies, y como si despertara de un sueño espantoso.

Espera la llegada de una diputación para dar comienzo inmediatamente a las negociaciones de paz, cuando de pronto se entera de que Moscú está desierto. Se niega a creerlo y sigue esperando. Hasta que es casi de noche no entra en Moscú, como si volviera a sumergirse en un sueño espantoso: el vacío de una ciudad populosa, bruscamente abandonada, de las calles muertas, de las casas mudas, es más horrible que el más horrible de los desiertos. El vacío, el silencio infinito, el misterio infinito, Rusia: el Destino. Aquella misma noche se entera de que Moscú se quema. Cinco días estará ardiendo.

Los franceses tratan de cortar el incendio, pero en vano: la ciudad arde por todas partes a la vez: los ladrones y criminales a quienes han puesto adrede en libertad los rusos, pegan fuego a la ciudad. "Todo el mundo había visto con una facha atroz que erraban por entre las llamas, completando la espantosa imagen del infierno".

26 de Febrero 2003

La radio, la televisión, los periódicos de todo el mundo algunos como el "Nueva York Times" y el "Times" de Londres, en primera plana, habían dicho en sus titulares que el descubrimiento de Ebla modificaría los libros de historia. Y era verdad. Siria, considerada hasta entonces una región culturalmente subdesarrollada, sede de asentamientos urbanos tardíos o de cualquier modo sometidos a Mesopotamia, se revelaba, de pronto, como un faro de civilización autónoma y original, potente y organizada, cuyo génesis se perdía en las oscuridades del cuarto milenio, anterior a Cristo.

La tenacidad de Matthiae había indicado al mundo una nueva historia, una nueva cultura, y sobre todo una nueva lengua, vinculada con las famosas tabletas de Ugarit y por lo tanto genéticamente vecina, más que al sumerio, a los desarrollos de los modernos alfabetos europeos; y esta realidad renovada provocaba un sutil estremecimiento en la espalda de los arqueólogos reunidos en la pequeña oficina-museo de Matthiae en Tel Mardij. Y ese estremecimiento no lo producía sólo el hecho de percibir, después de cuatro milenios de olvido, la voz de los habitantes de Ebla, sino algo más. La posibilidad de que entre los diecisiete mil textos de Ebla, los arqueólogos tuviesen finalmente entre las manos precisamente lo que podía proporcionar la clave para explicar la destrucción de la ciudad por parte de Naram-Sin, de Accad.

Matthiae y sus colaboradores ya se habían habituado a la voz de Ebla, como si a la misión hubiese llegado un nuevo miembro, muy dispuesto a colaborar con el éxito de las excavaciones. En rigor, desde hacía más de un año los epigrafistas habían entrado en contacto con el cerebro de la ciudad. El código para la traducción de los textos ya no guardaba secretos, el acoplamiento estaba asegurado, y los arqueólogos se habían convertido un poco en periodistas curiosos frente a un testigo que sabe muchas cosas y que habla de buena gana. Lo que surgía de las confesiones era un cuadro exaltante, único, de la vida, de las costumbres de la ciudad.

En el 2300 antes de Cristo, Ebla tendría unos 50.000 habitantes, era gobernada por un rey, una reina, un consejo de ancianos, que dirigían una corte de unos 11.500 funcionarios, encargados de la administración, de la agricultura, la ganadería, las transacciones comerciales internas y externas. Las tabletas hablaban de millares de partidas de muebles de madera, tejidos, objetos preciosos enviados a localidades lejanas, como Mari en el Éufrates, Assur en el Tigris, Biblos en el Líbano; de importaciones de mercancías de la Mesopotamia, del envío de embajadores a las ciudades sumerias, del cobro de tributos de los Estados vecinos, de la estipulación de tratados internacionales adornados de maldiciones que, en comparación con las injurias de los trabajadores de Mardij, contra Naram-Sin parecían finos cumplidos.

Del cuadro surgía una economía sólida, vivaz, una especie de multinacional de la lana y la madera, mercancías con las cuales Ebla condicionaba todo el mercado de Mesopotamia. Tal vez, y precisamente por esto, Ebla aparecía menos condicionada por la religión de lo que ocurría en las otras ciudades-estado con base predominantemente agrícola. Por cierto que la ciudad tenía sus dioses, el principal de los cuales era Dagan, pero los lugares de culto, como resultaba de las excavaciones, no eran tantos.

En la Acrópolis, en lugar de construir un ziggurat, como tal vez habrían hecho los sumerios, los eblaitas habían preferido dejar espacio a los ministerios y a los vecindarios residenciales de los funcionarios del gobierno. A la inversa de Mesopotamia, donde existía la figura del rey-sacerdote, en Ebla era un administrador quien pensaba en los negocios, y los sacerdotes, que regían el culto, se ocupaban de la salvación de las almas. Por cierto que se puede pensar que estos últimos no aceptaron de buen grado esa especie de concordato de hace 4000 años, y la experiencia enseña a no excluir que trataran de intervenir en las decisiones del Estado. Pero también resulta significativo que por primera vez en la historia una reina acompañase a un rey en el poder.

Mario Zanol: Ebla, Un Reino Olvidado.

Marzo

5 de Marzo 2003

Un delgado beduino cubierto de polvo a causa de varios días y noches de rápida marcha por el monótono e infinito arenal ubicado al sur de Siria, atraviesa el desierto montando un camello de carrera. El jinete solitario, cuyo nombre las crónicas posteriormente indicarán como Ichia Ibn Jalifa, viene de las tierras bajas de Arabia. Para los pueblos civilizados de principios del Siglo VII que creían conocer todo acerca de las estrellas, la península de Arabia, rodeada por el Mar Rojo, el Océano Índico y el Golfo Pérsico, es más misteriosa que el universo. Los geógrafos romanos y persas tienen sólo una vaga idea del interior del país, y de las tribus guerreras de los beduinos, nada más que raras sospechas.

Ichia tiene la garganta seca, la arena le cruje entre los dientes. Las cantimploras de agua se bambolean casi vacías contra el cuerpo del camello galopante. Los ojos del sarraceno, semiocultos atrás del turbante sobre su cabeza y su cara, están fijos sobre una franja verde en el horizonte ardiente. Las estribaciones de la fértil planicie de Nubra, que más tarde se convertirán en las murallas y torres de la capital militar romana y de la provincia, Bosra, centellean más allá de las lejanas dunas bajo el resplandor del sol.

Si Heraclio, emperador de Bizancio, no ha abandonado aún este puesto exterior de su reino universal, Ichia Ibn Jalifa puede cumplir con el encargo del Profeta. En este día de junio del año 628 en el palacio Trajans de Bosra, cuartel del emperador, está sentado el soberano del imperio del este romano frente a un semicírculo de hombres que lo observan con enemistad y admiración a la vez. Heraclio, un capadocio de ojos azules, y tupida barba gris, de unos 55 años de edad, emperador desde hace casi veinte años, es de estatura mediana y constitución robusta. El pueblo cuenta historias fantásticas acerca de su fuerza muscular y su coraje. Dicen que en el hipódromo de Constantinopla ahorcó a un león sirviéndose sólo de sus manos; en la reciente guerra contra los persas, en un duelo dio muerte con su espada a cuatro generales enemigos.

Debe reorganizarse la administración, ante todo deberán decretarse cobrarse nuevos impuestos. La iglesia del imperio del este romano pide se le restituyan los préstamos de guerra. Al lado del emperador está sentada su señora, veintitrés años más joven que él, delgada, de cabello negro y grandes ojos oscuros. Ella lo había acompañado en toda su campaña militar; en este viaje también soporta todo género de incomodidad. Ella sabe que significa una carga de política interna para él. Percibe el deseo disimulado con el que le miran fijamente los señores de la iglesia. Martina es la sobrina del emperador, la hija de su hermana. Para los curas, su matrimonio es incestuoso, es pecado mortal. Afuera, delante del palacio, se comienzan a oír las voces. Al emperador le es grata la interrupción. La conferencia se asemeja a un callejón sin salida. Los religiosos de la iglesia estatal se niegan a toda reconciliación con las sectas enemistadas, sin embargo consideran posible el ingreso de impuestos más elevados. Los empleados y los oficiales de la guarnición temen revueltas en caso de cargar al pueblo saqueado con nuevos gravámenes. Heraclio se para debajo de la ventana alta en forma de arcada. Heraclio cierra los ojos a causa del resplandor del Sol.

Por encima de la multitud observa un beduino. Insensible al regocijo popular, la cara cubierta por una costra de polvo a causa del largo viaje a través del desierto, saca a su camello del "Decumanus", la calle principal oeste-este, por la curva de Nabataer hacia la plaza grande. Le cierran el camino dos soldados de la guardia imperial. El beduino pone la mano en su atuendo y le alcanza un rollo manuscrito al soldado de guardia: El emperador atrae al gobernador a su lado. ¿Ves al sarraceno? Tráeme la carta. Deben prender al hombre. Luego eleva la mano para saludar al pueblo. El soberano del cristianismo, astrólogo e investigador de la piedra de la sabiduría, confía mucho en su sexto sentido. Cree que gracias a sus presentimientos está sentado en el trono desde hace más tiempo que casi todos sus antepasados.

Cuando el ejército persa ya se encontraba frente a él también confió en su sexto sentido y no

atacó frontalmente a los sitiadores según la estrategia usual; condujo a su armada por caminos aparentemente falsos a lo largo del Mar Negro a través de Armenia, enfrentándose a la capital persa desde el norte. ¡La carta! susurran a su lado. Heraclio toma el rollo sin mirar. El obispo comenzó a hablarle a la multitud. Himnos de alabanza al emperador. Gratitud a Dios por haber llevado al cristianismo a la victoria. "Mi sexto sentido", piensa Heraclio. "Sólo he cometido errores en los momentos en que no lo he seguido. Esta carta es el comienzo de algo que traerá cambios. ¿Pero qué?"

El cha de Persia, Chosrau II, fue asesinado por sus propios aristócratas. Los sucesores se desgarran en la lucha por la herencia. Y el ejército bizantino está demasiado agotado por la guerra como para rebelarse. ¡En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo! terminó el obispo. ¡Amén! -braman cientos de voces en la plaza. Heraclio va hacia la baranda. Se oyen exclamaciones, la guardia imperial hace sonar los escudos. ¡Qué nos hable el emperador! Heraclio aprovecha el momento para abrir el rollo. Su vista vuela por encima de las pocas líneas. ¡En el nombre de Alá, del clemente, del misericordioso! ¡De Mahoma, el enviado de Dios, a Heráclito, el grande de los romanos ¡Saludos a aquél que va por el camino correcto. Te invito a reconocer al Islam. Hazte musulmán y gánate la paz. Tu recompensa será doble. Si en cambio rechazas este llamado, caerá sobre ti la culpa de todos aquéllos que se aferran al error. Oh pueblos que creéis en la Escritura, unámonos siguiendo la palabra: si nos dejaras adorar solamente al Dios único, no soportaremos otros ídolos a su lado...

Heraclio se contiene ante las palabras incomprensibles Alá, musulmán e Islam, luego le entrega nuevamente el rollo al gobernador. Tonteras, dice, un loco del desierto. ¿No hay respuesta? No hay respuesta. Deja marchar al beduino. Heraclio alza ambas manos por encima de su cabeza de César y se extasia con el júbilo. Apenas una hora más tarde Ichia Ibn Jalifa está cabalgando nuevamente por el Decumanus hacia el portal oeste, en dirección al sur, a través de los campos verdes, hacia el desierto amarillo oscuro. No quiere permanecer ni un instante más en la ciudad de aquellos incrédulos vencidos por la ceguera. Pero el correo del Profeta sabe bien que esa ciudad con sus iglesias y sus termas, su anfiteatro y sus jardines floridos será alcanzada por la furia de Alá.

*Rolf Palm: Los Árabes: La Epopeya del Islam.
Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1980.*

12 de Marzo 2003

Partió una mañana de invierno con la congoja ahogándole el alma. Aún acariciaban sus ojos las torres cercanas de la Alhambra y ya le mordía la nostalgia. Cabalgaban en silencio, temiendo contagiarse unos a otros sus pesadumbres. Delante de la comitiva, hundidos los hombros, derrumbados sobre la cabalgadura, iba la princesa Fátima. Junto a ella, el pequeño Ahmed, liberado, al fin, de su destierro. Tras ellos, Boabdil, con el fiel Abul Cazim, al que la derrota había encanecido de pronto sus cabellos. Les seguían unos cuarenta servidores que, eligieron el amargo camino de África. Al llegar a la cumbre, detuvieron, instintivamente, las cabalgaduras y volvieron sus cabezas hacia la Alhambra. Se recortaban, lejanas, sus murallas y sus torres, envueltas en un oro viejo, rojizo, muy parecido al color del azafrán. Y les pareció única y hermosa. Fijaban sus ojos con ansia para colmarlos de la imagen entrañable. Pretendían llevarse su armonía y sus perfiles exactos, grabados para siempre en la retina del alma. Sabían que esa hartura de ahora les tenía que durar toda la vida. Y cuando la dulce imagen se tornó, primero, borrosa y luego desapareció por las lágrimas, reanudaron lentamente el camino.

Cabalgaban al filo de las cumbres adentrándose en las veredas de la sierra. Al fondo aparecía el milagro de la nieve recortándose bajo el sol, rojo y vencido. Pero nadie se dejaba vencer por el paisaje. Todos rumiaban sus recuerdos, sus nostalgias, sus sueños perdidos. Algunos dudaban de que esa terrible desgracia les estuviera ocurriendo a ellos. Querían creer que estaban viviendo una angustiada pesadilla de la que despertarían muy pronto. Abul Cazim se lamentó desde su mismo sueño: No os apesadumbréis, señor. En fin de cuentas, la misericordia de Alá nos devuelve a nuestra raíz. Retornamos a África. Boabdil le miró entristecido y no le respondió. ¿Su raíz? ¿Dónde estaba su raíz?

Durante cientos y cientos de años, casi siete siglos, su raíz fue siempre el Andaluz, sus tierras,

sus paisajes, sus gentes. Allí escuchó las primeras voces de la vida. Miles de hermanos suyos se habían diluido como él en la tierra de promisión. Y a fuerza de batallar por ella, de sufrir y de gozar por ella, la amaban apasionadamente como propia. África era un vago sueño del que llegaba la lejana voz del Profeta recordándoles el nombre y la ley de su Dios. Pero Dios podía ser adorado en todas partes y en cualquiera de ellas guardarle amor, fidelidad y obediencia. Pero todo lo que durante tanto tiempo constituyó su vida, esa serena claridad, esa luz suave del rumor de sus fuentes, el olor de sus jardines y de sus huertos, las noches claras y sus estrellas limpias, las voces amigas o enemigas, escuchadas durante tantos años, se había convertido ya en algo consustancial y propio; en raíz viva, que ahora sangraba al desgajarla brutalmente del tronco. Pensó que debería haber muerto en la batalla. Ahora descansaría para siempre en su tierra. Se sentiría fundido con ella, como su abuelo Ismail, como su hermano Juseff, como Moraima... Sí, para él, lo de volver a su raíz era una frase vacía, sin sentido, y peor que la muerte.

De pronto pareció que el viento llenaba de sonidos extraños la sierra. Todos volvieron las cabezas hacia abajo, hacia Granada. Llegaba, como en un eco lejano, un voltear solemne de campanas. Era un clamor ancho, hiriente, que no se alejaba con la distancia, sino que retumbaba cada vez más cercano en los oídos y en el corazón. Alá le tendía el último poso del cáliz de la amargura. Él lo aceptaba mansamente y escuchó, resignado, la feroz despedida cristiana. Pero no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Era el adiós a setecientos años de apasionada convivencia. El adiós al hermoso sueño de sumar dos culturas entrañables. El adiós a un entendimiento imposible. Ninguno de los pactos firmados entre Boabdil y los reyes cristianos fue cumplido, ni por ellos ni por sus sucesores. En 1609, Felipe III expulsó de España a los últimos descendientes de aquellos árabes que sueñan aún con el paraíso perdido de Granada.

*Vicente Escrivá: Réquiem Por Granada. (Novela).
Madrid, Segunda Edición. 1991.*

19 de Marzo 2003

El momento más grandioso de la *Ilíada* es sin duda el final, cuando el anciano rey Príamo se acerca por la noche al campamento de los aqueos a rescatar el cuerpo de su hijo muerto. Es uno de los pasajes más conmovedores en la literatura del mundo, y no me disculpo por citarlo, según la admirable traducción del Sr. Rieu.

Arrodillándose ante Aquiles, el matador de su hijo, Príamo dice: ¡Teme a los dioses, Aquiles, y acordándote de tu padre, ten piedad de mí, aunque sea yo más desdichado, puesto que he llegado a hacer algo que ningún mortal ha hecho jamás; llevar a mis labios la mano del hombre que mató a mi hijo! Así habló Príamo y Aquiles sintió deseos de llorar al recuerdo de su padre y tomando la mano del anciano la apartó de sí suavemente. Afligidos por los recuerdos lloraban ambos. Príamo postrado a los pies de Aquiles, sollozaba amargamente por Héctor, el matador de hombres, y Aquiles gemía por su padre y por Patroclo; y la tienda resonaba con los lamentos de ambos.

El otro gran poema épico de la *Odisea*, describe el largo y accidentado retorno del "muy sufrido" Ulises a su patria, después del saqueo de Troya. En la *Odisea* nos enteramos también de lo que sucede a algunos de los otros héroes aqueos que aparecen en la *Ilíada*. Allí nos encontramos con Menelao, de nuevo en su palacio de Esparta, con la arrepentida Helena a su lado, que ya no es la femme fatale, sino la perfecta ama de casa. ...

Helena, acompañada de sus damas, bajó de su elevada estancia perfumada, semejante a Artemis con su rueda de oro. Adrasta le acercó una cómoda silla; Alcipe le trajo una alfombra de mullida lana, y Filo le dio el cesto de plata para la labor, obsequio de Alcandra, esposa de Pólipo que vivía en la Tebas Egipcia, donde se encuentran las casas más suntuosamente amuebladas. Pólipo le había dado a Menelao dos bañeras de plata, dos calderones con trípode, y diez talentos de oro, mientras que su mujer, por su parte, le había dado a Helena otros hermosos regalos, entre los que se incluía una rueda de oro y un canastillo de plata con los bordes de oro y que estaba montado sobre una ruedecilla.

Es también en la Odisea donde nos enteramos de lo sucedido a Agamenón, Rey de Hombres, a su regreso a Micenas. El anciano Néstor, hablando a Telémaco, hijo de Ulises, describe la traición de Egisto, primo de Agamenón, que sedujo a Clitemnestra, la esposa del rey, mientras él se encontraba en Troya.

L. Cottrell: El toro de Minos.

*Traducción de Margarita Villegas de Robles. México,
Fondo de Cultura Económica, Breviarios, Tercera reimpresión, 1974.*

26 de Marzo 2003

Iraq es una creación totalmente artificial de los ingleses, quienes, para acaparar dos campos petrolíferos, el de Kirkuk y el de Basora, que estaban separados entre sí, tuvieron la ocurrencia de juntar tres pueblos a los que todo continuaría separando, los kurdos, los persas y los árabes, alrededor de una capital olvidada, Bagdad; que "Irak es una locura de Churchill" se dice a menudo y es cierto. Pero cuando se da vida durante años a ciertas locuras, al final se convierten en realidades. ¿Ha llegado a ser una realidad la "locura iraquiana de Churchill", existe actualmente una nación iraquí?

Todo el problema iraquí reside ahí. Los kurdos qué duda cabe no quieren formar parte de la nación iraquí, aunque de vez en cuando y movidos por las necesidades de su causa, declaran que están dispuestos a confraternizar con ella. Todos los kurdos, o casi todos continúan soñando con una gran nación kurda que agruparía a los kurdos de Irak, los de Irán, los de Turquía, los de Siria y, por qué no, los de la URSS. Hay cerca de tres millones de kurdos en Iraq, sobre un total de diez millones de iraquíes; como se ve, se trata de algo muy importante.

La nueva guerra que ha empezado (62/70) es para Bagdad una guerra civil, mientras que para los kurdos es una guerra de independencia. Y luego hay los denominados persas. En realidad son los chiítas. Iraq es la frontera, una de las fronteras más bien, que separan el Islam sunita del Islam chiíta. Esta división es muy sutil y engañosa, ya que se encuentran chiítas en Líbano y sunitas en Afganistán, por ejemplo; pero en Irán se cree que el sunismo es el Islam árabe y que el chiísmo es el Islam no árabe, o sea, el de los iraníes; así pues, los chiítas dan a menudo la impresión de extranjeros, y hay que reconocer que el gobierno de Bagdad no hace nada para atenuar esta especie de ostracismo; en varias ocasiones ha expulsado a Irán a algunos chiítas, que no son sino iraquíes, acusándolos de ser espías a sueldo pagados por Teherán; en 1973 expulsó a más de cincuenta mil pobres diablos chiítas en condiciones verdaderamente crueles y sin ninguna clase de explicación.

Y ahí encontramos uno de los temas tabús de Iraq, que en los años venideros va a ser la clave de las grandes dificultades con las que se enfrentará el país. el presidente Bakr, etcétera.

Rápidamente (1968) se hace notar un hombre joven, simpático, decidido, siempre al lado del presidente Hassan el Bakr (llegado al poder por un golpe de Estado) de quien parece ser el niño mimado, otras su delfín y otras su adversario. En realidad, se convirtió en seguida en el hombre fuerte del país. Pudorosamente se le llama "el número dos" de Iraq; de hecho es el número uno.

Detengámonos un poco en este personaje, que quizá sea el primer iraquí verdadero; es demasiado joven para que haya podido conocer realmente el colonialismo inglés y los comienzos exaltados del baasismo, pues sólo cuenta treinta y cinco años. Representa, pues, a la joven generación árabe, y eso es lo que lo apasiona. Tanto para él como para los de su generación, el vocabulario político, los slogans han sido un terrible engaño para el mundo árabe.

Saddam Hussein es un tecnócrata que toma la realidad a brazo partido. El baasismo, el imperialismo, "todas las palabras terminadas en ismo" son palabras de las cuales se quiere desprender.

Y sin embargo, se crió en el serrallo. A los diez y siete años era ya miembro del partido baas. Autodidacta, escaló poco a poco todos los peldaños del aparato. Incluso se dice que participó en la

mayor parte de los movimientos políticos de Iraq que han salido de un pueblo, por no decir de una aldea. El antiguo vicepresidente Takriti, actualmente el segundo de a bordo del país, Saddam Hussein, tuvo un intento de atentado contra Kassem cuando sólo tenía veinte años.

No es del todo seguro, pero le da un cierto prestigio muy útil; por lo que fuere, en tiempos de Kassem estuvo en prisión como todo el mundo. En el aparato del baas se distinguió sobre todo por los (numerosos) servicios de seguridad y de información política. Será allí donde aprenderá a frustrar los golpes de Estado y a preparar conspiraciones, donde aprenderá también a conocer a los hombres del partido, tanto a los militares como a los ideólogos, a los que bien pronto va a encontrar en contra suya. Y rápidamente se da cuenta de que el baasismo ya no es un ideal político, y que agrupa ahora no importa qué, no importa quién: militares que sueñan con apoderarse del poder, gentes de izquierda, intelectuales que pretenden doblar el número de comunistas, o por los propios comunistas que se hacen pasar por baasistas para que no les cuelguen etiquetas de marxistas. En resumen, ha sido el primero en darse cuenta que el partido ya no era un partido sino una posada española, la antecámara del poder.

Therry Desjardins: Cien Millones de Árabes.

Barcelona, Ediciones Nauta-S. A., 1975. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, S.A., 1981.

Abril

2 de Abril 2003

Nota: El presente artículo está escrito en el español del Siglo XVI. Vagó Amadís, sin tomar alimento ni descanso, por lo más escondido e aquellas montañas, hasta que, de allí a dos días, al caer la tarde, entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos, que estaban sobre una fuente, e fue allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día andoviera sin fallar agua; e cuando a la fuente llegó vio un hombre de orden, la cabeza e barbas blancas, e daba beber a un asno, y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó, e preguntóle si era de misa; el hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era. A Dios merced dijo Amadís; agora vos ruego que folguéis aquí esta noche por el amor de Dios, e oírme heis de penitencia, que mucho lo he menester. En el nombre de Dios dijo el buen hombre.

Amadís se apeó e puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejólo pacer por la yerba, y él desarmóse e finco los hinojos ante el buen hombre, e comenzóle a besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, e alzándolo le hizo sentar cabe sí, e vio cómo era el más hermoso caballero que en su vida visto había, pero vióle descolorido, e las faces e los pechos bañados en lágrimas que derramaba, e hobo dél duelo e dijo: Decid todos los pecados que se os acordaren. Amadís así lo fizo, diciéndole toda su hacienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo: Según vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venís, no os deberíades matar ni perder por ninguna cosa que vos aviniese, cuanto más por fecho de mujeres; e vos consejo que no paréis en tal cosa mientes e vos quitéis de tal locura, que lo fagáis por amor de Dios, a quien no place de tales cosas. -Buen señor dijo Amadís-, yo soy llegado a tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, e ruégoos por aquel Señor poderoso, cuya fe vos mantenéis, que vos plega de me llevar con vos este poco tiempo que durare, e habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me facen menester, dejarlo he aquí, e iré con vos de pie, haciendo aquella penitencia que me mandares.

Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél había; así que las lágrimas le caían por las barbas, que eran larga e blancas, e díjole: Mi fijo señor; yo moro en un lugar muy esquivo e trabajoso de vivir, que es una ermita metida en el mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña, que ningún navío a ella se puede llegar sino en el tiempo de verano; e allí moro ya treinta años, a quien allí morare, conviénele que deje los vicios e placeres del mundo, e mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.

Todo eso dijo Amadís es a mi grado, e a mí me place pasar con vos tal vida, esta poca que me queda, se ruego vos por amor de Dios, que me lo otorgueis. El hombre bueno se lo otorgó, mucho

contra su voluntad, e Amadís le dijo: Agora me mandad, padre, lo que faga; que en todo vos seré obediente. El hombre bueno le dio la bendición, e luego dijo vísperas, e sacando de una alforja pan y pescado, dijo a Amadís que comiese; más él no lo hacía, aunque pasaran ya tres días que no comiere, él le dijo: Vos habéis de estar a mi obediencia, e mandoos que comáis; si no vuestra alma sería en gran peligro, si así moriésedes. Entonces comió, pero muy poco; que no podía de si partir aquella grande angustia en que estaba; e cuando fue hora de dormir el buen hombre se echó sobre sus manto e Amadís a sus pies, que en todo lo más de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse e dar grandes suspiros; e ya cansado y vencido del sueño, adormecióse.

A la otra mañana pusiéronse en camino, el ermitaño en un asno y Amadís en su caballo, porque el religioso así se lo mandó. El hombre bueno lo iba mirando, como era tan hermoso y de tan buen talle, e la gran cuita en que estaba, e dijo: Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona e angustia en que sois puesto; que vos sois mancebo e muy feroso; e vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis nombre Beltenebros. Amadís plugó de aquel nombre, e tomó el buen nombre por entendido en que le haber con tan gran razón puesto, e por este nombre fue él llamado en cuanto con el vivió, y después gran tiempo, que no menos que por el de Amadís fue loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Libros De Caballerías. Amadís de Gaula. Novela de Caballerías, Refundida y Modernizada. México, Editora Nacional, Biblioteca Literaria del Estudiante, Dirigida por Ramón Menéndez Pidal, 1977.

9 de Abril 2003

Ya que os interesa nuestra opinión, os contaré algo -dijo, dirigiéndose a mí -. De hecho, aclara mejor que cualquier otra información la necesidad de la convivencia, la armonía que debe presidir la relación entre las tres culturas y las tres religiones. Se detuvo y, tras repasar con su penetrante mirada a todo el grupo, hizo una pequeña pausa antes de comenzar.

Se trata de una parábola que quizá tampoco vosotros conozcáis, queridos amigos. Ocurrió hace muchos siglos, en un pequeño pueblo de Oriente, donde vivía un hombre cuyo objeto máspreciado era un anillo de valor incalculable. No penséis que estaba hecho de un metal precioso o tenía incrustaciones de diamantes u otras gemas. No, se trataba de una sencilla alianza, cuya importancia residía en conseguir para su portador el secreto poder de volverlo agradable a Dios y a los hombres. De hecho, hacía de su dueño el jefe indiscutible y venerado de toda su casa.

Este hombre, que era sagaz y justo, comprendió la trascendencia de asegurar tal fuente de sabiduría. Por eso, a su muerte, legó el anillo a su hijo preferido, quien, una vez más, se convirtió en una persona venerada. Éste, a su vez, lo transmitió al que fue elegido futuro jefe de su casa. Y así ocurrió sucesivamente, de forma que la alianza fue siempre un símbolo de aquella familia.

De generación en generación, el anillo fue pasando hasta llegar a manos de un padre de tres hijos, incapaz de decidir a cuál legarlo, pues amaba a todos por igual. Pensó en todo tipo de soluciones sin encontrar salida a su problema. Su actitud hacia los tres hizo que cada uno alimentara fundadas esperanzas de recibir el precioso don. En consecuencia, le fueron apremiando poco a poco. Le decían: Debes decidirte pronto, padre. Haz de acabar con la zozobra en que vivimos. Eso sin mencionar el hecho de que si te ocurriera algo, Dios no lo quiera, podrá originarse un altercado de difícil solución. Pero él no sabía qué hacer. Durante bastante tiempo siguió posponiendo la decisión, hasta que al final, a causa del amor que les profesaba, se comportó con debilidad. Ocurrió que cometió la imprudencia de prometérselo a cada uno de ellos por separado. Si bien era consciente de haber tomado una solución temporal, gracias a este arreglo transcurrieron muchos años en paz.

El patriarca dirigía la casa en armonía y sus descendientes, convencidos de ser los futuros poseedores del anillo, desempeñaban sus funciones sin la menor controversia. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, el padre se inquietaba, pues sabía que aquella situación debía resolverse. Sintiendo próximo su fin, no se le ocurrió mejor arreglo que convocar en secreto a su vecino, un reputado orfebre, a quien encargó dos anillos semejantes en todo al primero. El artesano lo hizo tan bien que el

mismo padre fue incapaz de distinguir cuál era el original. Después hizo venir a sus hijos, por separado y sin testigos, y les entregó cada una de las copias diciéndoles: Hijo mío, te he mandado llamar porque se aproxima la hora de mi muerte y debemos hablar. Como sabes, mi más preciado tesoro es el anillo de la sabiduría que mi familia guarda desde tiempos inmemoriales y que te convertirá en el nuevo jefe de nuestra casa. Hace tiempo te lo prometí y hora es de que lo tengas. Después de pronunciar estas palabras, se acercaba a su alacena y cogía al azar una de las tres cajitas de madera taraceada que contenían las réplicas y el original. Tómallo dijo a cada uno de los hermanos y no lo lleves en tu dedo hasta el día de mi muerte. Y desde entonces, hazlo sólo en los momentos excepcionales, pues no es su uso, sino su posesión, lo que te dará el poder de convertirte en el rector de nuestra familia. Dicho esto, se despedía con gran pompa de cada uno de los tres hermanos. Pocos días más tarde el patriarca murió dulcemente.

Después del entierro, cada uno de los hijos exhibió con orgullo el signo de la autoridad y se presentó como el elegido. ¡Imaginad su estupor! Fue imposible averiguar cuál era el verdadero anillo. En consecuencia, los tres hijos pretendieron obtener la dirección de la casa común con idéntica legitimidad.

Don Culeman entornó los ojos y viendo que le escuchábamos atentamente, en espera del desenlace, nos miró con perspicacia. Luego prosiguió: Aquí finaliza la parábola. Como veis, es muy hermosa. Observo, por la expresión de vuestros rostros que habéis apreciado su enseñanza. Pues, en efecto, de la misma forma, cristianos, árabes y judíos formamos parte del mismo linaje, estamos convencidos de profesar la verdadera fe, pero nos vemos imposibilitados de probar a los demás por qué nuestra doctrina es la auténtica.

*Pedro Jesús Fernández: Peón De Rey.
México, Litográfica Ingramex, S. A., 1999.*

16 de Abril 2003

Algunos han dicho que el creador del universo lo hizo por juego y lo mantiene como una diversión. Si es así y casi me inclino a creerlo- la vida humana tal vez sea apenas algo más que un juego, en el sentido de que el hombre no es responsable de la perduración de esa vida (que está en manos de la naturaleza) y por lo tanto debe ocupar su tiempo en fruslerías que, si no quiere morir de aburrimiento, debe considerar muy importantes y dotadas de gran significación. El hombre viste su cuerpo y adorna su casa, sazona los frutos de la tierra, oye música y lee relatos. A veces sus diversiones son sanguinarias y tiránicas: entonces se les da el nombre de política, el arte de gobernar y hasta el deber y la necesidad de expansión imperialista. El hombre es un animal social que construye alegremente sociedades humanas sin trabas, para que después otros hombres perversos se entreguen a la voluptuosidad de anquilosarlas con leyes y sanciones supersticiosas, y dignificarlas con el nombre de "Estados". Creo que es sólo por obligación como los hombres instituyen entre sí deberes mutuos.

Jesús de Nazareth enseñó la importancia del deber y explicó su naturaleza mediante una palabra que, más que amor es "ahavah" o "agape". En todas las lenguas, esa palabra es traicionera y difícil de definir. Pero Jesús demostró, mediante la parábola y el ejemplo el sentido del término. Propuso algo imposible: el amor a nuestros enemigos. Pero esa imposibilidad es menos inexorable considerada desde el punto de vista que debo llamar "lúdico" y que ha sido aplicado a la creación del mundo y su preservación.

También el deber es un juego: diabólicamente difícil, pero no imposible. El juego de la tolerancia, el juego de ofrecer la otra mejilla, el juego de superar nuestra repulsión natural ante una piel devorada por las pústulas o la lepra y de cubrirla con besos llenos de amor. El que gana el juego recibe un premio y el premio se llama el reino de los cielos. Un reino de hombres y mujeres que juegan bien y desean jugar aún mejor. Siempre es posible reconocer a los miembros de ese reino: por sus frutos los reconoceréis. El juego da un extraordinario interés a la vida. ¿Por qué hay tantos que, no contentos con negarse a jugar, persiguen con una ferocidad desproporcionada a quienes tienen ganas de jugar? Porque se toman la vida demasiado en serio. Jesús y sus hombres no se tomaron en serio la

vida.

Como ya hemos visto, hubo que rescatar a Mateo de ese hábito de tomársela en serio, pero los demás discípulos eran hombres que no poseían nada y por lo tanto no tenían nada que tomarse en serio. Poseer bienes es peligroso; el peligro de poseer un imperio es la locura suprema de tomarse las cosas en serio. Cuando se posee una cosa, siempre se acaba luchando por ella y esa lucha quizá parezca una buena solución para el aburrimiento. Pero la lucha es tan destructiva para nosotros mismos como para nuestros enemigos, es infinitamente agotadora y casi siempre termina con la cosa por la cual hemos luchado.

*Anthony Burgess: Jesucristo y el Juego del Amor.
Barcelona, Editorial y Distribuidora Hispano Americana, S.A., Segunda Edición, 1978.*

23 de Abril 2003

Cisneros halló sobrado que reformar en su Diócesis de ciento ochenta leguas a la redonda, sin contar Huéscar ni el adelantamiento de Cazorla: cuatro ciudades, ciento ochenta y tres villas y trescientos veintidós lugares o aldeas, con sus buenas iglesias y curatos. Un prelado tolerante y cortesano como Mendoza, mucho más tiempo con los reyes que con sus ovejas, apenas reparaba en tales menudencias y pecadillos: cobraba las rentas, repartíalas con mano liberal, y, en su escepticismo, sólo pedía a los hombres una cosa: discreción, y corriese el agua por los cauces antiguos, que innovar en mal o en bien, siempre es malo a la postre.

Cisneros, de alma más ardiente, los quería perfectos; se angustiaba por el malgastar de la hacienda de Cristo, por los malos ejemplos, por las carnalidades, por los vicios... Resumen, que su vida era una perpetua agonía y berrinche, y como bríos le sobraban y no era hombre para estar cruzado de brazos ante el desgobierno, entró cortando y talando, decidido a meterlo todo en caja. Logró mucho: cosas que parecían inconmovibles, fundiéronse bajo su mano; corruptelas veteranas, pecados que, de viejos, estaban ya olvidados, los arrancó de cuajo; moralizó el clero secular, sin abandono de la reforma monástica, asunto peliagudo, entrado ahora en la fase de las triquiñuelas y pelitreques legales ni las fábricas religiosas de su mitra.

Realizó, además, por entonces, obras de gran aliento en la catedral. Amplió a dos naves la capilla mayor que resultaba angosta, e hizo labras para ella, en madera de alerce, que pasa por incorruptible, un hermoso y grande retablo de la vida de Cristo, colocando a ambos lados, en dos enterramientos de gusto gótico bien cargado de oro y blasones, obra de Copín de Holanda, las efigies y urnas cinericias de los monarcas e infantes que yacían en la capilla de la Santa Cruz o de los Reyes Viejos, unida a la mayor tras la reforma.

Como se ve, desplegaba igual celo en los templos vivos los sacerdotes y en los templos muertos las fábricas-; pero los unos no eran tan dóciles como los otros. Lo primero con quien tropezó fue el Cabildo primado, gente rica y de alcurnia, amigos del fausto y de no dar cuentas a nadie de sus pasos; conciencias de teólogo, que entraban por todas como la romana del diablo.

De cómo andaba la clerecía entonces, basta saber que en el Concilio de Aranda en tiempos del Arzobispo Carrillo se dispuso, entre otras cosas peregrinas, que los sacerdotes dijese misa, cuando menos cuatro veces al año. Se echaban la casulla encima como si fuera una marlota para ir a jugar cañas, celebraban en un periquete, y ancha es Castilla, y todo el monte orégano. Esto no se inventa aquí, se dijo en púlpitos, y en tiempos mucho más rígidos que los de Cisneros. Y el Cabildo toledano se llevaba la palma. De su soberbia y arrestos dará idea el que se opuso a la misma Reina cuando quiso erigir cumpliendo la voluntad del muerto, el sepulcro del Cardenal Mendoza en el presbiterio del altar mayor. (Claro es que no les valió a los prebendados, pues Isabel, harta de dar razones, mandó derribar una noche el muro que impedía la obra, y nadie se atrevió a abrir el pico).

Al saberse la elección del nuevo Arzobispo, el Cabildo, muy ceremoniático, comisionó a dos canónigos, Francisco Alvar y Juan de Quintanapalla, para felicitarle. Cisneros, agradeciendo la fineza, aprovechó la coyuntura para endilgarles una plática sobre sus intenciones de reforma eclesiástica:

convenía que se sometiesen a más estrecha disciplina, practicando la antigua "vita communi", según la regla de San Agustín, sobre todos los semaneros, y él, a su costa, les fabricaría sendas celdas junto al templo. Y puso manos a la obra; en el claustro alto, que da al patio interior, empezó a construir habitaciones a porrillo. Los cabildantes, con el discurso y la obra, se escamaron: de ésta les enchiqueraban. ¡Adiós el vestir lo precioso, comer lo sabroso, gozar lo deleitoso y poseer lo honroso! ¡Adiós los entonamientos y vanidades y las dormidas con buena moza!

Reuniéronse en conventículo a tomar providencias, pues la cosa urgía, y ya no pensaban que el río se llevaba el ojo del puente. ¡Y no eran nadie! Un pueblo entero: catorce dignidades, cuarenta canónigos, cincuenta racioneros, cincuenta capellanes y veinte canónigos extravagantes. Había que precaverse del prelado que entraba en paz, como el caballo de Troya, y dentro traía solapadamente la muerte. Decidieron irse en alzada nada menos que al Padre Santo, y don Alonso de Albornoz, hombre audaz y solerte, partió para Roma secretamente. Tal, por lo menos se figuraron; pero bien comidos y calentones, quién más, quién menos, subióse a quebrar púlpitos, y no debió brillar en el cónclave de la prudencia, que es, según San Bernardo, abadesa de las virtudes.

El caso es que Cisneros, lo supo y acudió prestamente con el remedio: una orden de los Monarcas para detener al viajero. No fue posible; había salido ya del puerto de Valencia. Tras él partió a vela y remo una galera real; le ganó el barlovento, llegando a tiempo para prevenir al embajador Garcí Lasso de la Vega. Y cuando Albornoz desembarcó en Ostia, topóse con su excelencia, que le convidó a cenar. Terminado el ágape, le dijo, con mucha cortesanía, tenía orden de volverle a España por las buenas o por las malas. Ante tal manera de razonar, que en griego se llama dilema y en latín "argumentum cornutum", por lo mucho que aprieta al adversario, el canónigo bajo la cresta: Garcí-Lasso era hombre para todo; urdía tramoyas diplomáticas y asaltaba castillos con mejor ventura que su hijo el poeta. Vínose, pues, para Toledo, bien acompañado, y le costó la escapatoria, amén de una filípica cisneriana, dieciocho meses entre prisiones y destierros.

El Cabildo cogió miedo, comprendiendo que con el nuevo Arzobispo no valía burlar, pues tenía pesadas burlas; pero Fray Francisco pensó para sus adentros no era bueno extremar rigores, y no llevó adelante lo de la vida en comunidad Fray Hernando de Talavera la había impuesto a los cien canónigos y racioneros de Granada-, pues el que manda ha de saber, como buen piloto, trocar las velas con los tiempos. La obra de claustro unida a las casas de los arzobispaes por una cavalcavía sirvió para alojar a los Reyes cuando éstos iban a Toledo.

Luys Santa María: Cisneros.

Buenos Aires-México, Espasa Calpe, Colección Austral, S. A., 1940.

30 de Abril 2003

La madre de don Juan vivía en Flandes. Esta mujer, de la cual le habían hablado rara vez, estaba viva, demasiado viva. Habitaba en Gante. En Madrid, algunos días antes de su partida, don Juan le había oído a Felipe II dar lectura, no sin una solapada satisfacción, a una antigua carta del Duque de Alba. Es una mujer terrible, le había escrito el Duque, con una cabeza más dura que un pedazo de madera. Por eso, lo único que podría proponer es secuestrarla y meterla en un convento sin preguntarle su opinión.

Así pensaba también Felipe II, que había encargado a su nuevo gobernador que ejecutara ese plan. Don Juan iba a encontrar a su madre para alejarse de ella y ponerla a la fuerza en un lugar en donde no pudiera perjudicar. De esta madre, don Juan ignoraba casi todo. Don Luis de Quijada, poco tiempo antes de morir, había juzgado oportuno revelar su existencia y su nombre. Pero el viejo chambelán, para el bien del príncipe, había dejado bajo un velo de banalidad la imagen que había atormentado al adolescente e intrigado al joven.

En 1545, en Ratisbona, una muchacha de condición humilde había atravesado la vida de Carlos V, sin lograr no obstante disipar la tristeza de su reciente viudez. Esta muchacha tenía algún talento para el canto y el Emperador apreciaba las voces hermosas. Esperaba de ella melodías y baladas.

Canciones y más canciones... Se llamaba Bárbara de Blomberg. Don Luis se había contentado con eso. La realidad que se descubriría ahora tenía aspectos más sórdidos. Ante todo, la dama se llamaba Barbe Plumberger. Era una muchacha fuerte, bien en carnes, y de oficio lavandera, cuando el Emperador la había conocido. Se había vuelto gorda, vulgar y tenía muy mala reputación. Una renta anual de doscientos florines, que el Emperador le había otorgado por testamento, no le había bastado nunca. Los predecesores de don Juan, Margarita de Parma, Alba, Requesens, todos agobiados por sus pedidos, sus deudas, sus despilfarros, habían tratado de convencerla, de que fuese a vivir a España. Sólo habían logrado alejarla de Bruselas a Gante. A esta aventurera que vivía con gran lujo, le hacían falta no menos de dieciséis criados, dos damas de honor y varios pajes. ¿Cómo podía mantener a toda esa gente? Se había ligado en amistad con cierta dama Frayken, que tenía una casa de prostitución.

El último de los amantes de Barbe era un inglés, llamado Sataden, diez años más joven que ella, y que vivía del fraude y del espionaje. La conducta de este hombre era tan escandalosa que había sido puesto preso por Requesens y continuaba en la cárcel... ¡Bonita familia se ofrecía al príncipe, tan preocupado por su gloria y que tanto había soñado con ser rey! Don Juan, pues, iba a conocer a su madre. La libertad de Sataden es la condición que esta dama pone para su partida dijo Escobedo a don Juan. Tenéis que verla.

Pasos precipitados en la antecámara le advirtieron que ella estaba allí. Oyó una voz con entonaciones roncadas y se le apretó el corazón. Entró una mujer, pesada, de piernas cortas, escandalosamente pintada. Don Juan midió la distancia que lo separaba de ella. Había encontrado muchas mujeres semejantes, pero nunca había imaginado que su madre pudiera parecerseles. - Señora, tenéis que iros... Habló con cortesía, pero con tanta firmeza que ella, durante un largo tiempo, guardó silencio. Le explicó las razones que hacían imposible su estadía en los Países Bajos, subrayó las disposiciones tomadas para que ella viajara dignamente. Una flotilla de seis navíos había sido armada para acompañarla a España, donde todo estaba pronto para recibirla. -Conozco vuestras ideas- respondió con cólera Barbe Plumberger. Ya no fue posible detenerla. Pasaba de un tema a otro. Una expresión perversa se pintaba en su cara y don Juan quedó aterrorizado de la avidez de su mirada, de la grosería de su lenguaje. Don Juan se puso de pie para cortar la entrevista. Este además la exasperó. Se puso a gritar, perdiendo toda retención. Don Juan se sintió morir de confusión. Un joven oficial abrió la puerta. Lo echó con un gesto. -Preferís callar, aulló ella- ¡Sea! Y bien, ¡sabed quién sois! ¡Creéis sin duda ser el hijo de Carlos V. Sois el único en creerlo. Tres hombres, a lo menos, podrían ser vuestro padre... Ni siquiera sé cuál de ellos es.

Al día siguiente a Barbe Plumberger la ponían a la fuerza en un navío. Pero, el mal estaba hecho. No faltaban personas malintencionadas entre los que rodeaban a don Juan. El incidente se propaló. Circularon libelos: Felipe II había mandado a los Países Bajos a un gobernador de padre desconocido. Algunos Estados llegaron hasta pedirle al Rey de España que reemplazara a don Juan. Reclamaban a un príncipe que no fuera bastardo.

*Edmonde Charle-Roux: Biografías y Memoria: Don Juan De Austria.
Buenos Aires, Emece Editores, 1981.*

Mayo

7 de Mayo 2003

Hasta ahora la loba había defendido su territorio, su cubil, sus cachorros, su abrevadero. Pero ahora había olido sangre. Eran fenómenos aislados cuyo único punto de contacto residía en su común desesperación por el nuevo estado de cosas. Los campesinos que, después de la prolongada guerra habían encontrado sus campos arrasados o estériles, se resistían a volver a una ocupación tan insulsa como la agricultura. El bullicio y el ruido de la ciudad les aturdían. En el trabajo solitario del campo se sentían olvidados. Los hijos no querían perderse nada; abandonaban el ambiente y se iban a la ciudad. Roma se había acostumbrado a dejarse alimentar por los pueblos extranjeros.

Lo que antes se hizo por las imposiciones de la guerra, siguió haciéndose ahora; los barcos

acarreaban todo lo que se necesitara. En las manufacturas, en las minas, en los hornos, los esclavos se contaban por docenas, por cientos de miles; había esclavos en los remos, en todas las casas, en todos los talleres. Los que antes ocuparan estos puestos eran romanos, y ahora resultaban demasiado valiosos. Pero también ellos necesitaban dinero. La nueva fuente de ingresos era el ejército. Éste ya no se dedicaba a hacer la instrucción frente a las puertas de la ciudad; o en cuarteles tan alejados como Fiésole o Piacenza; era un ejército de bandidos, en constante "tournée".

El desprecio es muy agradable como excusa y después de la guerra púnica el desprecio por todas las culturas extranjeras era general y obligatorio para todos los ciudadanos; los romanos cultos lo sentían, y las masas por ignorancia y despecho. El mundo intelectual griego nunca había sido admirado; ahora inspiraba odio. Quien leía a Platón no era solamente frívolo; era un canalla. Muchas fuentes lo atestiguan. No se reparó en medios para demostrar a esos pueblos extranjeros, ya fueran griegos o cualquier otra cosa, quienes eran los romanos y qué representaba Roma.

En el año 189, los romanos conquistaron el reino sirio de Asia Menor; en 168 conquistaron Macedonia; en 167, Epiro; en 146, Grecia; en 121, el sur de las Galias. El paso de las legiones quedaba marcado por un infierno de ruinas humeantes y ríos de sangre. Todo era saqueado; robaban hasta el último céntimo y la última cuchara de plata.

En Epiro, donde volvió a sonar el nombre de Pirro, destruyeron setenta ciudades y se llevaron como esclavos a ciento cincuenta mil habitantes. Corintio "la niña de los ojos" de Hélade, su ciudad más hermosa y floreciente, fue completamente arrasada, y sus pobladores vendidos como esclavos. Delos, la isla sagrada dedicada a Apolo, fue reducida a ruinas y degradada a mercado central de esclavos de Roma. Todos maldijeron el día en que se negaron a ayudar a Aníbal. ¿Qué hubiera sido éste? ¿Un conquistador desenfrenado? No, un ángel. ¡Un ángel!

Sólo nos queda hablar del destino de Cartago. No es difícil adivinarlo, ¿verdad? Una insignificante transgresión del tratado firmado cincuenta años atrás proporcionó a los romanos la excusa de una "intervención, la excusa para la llamada tercera guerra púnica. Los cartagineses se habían defendido de un ataque de los númidas (quizá provocado por los romanos) sin pedir permiso a Roma. El comandante de las legiones estacionadas en África atacó inmediatamente, exigiendo la entrega de todas las armas y todos los barcos. Atemorizados los cartagineses, obedecieron. También tuvieron que entregar más rehenes. Pero el Senado no se contentó con esto. Querían borrar del mapa la ciudad, y ordenó a los púnicos que la evacuaran y se fueran a vivir al desierto. Ésta fue la señal de la última y heroica agonía de Cartago.

Empezó a prepararse para una guerra a muerte: las mujeres y los niños empuñaron los martillos y fabricaron espadas, lanzas, flechas y arcos. Fundieron las estatuas para hacer puntas de flechas. Arrancaron las rejas para convertirlas en picas, excavaron las plazas para construir cisternas; transformaron los templos en fundiciones de armas; en los lugares sagrados almacenaron pertrechos de guerra, piedras, brea y azufre. En todas las casas se amontonaron febrilmente toda clase de víveres. Llegaron enseguida los romanos. La flota bloqueó el litoral y el ejército cortó las comunicaciones con el interior; fue así de sencillo. Cartago resistió durante dos años, hasta 146. El hambre diezmó a los ancianos y las epidemias a los jóvenes. Cuando ya no pudieron enterrar a los muertos, vivieron entre cadáveres. No había esperanza ni ayuda; nadie se atrevió a intervenir; el miedo a la loba carnívor era demasiado grande. Entonces llegó el fin. Los romanos se lanzaron al asalto e irrumpieron en la ciudad. Cada casa era una fortaleza; cada calle tuvo que ser conquistada, y cada cartaginés muerto en combate. Las mujeres y niños que quedaron fueron vendidos como esclavos. La ciudad fue reducida a cenizas. El Senado hizo pasar el arado sobre ella, en un acto solemne y simbólico. El pueblo preparó al general vencedor (un patricio) un arco triunfal.

En este punto, el mundo de la Antigüedad contuvo realmente la respiración. Ante esta llamada tercera guerra púnica, la Antigüedad reaccionó como en presencia de un enigma y así lo corrobora la actual investigación histórica. Nadie comprende este bestial arranque de cólera y este odio exacerbado.

14 de Mayo 2003

A los Fugger de Augsburgo los Médicis de Florencia habrían podido servir de modelos. En su opulencia no dispondrán de capitales comparables a los de sus colegas de Alemania, pero en las letras y en las artes alcanzarán un renombre mucho más alto. Agreguemos que, como en Italia no dominaba una autoridad semejante a la del emperador alemán en la antigua Germania, los Médicis y sus congéneres de las demás ciudades italianas llegarán a desempeñar un papel en el gobierno de su ciudad, que los Fugger no lograron jamás. Los Médicis eran originarios de Mugello, del norte de Florencia: campesinos sin duda, que fueron a establecerse en la ciudad y se dedicaron a la industria o al negocio con los recursos que les procuraría la venta de sus bienes.

Se les encuentra desde el Siglo XIII en la ciudad del lirio rojo, entre los ciudadanos acomodados. Más tarde, cuando los Medicis hayan adquirido un lugar preponderante, los historiadores les descubrirán orígenes más gloriosos: un valiente, de la talla de Rolando y de Renaud, que habría vencido al gigante Mugello, por lo cual Carlomagno le habría dado como armas las seis bolas rojas sobre campo de oro, que formaron el escudo familiar; pero otros aseguran que esas seis bolas rojas representaban en las armas de los Médicis, píldoras farmacéuticas en memoria del boticario ancestral. Lo cierto es que esas bolas o píldoras llamadas en italiano palle darán su nombre a los partidarios de los Medicis los pallechi cuando la familia haya tomado la dirección del partido popular, del partido güelfo, de los popolosi en la lucha secular contra los Grandi y gibelinos.

A fines del Siglo XIII (1291), vemos asomar en Florencia a un Ardigo. Medicis, como prior de las artes, o lo que es lo mismo: jefe de las corporaciones profesionales. En 1314 pasa a ser gonfaloniero de la ciudad. Bajo su impulso la facción popular triunfa, y Dante, un gibelino, toma el camino del destierro, lo que nos vale su inmortal obra maestra. En el Siglo XIV, continuando las tradiciones familiares, Silvestre de Medicis se pone a la cabeza de los ciompi (descamisados), en su mayor parte cardadores de lana, la industria de la lana era la gran industria florentina- y el pueblo toma el lugar preponderante en la ciudad republicana de las orillas del Arno.

A comienzo del Siglo XV la familia de los Medicis se halla siempre en la corriente popular, pero con una fortuna muy acrecentada. Ha extendido su actividad al comercio del dinero. A ejemplo de los Fugger de Augsburgo los Medicis se han convertido en grandes banqueros. Juan de Medicis, el padre de Cosme "el Antiguo" es tesorero de un dux, el que le designará su ejecutor testamentario. En esta primera mitad del Siglo XV, vemos en Florencia al banco de los Medicis pagar 428 florines de impuesto anual, en tanto que el establecimiento financiero que sigue en segunda línea no paga más que 44 florines. Y la atención de nuestros financieros va a extenderse a la vía pública.

Rápidamente un partido entusiasta se forma alrededor de ellos. El que llevó la grandeza de su casa al apogeo, Cosme en italiano Cósimo de Medicis, llamado Cosme el "Antiguo" para distinguirlo de su sobrino nieto Cosme, primer duque de Toscana.

He aquí seguramente una de las más interesantes figuras de la historia. Sin título, por la sola potencia de su autoridad personal, Cosme el Antiguo fue durante treinta años (1434-1464) el señor indiscutido del Estado, resurrección de los tiranos que dominaban las ciudades antiguas, los Pisistratos y los Pericles. Y el Estado florentino no se limitaba a la ciudad misma rodeada de su territorio; su poder se extendía sobre la mayor parte de la Toscana, sobre la ciudad de Pisa, la antigua rival a la que los florentinos habían terminado por imponer su soberanía. En las orillas del Arno, se llamaba a Cosme "el gran mercader". A su muerte será saludado oficialmente con el título de "Padre de la patria". Leemos en una crónica contemporánea: "Cósimo es toda Florencia; sin él Florencia no era nada".

Eneas Silvio Piccolomini, convertido en el Papa Pío II, eminente como escritor y como latinista, tanto como hombre de Estado, escribía a Cosme: "Tú eres el árbitro de la paz y de la guerra y de las leyes. De la reyecía no te falta más que el nombre".

El delicioso artista que fue Benozzo Gozzoli le pintó vestido con una larga túnica negra, tocado con un solideo de escribiente; se diría de un recaudador de Estado. En esa ridícula vestimenta, Benozzo lo representa dos veces: la primera hacia 1460, en su deslumbrante cabalgata de los Reyes Magos, en la capilla Ricardi (Florencia), después, quince años más tarde, en sus celebres frescos del Campo Santo de Pisa, Roger de la Pasture lo pintó con los rasgos de San Cosme, a la derecha de la Virgen, y Botticelli lo hace figurar en su admirable Adoración de los Magos en el cual aparecen los jefes de la familia de los Medicis, a los pies del divino Niño, sus amigos y clientes agrupados alrededor de ellos; tenemos, por último, su retrato por Bronzino. Bajo el pincel de Botticelli, Cosme aparece como un viejecito, encorvado hasta el punto de semejar un jorobado, el rostro lampiño, la frente arrugada, la nariz fuerte, pero los rasgos finos, la tez aceitunada, esa tez aceitunada que transmitirá a su nieto, Lorenzo El Magnífico. La actitud y la mirada hacen pensar en nuestro Luis XI, en su expresión burguesa, de burgués bonachón y astuto, revelando fineza, malicia y familiaridad. Su talle delgado se había, sin duda, encorvado por las horas pasadas en estudiar las cuentas, inclinado sobre las escrituras. Carecía de distinción y de belleza. Muy grave en sociedad, de conversación sobria, no respondiendo sino con monosílabos, con un meneo de cabeza y a veces con aforismos o frases extrañas que nadie comprendía. "Conoce a las gentes con sólo mirarles el rostro, hace notar Vespasiano. En la tribuna, se hallaba bien lejos de hablar como orador brillante, pero sí como charlador de lógica sutil, con giros y rodeos inesperados, realizados de malicia, a veces palabras de gracejo popular. El auditorio se encontraba convencido sin argumentos".

Pero en la vida cotidiana, Cosme de Medicis era grave, no le divertían ni charlatanes ni burlones. Le gustaba jugar ajedrez, podar su viña y cavar su jardín. No era absolutamente un hombre de guerra. En caso de necesidad recurría a la espada del gondolero de la iglesia, Francisco Sforza. Su gran fuerza residía en su habilidad, de una paciencia incansable, de una truhanería que no se dejaba sorprender, gran financiero y sutil político. Con su Banco, Cosme amasó una fortuna importante que pondrá al servicio de su ambición.

*Frantz Funck Brentano: El Renacimiento.
Santiago De Chile, Editora Zigzag, Biblioteca De La Cultura, 1939.*

28 de Mayo 2003

Cuando los navegantes que acompañaron a Colón estaban en el puerto de Palos, listos para partir a la aventura, aquel dos de agosto de 1492, vieron como los judíos expulsados salían camino del destierro, ese mismo día. Ustedes conocen la historia de España en el aspecto imperial y militar. Saben cómo España, que era un país, una Península dividida en cuatro reinos: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, entregada a las guerras civiles intestinas durante mucho tiempo, adquirió una psicología de cuartel, una psicología militar. Los españoles llegaron a pensar que la profesión militar era la única digna y noble. La única capaz de darles honores, gloria y riqueza.

El dos de enero de 1492, los Reyes Católicos colocaron en la Torre de la Vela de la Alhambra de Granada, la cruz, y Boabdil, salía, también para el destierro. Quedaba cerrada, pues, una etapa de casi ochocientos años, en que los cristianos lucharon para reconquistar lo que habían perdido en el año 711. Se hacía la unidad religiosa de España. Pudieron, entonces, afrontar el problema que les planteaba Colón, que era el de circunvalar en el mundo, llegar a la tierra de las especias y ganarle la partida a Portugal, su país hermano, que iba muy adelantado en la navegación. España era un país muy poderoso.

Cuando Carlos I de España y V de Alemania asume el control de la corona de Castilla, como básica, y la de Aragón como herencia, era entonces rey de todo esto que les voy a señalar: era rey de la mayor parte de España en aquel momento, menos de Portugal. A él le pertenecía, aproximadamente, la tercera parte de lo que es Francia hoy; era rey de lo que es Bélgica y Holanda. Por su abuelo, Fernando, que había conquistado Italia, era rey de Sicilia y de Nápoles, y tenía poder sobre el Milanesado y el protectorado sobre la República de Venecia y los territorios del Papa, era dueño (entonces, además se decía así, porque se tenía un sentido patrimonial del poder), de la casi totalidad

de Italia y parte de Francia.

Casó a su hijo con la reina de Inglaterra y cuando aquél heredó la corona de España, además de todo lo mencionado, fue rey de Inglaterra, aunque rey consorte. Pero el emperador Carlos I de España, además de poseer todos esos territorios, era emperador de Alemania y dominaba, por lo tanto, todo lo que es hoy Alemania, aproximadamente la mitad de Polonia, Checoslovaquia, la Bohemia y tierras circundantes, la Transilvania, lo que es Rumania, Bulgaria y casi todo lo que es actualmente Yugoslavia.

Entonces, claro, España era el terror de todos los demás países europeos. Aproximadamente, guardando las distancias, la debida relatividad, si sumamos lo que son Rusia y Estados Unidos, y si se unieran, el terror que nos causarían a todos, eso es lo que producía España en aquella época. Pero, había un enemigo -siempre hay un enemigo-, que fueron los musulmanes, la religión musulmana que, como todas las religiones nuevas, tenía un empuje, una vitalidad y un afán de proselitismo que les impedía avanzar hacia tierras más promisorias del universo, que eran precisamente las de la Europa Occidental. España pudo, ella sola, asumiendo la defensa de la cristiandad, detener en Lepanto, para siempre, el avance de los turcos por el Mediterráneo. Poco después, no renunciando aquéllos a la conquista de Europa y avanzando por tierra, ante la indiferencia y el temor, el miedo de todos los demás europeos, los soldados españoles salían de Castilla atravesaban toda Europa, para llegar a los Balcanes, y los Tercios Españoles, bajo los muros de Viena, dieron el "parón" definitivo a los turcos. Ahí acabó, para siempre, el peligro de la invasión musulmana de Europa. Si a todo esto unimos que había terminado la reconquista de España, con el triunfo de la cristiandad sobre el mahometanismo.

Si, además, en 1492 se inicia la empresa del Nuevo Mundo y el "gerente general" era España; si tenemos en cuenta, además que una hija de los Reyes Católicos era heredera de Portugal, y después reina; pues, en la óptica de aquellos europeos, la grandeza de España era algo inconmensurable. No debe extrañarnos, por tanto, que por un lado los españoles se cegaran y creyeran de buena fe en el "destino manifiesto". Porque esta idea no es nueva, no es de ahora, es muy antigua y otros países padecieron de ella. España creyó, pues, en el "destino manifiesto". Con aquella fe tan arraigada que tenían -tan cerrada-, los españoles creyeron en que Dios les había elegido para salvaguardar el cristianismo donde ya estaba establecido.

En aquel momento también, aquel fraile agustino alemán, Martín Lutero, había clavado, insolentemente, en la puerta de la Catedral de Wittenberg, las noventa y cinco tesis, que rompieron a la cristiandad por la mitad. Y España emprendió también, creyendo que no había límites para su poder, la lucha contra el protestantismo. Entonces surgió la "leyenda negra". Surgió por envidia. Si suprimimos la envidia en la mayor parte de las rivalidades de los Estados, verán ustedes a qué queda reducida. Los países emergentes, Inglaterra, Francia y Holanda, encontraban que el obstáculo para su prosperidad era España y que había que destruir a ese monstruo que les impedía llegar a lo que ellos buscaban: A la meta de convertirse en países ricos y poderosos. Entonces crearon la "leyenda negra", fundamentalmente inventada por Guillermo de Orange, que luchaba desde su punto de vista con todo derecho, legítimamente, por la independencia de Holanda y los Países Bajos. Logró la de los Países Bajos del Norte y creó lo que es hoy Holanda e Isabel de Inglaterra, que se había constituido a su vez, en protectora y aliada de la secta protestante.

Unas cosas ciertas, otras cosas falsas y otras exageradas. Aprovecharon los libros del Padre de Las Casas, que había muerto muchos años antes y que nunca había sospechado que iban a servir para ello; y, sobre todo, la traición de Antonio Pérez, el Secretario de Felipe II, que se había escapado a Francia y que ayudó a redactar los manifiestos.

Pero, la "Leyenda negra" no tiene más misión que destruir a España a como diera lugar, para llenar el vacío con otras fuerzas políticas, de signo contrario y de nacionalismo diferente.

Fragmento tomado de "La España que descubrió América". Conferencia dictada por Juan Pablo García Álvarez, el día 12 de Octubre de 1981 en el Salón de Actos de La Biblioteca Municipal de Torreón.

Junio

4 de Junio 2003

El Emperador dormía en un lecho color de clara avellana, muy amplio, era tan menudo y frágil que apenas se percibía hundido entre los colchones. Al envejecer se hizo aún más pequeño; pesaba sólo cincuenta kilos. Comía cada vez menos y nunca tomaba alcohol. Las rodillas se le estaban poniendo tiesas y cuando estaba solo arrastraba los pies y se tambaleaba de un lado para otro, como si caminara en zancos; pero, si alguien lo miraba, con el mayor esfuerzo fingía una cierta elasticidad, de modo que su imperial silueta se mantuviera en una posición lo más irreprochable posible. Cada paso suyo era una lucha entre el arrastrarse y mantenerse digno, entre el tambalearse y el conservar la posición vertical. El distinguido señor jamás olvidaba los efectos de la vejez, que no quería hacer públicos por no debilitar el prestigio y la dignidad del rey de reyes.

Nosotros, los sirvientes del dormitorio que podíamos observarlo, sabíamos cuánto le costaban estos esfuerzos. Tenía la costumbre de dormir poco y de levantarse muy temprano, cuando reinaba aún la oscuridad. En general consideraba el sueño como una finalidad que innecesariamente le robaba un tiempo que hubiera preferido destinar a gobernar y a representar. El sueño era una incursión particular, íntima, en una vida que hubiera debido transcurrir entre los decorados y las luces. Por eso se despertaba con descontento de haber dormido, impaciente por el mismo hecho de dormir, y sólo las actividades posteriores del día le devolvían el equilibrio interno.

Añadiré, sin embargo, que el Emperador jamás demostraba el menor nerviosismo, ira, arrojó o frustración. Tal parecía que jamás había conocido tales estados de ánimo, que tenía nervios fríos e inánimes como el acero, o bien que no los tenía en absoluto. Ése fue un rasgo innato que nuestro señor supo desarrollar y perfeccionar; siguiendo el principio de que en política, los nervios son un síntoma de debilidad que constituye un incentivo para los enemigos y un estímulo para que los súbditos bromeen en secreto. Y el señor sabía que la broma es una forma peligrosa de oposición y por eso mantenía su mente en forma irreprochable.

Se levantaba a las cuatro o a las cinco, incluso a las tres de la madrugada. Posteriormente, cuando la situación en el país se hizo cada vez peor y el Emperador viajaba con mayor frecuencia, el palacio se ocupaba por entero de los preparativos de futuros viajes. Al despertar hacía sonar el timbre de la mesita de noche: éste era el sonido que esperaba todo vigilante de servicio. En el palacio se encendían las luces. Para el imperio era la señal de que el distinguidísimo señor había comenzado un nuevo día.

El emperador iniciaba el día con las delaciones. La noche es el tiempo más propicio para los complots, y Haile Selassie sabe que lo que ocurre de noche es más importante que lo que ocurre de día; durante el día podía mantener a todos bajo su vista; pero por la noche esto se volvía imposible. Por tal razón prestaba una atención extraordinaria a las delaciones de la mañana.

Aquí desearía explicar una cosa: el excelentísimo señor no tenía la costumbre de leer. Para él no existía la palabra escrita e impresa, todo había que referírselo oralmente. Nuestro señor no había concluido ningún estudio y su único maestro -únicamente en la niñez había sido el jesuita francés, Monseñor Jerome, más tarde obispo de Harar, y amigo del poeta Arthur Rimbaud. Este clérigo no llegó a inculcar al Emperador la costumbre de leer, cosa que era tanto peor por cuanto Haile Selassie, ya desde temprana edad, ocupaba importantes cargos de dirección y no tenía tiempo para las lecturas sistemáticas. Pero me parece que no se trataba solamente de la falta de tiempo o de costumbre. La costumbre de la información oral tenía la ventaja de que, en la medida de lo necesario, el Emperador podía declarar que el funcionario tal o cual le había relatado algo totalmente distinto de lo que le había dicho en realidad, y éste no podía defenderse por no existir ninguna prueba por escrito. De tal modo que el Emperador no admitía de sus súbditos lo que ellos le decían, sino lo que a su entender debía haber sido expresado.

El distinguido señor tenía sus propios conceptos, y a ellos justamente adaptaba todas las noticias que le llegaban del mundo circundante. Algo similar ocurría con la escritura, porque nuestro

monarca no sólo no disfrutaba del conocimiento de la lectura, sino que tampoco escribía ni firmaba personalmente nada. Aunque reinó durante medio siglo, ni siquiera los más allegados sabían cómo era su firma. En las horas de oficina, se encontraba siempre al lado del Emperador el ministro de la Pluma, quien anotaba todas sus órdenes y disposiciones. Aquí explicaré que durante las audiencias de trabajo el distinguido señor hablaba muy bajo, apenas moviendo los labios. El ministro de la Pluma que se encontraba a medio paso del trono, debía acercar su oído a la boca imperial para oír y anotar la decisión del Emperador. Además las palabras del Emperador, en general, eran poco inteligibles y tenían doble sentido, en particular cuando no quería adoptar una actitud clara y la situación exigía que expresara su punto de vista. Se podía admirar la destreza del monarca. Preguntado por el dignatario por la decisión imperial, no contestaba directamente, sino que se ponía a hablar con una voz tan bajita que sólo llegaba al oído del ministro de la Pluma, situado cerquita como un micrófono. Éste anotaba los escasos y enredados murmullos del monarca. El resto consistía sólo en la interpretación, y ésa dependía del ministro que le daba forma escrita y la transmitía más bajo aún.

El que dirigía el Ministerio de la Pluma era la persona de mayor confianza del Emperador y tenía un poder extraordinario. Del misterioso enigma de las palabras imperiales podía componer las decisiones a su voluntad. Si la decisión del Emperador maravillaba a todos por su acierto y sabiduría, no era sino una prueba más de la infalibilidad del escogido de Dios. Pero si del aire, de los rincones, le comenzaba a llegar al monarca el murmullo del descontento, el distinguido señor podía achacarlo todo a la estupidez del ministro. Este último se convertía en el personaje más odiado de la corte, porque la opinión pública, convencida de la sabiduría y la bondad del estimado señor, hacía al ministro culpable de las malintencionadas y absurdas decisiones que eran tan numerosas.

11 de Junio 2003

Para mostrarme la ciudad se me conducía a veces a la cima de una montaña. "¡Mira nuestra ciudad!", me decían. Y admiraba lo ordenado de las calles y el dibujo de las murallas. "He aquí -me decía yo- el colmenar donde duermen las abejas. Al amanecer se dispersan por la llanura de la que succionan las provisiones. Así los hombres cultivan y cosechan. Y procesiones de borriquitos conducen a los graneros y los mercados y las reservas, el fruto del trabajo del día. La ciudad dispersa sus hombres en la aurora, luego los recoge en sí con sus fardos y sus provisiones para el invierno. El hombre es aquél que produce y que consume. Por tanto lo favorecerá estudiando sin dilación sus problemas y administrando el hormiguero".

Pero otros para enseñarme su ciudad me hacían atravesar el río y admirarla desde la otra orilla. Descubría sus casas perfiladas en el esplendor del crepúsculo, unas más altas, otras menos altas, unas pequeñas, otras grandes, y la flecha de los alminares traspasando como mástiles la humareda de purpúreas nubes. Se revelaba en mí semejante a una flota que parte. Y la verdad de la ciudad no era ya orden estable y verdad geométrica, sino asalto de la tierra por el hombre en el gran viento de su crucero. "He aquí -decía yo- el orgullo de la conquista en marcha. Al frente de mis ciudades colocaré capitanes, porque es de la creación de donde el hombre extrae principalmente sus alegrías y el gusto poderoso por la aventura y la victoria". Y esto no era más verdadero ni menos verdadero, sino otra cosa.

Algunos, sin embargo, para hacerme admirar su ciudad me llevaban con ellos al interior de las murallas y me conducían primero al templo. Y entraba, conmovido por el silencio y la sombra y la frescura. Entonces meditaba. Y mi meditación me parecía más importante que el alimento y la conquista. Porque me había nutrido para vivir, había vivido para conquistar y había conquistado para retornar y meditar y sentir mi corazón más vasto en el reposo de mi silencio. "He aquí -decía yo- la verdad del hombre. Existe por su alma. Al frente de mi ciudad instalaré poetas y sacerdotes. Y harán dilatarse el corazón de los hombres". Y esto no era más verdadero ni menos verdadero, sino otra cosa.

Y si ahora, en mi sabiduría, empleo la palabra ciudad, no me sirvo de ella para razonar, sino para especificar simplemente todo lo que ella carga en mi corazón y que la experiencia me ha enseñado y mi solicitud en sus callejas y la partición del pan en sus moradas y su gloria de perfil en la llanura y su orden admirado desde lo alto de las montañas. Y muchas otras cosas que no sé decir o en las cuales no

pienso en este momento. ¿Y cómo emplearía yo la palabra para razonar, pues lo que es verdadero bajo un signo es falso por otro?

*Antoine De Saint-Exupéry: Ciudadela.
España, Plaza & Janes Editores, Obras Completas. Primera Edición, 1967.*

25 de Junio 2003

Mientras Hernán Cortés lucha en México contra los españoles de arriba y los vence, en España Carlos V ha tenido que luchar contra los de abajo, hasta sojuzgarlos. El pueblo se ha inflamado en retozos democráticos a uno y otro lado del mar Atlántico. En ambas partes se ha hablado a nombre del común, de los capitanes del pueblo. Pero mientras los nobles de Castilla ahogan en sangre la revuelta de los comuneros, y en torno al emperador florecen los afortunados de la corte, aquí en América no hay quien detenga a los Corteses y Balboas, a los Pizarros y Belalcázares, que avanzan contra el querer de los gobernadores impotentes.

La coronación de Carlos V en Aquisgrán es muy solemne. Entra un domingo a la ciudad vestida de banderas. Nunca podrá olvidar su paso triunfal, cuando en clara suavidad del otoño hay en los árboles hojas doradas, y él avanza entre el brillo de cobre de los heraldos y los besamanos y venias de la corte. -¡Qué linda es la carrera del cardenal Maguncia cuando vuela a sostenerle para que no se apee del caballo! El espectáculo es magnífico. Adelante van los tres mil alemanes de su caballería, con banderas coloradas, amarillas y blancas; y luego los senadores de Aquisgrán, y el duque de Juliers con sus trescientos jinetes y sus alabarderos, y el marqués de Brandeburgo y el arzobispo de Tréveris, y el cardenal de Maguncia, y el embajador de Bohemia, todos con trajes que parecían arrancados de los vitrales de las catedrales, y sus jinetes, banderas, aceros, armiños, mantos de púrpura, joyas, cordones de oro, broches de perlas, y en las cotas, águilas imperiales, y en los escudos, el león y el castillo españoles.

Al llegar Carlos a la iglesia donde va a ungírsele emperador, le alza la falda Federico, el conde Palatino, príncipes, caballeros, prelados, vienen a recibirle, le salen al tope, como decimos nosotros. Los arzobispos, de pontifical, con báculos y mitras. El emperador se tiende en cruz sobre las gradas del altar. Le cantan letanías. Carlos oye la voz tonante del señor arzobispo que, meneando el báculo con la siniestra, con la diestra le bendice. Luego se levanta, y el arzobispo le va tomando las promesas. A cada pregunta que le hace en latín, Carlos contesta "Volo". Luego se vuelve al concurso el arzobispo y pregunta: "¿Queréis al rey don Carlos por emperador y rey de los romanos?" ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! responden los cortesanos en un solo bramido. El emperador cae de rodillas. Le desabrochan por la espalda las ropas y con óleo cathecriminos le ungen la juntura de los brazos, los hombros, el pecho, las manos y hasta la coronilla. A cada uno va diciendo el arzobispo: "Ungo te regem oleo santificato (...)".

Y hubo fiestas. El mariscal del imperio -que para algo han de ser los mariscales, sirvió de caballero y públicamente dio de comer al caballo del emperador, y el conde Palatino sirvió de maestresala y "trajo una pieza de buey a la mesa, el cual se había asado entero en la plaza y relleno de muchas aves, las cabezas de las cuales asomaban por entre las costillas". Sigue la crónica: El conde de Limburg "sirvió de copa, en que fue una fuente que manaba tres caños de vino y trajo un tazón lleno". El mismo sirvió de aguamanil, sosteniendo para el emperador, el aguamanos, y el marqués de Brandeburgo, la toalla.

Mientras todo esto ocurre, los comuneros de España andan levantando pueblos, cantando guerra, porque no quieren que entren más alemanes a España, ni que de España saquen ni los dineros del pueblo, ni los que llegan de América, ni que el rey de Castilla viva y reine fuera de España. Todo esto, tienen el atrevimiento de decírselo, punto por punto, en una extensa carta que un propio desvergonzado pone en las imperiales manos. Le dicen más: Que cuando salga de Castilla, quien quede al frente del gobierno haya de ser natural de Castilla o de León. No quieren flamencos, ni casta alguna de extranjeros. Los comuneros luchan con desesperación. Dan sangrientas batallas sinfín y toman villas y ciudades, toman a Juana la Loca por bandera. Pelean hasta con flechas envenenadas, quizás aprendiendo ya las artes del indio americano. Los depósitos de mercancías a que han puesto

fuego valen miles y miles de ducados.

El emperador ruge de ira. Castiga al mensajero que le trae la carta, por cometer tamaña insolencia. Poco a poco se mueve toda la máquina del imperio hasta que la última voz del común se acalle. Y otra vez entra Carlos a España, con su cortejo de alemanes y castellanos, sobre camino de terciopelo. Pero quizás algo ha aprendido., y bajo el puño de hierro, el emperador sabe que tiene una España de piedra.

Además, el hombre es melancólico. Cuando Carlos se sentaba a la mesa en Aquisgrán, para emprenderla con el buey asado. Cortés en Veracruz, escribía su carta-relación. Llegó al emperador a tiempo con la que los comuneros le escribían de Castilla. La carta de Cortés traía alma de oro. La de Castilla de quejas y demandas. Son los dos grandes documentos del pueblo en donde se pintan los anhelos, atrevimientos, desventuras, ingenuidades y obras que levantan sus corazones y mueven sus brazos. La carta de los de Castilla la contesta el emperador con pólvora y cadenas. La de Hernán Cortés la pone graciosamente en las manos de Jacobo Cromberger, el alemán de la imprenta de Sevilla, porque ya los alemanes están regados por todos los negocios de España. Y Cromberger la publica con mucho arte, y en letra gótica, como es de rigor.

Germán Arciniega: Biografía Del Caribe.

Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Octava Edición. Primera en la Colección Piragua, 1963.

Julio

2 de Julio 2003

El papel de los judíos y conversos en el descubrimiento de América fue verdaderamente notable. En su libro "Los Judíos y la Vida Económica", dice el escritor Warner Sombart: "Si los judíos hubieran sido expulsados de España una generación antes de 1492, Colón no hubiera podido descubrir América, porque fueron los judíos españoles los que financiaron la expedición, y si hubieran expulsado un siglo después, la riqueza de fugitivos no hubiera fomentado el capitalismo holandés, el inglés y el alemán, sino el español". Ayudaron a Colón además de muchos conversos, el judío no convertido, Abraham Zacuto, profesor de Astronomía en Salamanca quien le proporcionó los mapas. Colón usó el compás náutico de los judíos españoles y portugueses. Entre los tripulantes se hallaban los conversos Luis de Torres, intérprete, Alonso de la Calle, Rodrigo Sánchez de Segovia, y el cirujano Marco. En el segundo viaje llevaba a Juan de Campo, Antonio de Castro, Efraím Bienvenido de Calahorra, Álvaro de Ledesma, Íñigo de Rivas y García Herrera, todos conversos. El converso de Triana fue el primero en descubrir el tabaco y en usarlo. Luis de Torres que se había bautizado poco antes de emprender el viaje, fue el primer terrateniente en Cuba. El gobierno le había concedido una pensión anual de 8645 maravedíes y en Cuba murió y fue enterrado.

Don Luis de Santangel, el financiador principal de la expedición, había sido penitenciado por la Inquisición de Zaragoza por supuesta complicidad a raíz del asesinato por los "marranos" del inquisidor Pedro Arbués. Era hijo del rabino Azarías Ginillo y hombre muy prominente de la corte. Junto con otros conversos aragoneses, Gabriel Sánchez y Alfonso de la Caballería hicieron posible la empresa de Colón. Rodríguez Sánchez, pariente del alto tesorero Sánchez, acompañó a Colón a bordo como superintendente, a petición personal de la Reina.

Además del cirujano Marco le acompañaba Mestre Bernal, médico que fue reconciliado por la inquisición en 1940 por "hereje judaizante". Según historiadores serios como Salvador de Madariaga los padres de Colón procedían de Cataluña (de apellido Colom) y muy probablemente eran fugitivos "marranos" de los muchos que se trasladaban a Italia antes de 1492. Sabemos que en Génova, Venecia y otras importantes ciudades italianas se establecieron numerosas familias "marranas" por temor a la persecución inquisitorial, que a menudo era injustificada, pero como los bienes de los herejes eran confiscados y repartidos entre la Iglesia y la Corona, la tentación era muy grande... En Italia se podían disfrazar más fácilmente.

Pero lo cierto es, y no menos coincidencia, que los patrocinadores y colaboradores principales

de Colón sefardíes e hijos de sefardíes. Seguramente debía haber contacto entre los conversos de Italia y los de España. Colón siempre escribió en español, igual que los sefardíes que se establecían en Italia, Holanda e Inglaterra, y era el mismo "ladino" que usaban los fugitivos conversos en todas partes. Me parece también significativo que en algunas pinturas de la época, Colón aparezca con la mano en el pecho, a la usanza religiosa judía, esto es, el gesto que forman los dedos con el índice y meñique separados de los dedos medio y anular unidos. Este gesto tiene un sentido litúrgico ritual. Lo mismo he notado en "el caballero de la mano en el pecho" del Greco.

Muchos conversos llegaron al Nuevo Mundo en expediciones posteriores al descubrimiento. Con Hernán Cortés iba como ayudante, Hernando Alonso, converso y herrero de oficio. Fue quemado en México en 1528. Todos ellos tuvieron parte muy prominente en la colonización de México, Perú, Chile, Cuba y Colombia. La ciudad de Medellín es casi exclusivamente una colonia de "conversos", pues el 90 por ciento de sus habitantes de hoy descienden de ellos, dándose el caso también que es una de las ciudades más católicas del hemisferio con el mayor número de iglesias en relación con su población.

*José M. Estrugo: Los Sefardíes.
La Habana, Cuba, Editorial Lex, 1958.*

9 de Julio 2003

Sólo conociendo la índole de la catástrofe que afectó a estas dos ciudades, -Herculano y Pompeya- podemos comprender la influencia que ejerció su descubrimiento sobre el siglo del neoclasicismo.

A mediados de agosto del año 79, después de Jesucristo, se manifestaron los primeros indicios de una erupción del Vesubio, como ya había sucedido frecuentemente. En las primeras horas de la mañana del día 24, sin embargo, se vio claramente que se avecinaba una catástrofe jamás vivida. Con un trueno terrible se desgarró la cima del monte. Una columna de humo, abriéndose como la copa de un amplio pino, se desplegó en la bóveda del cielo, y entre el fragor de truenos y relámpagos, cayó una lluvia de piedras y cenizas que oscureció la luz del Sol. Los pájaros caían muertos del aire, las personas se refugiaban dando gritos, los animales se escondían. Las calles se veían inundadas por torrentes de agua, y no se sabía si tales cataratas caían del cielo o brotaban de la Tierra. Aquellas ciudades de reposo estival quedaron sepultadas en las primeras horas de actividad de un esplendente día de Sol.

De dos maneras les amenazaba el trágico final. Un alud de fango, mezcla de ceniza con lluvia y lava, caía sobre Herculano, inundaba sus calles y callejas, aumentaba, cubría los tejados, entraba por puertas y ventanas y anegaba la ciudad toda, como el agua empapa una esponja, envolviéndola con todo lo que en ella no se había puesto a salvo, en huida rapidísima, casi milagrosa. No sucedió así en Pompeya. Allí no cayó ese turbión de fango, contra el cual no quedaba más salvación que la huida, sino que empezó el fenómeno con una fina lluvia de ceniza que uno podía sacudirse de encima, luego cayeron los "lapilli", como si fuese pedrisco, y después cayeron trozos de piedra pómez de muchos kilogramos de peso. Lenta y fatalmente se manifestó la temible envergadura del peligro. Pero entonces ya era demasiado tarde. Pronto quedó la ciudad envuelta en vapores de azufre que penetraban por las rendijas y hendiduras y se filtraban por las telas que las personas, al respirar cada vez con más dificultad, se ponían para cubrirse el rostro. Y corriendo huían al exterior para lograr así la libertad de respirar el aire; pero las piedras les daban con tanta frecuencia en la cabeza, que retrocedían, aterrorizados. Apenas se habían refugiado de nuevo en sus casas, se derrumbaban los techos, dejándolos sepultados. Algunos, durante breve tiempo, conservaron sus vidas. Bajo los pilares de las escalinatas y de las arcadas se quedaban acurrucados durante algunos angustiosos minutos. Luego volvían los vapores de azufre que los asfixiaban. Al cabo de cuarenta y ocho horas el Sol salió de nuevo, pero ya Pompeya y Herculano habían dejado de existir.

En un radio de dieciocho kilómetros el paisaje quedó desolado, y los campos, antes fértiles, totalmente arrasados. Las partículas de ceniza se habían extendido hasta el norte de África, Siria y

Egipto. Del Vesubio sólo ascendía una débil columna de humo y de nuevo el cielo se tornaba azul.

*C. W. Ceram: Dioses, Tumbas y Sabios: La Novela De La Arqueología.
Ediciones Destino. Barcelona. Quinta Edición. Enero 1958.*

23 de Julio 2003

Frente a la precisión impostergable de examinar la renovación de cualquier disciplina científica, desde tres perspectivas, desde en sí misma, desde su técnica y desde su clima para poder evaluarla y decidir la conveniencia de adoptarla, ya dejamos esbozados los dos primeros puntos de vista, que abonan su bondad al juzgarla en sí misma y su importancia al considerar su técnica, quedando por establecer la necesidad, desde un ambiente propicio, para proponerla e implantarla. Puesto que es incuestionable la gran ayuda de las ciencias sociales en épocas de crisis anonadantes, en ésta porque hoy atraviesa la especie humana se palpa, más que en ninguna otra, un clima propicio a exigir de dichas ciencias la mayor suma de conocimientos que permitan encontrar soluciones a dramáticos problemas de colectividades enormes.

Y si es inaplazable la satisfacción de esa necesidad en todas las latitudes, aquí, en la dimensión mexicana, se hace visible una verdadera urgencia de aprovechar el más grande cúmulo de conocimientos sociales para esclarecer nuestra realidad genuina, a fin de que, conociéndola desde sus múltiples puntos de vista, en toda su amplitud y en toda su profundidad, podamos fincar sólidamente sobre ella las soluciones más eficaces de todos los problemas de nuestro mundo sociocultural.

Los problemas mexicanos son muchos y muy graves. Implican el bienestar colectivo y la felicidad, cuyo disfrute buscamos desde la proclamación de nuestra independencia política y la creación de nuestra nacionalidad. A partir de la Independencia como resultado de muchos tanteos infructuosos, hemos venido acumulando problemas. La Reforma agregó más problemas al crear una legislación asentada utópicamente sobre la democracia. Esta alusión a la utopía proviene de que los mexicanos convenimos, con los hombres ilustres de la Reforma, en una necesidad imperiosa de darnos un gobierno idealmente perfecto, calcado de un intachable modelo de república democrática, representativa y federal.

Y, como Antonio Caso hacía notar, desde esta coyuntura se agravó el fardo de los problemas al implantarse ideologías y sistemas extraños a nuestro ambiente, por desconocer nuestra realidad. Y, para aumentar el peso de problemas sin solución sobre nuestro pueblo, todavía sin haber podido liquidar los aspectos políticos del sistema democrático, ya planteamos sus pugnas sociales. Sin haber adaptado convenientemente a nuestro clima la democracia política, ya discutimos y peleamos con mucho denuedo por una democracia social, y a veces hasta por una democracia económica, para complicar más los debates y las luchas.

Tal estado de cosas, el cariz grave de nuestros problemas, aunque ciertamente reclamó el examen pesimista de Caso, le llevó a insistir en el estudio y el conocimiento de la realidad mexicana. Por fortuna ese llamamiento del viejo maestro congregó voluntades e inteligencias, avivó el entusiasmo indispensable para cultivar tenazmente disciplinas filosóficas y científicas. De tal guisa los mexicanos alcanzan ya una madurez cultural que les permite plantear y resolver sus problemas con sus propias hipótesis y teorías, muy alejados del imperialismo cultural de los que aún pretenden europeizarnos.

Esta innegable madurez cultural de los mexicanos estudiosos les da suficiente capacidad para desentrañar las profundidades de la realidad vernácula. Y, una vez que la delemos, asentados en ella, bien podemos alcanzar satisfactoriamente la resolución de todos esos problemas que trae aparejados la práctica de una democracia socioeconómica. Pero en tareas tan arduas como las encomendadas a la madurez intelectual, cabe hacer resaltar la necesidad de acopiar nuevos métodos, para que las investigaciones y los estudios sean coronados por éxitos positivos. En esta circunstancia es donde los trabajos y los temas de la faena filosófica tienen que mexicanizarse, de tal manera que las soluciones nuestras se incorporen al pensar universal reclamado por la filosofía. Así se consolidarán

muchos trabajos favorables a la gestión de una filosofía mexicana, cuyo proyecto ya es algo más viable que una mera esperanza. Así podrán impulsarse tales tareas, si no por filósofos, que muchas veces se niegan a descender de la universalidad de sus meditaciones y de sus concepciones, si por hombres de ciencia que, dada la especificidad de su investigación encuentren soluciones universales cuyos métodos reaviven la reflexión filosófica en una exigente interacción de ciencia, que se hace cada día más filosófica y de filosofía que se hace cada vez más científica.

En este ambiente tan mexicano hay clima favorable para intentar cualquier empresa mediada de filosofía y de ciencia- enderezada al estudio de problemas que, aunque planteados por nuestra ineludible condición histórica, tienen perfiles universales. Precisamente una de esas trabajosas labores nos pone a rehacer la investigación sociológica, porque de la sociología necesitamos muchas luces para iluminar la solución de tantas y tan complejas situaciones creadas por la democracia social y económica. Entonces, el ambiente -o clima para decirlo con el término acuñado por las prácticas sociológicas- en que se debate la singular crisis social mexicana auspicia la necesidad de incrementar los estudios correspondientes.

Asimismo acrecienta la importancia de una ciencia social cuyos propósitos integralistas permiten develar la auténtica realidad mexicana, más de lo que pudieron haberlo descubierto otras sociologías que buscaron, preferentemente, formas sociales de lo que permanece, pero no las de lo que se transforma en una incesante alteración de organizaciones y desorganizaciones, de adaptaciones y antagonismos, de muchos otros cambios cíclicos o no cíclicos, esperados o inesperados.

Así, pues, la necesidad de impulsar el cultivo de las ciencias sociales preside este inesperado ensayo de una nueva fundamentación de la sociología. En él abogaremos a la par que por un esclarecimiento de las categorías y de los métodos sociológicos, por una ampliación de los horizontes de la ciencia social hasta abarcar toda su riqueza, ahora incalculable, que permita hacer de la sociología un cuerpo de doctrina tan opulento y tan bien nutrido que la interacción, cada día más ineludible de filosofía y ciencia, le permita ocupar lícitamente el puesto ya casi abandonado por la filosofía social.

Si se cumplen nuestras esperanzas de ampliar así el acervo de la sociología, al mismo tiempo quedará satisfecha la ambición de dar un paso más en el trabajo asignado a la proyectada filosofía mexicana y, además, se habrá aportado una contribución, por mínima que sea, al propósito incancelable de alcanzar el conocimiento de nuestra genuina realidad, indispensable para encontrar las soluciones más certeras y más eficaces de los problemas políticos, sociales y económicos de México.

*Enrique Mesta: Filosofía de lo Social.
Universidad De Coahuila. Torreon, Coah. 1965.*

30 de Julio 2003

Comienza una nueva etapa en la vida de Fernando. Ha dejado de ser heredero de la corona de Aragón y pretendiente de la de Castilla. Ahora es rey de los dos Estados o, por mejor decir, rey de España. Los infinitos obstáculos que han jalonado su camino, le han enseñado a hacer uso, alternativamente de las armas y de la política. Ha aprendido, por propia experiencia, a luchar, a negociar y a gobernar. En Isabel ha encontrado una compañera ideal. Jamás pudo sospechar Fernando que aquella retraída infanta castellana encerrase una gobernante de dotes tan excepcionales y que, al mismo tiempo, tenía el doble mérito de que los cuidados del gobierno no le hiciesen olvidar su hogar, ni le impidiesen mostrarse siempre apasionadamente enamorada de su esposo.

Es un poco bastante- dominante, pero todo el mundo tiene sus defectos. Constituyen un matrimonio que puede calificarse de perfecto y feliz. Juntos han luchado, juntos han sufrido y juntos han triunfado. Y el fruto de tanto trabajo no ha podido ser más espléndido: la unidad de España. Parece que para esta joven pareja ha llegado el momento de descansar. Ya han contraído méritos

suficientes para que sus nombres se graben junto a los de los monarcas que dieron días de gloria a la Patria. Ellos, Isabel y Fernando figurarán en la Historia como los reyes que realizaron la unidad española. Aunque ya no hagan nada más, esto ha de bastar para glorificar su memoria. Es justo, por lo tanto que saboreen tranquila, sosegadamente su trabajada victoria.

Pero ni por un momento se les ha pasado por la mente a ninguno de los dos entregarse a un descanso tan bien ganado. Fernando siente unos irresistibles deseos de actuar, de trabajar, de construir. Lo realizado hasta ahora es tan sólo la etapa preliminar. En su mente comienzan a elaborarse grandes proyectos derivados muchos de ellos, de la nueva situación creada con la unión de Castilla y Aragón. Porque, realmente, ¿puede titularse, en justicia, rey de España? Para Fernando, España es la Península Ibérica, tal como lo fue siempre hasta la invasión sarracena. Y él es solamente rey de Castilla y Aragón. Rey de la mayor parte de España, es cierto, pero no de toda. A lo largo de siete siglos de incesante lucha se ha ido elaborando un proceso de unificación, cuyo máximo exponente es la unión realizada ahora. Pero para Fernando este proceso no ha terminado, pues quedan aún tres reinos que no forman parte de la unión peninsular, es decir, de la verdaderamente española: Granada, Navarra y Portugal. También se hallan separados el Rosellón y la Cerdeña que continúan en poder de Francia. Y no se ha de olvidar a Nápoles, separada de la corona aragonesa en beneficio de una rama bastarda. ¿Quién piensa en descansar? Todavía queda mucho por hacer.

Isabel, por su parte, no ve el momento de dar comienzo a un trabajo ímprobo y difícil, pero urgentísimo: la reforma interior de Castilla. Y una vez firmada la paz con Portugal, no quiere retrasarlo ni un momento más. Nada de descanso. Se convocan Cortes en Toledo y allí se trabaja de firme. Aquellas Cortes forman época en la Historia Legislativa de España. Se atacaron a fondo todos los males que afligían a Castilla. Se cimentaron las bases del sistema judicial por el que se rigió España durante tres siglos; se puso fin al desbarajuste económico fijando el valor de la moneda, cuya adulteración en los últimos reinados había dado paso a tan graves abusos que llegaron a contarse como ciento cincuenta casas de acuñación de moneda, quedando ahora reducidas a las cinco fábricas reales; se dictaron disposiciones para dar impulso a la industria y al comercio; se proveyó la construcción de puentes y caminos; se abolieron, para facilitar el comercio, los aranceles entre Castilla y Aragón. En fin, se hizo una obra tan completa que los cronistas se deshacen en elogios al hablar de aquellas Cortes, y Galíndez de Carvajal las califica de "cosa divina para reformación y remedio de los desórdenes pasados".

Otro problema -en cierto modo el más difícil- que aquellas Cortes resolvieron fue el relativo a la enajenación de los bienes de la Corona. Las prodigalidades de los dos últimos monarcas castellanos, Juan II y Enrique IV habían dejado el trono tan empobrecido que las rentas reales no sobrepasaban los treinta mil ducados al año, renta inferior a la de muchos magnates castellanos. El estamento popular comprendió, que con una hacienda tan escuálida, el sostenimiento del Estado tendría que pesar sobre el pueblo en forma de gravosos impuestos y contribuciones y en consecuencia los procuradores de las ciudades propusieron la revocación de las enajenaciones hechas por la Corona. Los reyes no deseaban otra cosa y apoyados en el brazo popular llamaron, por convocatoria especial, al alto clero y a la nobleza para ver la forma de restituir a la Corona los bienes que le pertenecían. Aunque parezca increíble, no hubo verdadera oposición por parte de aquella indómita y turbulenta nobleza, lo que demuestra el prestigio que habían alcanzado ya los jóvenes soberanos, cimentado en gran parte en el hecho de que todas sus disposiciones y actos de gobierno llevaban el sello de la más estricta justicia.

El vidrioso asunto de la restitución de bienes se llevó a cabo, igualmente, sin tener en cuenta para nada a amigos o enemigos. Algunos de los nobles más afectados se encontraban entre los más ardientes partidarios de Isabel y que mayores servicios habían prestado en la guerra pasada. El duque de Alba perdió 375.000 maravedís. El supuesto padre de la Beltraneja, don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, partidario de Isabel desde el primer momento, tuvo que hacer cesión de 1.400.000 maravedís de renta anual. Ni siquiera se salvaron los parientes. El Almirante de Castilla, tío carnal de los reyes, perdió 240.000 maravedís. La labor de aquellas Cortes fue extraordinaria, dando impulso a todos los resortes necesarios para poner en marcha la grandeza y prosperidad de un pueblo.

Agosto

6 de Agosto 2003

La tarde del sábado cuatro de marzo de 1961, una multitud expectante movía impaciente los pies sobre los adoquines de la calle, en un pueblecito del sudoeste de Francia. Las ventanas llenas de cabezas se erizaban de prismáticos. Poco después de las dos de la tarde, una banda de músicos con bandolera de púrpura lanzaba al aire las airosas notas de una marcha por los senderos de los viñedos circundantes. Un batallón de gendarmes especialmente traídos para la ocasión, tomaba posiciones a lo largo de las aceras. Y lentamente, empezó a divisarse un cuento de hadas.

Lo encabezaba un maestro de ceremonias con báculo de marfil, traje negro y medias de seda, y dos diminutos pajes con pantalón corto. Detrás de ellos deslizábase, a lento paso ceremonial, la flota presidencial de automóviles cerrados, normalmente reservados por el alcalde de la vecina ciudad de Burdeos para el general De Gaulle. Un inmenso ramillete de orquídeas cubría el primer coche, desde el radiador hasta las luces de cola. En su interior se sentaba una princesa que iba a contraer matrimonio.

Su vestido de blanco satén, firmado por ese agosto supervisor de los idilios contemporáneos, Monsieur Balenciaga, se coronaba con una diadema de blanco armiño y estrellas de diamantes. Su mano sostenía una rama de flores de manzano llegada aquella misma mañana, por avión, procedente de Turquía. El novio, que se encontraba a su lado con sin igual prestancia, era un joven muy guapo, muy inteligente y muy pobre. Los invitados que los seguían habían sido traídos de París por un contingente de coches pulman añadidos al Sud-Express. Y como los casamientos han de tener fotógrafo, esta ceremonia tenía a Cecil Beaton, que se encontraba de vacaciones de su trabajo normal en el Palacio de Buckingham como fotógrafo oficial de su Graciosa Majestad. Aquí desempeñaba sus funciones vestido con sombrero de copa, pantalones rayados y levita. Sin embargo cualquier ocasión puede tener el brillo de cien mil dólares. Pero no es meramente el fausto lo que constituye el cuento de hadas, sino el renombre de la familia; la magia no proviene de la explicación del cuento, sino de su repetición. El cuento de hadas volvía a repetirse en el pueblecito de Pauillac el cuatro de marzo de 1961.

Era la boda de una Rothschild. El barón Philippe de Chateau Mouton Rothschild entregaba en matrimonio a su hija Philippine. Cada color que contribuía a la iridiscencia de la ocasión poseía su propia tradición transmitida por la nodriza, por el mayordomo, por la madre, por los archiveros con o sin librea. Mientras la procesión desfilaba todavía por la calle, la entrada de Chateau Mouton se abría para dejar pasar un pastel de bodas de casi siete pies de altura. El azúcar hilado reproducía las cinco flechas de los Rothschild: el blasón de la familia, concebido ciento cuarenta años antes en medio de los "progroms" de Frankfurt y a pesar de la hostilidad del Colegio Heráldico de Austria. Y cuando las limusinas del cortejo nupcial pararon ante las verjas del castillo, un regimiento de trabajadores de la hacienda ayudó a los gendarmes a formar el cortejo; todos llevaban brazaletes, amarillos y azules: los famosos colores que habían identificado a los corredores de Rothschild cuando cruzaban entre desastres y triunfos, desde Napoleón a la Primera Guerra Mundial.

Ningún nombre moderno disfruta de mayor preeminencia en la historia. Ninguna familia, que no sea de sangre real, ha mantenido tanto poder, durante tanto tiempo y de forma tan peculiar. Hoy en día los miembros del clan no pueden disfrazar un señorío que se ha convertido en exótico por no decir perfectamente exasperante, en nuestra época. Sería insuficiente calificar a la familia como de "todavía muy rica". Las fortunas de los Rothschild en Francia y en Inglaterra son tan inefables como siempre. Para el común de las gentes, "Rothschild" significa dinero proverbial y casi muerto. Pero para los muy ricos, para los que actualmente conocen el clan, o para aquéllos a quienes les gustaría conocerlo, la palabra "Rothschild" parece conjurar algo muy vivo, algo envidiable, fantástico, inalcanzablemente exagerado; algo así como una carroza dorada tirada por doce corceles blancos.

Septiembre

Textos no localizados en el acervo del autor.

Octubre

1 de Octubre 2003

Cristóbal Colom, o ése que llaman así, quien fuera el descubridor de las tierras nuevas más allá del Mar Tenebroso, era catalán de Mallorca. La corona catalán-aragonesa (o Reino de Aragón) la integraban lo que es Aragón, Valencia, Mallorca, Cataluña misma por supuesto, y las posesiones mediterráneas de Sicilia, Cerdeña, Córcega y reino de Nápoles, aparte de las tierras interiores del sur de Francia como el Rosellón y la Cerdeña. Hablamos del Siglo XV, de mediados del Siglo.

Colom nunca dejó datos concretos de su vida; el porqué es muy importante y de ello trataremos en su momento. Pero se han encontrado y divulgado pistas, recientemente en Santueri. Es por ello que los más celebrados investigadores modernos han desconocido esos detalles promisorios. Santueri era un castillo, especie de fuerte, en la isla de Mallorca, originado ya en tiempos de moros, antes de la conquista catalana de los Baleares. Es allí donde encontramos vestigios para llegar a la conclusión de que Colom era hijo del príncipe de Viana, hijo de los llamados "hijo natural", y por ende sobrino de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. Esa conclusión supone un revuelco histórico a los cerca de cinco siglos de confusión colombina, de misterio indescifrable, situación embarazosa desde todos lados.

Nos hará falta mucha experiencia y requerirá cierta atención tratar de aclarar muchos aspectos familiares entre las clases o familias reinantes en aquellos tiempos. Incidamos, pues, en lo tocante al príncipe de Viana, padre de Colom, porque es a partir de allí que, podemos afirmar, arranca todo el proceso referente a Colom, el navegante. Antes de morir, desde Barcelona, el príncipe Carlos de Viana, agotado y enfermo por tantas luchas, privaciones, guerras y enfrentamientos con su propio padre inclusive, pasa los derechos de la corona de Navarra a su hermana doña Blanca. Y escribe al gobernador de Mallorca un documento revelador, agradeciéndole los cuidados que ha tenido con Margalida Colom, con fecha 28 de octubre de 1459, desde el mismo Castillo de Santueri, lugar de su confinamiento. "Agradecemos mucho, escribe, lo que hecho habéis en recomendación de Margarita, la verdad de la cosa mostrará lo que habéis sentido de ella ser prenyada". El príncipe de Viana hace, con ello, una especie de declaración de paternidad de sus amores con Margalida o Margarita Colom.

Nacerá el niño Colom, futuro Almirante del Mar Océano, el descubridor del Nuevo Mundo y sobrino carnal del rey Católico. Esta paternidad se descubre y se pone de relieve en diferentes ocasiones como veremos más adelante. En los archivos y biblioteca de la casa de los Duques de Medinacelli o Casa de Pilatos en Sevilla se guardaron celosamente documentos exhaustivos sobre la vida sentimental del príncipe de Viana; allí hay constancias de sus amoríos con seis o siete damas, vida sentimental tormentosa. Este extraordinario archivo puede amasijar y retener "secretamente" cosas desconocidas, pero ya previstas hoy en día sobre la vida de Colom. Y toda esta documentación, todavía no investigada pormenorizadamente, está depositada ya en el Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona, como donativo explícito de los sucesores de la familia Medinacelli.

B. Costa-Amic: Colom. Catalán De Mallorca Sobrino De Los Reyes Católicos.
Tercera Edición. Corregida y Aumentada. México, D.F. 1990.

8 de Octubre 2003

Viene a ser hoy, en realidad, el pueblecito de Acapatzingo, un barrio de Cuernavaca. Hacia allá nos hemos dirigido, en esta luminosa mañana de noviembre, con el propósito de visitar la famosa residencia campestre de Maximiliano. Seguimos una callecilla o caminejo, bordeado de huertas y alguna que otra pequeña casa de recreo, y todo él lleno de polvo y sol. Estamos por el filo del mediodía. Suena el chillido estridente de las cigarras. Detiéndose el automóvil frente por frente de una iglesia: la vieja iglesia de Acapatzingo, humilde, incolora. Portada y campanario, aquella cubierta de manchones de humedad se disimulan entre el follaje de los árboles. Ya se sabe que aquí los muros y la selva conviven.

Sombreado el atrio añosos ciruelos y mangos, amén de tupida ceiba sobre cuyos troncos retorcidos y rampantes, a horcajadas y desperezándose, veo que ahora charlan algunos labriegos de tez cobriza y empalidecida por el calor. Nos hemos apeado... y no hay para qué preguntar. De cara a la iglesia está lo que buscamos. Un muro de citarilla aderezada con ladrillos que fueron rojos y hoy son cenizos. Al centro, un portón con tejadillo de dos aguas. Sobre el portón, en toscas letras mal trazadas, se lee: "Quinta Maximiliano".

Entremos.

¿Es esto una casa? ¿Es una ruina? Lo que fue patio o jardín y que cubría florecida pérgola, es hoy un rincón herboso. Al centro, los restos de una fuente. Estrechos corredores a los lados, de los que no quedan más que los soportes o columnas del tejado, por una trepa la yedra, y hay otra con un penacho de zacate seco. Los corredores -sobre entre solado pasillos son estrechos. Cubre el musgo las paredes verdinegras sobre las cuales lluvia y sol han impreso sus vagarosas huellas. Totalmente en ruinas el ala izquierda, abiertas como bocas desdentadas, vemos las puertas; luce una de ellas un marco de trepadora hierba que tiene visos dorados al acariciarla el sol. Han desaparecido de las habitaciones techos y pisos. Aquí y allá, sobre los resquebrajados y negruzcos muros, colorean, difuminados, restos de pintura de la época. Abajo del nivel de los agujeros de los polines, crece, enmarañada, misteriosa, la hierba.

La hierba que, prisionera en el fondo de aquellos cubos vacíos, ansiaría evadirse, al modo del chayotillo y de la yedra, los cuales más ágiles y libérrimos, se expanden por las paredes hacia el cuadro del cielo azul, fragmento del maravilloso domo que es lo único que hoy cubre estas abandonadas estancias. ¿Cuándo, en qué año, se agitó aquí, siquiera fuese tímida y silenciosa, humana vida?. (El primer viaje de Maximiliano a Cuernavaca data de los primeros días de enero de 1866. Acompañábale la Emperatriz, quien como él, deseosos de escapar de las frías noches invernales de México y, lo que es más, de las de Chapultepec, pensaba crear allá una residencia imperial).

*Carlos González Peña: Flores de Pasión y Melancolía.
México, Editorial "Stylo", 1945. Edición Al Cuidado De Antonio Caso Jr.*

22 de Octubre 2003

Los fenicios eran semitas y habían emigrado mucho antes que los modernos árabes mahometanos. Participaron en la gran emigración canaanita, iniciada alrededor del año 2300, a. de J.C. Obligados a partir a causa de una sequía que agostó gran parte de los pastos de Arabia, las tribus fronterizas que habitaban aquellas regiones se refugiaron en las vecinas tierras de Mesopotamia. Los efectos de la sequía, sufrida primero en Arabia, tardaron más en manifestarse en la inmensa Asia Central, pero al producirse debieron ser muy alarmantes, puesto que los pueblos pastores de las estepas hubieron, huyendo de ella, de dirigirse con sus rebaños hacia el sur y el oeste, comenzando a sumergir la Mesopotamia bajo verdaderos aludes humanos.

Allí, en aquellos valles populosos y bien regados, que recibían abundantes aguas de los nevados montes de Armenia, era fácil encontrar el necesario sustento. No hay razón alguna para creer que los habitantes de Mesopotamia acogiesen con entusiasmo a los invasores. Pero sus objeciones y oposición no surtieron efecto alguno en presencia de un elemento sorpresivo que en tal momento fue tan sensacional como siglos después el empleo de la aviación: los carros.

Los hombres de las estepas decuplicaron sus carros de guerra, y éstos, durante un millar de años, fueron los elementos decisivos de las batallas. Las ciudades de Mesopotamia cayeron, incluso Babilonia fue puesta a saco. El torrente cosmopolita de los invasores, empujando ante sí parte de los semitas y arrastrando a los demás en su propio cauce, fue a verterse a Egipto, invadiéndolo y conquistándolo. Durante cierto tiempo, toda civilización del Asia Occidental quedó como anegada; pero era una civilización sólida y no tardó en renacer del caos.

Cuando el horror de aquella época principió a atenuarse, los príncipes egipcios comenzaron, en su destierro, a construir también carros de guerra. Así pudieron entrar en su país, expulsando a los invasores, reconquistando la Palestina y llegando hasta el Éufrates. Los asirios, los hebreos y otros pueblos parientes suyos se establecieron bajo la férula del poder restaurado de los faraones.

En cuanto a los fenicios, Egipto fue útil para ellos en un modo diferente y más amplio. Los fundamentos de la prosperidad fenicia se asentaron cuando sus ciudades costeras se convirtieron en los puertos asiáticos del nuevo y grande Egipto erigido sobre las ruinas del antiguo. Bajo el protectorado egipcio, los fenicios aprendieron los oficios de constructores de navíos, de navegantes, de traficantes y de intermediarios. No tuvieron necesidad de aprender la profesión de las armas: empezaron por comerciantes, y comerciantes siguieron siendo siempre.

*G.P. Baker: Aníbal
México, Editorial Diana, S.A.*

29 de Octubre 2003

Ramsés II, el Grande, el poderoso, debió sentirse inundado del poder del dios Sol cuando se glorificó a sí mismo en los muros de los templos de Abu Simbel, en el tercer decenio de su gobierno; sin embargo, no fue amo y señor sobre el viento y la arena del desierto. Sus palabras llenas de soberbia, sus artísticas estatuas y sus imponentes obras arquitectónicas, lejos de la capital, en el curso superior del Nilo, quedaron sepultadas bajo las arenas movedizas en el curso de las centurias y por espacio de tres milenios no se les pudo encontrar. Cuando Johann Ludwig Burckhardt, hijo del director de una fábrica de cintas de seda de Basilea llegó a El Cairo el cuatro de septiembre de 1812, no vestía sino harapos y todo su capital sumaba un único tálero. Burckhardt vino de Siria a lomos de un camello. Había pasado dos años allí para aclimatarse y preparar su verdadera expedición: cruzar el Sahara de este a oeste, del Nilo al Níger. La African Association, una honorable institución londinense dedicada a la exploración del Continente Negro, subvencionó esta empresa suicida, estimada en seis años de duración, a razón de veintiún chelines por día. Si lograba sobrevivir a la aventura, Burckhardt sería un hombre rico. No obstante, en El Cairo la expedición del joven estudioso y explorador suizo amenazó fracasar antes de haber sido emprendida. No podía encontrar ninguna caravana dispuesta a partir en un futuro cercano hacia Timbuctú. Pero, por contrato, Burckhardt estaba condenado a realizar descubrimientos. En consecuencia, buscó en el mapa de África otras zonas blancas. No le fue necesario buscar mucho tiempo: a mil kilómetros Nilo arriba, al sur de los grandes rápidos, se encontraba Nubia, alejada de toda civilización, de todos los itinerarios de las caravanas, una tierra legendaria y olvidada, rodeada de misterios, en cuyas arenas tal vez centelleaba el oro, de negras montañas brillantes, donde debía haber ocultas, gigantescas obras arquitectónicas, desde donde ya no podía quedar muy lejos el confín del mundo.

Desde la época de los romanos ningún europeo había hollado esta tierra, pero generaciones de exploradores, trotamundos y fabulistas, propagaron la nueva de que bajo las dunas de la remota Nubia se ocultaban templos recubiertos de oro, más grandes, magníficos y curiosos que todos los santuarios hallados hasta entonces a orillas del Nilo. En un lugar llamado Ebsambul habría un enorme templo esculpido en una montaña, pero la entrada al mismo estaba sepultada desde los tiempos de los faraones. ¿Esto era realidad o leyenda? Ataviado de la cabeza a los pies a la usanza árabe y gracias a su perfecto dominio de este idioma, era difícil distinguir a Burckhardt con su negra barba, de un nativo. Además se hacía llamar jeque Ibrahim y como tal compró un esclavo y dos asnos con su primer salario de la African Association.

Había decidido marchar a Nubia a descubrir la misteriosa Ebsambul. En el mercado de Esna, Ibrahim cambió el asno y el esclavo por dos dromedarios y trató de conseguir un guía experto, pero no tuvo éxito: nadie quería ir a Nubia, pues para los nativos las tierras al sur de las cataratas del Nilo eran territorio de los muertos y de las ánimas. Por consiguiente, cabalgó solo a lo largo del Nilo rumbo a Assuán, y allí encontró un viejo que por un dólar español accedió a acompañarlo ciento cuarenta millas hasta Ed-Derr, pero ni un solo paso más. Burckhardt había reducido al mínimo su equipaje a fin de poder cargar el pesado armamento: fuera de su fusil, un sable y dos pistolas, no cargaba sino una bolsa de víveres. Llegados a Ed-Derr pagó al viejo por sus servicios y alquiló un nuevo guía.

Se llamaba Saad, era rubio y no temía a la muerte ni al diablo. Además supo tranquilizar a Ibrahim: el único salteador de caminos de la región había sido muerto hacía unas semanas. Ibrahim oriundo de Basilea, y Saad de Derr, se pusieron en camino y marcharon por espacio de dos días, desde la mañana apenas asomaba el sol, hasta el atardecer, cuando el astro rey se ocultaba tras las desnudas montañas. Fenecía el segundo día cuando llegaron a una aldea. Burckhardt mandó a su acompañante a que se adelantara para procurarse algo de comer, mientras él encendía un fuego. Saad regresó provisto de una tortilla y un potaje indefinido, parecido a una sopa. Exhaustos se echaron sobre sus bolsas de viaje.

A la mañana siguiente habrían de cruzar el Nilo, pues el escarpado camino pedregoso de esta margen del río les hubiera demandado mucho más esfuerzo y tiempo. Dos habitantes de la aldea les prestaron su colaboración: uno condujo una diminuta barca en cuyo interior los dos viajeros habían depositado sus armas y ropas. Los dos dromedarios fueron llevados al río atados al bote con cuerdas, en tanto el suizo y su acompañante, desnudos como Dios los había echado al mundo, se asieron cada cual al rabo de uno de los rumiantes y patalearon por las aguas del Nilo. Llegados a la otra orilla continuaron su marcha, día tras día, durante largas semanas, siempre rumbo al sur. Varias veces atravesaron el río a nado a fin de acortar el camino, pero cada vez se hacía más largo y arduo. Fatigados y presos de la duda de haber dejado atrás inadvertidamente los templos esculpidos en las rocas resolvieron continuar la marcha sólo un día más. Eso fue el 21 de marzo de 1813.

Por la tarde del 22 de marzo el jeque Ibrahim y Saad se encontraron en un acantilado que caía abruptamente hacia el Nilo, sobre el cual el viento del desierto barría arenas sin cesar. Ibrahim estuvo a punto de hundirse en la arena cuando intentó bajar al río, donde una pared de diez metros de altura, por lo que no podía pensarse siquiera en penetrar al interior. Burckhardt tampoco pudo leer las inscripciones (todavía no se había develado el secreto de los jeroglíficos). En consecuencia, ignoró lo que habría de poder descifrarse pocos años más tarde: "Yo, Ramsés, cree a Egipto de nuevo" y la manifestación de su enemigo mortal: "El temor que inspiras se propaga como el fuego en el país de los hititas" o en aquella aclamación de sus súbditos: "No lo toquéis porque os abrasará el ardor de su fuego". ¡Que hombre debió ser ése que hablaba de sí mismo con tanta soberbia, al que su enemigo mortal se refería con tanta humildad, al que su pueblo aclamaba con tanto arrebató: ¡Ramsés, el Grande!

*Philipp Vandenberg: Ramsés el Grande
Argentina, Javier Vergara, Editor, Diciembre 1989.*

Noviembre

5 de Noviembre 2003

¿Qué clase de hombres eran los romanos? Se suele decir que los hombres se conocen mejor por sus hechos; por tanto, para contestar a esta pregunta habrá que recurrir, en primer lugar, a la historia romana para buscar los hechos y, en segundo lugar, a la literatura para encontrar el espíritu inspirador de estos hechos. A los romanos les hubiera complacido que se les juzgara por su historia; para ellos historia significaba hechos; en latín se dice *res gestae*, simplemente "cosas hechas". De su literatura se ha afirmado con acierto que "se debe estudiar principalmente con el propósito de comprender su historia, mientras que la historia griega se debe estudiar principalmente con el propósito de comprender la literatura griega".

La respuesta parece entonces que sólo puede darse mediante un estudio de la historia romana, y por consiguiente, que no debería aparecer en el primer capítulo sino en el último. Pero este libro no es una historia de Roma; pretende suscitar la reflexión de si ese pueblo no merece un mayor estudio, y toma la forma de breves bosquejos de ciertos aspectos de la obra realizada por los romanos. A través de toda su historia, los romanos sintieron de un modo intenso que existe una "fuerza" ajena al hombre, considerado individual o colectivamente, que éste debe tener en cuenta. Necesita el hombre subordinarse a algo. Si rehúsa, provoca el desastre; si se somete contra su voluntad, se convierte en víctima de una fuerza superior; si lo hace voluntariamente, descubre que puede elevarse a la categoría de cooperador; por medio de la cooperación puede vislumbrar la dirección e incluso la finalidad de esa fuerza superior.

La cooperación voluntaria da a su obra un sentido de dedicación; las finalidades se hacen más claras, y el hombre se siente como agente o instrumento en su logro; en un nivel más alto se llega a tener conciencia de una vocación; de una misión para sí para los hombres que, como él, componen el Estado. Cuando un general romano celebraba su "triumfo" después de una campaña victoriosa, cruzaba la ciudad desde las puertas hasta el templo de Júpiter (más tarde, durante el Imperio, hasta el templo de Marte) y allí ofrecía al dios "los triunfos que Júpiter había logrado por mediación del pueblo romano".

Desde los primeros días, podemos descubrir en los romanos un sentido de dedicación, vago e inarticulado al principio e indudablemente mezclado con temor. Luego se va expresando con más claridad, y llega con frecuencia a ser móvil principal de la acción. En los últimos tiempos se proclama claramente la misión de Roma con la mayor insistencia en el momento mismo en que su realización había cobrado expresión visible y con el mayor entusiasmo por gentes que no eran de cepa romana. Al principio este sentido de dedicación se manifiesta en formas humildes, en el hogar y en la familia; se amplía a la ciudad-estado y culmina en la idea imperial. Emplea diferentes categorías de pensamiento y diversas formas de expresión según los tiempos, pero su esencia es siempre religiosa, ya que significa un salto más allá de la experiencia. Lograda la misión, sus bases cambian.

He aquí la clave para el estudio del carácter romano y de la historia de Roma. La mentalidad romana es la mentalidad del campesino y del soldado; no la del campesino ni la del soldado por separado, sino la del soldado-campesino, y en general esto es así hasta las épocas posteriores, cuando podía no ser campesino ni soldado. El destino del campesino es el trabajo "inaplazable" porque las estaciones no esperan al hombre. Sin embargo, con sólo sus trabajos no logrará nada. Puede hacer planes y preparativos, labrar y sembrar, pero tiene que esperar pacientemente la ayuda de fuerzas que no comprende y menos aún domina. Si puede hacer que le sean favorables, lo hará, pero con frecuencia sólo alcanza a cooperar; se entrega a ellas para que lo utilicen como instrumento, logrando así su propósito. Las contingencias del tiempo y las plagas pueden malograr sus esperanzas, pero tiene que aceptar el pacto y tener paciencia. La rutina es la ley de su vida; las épocas de siembra, germinación y recolección se suceden en un orden establecido. Su vida es la vida misma de la tierra.

Si como ciudadano se siente atraído al fin por la actividad política, será en defensa de sus tierras o de su mercado o del trabajo de sus hijos. Para el campesino el conocimiento nacido de la experiencia vale más que la experiencia especulativa. Sus virtudes son la honradez y la frugalidad, la previsión y la paciencia, el esfuerzo, la tenacidad y el valor, la independencia, la sencillez y la humildad frente a todo lo que es más poderoso. Éstas son también las virtudes del soldado. También él ha de conocer el valor de la rutina, que forma parte de la disciplina, ya que tiene que responder casi instintivamente a cualquier llamada repentina. Debe bastarse a sí mismo. El vigor y la tenacidad del campesino son necesarios al soldado, su habilidad práctica contribuye a hacer de él lo que el soldado romano debe ser: albañil, zapador, abridor de caminos y constructor de balates. Ha de trazar un campamento o una fortificación, medir un terreno o tender un sistema de drenaje. Puede vivir en el campo porque es lo que ha hecho toda su vida. El soldado también sabe de ese elemento imprevisto capaz de trastornar el mejor de los planes; tiene conciencia de fuerzas invisibles y atribuye "suerte" a un general victorioso.

12 de Noviembre 2003

Catalina ha nacido para gobernar y especialmente para gobernar en la Rusia del Siglo XVIII, ese extraño y gigantesco Imperio lleno de fuerzas sin organizar y en camino de desarrollarse. "Yo amo los países incultos -escribe Catalina; lo he dicho mil veces: yo pertenezco a Rusia", pero también ama la flor de la cultura europea, la filosofía contemporánea. Cincuenta años atrás, Pedro había abierto "la ventana al oeste" y, sobre los pueblos aferrados a la Naturaleza, sobre los pueblos semejantes a rebaños, a hordas de las estepas rusas, había soplado la primera ráfaga del viento espiritual del Occidente, trayendo en su sopro lo bueno y lo malo de la civilización, inquietud, animación, dudas, iniciativas y confusionismo. Desde entonces es como una ronda de burbujas en la que se atraen y rechazan en ebullición las fuerzas europeas y asiáticas, luchando y fecundando. Ni el genio organizador de Federico ni las capacidades domésticas de María Teresa hubieran podido ordenarlo. Pero Catalina, cuya naturaleza está hecha de la misma fibra que el país ruso, que es ella misma una mezcla de fuerzas naturales en vías de desarrollo, dominadas por una inteligencia clarísima y por una voluntad de hierro, Catalina ha nacido para dominar ese país sin violentarlo.

Por una circunstancia mucho más profunda que el hecho casual de su nacimiento en una determinada parcela de terreno, su naturaleza ha llegado a ser pariente de la Rusia, por el amor y por la infiltración continua que alcanza hasta los más profundos vasos capilares. Pero Catalina, según sus documentos de bautismo no ha nacido para gobernar a Rusia. Su derecho al trono se basa en su personalidad y no en su persona. Después del fin violento de Pedro III existen todavía en Rusia dos pretendientes legítimos: el gran duque Pablo e Iván, prisionero en la fortaleza de Schlussemburg.

Pablo es un niño, y Catalina, por tanto, la regente legal mientras su hijo sea menor de edad. Pero Iván representa un peligro. "Estoy preocupado por mi Catalina -escribe Voltaire en septiembre del año de 1762- y temo que Iván pueda destronar a nuestra bienhechora". También Mercy escribe a Viena que el nuevo gobierno no se podrá sostener mucho tiempo.

Si se analiza fríamente el entusiástico acontecimiento del 28 de junio se deberá confesar que no era ni un juicio de Dios ni una sublevación popular: era un golpe de Estado bien logrado, nada más, y Catalina era y continuaba siendo una usurpadora. Ella siente que ha nacido para gobernar y eso le proporciona su natural seguridad, con la que desde el primer momento fascina a cuantos le rodean. Esta seguridad de hallarse en su puesto y de llenarlo hace que puedan desarrollarse plenamente todas las valiosas cualidades de su naturaleza: su actividad despierta con el alba y continúa infatigable durante quince horas de trabajo; su viva inteligencia profundiza en la realidad, elige con ardor toda materia viva y encuentra con asombrosa rapidez en ella lo elemental, lo esencial, el punto de partida de la acción; la alegría vehemente de su naturaleza anima su ligera y encantadora amabilidad. Generalmente, es buena, generosa y justa soberana en el verdadero sentido de la palabra, muy lejos, por tanto, del despotismo y de la tiranía arbitraria. Pero aquel derecho moral a la soberanía no altera el hecho de que, según los actos y las leyes, está sentada en el trono ilegítimamente, y esto le produce cierta sensación de inestabilidad que le obliga a llevar a cabo una serie de deplorables acciones por las cuales quiere afirmar su posición.

Es un hecho innegable que aún los seres humanos más favorecidos no han recibido el don de todos los bienes: queda siempre una parte que hay que pagar, y a veces al precio más alto. Deben pasar diez años hasta que, en lugar del derecho hereditario no existente, se establezca un derecho de costumbre, y durante estos diez años Catalina se verá obligada, para retener el poder entre sus manos, a realizar, en vez de lo que cree bueno, innombrables acciones que ella misma y todos los hombres de bien, sólo pueden calificar de malas. Y cuando al fin, pasados esos diez años, sostendrá el cetro en sus manos con la suficiente firmeza para poder realizar los ideales de su juventud, entonces ella misma habrá ya cambiado, y cuanto pecado haya debido cometer en nombre del bien habrá dejado en su carácter y en sus opiniones una huella imborrable.

Pero empieza a reinar bajo el signo del bien, empieza a reinar con una fe ardiente en la bondad,

en la justicia y en la razón. Y empieza como alguien que se ha preparado para su misión durante años, y que a pesar de todo está dispuesta a modificar y a enriquecer cada día sus conocimientos, a sacrificar si fuera necesario, todas sus reflexiones a la necesidad del momento. En esto estriba su secreta deficiencia y el origen de su éxito. No posee una sola idea elemental y original que le sea propia y con la cual afrente la realidad, la domina y le imprima el sello de su personalidad; todas sus ideas, sin excepción, son de segunda mano. Pero en el conflicto entre esas ideas y la realidad tiene mil inspiraciones, todas prácticas, viables y útiles. Sus ideas vienen de Occidente, pero sus inspiraciones nacen de la realidad rusa. Y aquí ella es de una independencia jamás igualada por mujer alguna que ocupara un trono. Al apoderarse del gobierno tiene a su lado a dos hombres inteligentes y seguros: Panin y Bestushev. A los dos debe gratitud, en los dos confía y de los dos solicita consejo a menudo. Pero sólo sigue los consejos que le convienen, y ninguno de los dos logra imponer su influencia en las cuestiones decisivas.

Gina Kaus: Catalina la Grande.

Barcelona, Editorial Juventud. S. A., Cuarta Edición, Octubre 1961

19 de Noviembre 2003

Más que una tempestad, la era del descubrimiento y conquista de América parece, por momentos, un estallido, una explosión; una tremenda explosión de los imponderables de que se había ido cargando la Península Ibérica (España y Portugal), durante centurias Y aun durante milenios. El Barón de Humboldt nos habla de grandes tesoros vegetales, "acumulados allí por el movimiento constante de los pueblos hacia el Occidente bajo la influencia de una civilización en progreso", pero para ser exactos, tendríamos que hablar también de otras muchas inmigraciones de muy diversa índole, operadas con rumbo a España como centro magnético del mundo, como por ejemplo, la de las cifras de la matemática hindú, llevadas allá por los árabes. En general puede decirse que en vísperas del primer viaje de Cristóbal Colón, la Península Ibérica era un arca en que todas las grandes culturas y civilizaciones de Europa, de África y del Asia tenían depositada una herencia para el Nuevo Mundo, formada con aportaciones de los celtíberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los judíos, de los visigodos y de los sarracenos...

Aunque el cristianismo estaba allí detenido, representado, en espera del momento propicio para continuar su marcha triunfal siguiendo la ruta del sol. Pero no sólo se habían amontonado y acumulado en España los ideales y las aspiraciones y virtudes más puras de la Antigüedad, del Medioevo y del Renacimiento, también esperaban las grandes concupiscencias el "Surge et ambula" del descubrimiento, para lanzarse al asalto de las nuevas tierras. Esta mezcla extraña y complicada hace singularmente explosiva la época de los grandes descubrimientos y de las grandes conquistas y hace contradictoria la historia de aquellos tiempos, porque al lado del "Id y predicad a todas las naciones..." actúan también los tenebrosos instintos biológicos y bestiales del superhombre de Nietzsche.

Recién llegados los conquistadores a las tierras vírgenes de América, sentían relajados los frenos morales y represivos que en el Antiguo Continente inhibían las concupiscencias de la fiera; pero la conciencia cristiana, la acción de la autocrítica que actúa siempre sobre el hombre español, logran refrenar a la bestia y tras una lucha secular, España implanta en el Nuevo Mundo un eficaz y efectivo régimen de derecho. El duelo entablado entre los teólogos por un lado y los encomenderos por otro, duelo tranzado por el jurista en etapas sucesivas casi siempre con ventajas para los primeros, acaba por hacer derribar toda la corriente histórica del imperio de la violencia al imperio de la justicia social, y si nuestra vida se inicia con las sangrientas conquistas de ese gran carnicero que es Nuño de Guzmán, la época de la conquista se cierra en nuestro país con la de la Alta California, conquista incruenta por ese santo que fue Junípero Serra.

El imperativo evangélico acaba por imponerse en la Nueva España al imperativo biológico y los fueros del espíritu privan al fin sobre los fueros de la carne. Sin embargo, no hay que desestimar ni condenar siempre la cooperación de los instintos primarios: es el concurso de todas las energías amontonadas y de todos los imponderables acumulados en la Península Ibérica, lo que da su fuerza incontenible a la acción colonizadora y evangelizadora. Energías e imponderables se expanden como

gases presionados que rompen sus recipientes y estallan. Misioneros y aventureros son bombardeados como proyectiles contra América. Nada ni nadie puede contenerlos; vencen los mares, los desiertos, las selvas, las montañas y las nieves eternas. Encontramos por todas partes las huellas del paso de evangelizadores y conquistadores como impactos de bala después del combate; perforan el Continente Americano que se les opone en todos sentidos y muchos tienen todavía fuerzas para lanzarse y dispersarse por las aguas y por las islas del Pacífico descubierto por Nuño de Balboa y al redondearse la tierra por aquellos hombres nunca jamás superados, la Historia adquiere por primera vez un sentido universal.

Por eso cuando llega San Francisco a España tiene en Santiago de Compostela la suprema revelación de que su Orden está destinada a una actuación ecuménica. Para entender y escribir la biografía de los individuos de aquella edad, es preciso tener en cuenta, además del coeficiente personal de cada uno de ellos, la energía colectiva, la dinámica del momento histórico, la fuerza que suma el destino a sus voluntades, los codos que añade a sus estaturas la grandeza de su misión, la intensidad de su vocación, la importancia del mensaje que están encargados de llevar a los demás. Todo hombre tiene en sí mismo un valor personal que, graduado en relación al valor de cada uno de los demás hombres, fluctúa entre la cifra uno y la cifra nueve; pero además hay que agregarle a cada hombre de aquellos tiempos de epopeya todos los ceros a la derecha con que el Destino o la Providencia acrecienta su valor personal, su significación individual.

Pablo Herrera Carrillo: Vidas Mexicanas: Fr. Junípero Serra, Civilizador de las California. México, Ediciones Xóchitl, 1943.

26 de Noviembre 2003

En el nordeste de África discurre un río muy poco corriente. Tiene una longitud de 4157 millas -es el río más largo del mundo y se llama Nilo, del nombre griego Neilos. Se ignora de dónde proviene el nombre griego, pues para el pueblo que vivía en sus orillas era simplemente "El Río". En la porción más septentrional del Nilo surgió una de las dos civilizaciones más antiguas del mundo; y a lo largo de seis milenios una sociedad compleja pobló sus orillas con numerosas aldeas. Durante la mayor parte de ese tiempo los orígenes del Nilo fueron un misterio. Sus aguas corrían hacia el norte desde el lejano sur, pero nadie, en el mundo Mediterráneo antiguo, pudo penetrar lo suficiente en las regiones meridionales como para alcanzar sus fuentes.

Para los antiguos, el problema de las "fuentes del Nilo" fue tan difícil de resolver como el problema de "la otra cara de la Luna" lo ha sido para nosotros hasta que los satélites fueron capaces de fotografiarla. Sólo en la segunda mitad del Siglo XIX los viajeros europeos y americanos consiguieron conocer el Nilo desde sus fuentes hasta su desembocadura. En 1857 el inglés John Hanning Speke llegó hasta un gran lago que llamó Victoria, en honor de la soberana que entonces reinaba en la Gran Bretaña. El lago se hallaba justo en el Ecuador, y de él nacía el Nilo. Otros ríos aflúan al lago desde los montes de Kenya, próximos al sector central de la costa este africana.

A medida que el Nilo corre en dirección norte, hacia el mar, atraviesa cierto número de regiones, en las que su cuenca va estrechándose y haciéndose cada vez más escarpada. Las aguas caen violentamente sobre las rocas y acaban formando cataratas. Los barcos no pueden navegar en tales aguas, y las cataratas para dividir el río en sectores. Las cataratas se enumeran a partir de la desembocadura del río hacia el interior: la Primera Catarata se encuentra a unas 600 millas de la costa. Hoy la catarata en cuestión está próxima, por el sur, a una ciudad llamada Asuán, pero en los tiempos antiguos en aquellos lugares había una ciudad llamada por los griegos Siene.

El tramo más septentrional del Nilo entre la primera catarata y la desembocadura, es el escenario principal de los acontecimientos que se describirán en este libro. Fue en este tramo, que es navegable en toda su longitud incluso para las más sencillas embarcaciones, donde surgió esta civilización tan notable. El Nilo discurre a lo largo del borde oriental del Sahara. El Sahara (que en árabe significa precisamente "desierto"), cubre la mayor parte del norte de África, y es tan extenso como

Estados Unidos. En realidad, se trata del mayor desierto del mundo. En toda esta región tan amplia no llueve casi nunca. La única agua que puede encontrarse se halla a gran profundidad, salvo en el caso de unos cuantos oasis, en lo que el nivel del agua alcanza la superficie. Pero el Sahara no fue siempre una región desértica.

Hace veinte mil años los glaciares cubrían la mayor parte de Europa y vientos fríos llevaban la humedad hasta el norte de África. Lo que ahora es desierto era entonces una tierra placentera con ríos y lagos, bosques y praderas. Los hombres primitivos vagaban por ella, llevando consigo sus instrumentos de piedra sin pulimentar. De forma gradual, sin embargo, los glaciares comenzaron a retirarse y el clima fue haciéndose cada vez más cálido y seco. Aparecieron las primeras sequías y la situación fue empeorando, paulatinamente. Las plantas murieron, y los animales se retiraron a regiones que conservaban todavía suficiente humedad y en las que podían vivir. También los hombres se retiraron, unos hacia el sur, hacia los trópicos; otros hacia la costa norte. Muchos fueron avanzando hacia las regiones próximas al Nilo, que en esos remotos tiempos era mucho más ancho y corría precisamente a través de extensas zonas cenagosas y pantanosas. Con todo, la cuenca del Nilo no era precisamente un lugar adecuado para la vida humana: sólo lo sería cuando las tierras perdiesen algo de su humedad. Cuando esto ocurrió, el Nilo se convirtió en un don del cielo.

Historia Universal Asimov. Los Egipcios.

El Libro De Bolsillo. Alianza Editorial. Madrid. Quinta Edición, 1983, México.

29 de Noviembre 2003

Al reunirse la asamblea, Filipo ocupó su lugar en la zona de asientos reservada a los argeadas. Nada podía haber señalado mejor la elección que iban a efectuar los macedonios, pues era el único que los ocupaba y no habló con nadie ni intervino en el debate. El anfiteatro estaba casi lleno, dado que la mayoría de las guarniciones del reino habían enviado una nutrida delegación conforme a sus posibilidades. El sol invernal hacía relucir las corazas, hiriendo los ojos de los presentes. Primero tuvieron lugar las preces y sacrificios, el hueso y la grasa de los cuartos traseros de un buey quemados en el centro de la arena y, finalmente, el comandante de la guarnición de Pela se puso en pie.

Dárdanos tenía más de sesenta años y era tan gordo, que su lugarteniente tuvo que ayudarlo a levantarse, pero había sido un soldado glorioso en la época del rey Amintas y, conforme a la tradición, era él quien tenía derecho a tomar la palabra primero. Alzó la mano para imponer silencio. Tenemos dos alternativas, comenzó diciendo. -Podemos nombrar rey al niño Amintas, hijo del rey Pérdicas, y otorgar la regencia a su tío el príncipe Filipo durante la minoría, o podemos descartar a Amintas y nombrar rey en su lugar al príncipe Filipo. Ambos son los últimos representantes de la dinastía a quienes ni el crimen ni la traición han descalificado. En épocas normales, la línea sucesoria pasa de padre a hijo, pero si al heredero natural se le considera incompetente por defecto físico, o si el peligro lo exige, la asamblea tiene potestad para elegir a otro. Así pues, la cuestión estriba no en quien ha de gobernar, pues la esencia del poder ha de recaer inequívocamente en el príncipe Filipo, sino en quien ha de ser rey. Hemos de pensar en el futuro, ninguno de los presentes ignora la crisis que ha provocado la muerte del rey Pérdicas. Del mismo modo, sabemos que si el príncipe Filipo logra que la superemos, si ello es posible, necesitará toda la autoridad que el poder de esta asamblea deposite en sus manos. Así, decidamos si podemos permitirnos el lujo de un rey niño o si necesitamos en el trono de Macedonia un hombre, que ha demostrado, por ende, su experiencia como militar.

Después de aquellas palabras pocas dudas quedaban de cuál iba a ser el voto de la asamblea. Dárdanos volvió a sentarse entre murmullos de consenso y el que tomó la palabra a continuación, comandante de la guarnición de Egas, propuso formalmente que se eligiese rey de Macedonia a Filipo, hijo de Amintas. Después de eso nadie más pidió hablar porque no se le habría oído. La asamblea se puso de pie como un solo hombre y descendió a la arena para colocarse ante el nuevo rey y jurarle lealtad gritando su nombre y golpeando las corazas con la hoja en plano de la espada, un sonido que hizo retumbar el aire. Filipo se puso en pie, rodeado por un muro de espadas desenvainadas, estirando el brazo para tocar la punta de las más próximas como signo de aceptación y, sin decir palabra sus

nuevos súbditos eran parcos en palabras y, de todos modos, no se le habría oído aguardó a que le abrieran paso hacia la salida.

Ahora efectuaría su primer deber de rey, conduciendo al ejército hasta el templo de Heracles para purificar las armas. Curiosas son las jugadas que a veces puede gastarnos el recuerdo. Allí, bajo el pórtico del anfiteatro, vitoreado por los ciudadanos de Pela, sin oírlos, se le antojó que él mismo formaba parte de otra multitud entusiasta y enardecida, apiñada a ambos lados del camino, y, que con sus hermanos Pérdicas y Arrideo contemplaba como aclamaban rey a Alejandro. Revivían todos en su recuerdo, incólumes a la traición y a la muerte. ¡Qué aspecto de héroe tenía Alejandro en aquel momento!

-¡Mi señor Filippo! El sonido de una voz de mujer, semejante al gemido de un animal acosado de terror, le hizo volver en sí; no sabía quién era aquella desesperada que se postraba a sus pies con un bulto en los brazos, alargando una mano suplicante para tocar su pie... -Mi señor Filippo, te suplico que respetes la vida del hijo de tu hermano -sollozaba-. Vengo a someterme y a suplicarte que respetes su vida. Filippo oyó en derredor ruidos de pasos precipitados y de espadas desenvainadas. Los oficiales que le rodeaban, muchos de los cuales no veían la escena, estaban inquietos -¿no sería un primer conato de atentado? y se mostraban poco inclinados a andarse con contemplaciones, pues de la vida de aquel hombre dependía el destino de Macedonia. -¡Envainad las espadas dijo Filippo con voz firme y tranquila, como si ordenara a un criado limpiar la mesa-. No hay de qué alarmarse. -Te suplico por su vida, repetía Arete entre sollozos y tocando con su mano el pie de Filippo. -Mejor será matarles a los dos musitó a su espalda una voz que Filippo no pudo ni quiso reconocer. Estamos en guerra con medio mundo y un heredero desplazado da pábulo a la traición. Mejor matarlos ahora. -¿Y he de hacer la guerra también a los cielos?, -replicó Filippo sin volverse-. No voy a manchar el primer día de mi gobierno derramando sangre inocente. Se arrodilló y alzo por los hombros a la viuda de su hermano. No tenéis nada que temer ninguno de los dos, dijo cogiendo al niño en sus brazos-. Este niño es hijo de mi hermano Pérdicas, añadió en voz alta-. Ocuparé el lugar de su padre y, mientras yo no tenga hijos, será mi único heredero y vivirá bajo mi protección. Que no lo olviden aquéllos que intentan atentar contra su vida, porque sus enemigos serán mis enemigos. Devolvió el niño a la madre, quien se arrodilló y habría besado los pies a Filippo de no haberla obligado él a levantarse. Basta, señora... eras la esposa del rey. No te humilles más. Y permaneció a su lado un instante, y era evidente que los ciudadanos de Pela, aprobaban la acción de su rey pues vitoreaban con mayor fervor. Pero él no los oía. "¿Ves? Ya han elegido", decía para sus adentros con la voz del niño que había sido.

Nicholas Guild: El Macedonio

Ediciones Planeta. Serie Oro. Reimpresión Exclusiva Para México De Editorial Planeta Mexicana, S. A. De C. V. Julio 1993.

Diciembre

3 de Diciembre 2003

Carta anónima (Escrita por Servilia, madre de Marco Junio Bruto, a la esposa de César).

Señora:

No es verosímil que el dictador te haya informado aún que la reina de Egipto llegará pronto a Roma con intenciones de hacer una prolongada visita a esta ciudad. Si acaso deseas confirmar esta noticia, no tienes más que visitar tu propia villa del Monte Janículo y allí, sobre la pendiente más lejana, encontrarás a varios obreros afanados en la construcción de un obelisco y de un templete egipcio. Importa que dispenses tu atención a tal visita y a sus peligros políticos, porque ya va siendo motivo de irrisión en todo el mundo tu falta de aptitudes para el alto puesto que ocupas, y se murmura que tu comprensión de la política romana no es superior a la de un niño.

Cleopatra, señora, es madre de un hijo de tu esposo. El nombre del niño es Cesarión. La reina lo ha mantenido oculto a las miradas de su corte, pero continuamente difunde el rumor de su divina

inteligencia, y de su gran belleza. Sin embargo, la verdad, según fuente autorizada, es que se trata de un idiota que todavía no habla y que apenas camina, a pesar de haber pasado su tercer cumpleaños. El único propósito de la reina al venir a Roma es legitimar a su hijo y establecer sus derechos a la sucesión en el dominio del mundo. El plan es absurdo, pero la ambición de esta mujer no reconoce límites. Su habilidad para la intriga, su falta de escrúpulos -que no se detuvo ni ante el asesinato de su tío y de su hermano-esposo- y su ascendiente sobre la lujuria de tu marido bastarían para sembrar en el mundo la confusión, aunque no alcanzarán para dominarlo.

No es ésta la primera vez que has sido insultada públicamente por los ostensibles adulterios de tu esposo. Que su capricho lo ciegue ahora al riesgo que esa mujer significa para el orden público no es sino una prueba más de la senilidad que empieza a trascender en su Gobierno. Poco es lo que puedes hacer, señora, tanto en salvaguardia del Estado como en defensa de tu dignidad. Pero en cualquier caso debes enterarte de que las mujeres de la aristocracia romana se negarán a ser presentadas a esa criminal egipcia y no aparecerán en su corte.

Si demostrases una firmeza semejante habrías dado el primer paso para reconquistar el respeto de la ciudad, respeto que has perdido por la forma en que seleccionas a tus amistades y por la ligereza de tu conversación, cosas que ni siquiera tu extrema juventud puede excusar.

Thornton Wilder: Los Idus de Marzo
Madrid, Emecé Editores, Alianza Editorial, 1974.

10 de Diciembre 2003

Bismarck era un extraño y singular diplomático colérico, tempestuoso y dispuesto a defender violentamente lo que se considerara cuestión de dignidad personal; rodeado siempre de secretarios y ayudantes que paliaran en lo posible los incidentes desagradables que provocaba a menudo; estaba persuadido de que era superior al resto de sus contemporáneos y de que su vida entera y que sus energías morales y físicas estaban destinadas a la consecución de una obra de imposible realización por vía diplomática. Hasta su postrer momento, Bismarck conservó su personalidad. Alguien observó que en cierta ocasión Bismarck, entonces ya en edad madura, era un hombre feliz, y su réplica fue contundente: sumando todos los momentos de felicidad experimentados por él, no llegaban a las veinticuatro horas.

Del mismo modo, Friedrich von Holstein, antiguo colaborador de Bismarck en el gobierno, discípulo favorito suyo y luego acérrimo adversario, afirma en sus memorias que apenas si conocía otras personas más tristes y sombrías que Bismarck. El célebre canciller dijo un día que Goethe se equivocaba en gran manera al afirmar que solo el amor era capaz de embellecer la existencia, ya que, en su opinión, el odio también servía para ello: "Mi amor a mi mujer y mi odio a Windohorst son igualmente necesarios para mí". Bismarck se sentía mejor en los días de lucha que en los de calma, y no le impresionaba lo más mínimo el clamor popular en sus momentos de éxito. Una mañana Bismarck saludó a su jefe de Cancillería con estas palabras: "No he podido dormir; he estado odiando toda la noche", y sentía cierta satisfacción al decirlo. Bismarck opinaba que "los hombres son como los perros: ¡Aman a quien temen!", y por ello su impopularidad nada tiene de sorprendente, por saberse él mismo odiado y acaso el hombre más detestado del siglo.

Con ocasión de su entrevista con la reina Victoria en París (1855), tuvo la impresión, y lo confesó, de que a la soberana le pareció "notable, aunque muy antipático". A Bismarck le importaba poco la opinión general y él mismo declaró a un periodista francés en 1866: "Se que puedo jactarme de tener tanta impopularidad en Francia como en Alemania. Soy la víctima propiciatoria de la opinión pública, pero no me importa, y me dirijo hacia mi objetivo con el ánimo más tranquilo del mundo". Bismarck no perdía su impasibilidad, sino cuando alguien lo atacaba, a los que no perdonaba jamás. "¡Cuando me atacan, yo respondo!" frase que le caracteriza, como cuando exclamó: "¡Me muero de ganas de actuar contra alguien!". Virulencia y aspereza que no eran sino un aspecto parcial del carácter de un personaje que, junto con Carlos Marx, fue el mayor reformador político del Siglo XIX.

En las memorias de Robert von Kendorff, colaborador íntimo de Bismarck, aparece otro aspecto

de su carácter. "Cuando ya anochecido, Bismarck abría la puerta de su despacho para pasar al salón, estaba siempre de buen humor. De ordinario, monopolizaba la conversación, más no para debatir los temas de actualidad; la política era cosa prohibida en su casa y no se hablaba allí más que de trivialidades. "Cuando yo tocaba al piano, su mujer entreabría la puerta para que lo oyera Bismarck, pues la música le estimulaba en su trabajo. Bismarck era en realidad bastante distinto de lo que aparentaba. Era un hombre independiente, peligroso y eficaz; no respetaba a nada ni a nadie, rechazaba todo cuanto pudiera entorpecer su libertad de acción y aceptaba sólo lo que le reportara alguna ventaja. "Quiero actuar como se me antoje", solía decir el voluntarioso germano a quien se apodó "El Gran Solista Político".

Historia Universal. El Siglo del Liberalismo. Ediciones Daimon. Manuel Tamayo y Ediciones Daimon de México. Impreso en México. Primera Edición 1983.

17 de Diciembre 2003

La guerra de independencia en la Nueva España constituyó una fase del proceso de disolución del imperio español en América. Once largos años de lucha dieron origen a una crisis profunda en el régimen colonial, crisis que se manifestó más vigorosamente en el ramo de la minería, pero que afectó también el tráfico, la agricultura, la industria y la hacienda pública. Sin embargo, a partir de 1818 se inició un proceso de recuperación parcial y esto debido al estado de decadencia del movimiento insurgente durante el período 1818-1820.

Fue en la minería, como se ha dicho, donde los efectos de la guerra de independencia se hicieron sentir de modo más intenso. Numerosas explotaciones mineras tuvieron que suspender sus labores por falta de trabajadores principalmente, ya que muchos de éstos engrosaron las filas del ejército insurgente. Por otra parte, la ruina de la agricultura, la falta de seguridad de las comunicaciones, la disminución de los recursos necesarios para atender a los gastos de las explotaciones y al aumento de impuestos realizados por el gobierno virreinal para sostener a las fuerzas realistas, hubieron de contribuir a hacer más difícil la situación de la minería durante esa etapa.

Esta situación de crisis económica general provocó inmediatamente el alza de los precios de los instrumentos y artículos empleados en el laboreo de las minas, haciendo particularmente incosteable el beneficio de los minerales de baja ley. La plata en pasta llegó a venderse por menos de su justo valor, por lo que muchos mineros se vieron obligados a suspender sus trabajos. Fue la falta de azogue, de hierro y de otros elementos indispensables para el laboreo y beneficio de los minerales, una de las causas más importantes del abandono de muchas explotaciones.

Muchos capitales se ausentaron del país a efecto de la guerra y pronto la producción minera sufrió un descenso casi vertical. Para aliviar la escasez de la moneda en el país tuvo que acudirse al recurso de establecer casas de monedas provisionales en Sombrerete, Guadalajara, Durango, Zacatecas, Chihuahua, Monclova, Catorce, Valladolid y Guanajuato. La escasez de numerario fue provocada por la interrupción de comunicaciones y la disminución del número de convoyes. Durante la guerra se hacían constantemente extracciones clandestinas de monedas por los puertos de San Blas y Tampico.

De diecinueve millones de pesos que se acuñaron en 1810, la acuñación bajó en 1812 a casi la quinta parte. En 1818, 1819 y 1820, la acuñación de moneda logró elevarse, llegando a un poco más de la mitad de 1810. Aun después de consumada la independencia y muchos años más tarde, la minería no consiguió salir de la crisis en que la guerra de independencia la había colocado. En efecto, la suspensión del laboreo de las minas más importantes, en los primeros años de la guerra, impidió que en los últimos años pudieran ponerse a trabajar, pues se llenaron de agua, y quedaron destruidas sus máquinas, instrumentos e ingenios para la reducción de los metales.

Tanto el gobierno virreinal como los insurgentes habían echado mano de las cajas de rescate, para emplear sus fondos en los gastos de la guerra. Estos fondos, establecidos en las cajas de los minerales, se habían destinado antes a cambiar las platas en pasta por dinero para evitar los

inconvenientes de no haber más Casas de Moneda que la de México. A estos factores de la crisis de la minería se agregaban los impuestos sobre la plata "... mientras que no sólo subsistían todas las contribuciones sobre la plata y su amonedación escribe Alamán- sino que se habían sometido al pago de alcabala todos los artículos exentos de ella a favor de la minería, y esta alcabala se había aumentado al doble de lo que era antes de la revolución, habiéndose establecido otros derechos para gastos de guerra. La decadencia era tal continúa- que siendo la plata extraída en Guanajuato durante el quinquenio anterior a la insurrección, por un término medio de 630.000 marcos anuales y el oro 2.200 que importaban ambas partidas 5.600.000; en el que corrió de 1814 a 1818, la plata sólo llegó a 240.000 marcos y el oro a 630".

En 1818, la extracción de minerales en Guanajuato se había reducido a la cuarta parte de lo que era antes del principio de la guerra. Pero sin duda, el factor que más vigorosamente influyó en la crisis de la minería durante esa etapa fue el anhelo de libertad de los trabajadores de las minas que abandonaron éstas para tomar las armas y luchar en contra de un régimen de explotación, tres veces secular. Como sabemos, la vida de los trabajadores mineros era ruda y cruel; los indios eran conducidos en jornadas de treinta a sesenta leguas hasta los centros mineros para prestar sus servicios. En todos los reales de minas había individuos llamados recogedores o lazadores y cuya misión consistía en capturar, generalmente en lugares distantes de las minas, a los trabajadores que huían. En los reales de minas de Guanajuato, los indios ganaban dieciocho centavos, recibiendo además almud y medio de maíz semanalmente. Esto explica por qué los trabajadores abandonaban las minas para seguir a los caudillos de la insurrección, dejando paralizadas casi totalmente los trabajos de las explotaciones.

*Agustín Cue Cánovas. Historia Social y Económica de México (1521-1854)
México, Editorial Trillas, 1991.*

24 de Diciembre 2003

Los historiadores del Holocausto tienen parte de la respuesta a la pregunta de "¿Por qué?", aunque no en su totalidad. A "¿Cómo?" se llega con mayor facilidad pero incluso aquí las cosas distan de estar resueltas. En un ensayo de 1954 titulado "Der Führer", el escritor Herbert Luethy advertía de que Adolfo Hitler, perverso motor del Holocausto, no debía ser considerado como una fuerza imparable de la naturaleza, un ser elemental que era a la vez humano y más que humano. Hitler no era ni "natural" ni "elemental", según Luethy, sino más bien un hombrecillo con unas pocas convicciones, que "cayó sobre Europa no desde las estepas (como Atila), sino desde las cloacas de Viena.

Goring, Hess, Himler y el resto de los íntimos de Hitler eran poca cosa también. Grises y abatidos en el banquillo durante los juicios de Nuremberg de 1945-46, fueron descritos por el historiador Irving Kristol como "insignificantes, descoloridos y superficiales; sin dignidad, fanatismo, odio cerval o la estatura que la maldad a gran escala a menudo confiere. Comparado con John Dillinger, Goring parecía un raterillo cabreado". El mismo Hitler era de esta calaña. De corazón frío e incapaz de participar en las alegrías corrientes experimentadas por los demás, Hitler consideraba la vida humana como una inmisericorde y eterna lucha por el poder, el territorio y la dominación racial. Para él las personas eran animales o poco más, y era responsabilidad de la "raza aria" someter (y de hecho destruir) la amenaza que suponían para Hitler los judíos y otros Untermenschen (subhumanos).

El que no dudara en sacrificar las vidas de millones de alemanes que se habían convertido en entusiastas admiradores suyos prueba la vacuidad monomaniaca de su lucha. El pueblo de su Alemania adoptiva no significaba nada para Hitler salvo el medio para un fin filosóficamente oscuro. ¿Qué podía entonces apartarle del asesinato masivo de millones de judíos? No se ha descubierto la prueba definitiva, algún documento firmado por Hitler que le implicara directamente en el Holocausto. Sin embargo, no hay muchas dudas de que al igual que el Holocausto no hubiera sido posible sin la larga y vergonzosa tradición antisemita europea, tampoco hubiera tenido lugar sin Hitler y el nacional socialismo. Hitler se consideraba a sí mismo el líder infalible, y durante un tiempo pareció que lo era.

31 de Diciembre 2003

Al iniciar su gobierno, el tercer Amenofis encontró un Estado próspero, ordenado. El erario estaba a rebosar con las tributaciones aportadas por los vasallos del Sur y del Norte. Hacía un milenio largo que las inversiones públicas en Egipto no alcanzaban un nivel tan alto como bajo la autoridad de Amenofis III. Para establecer términos comparativos era preciso remontarse a los faraones de las primeras dinastías con sus formidables pirámides. Pero mientras Sozer, Keops y Kefrén preferían las construcciones estrictamente religiosas, Amenofis destinó los fondos públicos sobre todo al boato. En Malkata, una ciudad sobre la orilla occidental del Nilo y próxima a Tebas, hizo edificar para él y la reina Teye un palacio que asombraría al mundo entero.

Amenofis III llamado El Magnífico, comía en vajilla de oro, adoraba el vino, las mujeres y el canto, organizaba cacerías y festivales acuáticos. Su templo funerario en la margen occidental del Nilo figura entre los monumentos más impresionantes del Antiguo Egipto. La avenida de acceso está flanqueada por chacales de piedra, y ante él hacen guardia dos inmensas estatuas sedentes tan altas como una casa de seis plantas; cada una pesa setecientos veinte toneladas..., y se ha empleado una sola pieza para tallarla. Antaño se destruyó el gigantesco templo, hogaño el trébol crece entre sus cimientos, pero ni los iconoclastas ni las saxifragas han conseguido hacer perder el equilibrio a ninguno de esos colosos. Las dos monumentales figuras han pasado a la historia del arte como Los Colosos de Memnón, pues en los tiempos tolomaicos se había olvidado ya el nombre de su constructor.

Más tarde los egipcios helenizados vieron en esas figuras al héroe etíope Memnón, quien fuera muerto por Aquiles durante la guerra troyana. Ahí él saluda a Eos, diosa de la aurora. El Coloso Septentrional figuró en la antigüedad como un portentoso. Cada mañana, cuando salía el sol emitía raras sonidos, cual música celestial, y al amanecer dejaba oír un lastimero quejido. Griegos y romanos soportaron viajes de varias semanas para oír cantar a Memnón. En noviembre del año 130 d. C., lo visitó el propio emperador Adriano, acompañado de su esposa Sabina, y con suma veneración hizo grabar allí unos versos de su poetisa oficial Julia Balbilla.

Cuando el emperador Severo viajó a Tebas hacia el año 200 d.C., hizo restaurar la estatua septentrional, dañada por un terremoto..., y entonces se acabó el milagro: Memnón no volvió a decir nada más. Hoy se ha resuelto científicamente el enigma de la piedra plañidera: Aquel terremoto había abierto en la colosal estatua varias grietas que facilitaban la erosión. Así, pues, con la orientación este-oeste de la estatua y los cambios de temperatura, especialmente al salir el sol, se originaban tensiones en la piedra y entonces soltaban partículas ínfimas de la arenisca produciendo algo así como restallidos. Al anochecer, cuando el cálido chamsín barría el cauce del Nilo, se introducía por las susodichas grietas y causaba el portentoso quejido.

También se hacen incesantes conjeturas sobre el origen de los colosos. ¿Encontrarían los egipcios aquellos monstruosos monolitos en el lugar donde se hallan? ¿Los tallarían en el cercano Valle de los Reyes? ¿O los transportarían hasta su emplazamiento -y eso sería una auténtica maravilla- desde algún punto lejano? El milagro quedó demostrado científicamente en 1974. Varios físicos contratados por la administración cairota de antigüedades analizaron las piedras mediante la activación de neutrones y descubrieron rastros de hierro, cobalto y litio, elementos existentes únicamente en las canteras de Assuán. Así, pues, Amenofis III hizo trasladar los formidables bloques para su monumento desde un lugar situado a doscientos kilómetros de distancia. ¿Cómo? Eso quizá no se sepa jamás.

Emilio Herrera Muñoz

Párrafos diversos 2004

Enero

7 de Enero 2004

En 1815, a uno y otro lado del Atlántico, existía perfecta y absoluta conciencia de las diferencias esenciales que separaban a ambos mundos. Europa era reaccionaria, y América, democrática. Terminadas las guerras napoleónicas, Europa se encontraba vieja y extenuada; en cambio, América era joven, se sentía llena de vida y rebosaba dinamismo. Europa consideraba con cierta mezcla de desdén y envidia a aquel nuevo mundo, al que casi ignoraba; a mayor abundamiento, y por su parte, América observaba a Europa con antipatía y desconfianza.

No deja de ser interesante recordar algunas opiniones de las personalidades de aquella época: "Europa decía el ministro americano de Asuntos Exteriores, John Quincy Adams ha sufrido tremendas convulsiones durante más de treinta años. Casi todas las naciones europeas o bien han invadido a otras o han sufrido la invasión; grandes y pequeños estados han desaparecido del mapa y a las revoluciones han sucedido las contrarrevoluciones. Desde este lado del océano, hemos sido espectadores de todo ello a respetable distancia y jamás hemos disimulado los objetivos de nuestra política: evitar a toda costa cualquier intromisión de la política europea".

Un periódico afecto al gobierno francés afirmaba en aquel entonces que "Monroe es en la actualidad el presidente de una república situada en la costa oriental de América del Norte. Dicha república limita al sur con las posesiones del rey de España y al norte con las colonias de la Corona de Inglaterra, y su independencia ha sido reconocida hace apenas cuarenta años". El periódico sacaba la conclusión de que los Estados Unidos nunca podrían pretender desempeñar ningún papel importante en la política internacional. John Quincy Adams designado ministro de Asuntos Exteriores en 1817, cuando James Monroe fue elegido presidente, era un hombre de un carácter extremadamente grave, de religión puritana, metódico, aplicado y de una escrupulosa corrección. No dejaba paso a la aventura, ni en su vida privada ni en su actuación pública, y calificaba su propia actitud de "inflexible, fría y reservada". Cuando los diplomáticos extranjeros se desencaminaban lo más mínimo, sabía abrumarlos con hirientes sarcasmos. Ni ellos le apreciaban ni tampoco los propios americanos. No obstante, Adams profesaba auténtico amor a su pueblo, aunque no inspirara ninguna simpatía; era un hombre solitario, laborioso e infatigable, a quien únicamente preocupaban sus libros, sus documentos diplomáticos y su grandioso proyecto que había forjado. Adams no soñaba más que en el Oeste americano, en los inmensos territorios que se extendían en la vertiente occidental de los Alleghanys, a un lado y al otro del Mississippi y del Missouri y más allá de los grandes ríos. Presentía la América que, de una a otra orilla, constituiría algún día los extensos Estados Unidos a nivel continental. El grandioso sueño de Adams se realizaría.

El más importante capítulo de los comienzos de la historia norteamericana, después de la independencia y de la guerra de 1812, es el "nacimiento del nuevo Oeste".

*Carl Grimberg, Manuel Tamayo: Historia Universal: Revoluciones y Luchas Nacionales.
México, Ediciones Daimón, Primera Edición, Marzo 1984.*

14 de Enero 2004

En 1269 cuando San Luis partió por segunda vez a La Cruzada, se llevó con él a sus hijos Felipe, Juan y Pedro. Isabel siguió a su esposo. Soportó con mucho valor las fatigas de la desdichada expedición, e incluso tenía fuerzas para cuidar a los caballeros atacados por la fiebre. Su heroísmo causa la admiración de todos los historiadores, pues nunca se quejó; no obstante, bajo los muros de Túnez, en donde Luis IX murió, los cruzados sufrían tantas

enfermedades, que un cronista escribió: "Numerosos eran los que hubieran querido seguir al paraíso al santo rey."

Al morir su padre, Felipe era el rey y quiso continuar la Cruzada. Durante varios meses intentó apoderarse de Túnez.

Al fin comprendió que perdía el tiempo y decidió abandonar aquella maldita tierra y volver a Francia.

El regreso fue trágico, primero, a lo largo de Sicilia, la flota real vióse envuelta en una terrible tempestad. Varios barcos naufragaron y perecieron cinco mil hombres. Al franquear el estrecho de Mesina, Felipe suspiró con alivio. Ahora se han acabado nuestras desgracias, dijo. Tres días más tarde, la reina Isabel, que estaba encinta de seis meses, cayó del caballo y se hirió gravemente cuando intentaba atravesar un río. A pesar de los cuidados de los médicos del rey, la joven, transportada inmediatamente a la ciudad de Cosenza, murió al cabo de dieciséis días de atroces sufrimientos, poniendo en el mundo un niño que no vivió más que algunas horas. Tenía veinticuatro años. El dolor de Felipe fue tanto más grande cuanto que para poder trasladar a Francia el cuerpo de su esposa tuvo que someterla a un espantoso tratamiento que se practicaba entonces en Italia. El cuerpo de Isabel fue confiado a un especialista, que lo hizo hervir. Después de lo cual se enterraron las carnes, mientras el esqueleto fue colocado en un ataúd para ser conducido a París. Felipe llegó a París con los féretros de su padre, de su mujer y de su hijo, cosa que hizo decir al pueblo que el rey "no trajo de la Cruzada más que cofres vacíos y ataúdes llenos".

*Guy Breton: Historias de Amor de la Historia de Francia.
Barcelona, Editorial Bruguera, S. A., 1973.*

Febrero

4 de Febrero 2004

Regresemos siete años atrás, al mes de junio de 1534. El temperamento de Solimán aún no se había endurecido contra los europeos, ni sus propósitos cambiaban. Algo de Asia le atraía y le hacía sentirse asiático. Después de cerca de catorce años de continuas luchas en Europa, Solimán el Magnífico cabalga nuevamente por tierra de sus antepasados, siguiendo las pisadas de Yavuz Sultán Selim. Acababa de cerrar el libro de Europa, al firmar su tregua con los Habsburgos.

En su hogar, la muerte de la sultana Validé ha dejado un vacío. Gulbehar se encuentra en el destierro y Roxelana es ya su mujer. Se ha convencido de que no puede entrar en la sociedad de Europa; él es turco, y turco seguirá siendo. ¿Cuáles son ahora sus propósitos? Nadie los conoce. Es el monarca más poderoso de Europa, pero huye hasta de sus propios consejeros; ha nombrado serasquier a Ibrahim para que conduzca al ejército y coseche la gloria en los campos de batalla; y a sus espaldas una nueva flota en la que jamás navegará queda a cargo de un campesino isleño. ¿Es débil de carácter? Si no lo es, lo parece.

Aquel mismo mes, Daniel Ludovosi dice del sultán que tiene "un temperamento melancólico, dado más bien a la holganza que a la actividad. Se cuenta que su inteligencia no es muy despierta. Ni posee la fuerza ni la prudencia que deben adornar a todo príncipe, puesto que ha entregado las riendas del gobierno al gran visir Ibrahim, sin cuya opinión ni el sultán ni la corte deciden cosas de importancia, en tanto que el valido lo ejecuta todo sin consultar al Gran Señor. El hecho parece extraño, pero ello es precisamente lo que ha revelado Ibrahim. Ludovosi sólo expresa parte de la verdad, lo que recoge en los corrillos de los diplomáticos.

En el mar, Barbarroja aparece como amo de sus propios destinos; sin embargo, Solimán le guía a distancia como con hilo de seda. Y hasta la fecha Ibrahim no ha dicho en realidad sino lo que desea su príncipe. Es evidente que Solimán posee el peligroso temple del acero, aun cuando lo tenga envainado. Quizá lo que más tema sea el desenfreno, el estallido de su propio carácter, y por eso lo contiene. ¿Cuán es, pues, el propósito que le lleva al Asia? Confía en Roxelana, pero no es ella en

persona con quien se puede charlar demasiado. Por eso no la lleva consigo en este largo viaje.

Algunas palabras de Solimán pueden revelarnos su secreto; no figuran en su lacónico diario, sino en los poemas desmañados que escribiera antaño y que firmara con la frase de "Aquél que busca un amigo". Ciertos versos describen su anhelo humano: El que pobreza escoge, palacio no desea, ni pan, ni otra limosna que su dolor no sea. Hay aquí una especie de expiación. La idea se intensifica en otros dos versos: el hombre que se hiere el pecho no se deleitará ante la vista de un jardín. En otro poema Solimán se muestra sensitivo y sincero: Eterna lucha y guerra son todos los imperios. No hay más goce en el mundo que la paz de un eremita. Solimán quería manifestar su escondido pensamiento, aunque sus palabras fueran torpes. No deseaba un imperio de lucha y poder; había un mundo de sufrimientos al cual él pertenecía. Era como si se diera cuenta de la futilidad de los señoríos, pues no por otro motivo invoca el cuadro del hombre religioso, sin preocupaciones mundanas. Pero el yermo no era para él. Con su obstinada voluntad había comenzado a buscar en Asia la utopía que no encontró en Europa.

Harold Lamb: Solimán el Magnífico: Sultán Del Este

Versión En Español de Octavio G. Barreda. Tercera Edición. Biografías Ganesa. Ediciones Grijalbo, S. A. Barcelona. México 1972.

11 de Febrero 2004

La noche del 21 de mayo de 1927, un joven turista llamado capitán Charles Lindbergh aterrizó en su avión "The Spirit of St. Louis en Le Bourget, concluyendo de ese modo su histórico vuelo a través del Océano Atlántico. Esa noche, los vendedores de periódicos de París gritaron por las calles: ¡Bonnes nouvelles! ¡El americano ha llegado! En sus night-clubs en Montmartre, Zelli y Florence ofrecieron champaña a los norteamericanos, así como los propietarios de los bares humildes, que ofrecieron amablemente su brandy malo a los clientes yanquis.

La gentileza de los diarios franceses a la mañana siguiente también debe tenerse en cuenta. "L'Intransigent" escribió de Lindbergh: "Tiene un corazón de acero en el cuerpo de un pájaro. Es una paloma mensajera". El Ministerio de Relaciones Exteriores hizo flamear la bandera norteamericana. Lo mismo sucedió casi en todos los tranvías. Entre los embajadores y los pilotos "chic" que daban colorido y confusión esa noche a Le Bourget, también había un gran número de "apaches" de La Villette. Sus vestimentas eran las previstas: pantalones de velludillo, gorras ladeadas y cigarrillos en los labios.

Mientras Lindbergh todavía volaba por el cielo, sus comentarios también eran los que serían de esperar: "Hubiéramos preferido que fuera un francés... pero, ¿qué le vamos a hacer? De todas maneras es un valiente. ¡Viva! ¡Viva! En una vena más exaltada se expresaba el joven Maurice Rostand en el poema que se publicó a la mañana siguiente en "Le Journal" y que comenzaba: "Tu avais dansé toute cette nuit, Et tu es parti, dans l'aube inquiète, Comme Alan Seeger, moins enfant que lui, Mais aussi poète". (Cuarteta que Irma Gómez Soriano en este momento me traduce): Tú habías bailado toda esta noche, y te fuiste al alba preocupado, como Alan Seeger, menos niño que él, pero también poeta. El poema tiene treinta estrofas y está fechado en 21 mayo 1927. Lindbergh llegó a las diez y veintidós, lo que hace para el poeta un promedio de tres minutos por estrofa o casi un minuto por línea o sea casi tan rápido como el Spirit of St. Louis.

Quince días después del vuelo de Lindbergh, el entusiasmo y el orgullo internacionales aún seguían vivos. En su honor el idioma inglés y el casi inglés inundó las publicaciones francesas. Uno de los periódicos deportivos más populares, en un alarde de adulación se las arregló para referirse a él como "le boy", a quien se vio dando "le shakehand" al presidente de la república con quien "lunchera" esa tarde. En la subasta de beneficencia de la Société des Écrivains Anciens Coimbattants de la Guerre, el autógrafa de Lindbergh se vendió por setecientos francos cuando se agregó el elogio escrito de la condesa de Noailles que se refirió a él como "el muchacho sublime que nos recuerda a todos nuestra mediocre condición humana", y agregó: "más generoso que Cristóbal Colón, él nos ha entregado el continente del firmamento".

25 de Febrero 2004

LXVII. Al principio de la guerra los lacedemonios pelearon siempre con desgracia; pero en tiempo de Cresos, y siendo reyes de Esparta Anaxádridas y Ariston, adquirieron la superioridad del modo siguiente: Aburridos de su mala suerte, enviaron diputados a Delfos para saber a qué dios debían aplacar, con el fin de hacerse superiores a sus enemigos, los de Tegea. El oráculo respondió que lo lograrían con tal que recobrasen los huesos de Orestes, el hijo de Agamenón. Más como no pudiesen encontrar la urna en que estaban depositados, acudieron de nuevo al templo, pidiendo se les manifestase el lugar donde el héroe yacía. La Pythia respondió a los enviados en estos términos:

En un llano de Arcadia está Tegea. Allí dos vientos soplan impelidos por una fuerza poderosa, y luego hay golpe y contragolpe, y la dureza de los cuerpos se hieren mutuamente. Allí, del alma, tierra en las entrañas encontrarás de Agamenón el hijo; llevárasle contigo, si a Tegea con la victoria dominar pretendes. Oída esta respuesta, continuaron los lacedemonios en sus pesquisas sin poder hacer el descubrimiento que deseaban, hasta tanto que Liches, uno de aquellos esparciatas a quienes llamaban beneméritos dio casualmente con la urna.

Llámanse beneméritos aquellos cinco soldados que, siendo los más veteranos de entre los de a caballo, cumplido su tiempo salen del servicio; si bien el primer año de su salida, para que no se entorpezcan con la ociosidad, se les envía de un lugar a otro, unos acá y otros allá.

LXVIII. Liches, pues, siendo uno de los beneméritos, favorecido de la fortuna y de su buen discurso, descubrió lo que deseaba. Como los dos pueblos estuviesen en comunicación con motivo de las treguas, se hallaba Liches en una fragua del territorio de Tegea, viendo lleno de admiración la maniobra de machacar a golpe el hierro. Al mirarle tan pasmado, suspendió el herrero su trabajo, y le dijo: "A fe mía, Lacón amigo, que si hubieses visto lo que yo, otra fuera tu admiración a la que ahora muestras al vernos trabajar en el hierro; porque has de saber que, cavando en el corral con el objeto de abrir un pozo, tropecé con un ataúd de siete codos de largo; y como nunca había creído que los hombres antiguamente fuesen mayores de lo que somos ahora, tuve la curiosidad de abrir la caja, y encontré un cadáver tan grande como ella misma. Medíle y le volví a cubrir". Oyendo Liches esta relación, se puso a pensar que tal vez pudiese ser aquel muerto el Orestes de quien hablaba el oráculo, conjeturando que los dos fuelles del herrero serían los dos vientos; el yunque y el martillo el golpe y el contragolpe; y en las maniobras de batir el hierro se figuraba descubrir el mutuo choque de los cuerpos duros. Revolviendo estas ideas en su mente se volvió a Esparta, y dio cuenta de todo a sus conciudadanos, los cuales concertando contra él una calumnia, le acusaron y condenaron al destierro.

Refugiándose en Tegea el desterrado voluntario, y dando razón al herrero de su desventura, le quiso tomar en arriendo aquel corral, y si bien le resultó difícil, al cabo le supo persuadir, y estableció allí su casa. Con esta ocasión descubrió cavando el sepulcro, recogió los huesos, y fuese con ellos a Esparta. Desde aquel tiempo, siempre que vinieron a las manos las dos ciudades, quedaron victoriosos los lacedemonios, por quienes ya había sido conquistada una gran parte del Peloponeso.

Los Clásicos: Historiadores Griegos. Herodoto, Tucídides, Jenofonte.

Ediciones distribuciones, S.A. Impreso En Madrid, España, 1972.

Marzo

3 de Marzo 2004

Veinte metros de lava, esa piedra que se torna líquida y que surge del cráter, mezcla de todos los minerales que al enfriarse de nuevo se convertían en vidrio y en nueva piedra, cubrían la ciudad de Herculano. Los "lapilli" minúsculas piedrecitas volcánicas, lanzadas junto con la lava

grasienta del volcán, caen en forma de lluvia, quedan depositadas en la masa, y pueden levantarse con un ligero instrumento. Pompeya no estaba sepultada tan profundamente bajo estos "lapilli" como Herculano.

Como sucede tantas veces en la Historia, lo mismo que en la vida de las personas, lo difícil es dar el primer paso, y siempre se pierde la perspectiva creyendo que el camino más largo es el más corto. Después que D'Elboeuf empezara a cavar, pasaron treinta y cinco años hasta que se llegó a descubrir Pompeya. El caballero Alcubierre, aún encargado de las excavaciones, se mostraba impaciente y estaba descontento de sus hallazgos.

Bien es verdad que Carlos de Borbón había podido instalar un museo que no tenía igual en el mundo. Sin embargo, el rey y su ingeniero se pusieron de acuerdo en cambiar el teatro de las excavaciones y no avanzar a ciegas, sino empezando por el lugar donde los sabios señalaban que debía hallarse Pompeya, la ciudad que, según las fuentes antiguas, quedó sepultada el mismo día que la ciudad de Herculano. Lo que entonces sucedió parece ese juego que los niños hacen de "frío y caliente", y que cuando el compañero de juego no es sincero, en lugar de gritar "caliente" cuando la mano se acerca al objeto buscado, dice "frío". Y en este caso fueron los espíritus de la venganza, de la codicia y de la impaciencia, lo que desempeñaron este papel de elementos engañosos.

Las excavaciones empezaron el primero de abril de 1748: el día seis se descubrió la primera gran pintura mural maravillosa, y el 19 se encontraba el primer resto humano. En el suelo yacía un esqueleto; de sus manos, que aún parecían querer asir alguna cosa, se habían desprendido, rodando, monedas de oro y de plata. Pero en vez de seguir excavando con sistema y de explotar lo ya descubierto para llegar a conclusiones que ahorrasen tiempo, sin sospechar que se había llegado al centro mismo de Pompeya, se volvieron a cubrir otra vez con tierra los hoyos y comenzó la búsqueda en otro lugar. ¿Podía ser de otro modo? El móvil de los regios esposos estaba únicamente guiado por el entusiasmo de aficionados, y hemos de confesar que la cultura del rey no era muy amplia; el de Alcubierre era resolver un simple problema técnico.

Winckelmann, más tarde, decía, lleno de rabia, que Alcubierre tenía tanta relación por las antigüedades "como la luna por los cangrejos" y en todos los demás que participaban en aquel asunto no había más ambición que la oculta idea de dar acaso un golpe afortunado, tropezando con su piqueta alguna vasija llena de monedas de oro y plata. Digamos, de paso, que de los veinticuatro hombres que trabajaban, doce eran presidiarios y los otros estaban muy mal pagados. Se descubrió la sala de espectáculos del anfiteatro. Y al no hallar más estatuas, ni oro ni joyas, se empezó a cavar en otro lugar. La constancia hubiera conducido a la meta.

En las proximidades de la puerta de Herculano encontraron una "Villa" de la cual se pretendió, sin fundamento (nadie sabe ya cómo surgió la idea), que era la casa de Cicerón. Tales pretensiones, desprovistas de toda base, aún jugarán frecuentemente su papel en la historia de la Arqueología, e incluso a veces un papel provechoso. Las paredes de esta "Villa" se hallaban decoradas con frescos maravillosos, que fueron cuidadosamente recortados y copiados, después de lo cual se volvió a sepultar de nuevo. Pasaron incluso unos cuatro años en que no se hizo caso alguno de la región circundante de Civitá, la antigua Pompeya, volviendo la atención a excavaciones más provechosas, otra vez cerca de Herculano, donde se encontró uno de los tesoros antiguos más interesantes de aquella época: la "Villa" con la biblioteca empleada por el filósofo Filodemo, hoy día llamada "Villa dei Papiri".

En 1754, por fin, y en la parte sur de Pompeya, se hallaron de nuevo los restos de algunas tumbas y murallas antiguas. Y desde aquel día hasta hoy, con escasas interrupciones, se han continuado las excavaciones en ambas ciudades. Y así surgió un milagro tras otro. Sólo conociendo la índole de la catástrofe que afectó a estas ciudades podemos comprender la influencia que ejerció su descubrimiento sobre el siglo del neoclasicismo. A mediados de agosto del año 79 después de Jesucristo, se manifestaron los primeros indicios de una erupción del Vesubio, como ya había sucedido frecuentemente. En las primeras horas de la mañana del día 24, sin embargo, se vio claramente que se avecinaba una catástrofe jamás vivida.

10 de Marzo 2004

Teotili miraba a Hojas Verdes y no acababa de entender lo que le estaba diciendo. Había entrado hasta su palacio corriendo, casi jadeando, con su hijo a rastras. Había atravesado el pueblo como un ciclón de polvo sobre los meses de verano en los caminos. Hojas Verdes hincó una rodilla en tierra, colocó una mano sobre ella y luego la besó, con la esperanza de que Teotili le autorizara para contar su historia. -Denle una jícara de cacao con chile... y otra al niño... ordenó Teotili. Hojas Verdes recibió casi temblando una enorme jícara de cacao enrojecida por el chile y la bebió de un sorbo. Teotili era el gran guerrero, amigo del señor Tlatoani de México Tenochtitlan y gobernador de todas las tierras del mar, ganadas por los señores y las señoras aztecas en las guerras de Ahuizotl. Acompañando a Teotili estaban unos Caballeros Águila, unos Caballeros Jaguar, unos Caballeros Ocelotl, unos Caballeros Coyote y también algunas hermanas de la guerra con mariposas pintadas en mitad del rostro.

Teotili estaba sentado sobre una estera tejida con plumas de colores. Junto a él, a su derecha, un muchacho joven mantenía en sus manos los pinceles ya listos, que mojaba en un huacal de colores, para ir escribiendo sobre el lienzo, conforme Hojas Verdes contaba la historia. -VI a lo lejos casas... una primero... otra después... y por último, otra más. Eran muchas casas juntas que se mecían sobre las olas del mar. Eran grandes casas de madera. Dentro de ellas, hombres como nosotros, pero vestidos con piel de plata que brillaba... Eso brillaba como la plata en las noches de luna llena sobre el mar. Bajaron en una canoa, vigilaron los arbustos del cacao, miraron en la dirección del sol, probaron el agua y sonrieron. Eran los buscadores de agua. -¿Así de grande como esas casas, eran sus canoas? preguntó un señor Tequitlato. Se refería a lo que el pintor dibujaba sobre el lienzo blanco de algodón con pintura verde, rosa y roja. Hojas Verdes posó la mirada en la obra del artista, que traducía sus palabras en dibujos, y exclamó: -Así eran las casas de los buscadores de agua. -¿Hombres de guerra? ¿Hombres de paz? -Preguntó Teotili. Hombres de guerra, porque miraban a todos lados como en espera de un ataque. Mientras unos recogían el agua, los otros montaban guardia cerca de los árboles del cacao. Tenían barbas largas y caras blancas.

Teotili hizo extender un enorme mapa de toda la región costera, donde estaban nítidamente dibujados los pueblos de la tierra de la fruta, del cacao y del sol, dominados por los aztecas y preguntó: ¿Dónde viste a esos buscadores de agua? Hojas Verdes buscó con la mirada el arroyo de la ensenada donde tenía su trampa de tlacamichines amaestrados, y dijo: -Aquí... aquí y como para acentuar sus palabras, agregó: -sus canoas eran más grandes que dos de nuestras casas juntas... Una vez que Hojas Verdes terminó su relato, Teotili y sus capitanes se quedaron un rato examinando la pintura que el artista había hecho. Todo estaba ahí... Las naves en el mar, Hojas Verdes y Piedra Pequeña escondidos detrás de unos árboles de cacao, el nombre de la ensenada y el arroyo azul, junto al cual el pescador concentraba sus peces amaestrados, capitanes guerreros, capitanas guerreras, sacerdotes, niños, niñas, todos observaban llenos de asombro el cuadro que sería enviado esa misma noche, con correos especiales, al señor Moctezuma para que lo viera junto con los señores de Tlacopan y Texcoco, allá en Tenochtitlan. Ya se iba a despedir Hojas Verdes, cuando Teotili le hizo la última pregunta: ¿Te fue posible conocer quién los mandaba? -De cierto señor... Sobre una de las grandes casas, se asomaba uno que gritaba y les hacía ademanes. Sin duda era el jefe, pero muy extraño. No era como los jefes de nuestras ciudades, era casi un enano, un pedazo de hombre.

José León Sánchez: Tenochtitlan, La Última Batalla de los Aztecas
México, Ed. Grijalbo, 1986

17 de Marzo 2004

Piensa, en efecto, don Vasco en realizar una visita pastoral a todo su obispado. Tal vez quiere contemplar por última vez, con ojos terrenos esta primorosa zona mexicana... Verdad es que

considera un poco aventurado aquel viaje, a los noventa y cinco años... Monta su mula y emprende la marcha. Durante una buena parte de su camino, la laguna refleja el cielo. Luego hay que internarse en la sierra.

¡Cuántas "materias primas" para sus indios! Maderas olorosas y millones de "Axes" sobre ellas. Flores para modelos de sus jícaras y pájaros para que con sus plumas se elaboren lindos mosaicos en Patamban... Ya se vislumbra Uruapan. A don Vasco le acomete el cansancio... ¡Alzó tantas veces la mano para bendecir! Sólo un titánico varón, ya de noventa y cinco fértiles años puede resistir el embeleso, el encanto de esta ciudad- mujer. Todo en ella es tibio y dulce, como el regazo de la bien amada. Huele a rosas y a café. ¿Cómo puede mantenerse en pie, en esta ciudad tan enervante? Flota en el aire un encanto voluptuoso, como el de la cocaína que, lejos del peligro del hastío, hace desearlo cada vez con mayor ahínco.

("Apenas ha habido péñola, anota Lumholtz que, al rasguear conceptos de Michoacán, no hay loado con más o menos encomio, la pintura, que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, han profesado los indios de Uruapan. Y no podía ser menos que eso, porque la belleza que es el esplendor de lo verdadero y de lo bueno en armonioso conjunto, subyugado el entendimiento, encantando la fantasía y aprisionando el corazón, provoca, donde quiera y siempre, el sonoro grito de alabanza y del aplauso. Las flores del ingenio son tan bellas como los luceros del firmamento como los cantos de las aves, como las frondas de las arboledas, como la concha nácar, como la perla").

Don Vasco repito, está cansado, pero el espectáculo de Uruapan lo aligera no poco... Se apresura: ha de llegar hasta el hospital del Santo Sepulcro aquél que fundó la dulzura de fray Juan de San Miguel donde podrá dar reposo a su viejo cuerpo. Porque su espíritu no necesita descanso. Ocurre esto el día 13 de marzo de 1565 (hoy que transcribo estos renglones hace de ello 439 años). En la "sala de convalecencia" del hospital, y en la tarde del miércoles, catorce de marzo, muere don Vasco. Se le ha concedido la muerte de los justos, la dulce muerte sin enfermedad.

*Benjamín Jarnés: Vasco De Quiroga, Obispo De Utopía.
Colección Carabela. Españoles En América. Ediciones Atlántida, S. De R.L. México, 1942.*

24 de Marzo 2004

Saddam Hussein será el primer dirigente árabe que despolitizará -oficialmente la vida política estimando, sin duda, que el tercer mundo está perdido si continúa jugando con la política, pues esto es un lujo de Occidente. Queriendo únicamente ser eficaz, se irá sirviendo sucesivamente de todo y de todos: del petróleo, de los soviéticos, de los americanos, de los militares, de los de izquierda, mimándolos, eliminándolos, enfrentando a unos contra otros. Aún es demasiado pronto para saber lo que de Saddam Hussein pasará a la historia, pero puede afirmarse que el mundo árabe tiene en él a una de sus grandes esperanzas.

El balance de sus seis primeros años en el poder es, además, elocuente. Ha hecho la paz con los kurdos, paz que ha resultado un fracaso, pero que no obstante ha detenido los combates durante cuatro años. Ha nacionalizado el petróleo de la IPC, lo cual era "una locura". Ha firmado un tratado de amistad con los soviéticos... intentando luego un acercamiento hacia los americanos. En el plano interior, idéntico juego: saca a los militares que le odian hasta confinarlos muy lejos, y luego los elimina; provoca a los de izquierda, que caen en la trampa, derrotándolos lo mismo que a los de derechas. En resumen, empezamos a conocer su técnica: es infantil y hábil, y no tiene en cuenta para nada eso que se llama política.

Fijémonos en sus relaciones internacionales. Iraq es un país totalmente aislado cuando Saddam sube al poder. Aislado no sólo en el plano internacional, sino también en el mundo árabe. Es el país imposible. Ciertamente es que gracias a su posición geográfica en el Golfo Pérsico, sirviendo de frontera al mundo árabe ante el imperialismo de Irán, todo el mundo se halla dispuesto a interesarse por él, pero sus dirigentes son muy difíciles de manejar. De repente los soviéticos advierten que les echan de todas partes, de Sudán, de Egipto incluso, donde lo habían hecho todo. Gaddafi lleva el antisovietismo a ultranza, y Siria, tras el fracaso del intransigente Atassi, gira hacia la derecha y reanuda sus relaciones

con el rico Kuwait y con el reaccionario Faisal. Moscú se acuerda súbitamente de Bagdad.

En el mismo momento, además, en que todo el mundo, americanos, británicos e incluso chinos se precipitan alrededor de ese fantástico depósito de petróleo que es el Golfo. Saddam se deja seducir por Breznev y firma un tratado de amistad con la URSS. Es también en esta época cuando nacionaliza el petróleo de esa caricatura del imperialismo occidental que es la IPC. Para los observadores que se pasaron de listos la cosa fue muy simple: Iraq se convirtió en una colonia soviética. No habrá que esperar mucho tiempo para darse cuenta de que el colonizado Saddam Hussein es mucho más astuto de lo que se creía, y que su juego consistía en virar hacia la izquierda primero para hacer subir el precio a la derecha. A los americanos les interesa más una colonia soviética que un país hundido en el caos y en el que los dirigentes se matan unos a otros. Y occidente está dispuesto a pagar mucho más caro un petróleo nacionalizado que un petróleo del que se cree ser el dueño.

*Therry Desjardins: Cien Millones De Árabes.
Barcelona, Ediciones Nauta, 1975*

31 de Marzo 2004

Como Nezahualcóyotl andaba ya avisado de cómo deseaba Maxtla haberle a las manos por traición para matarle, andaba también cuidadoso de no caer en ellas y, como hombre valiente y animoso que era, quiso hacer nueva experiencia de los avisos que los otros le daban y determinó de volver a Azcaputzalco y verse con Maxtla y saber de él si todavía trataba de matarlo; para lo cual mandó a ciertos señores, de los que le acompañaban, que compusiesen un rico y preciado presente, así de vestidos para él como para algunas de sus mujeres, con otras cosas de valor y precio, y haciéndolo llevar consigo se acompañó con tres de los más valientes capitanes que tenía y se vino para Azcaputzalco; y llegando aquel día ya muy tarde a la corte, aposentóse muy secretamente en casa de un señor amigo suyo, porque su venida no fuese divulgada aquella noche y le acometiesen con alguna traición.

Venida la mañana fuese a palacio con su gente y mandó dar aviso al rey de su llegada; el cual pensando ser buena la ocasión para darle muerte holgó de su venida y fingiendo estar en la cama algo indispuerto hizo que una de sus mujeres, llamada Malin, saliese a recibirlo y recibiese de él lo que trajese; y traía orden esta señora de aposentarlo y regalarlo para entretenerlo, mientras el traidor de Maxtla daba orden de matarlo. Hízolo así la señora y saliendo a recibir a Nezahualcóyotl, le dijo cómo el rey Maxtla no se podía levantar tan presto por andar achacoso de algunos males que traía; pero que mientras se hacía hora de verle, que descansase y viese si mandaba algo. Nezahualcóyotl, que era hombre avisado, oyó el recado y concibió la traición, pero no mostrando cobardía dio su recado y presente, diciendo que su venida no era más que a besarle las manos; y que con que así lo supiese se volvería contento.

Con esto se entró la mujer de Maxtla y se quedó Nezahualcóyotl en la sala o aposento donde la habían hospedado; y concibiendo el mal intento de su enemigo, despachó su gente y a uno de los tres capitanes que con él habían venido, dijo: que no era posible escapar con la vida (según lo que había pasado) ni tampoco era razón aguardar, porque dos hombres solos no se podrían defender de tantos juntos; pero que le parecía buena traza que se quedase a la puerta y que él se saldría con traje disfrazado por una de las paredes del cañizo de que estaba cercado el calpul donde le habían aposentado; y condescendiendo el capitán con lo dicho, se sentó a la puerta, como que estaba haciendo cuerpo de guardia a su señor; y Nezahualcóyotl, rompiendo el cañizo, se salió de la sala, volviendo a juntar las cañas (porque no se entendiese que por allí se había salido).

Se fue Maxtla, que se había negado, hizo llamar a cuatro hombres esforzados y valientes, mientras su mujer estaba entreteniendo a Nezahualcóyotl; y les mandó que entrasen en la sala donde estaba, y le matasen. Y queriendo los capitanes ponerlo en ejecución vinieron donde creían estar Nezahualcóyotl, y entrando dentro no lo hallaron; preguntaron por él a su capitán y les dijo cómo había salido fuera a cierta necesidad que se le había ofrecido; dijéronle que le llamase, que quería verlo el rey y el capitán salió, como que iba a llamarlo y se fue tras su señor, dejando burlados a Maxtla y a

sus capitanes. Vinose Nezahualc6yotl a Tlatelulco a casa de Chichincatl, grande amigo suyo, para pasar a Tetzcuco por agua, porque le pareci6 que por tierra era muy f6cil cogerle; y mudando traje pidi6le canoa, la cual le dio secretamente y remeros fuertes que en breves horas lo pasasen de esa otra parte de la laguna; lo cual hicieron muy sin peligro ni riesgo de sus personas, y de esta manera se libr6 Nezahualc6yotl de esta traici6n ordenada por Maxtla.

*Monarquía Indiana: Fray Juan De Torquemada.
México, UNAM, Instituto De Investigaciones Hist6ricas, 1975.*

Abril

14 de Abril 2004

Mientras tanto en México, Santa Anna, el criollo charlatán, después de aplastar un levantamiento federalista en contra del "despotismo militar y la República centralista", que las bases orgánicas estaban a punto de llevar a cabo en Zacatecas, abandonó de nuevo la presidencia para encabezar la campaña militar en contra de los rebeldes texanos, proclamando que "prefería los peligros de la guerra a la seductora vida del Palacio Nacional". Estableció su cuartel general en San Luis Potosí, en donde acuarteló a su harapienta armada de casi seis mil hombres. "El gobierno de Estados Unidos es responsable de los disturbios en Texas", aseguró Santa Anna dirigiéndose a un grupo de dignatarios nacionales y extranjeros que se congregaron en San Luis Potosí y agregó, "yo, personalmente marcharé para aplastar a los rebeldes y una vez que lo haya logrado, mi cañón dictará los límites entre México y Estados Unidos".

Entre los que escuchaban se encontraba Anthony Butler, ministro de Estados Unidos, quien no hizo ningún intento por esconder su rabia, aunque seguramente sabía que Santa Anna, por primera vez en su vida decía la verdad. Para financiar la expedición militar, Santa Anna empeñó Manga de Clavo y consiguió un préstamo por 400.000 pesos de un financiero mexicano dando como garantía, los presupuestos de los Estados de San Luis Potosí, Zacatecas, Guanajuato y Jalisco.

Finalmente a principio de 1836, Santa Anna inició su marcha a través del desierto que se interponía entre él y Saltillo, su destino en Coahuila. Permaneció ahí un mes dedicado al entrenamiento y organización de su ejército formado por reclutas y veteranos; ningún detalle, por insignificante que pareciera escapó a su atención, escribiría un soldado de la expedición, quien, copiando a Bernal Díaz del Castillo, intituló su relato, "Historia Verdadera" de la Guerra de Texas.

El dos de febrero, la armada de Santa Anna inició su marcha hacia Texas, vía Monclova, un poblado de Coahuila; el invierno era crudo, y aún más para los soldados de Santa Anna, ya que casi todos ellos provenían de los climas cálidos de México. El ejército tal y como venía, llegó a Texas. En El Álamo, a las afueras de San Antonio, Santa Anna encontró a Travis con 146 hombres pertrechados en una vieja iglesia franciscana decididos a "vencer o morir". Con pocos deseos de enfrentarse a las fuerzas de Santa Anna, Houston y sus hombres se habían retirado antes de la llegada de los mexicanos, dejando a Travis enfrentar solo las consecuencias. El seis de marzo de 1836 atacaron los mexicanos, escalaron los muros de la vieja iglesia y luchando cuerpo a cuerpo, la tomaron. "Travis murió valientemente", según el diario del soldado mexicano; "Jim Bowle" el segundo de a bordo "como un cobarde". Todos los defensores murieron a excepción de un joven de catorce años, dos mujeres y el esclavo negro de Travis.

Las bajas del ejército mexicano fueron mayores: perecieron en total 400 hombres y hubo innumerables heridos. "Otra victoria como ésta", escribiría el cronista mexicano y "perdemos la guerra". Con la victoria de "El Álamo", Santa Anna dividió su ejército en tres secciones; marchó a la cabeza de una de ellas, en persecución de Houston y sus ejércitos formado por 800 hombres, que continuaban retrocediendo, llevándose consigo a los colonos estadounidenses. En Goliad, un villorrio texano, la división bajo el mando del general José Urrea, capturó un ejército de 365 voluntarios, unos cuantos de ellos colonos: Urrea pidió clemencia para los cautivos, pero Santa Anna, resuelto a acabar con el fuego de la rebelión, ordenó ante el horror de Urrea, su ejecución.

Don Antonio, anotan los documentos históricos, no perdió esa noche un minuto de su sueño. La operación de limpieza, como la llamó Santa Anna, tuvo una vida muy corta. Reforzado con hombres, rifles y alimentos provenientes del otro lado de la frontera y con la bendición de Washington, Houston contaba ahora con un ejército de 1500 hombres que lo hacían sentirse lo suficientemente fuerte para el enfrentamiento. En abril, Santa Anna lo encontró acampado en Lynchburg Ferry, no muy lejos del río San Jacinto, pero en lugar de atacarlo de inmediato, decidió descansar a su tropa. Por la tarde del 21 de abril, para sorpresa del héroe de Tampico y Veracruz, los hombres de Houston cayeron sobre ellos, encontrándolos cocinando su cena y a Santa Anna durmiendo la siesta, la más costosa de la historia; media hora después, la derrota era total, adjudicándose Houston la victoria. Santa Anna, quien huyó durante la corta batalla, fue descubierto al día siguiente, escondido entre los matorrales "vestido con camisa azul, pantalón blanco y sus pantuflas de fieltro rojo".

Un año después, Texas ya no era nuestra.

Josefina Zoraida Vázquez, Coordinadora de la Rebelión de Texas a La Guerra del 47. Editorial Patria Nueva Imagen, Primera Edición, 1994.

21 de Abril 2004

¿Qué es el bushido? -Me preguntan aquellos que, desde hace largos años, oyen atribuir a esta virtud todos los triunfos japoneses. Y los doctores de Tokio, sonriendo enigmáticamente, contestan que el bushido es todo. Todo, en efecto, todo en las tradiciones, todo en la historia, todo en la religión, todo en las artes prepara a estos hombres para seguir lo que entre ellos se llama la vía del caballero.

Desde las más obscuras teogonías de épocas fabulosas hasta los ejemplos actuales, todo es una lección de heroísmo. Todo habla del sacrificio de la existencia como de un acto natural. "Que nadie suponga, dice el antiguo libro de Zinkóiotoki, que exponer y perder la vida es acción que merece el menor elogio, sino simple deber de cada uno como de todos". Y a través de la literatura nacional, este principio aparece uniformemente en los poemas y los dramas, dominando los demás sentimientos.

El héroe nipón no conoce la derrota ni la cautividad. Cuando se siente inferior a su adversario, se suicida o pide a un compañero, si no tiene fuerzas materiales para hacerlo por sí mismo, que le abra el vientre. Aun en los supremos instantes en que no se lucha contra un hombre, sino contra los elementos, el miedo está vedado. En el Tosanikk, obra del Siglo décimo, el gobernador Tsurayúki se ve en la necesidad de emplear un artificio retórico para describir el terror que causa una tormenta en medio del mar y supone que el relato lo hace una mujer. El naufragio parece cosa cierta. El viento enfurecido, rompe las velas y hace crujir las tablas. "Sin embargo, dice, los marineros continuaban tranquilos sus labores y cantaban una melopea. Sólo nosotras, las mujeres, no sabíamos reír ante el peligro, que iba amenazándonos más a cada momento". Pero hasta en la mujer el miedo es raro. Las heroínas que acompañan a sus maridos a la guerra y que en los casos extremos empuñan una lanza o blanden un sable, aparecen en más de un drama histórico.

En El Cerezo de Suma, obra muy popular, la joven esposa de Atsumorí pide a voz en cuello que le den un arco o una espada para combatir al lado de los hombres. ¡Y qué decir de la terrible viuda del Shogún Yorimoto, que desde un convento dirige los ejércitos y derrota a los enemigos de su clan! En los dramas más antiguos su figura misteriosa aparece muy a menudo como un símbolo de fuerza y energía. Para asegurar la obra de su marido todos los sacrificios le parecen aceptables y así, viendo que sus hijos son débiles de carácter, los aleja del poder. El mayor de ellos trata de rebelarse. Una mano desconocida lo asesina. El mismo emperador, impotente para luchar contra aquella monja sanguinaria, se resigna a abdicar a favor de uno de sus hermanos. Y esta mujer no es única.

Otras hay que pasan por los poemas, lanza en ristre, cantando cantos de guerra. En cuanto a las madres que lejos de llorar la muerte de sus hijos, la celebran como un fausto cuando saben que ha sido heroica, y casi no existe obra en que no las veamos. El bushido es, pues, el alma heroica.

28 de Abril 2004

La noche del cuatro de agosto de 1789, un puñado de nobles renunció ante la Asamblea Nacional, en Versalles, a sus privilegios feudales y señoriales. Había comenzado una revolución, no sólo para Francia, sino también para toda Europa y, poco después, otras grandes instituciones políticas y sociales, con raíces en los comienzos de la Edad Media, se derrumbaron una tras otra como un castillo de naipes. La famosa "noche del cuatro de agosto" señaló el término de una historia iniciada más de mil años antes.

Comenzó, según nos cuenta el señor Simmons en esta obra, otra noche en el invierno del año 406, cuando un tropel de harapientos nómadas germánicos en número menor que el de la población de un pequeño pueblo norteamericano del Siglo XX, cruzó el Rin helado para adentrarse en la Galia romana. No fueron éstos los primeros bárbaros en cruzar el Rin ni en invadir Europa, pero su llegada coincidió con el fin de una larga era que fue testigo de la erosión del otrora poderoso imperio romano; el comercio menguó, la sociedad decayó y los triebenos germánicos se elevaron a cargos de gran poder en el ejército y el gobierno de Roma.

El cruce del Rin en 406 fue tan sólo el derrumbe final del dique, con lo que se arrojaron nuevas olas bárbaras sobre el imperio que se desmoronaba. Ese cruce provocó una reacción en cadena que condujo al saqueo de la propia Roma el año 410. Para los hombres civilizados de la época fue un acontecimiento casi inconcebible y para ellos, la luz del mundo se extinguió con la caída de Roma. Durante largo tiempo fue usual pensar en los seis siglos que siguieron como una era de barbarie sombría y estática.

Hoy sabemos que, por el contrario, fue una época de grandes demandas y magníficas realizaciones, una época en que los elementos esenciales de la civilización occidental -y en realidad, la misma composición étnica de Europa estuvieron pendientes de un hilo. Para los invasores nómadas y sus descendientes, así como para los pueblos establecidos del continente, toda una nueva gama de experiencia social quedaba por incorporarse. Europa se encontraba en la encrucijada. Para mediados del Siglo XI, la suerte estaba echada. Europa había pasado de una conglomeración de tribus errantes a reinos estables y se hallaba a punto de llevar a tierras ultramarinas a través de las Cruzadas, su dominio cultural y político duramente conquistado.

El señor Simmons describe en forma precisa y con habilidad el vasto alcance de estos seis siglos formativos. La lenta conversión al cristianismo de las tribus bárbaras; el surgimiento de nuevas formas políticas; el desarrollo de nuevas normas de justicia; el renacimiento y expansión del comercio; la vuelta a la vida de la sociedad urbana y la educación; las innovaciones en el arte y la arquitectura; todos estos acontecimientos forman parte de su relato.

Los privilegios de que se hizo renuncia en Versalles en 1789 así como la República de Venecia y el Sacro Imperio Romano, que fueron conducidos a la ruina por Napoleón tuvieron su origen en esa época tumultuosa. Si bien ellos han perecido, otros legados de comienzos de la Edad Media siguen siendo símbolos distintivos de la sociedad occidental, entre ellos el gobierno parlamentario o representativo, el sistema de los tribunales y jurados en países donde se hace sentir la influencia de la jurisprudencia inglesa y los estados existentes de Europa. Esta obra describe las luchas y esperanzas que les infundieron vida.

Karl F. Morrison. Profesor Adjunto de Historia Medieval de la Universidad de Chicago. Orígenes De Europa. Las Grandes Épocas de la Humanidad. Libros Time Life. Editado e Impreso Lito Ofset Ltiina, S.A. México, D.F. 1978.

Mayo

5 de Mayo 2004

Por lejos que nos remontemos en el pasado de Arabia, hallamos esa corriente ininterrumpida que fluye desde el sur hacia el norte. Se trata del fenómeno fundamental de toda la vida árabe, la causa subyacente que determina y explica cada una de sus grandes crisis históricas. Por ello mantuvo la vida en el interior de una región del globo donde la existencia parecía a primera vista imposible. Por ello se preservó y se acrecentó la vitalidad de sus habitantes y se impuso una disciplina a las fuerzas elementales que unas condiciones desfavorables habían lanzado al espacio abierto.

Lentamente el desierto canalizó esta fuerza en energía y en luz. De una materia prima tosca e indiferenciada hizo surgir los tres tipos humanos más conseguidos del mundo árabe: el guerrero, el poeta y el santo. Tal vez en ninguna otra parte como en Arabia, el medio exterior ha sometido a la materia humana a presiones tan fuertes, a exigencias tan severas, a embriagueces tan poderosas.

"Sólo en el desierto, nos dice Gérald de Gaury, puede el hombre saborear plenamente, el desierto toma al hombre entero y ya no lo deja hasta haberlo remodelado de arriba abajo. Incluso el extranjero que sólo está de paso, sale como un hombre diferente del que era antes. Y cualquier cosa que sea que haga después, nunca olvidará el tiempo que vivió en el desierto y conservará su nostalgia hasta el último día. Con mucha mayor razón debía marcar con su sello a las tribus errantes, obligadas a vivir en él durante siglos.

Una vez fuera de su Yemen natal, aquéllas perdían rápidamente el recuerdo de sus orígenes. Todo lo que no era el desierto se borraba de su memoria. Pronto no conocieron otra patria que él. Entonces empezaba, en sus almas y en sus cuerpos, un lento trabajo de remodelación que convertía a aquellos agricultores mediocres en guerreros incomparables. Los recursos del desierto eran tan escasos, las tribus tan numerosas y la voluntad de vivir tan apasionante, que las existencias en él se convertían en el trofeo de una lucha sin piedad. En aquel horno, donde todo debía obtenerse por la violencia y por la astucia, el futuro pertenecía al más apto y al más fuerte. Por la fuerza de las cosas, la vida nómada terminó organizándose según una escala de valores en cuya cima estaba la "muruwa", término que significa a la vez honor y virilidad. El hombre que poseía "muruwa" en grado eminente era reconocido como jefe, pues era más capaz que otro cualquiera de asegurar la perennidad de su clan. Su potencia viril compensaba los estragos de una mortalidad espantosa. El vigor de su brazo hacía accesibles a sus compañeros los puntos de agua.

Una tribu sin "muruwa" estaba condenada a desaparecer, ya fuese por inanición, o porque se extinguiese su descendencia -peor aún- porque fuese reducido a esclavitud por una tribu más combativa.

Benoist-mechin: Ibn Saud, de Monarca del Desierto a Rey del Petróleo.

Barcelona, Editorial Euros, Colección Personae. Impreso En Papeles De Torres Hostench, S. A. Moncada-Reixach.

19 de Mayo 2004

Hace más de cuatro mil años, las planicies entre el Tigris y el Éufrates, un corredor que huele a estiércol de apenas 160 kilómetros de ancho por 640 kilómetros de longitud, dieron cabida al primer imperio del mundo. De origen semítico, en su apogeo el imperio asirio se extendía por una distancia de 3200 kilómetros a través de los desiertos, las pasturas y las montañas de Asia Menor, de Egipto a la India, de Rusia a Arabia Feliz. "Desde los límites de las montañas distantes", detallaban los asirios, "hasta el mar superior del sol poniente". En galeras de doble cubierta, los asirios se aventuraban por aquel mar occidental, invadieron, saquearon y ocuparon Chipre y sometieron a su dominio, o al menos afirmaron haber dominado, a las islas del borde oriental del Egeo rojo oscuro de Homero. "Los hijos que moraban en medio del mar vinieron desde el mar" escribió un monarca asirio en una estela conmemorativa, "y con sus ricos obsequios, vinieron a besar mis pies".

Durante los primeros ochocientos años de su historia, los asirios consolidaron su dominio en el área en forma de cuña entre el Tigris y el Éufrates. Los griegos la llamaban Mesopotamia: "la tierra entre los dos ríos", término que probablemente derivara del arameo "beth naharin" (casa de los dos ríos), o del hebreo "Aram Naharin" (Siria de los dos ríos), o del árabe "bain al-naharin" (el país entre los dos ríos). Luego, con el devastador imperio de una explosión nuclear, entre el 960 y el 612 a.C. los asirios fueron desplazando las fronteras del imperio hasta que éste abarcó al mundo conocido.

En los bordes del imperio, sucesivos reyes asirios descubrieron nuevas tierras que podían conquistarse, y no dudaron en emprender la tarea. Los mensajes anuales de los reyes asirios, indicativos del estado del imperio, daban el tono. "Recibí los regalos de la distante Media, el nombre de cuya tierra los reyes, mis padres, no habían oído mencionar", escribió un monarca, "y los sometí a mi yugo". En el libro del Génesis, a Asiria se la identifica como el primer gran imperio que existiera después del Diluvio, y se señala a Nimrod como su fundador, un biznieto de Noé al que se describe como "un poderoso cazador delante del Señor", "un poderoso de la tierra". Nimrod estableció su reino en la tierra de Sinar, el delta mesopotámico, pero como observara más tarde un autor griego, lo dominó "el poderoso deseo de someter toda la parte de Asia que está entre el Don y el Nilo".

Según el Génesis, cualquiera que haya sido su verdadera motivación, "de esta tierra salió para Asiria y edificó Nínive". El origen del nombre de Nínive es oscuro. Puede haber derivado de Nina, el nombre de la patrona de la ciudad, una diosa cuya veneración originó el "culto de Nínive". Según señalan los estudiosos modernos, la inscripción cuneiforme que equivale a Nínive es un pez encerrado en el signo de una casa, lo que posiblemente indique un vivero sagrado de peces de la deidad tutelar. De todos modos, situada junto a la margen oriental del Tigris, a unos 350 kilómetros al norte del delta, Nínive se convirtió en el asiento del imperio y en la más grande ciudad de la época. Punteada por palacios majestuosos, templos, canales y jardines, sus muros se elevaban 60 metros por encima de la planicie del Asia occidental. Fortificados con 1500 torres, se decía que los muros eran tan anchos que tres carros podían circular lado a lado por encima de ellos. Como la pepita de una nuez, protegida por cáscaras exteriores, Nínive estaba resguardada por cinco muros y tres fosos. Cada una de las quince puertas de la ciudad estaban protegidas por terraplenes encastillados. Y dentro de su perímetro había más de treinta templos, "cada uno reluciente de oro y plata".

Por más de 1300 los monarcas asirios gobernaron desde Nínive y otras ciudades reales que estaban en las cercanías inmediatas, un trapecio irregular de tierra que incluía las bíblicas ciudades de Asur y Cala, y lugares de la montaña como Dur-Sharrukin, la fortaleza de Sargón, "construida junto a los manantiales, al pie de las montañas... sobre Nínive", que Sargón el Grande denominara "un palacio de incomparable magnificencia". Con un notable sentido de la historia, los reyes asirios, un milenio antes de Homero, continuamente inscribían su historia de conquistas en obeliscos, tabletas de arcilla, cilindros, prismas, señalador de límites y estelas conmemorativas. Ornamentaban las paredes de sus palacios y templos en escenas esculpidas de sitios y batallas. Escribieron una verdadera *Iliada* sobre piedra.

*Arnold C. Brackman: El Destino De Nínive. Lo Inexplicable.
Argentina, Javier Vergara, 1979.*

26 de Mayo 2004

La tan repetida alusión a la "moza de circo" sobre el trono de los Césares descansa meramente en las narraciones escandalosas y sucias de Procopio, con harto gusto difundidas en sus memorias, saturadas de sañudo rencor, que escribió el apasionado historiógrafo de la corte de Justiniano. No se sabe todavía cómo explicar psicológicamente ese violento libelo contra el matrimonio imperial. Pero, lo mismo si procede de motivos personales que si obedece a interna necesidad de justificación, el libelo existe, y hemos de tenerlo en cuenta, sin tomar por moneda corriente todo lo que en él se relata; pero tampoco, sin considerarlo desde luego como una simple fantasía y maligna intervención, cual hizo Ranke.

Lo que allí se nos refiere es probablemente una trama abigarrada de verdad y fantasía, como

suele suceder en semejantes escritos tendenciosos. Bizancio no podía por menos de tener su crónica escandalosa y su escandalosa heroína. No tendría objeto sacar a la luz aquí nuevamente como de las actas de un proceso escandaloso la licenciosa vida anterior de Teodora, tal como Procopio la describe. Eso es lo único que verdaderamente se ha hecho "popular" de la historia bizantina, merced, por ejemplo, al drama de Sardou. Tampoco tendría objeto investigar el pro y el contra en esa cuestión. Bastante se ha hecho en ese orden sin llegar a ningún resultado. Preferimos tratar de resolver otra cuestión más fructuosa: la de cómo una se manifestó la vida de Teodora, emperatriz en relación con su conducta anterior, nada ejemplar, por cierto, y hasta qué punto, en el ocaso de su vida, presenta Teodora todavía rasgos de su juventud, y en qué medida su desarrollo ulterior se ofrece como una reacción contra los pecados juveniles. Por este camino se deducirá mucho mejor, psicológicamente, lo que filológicamente no es posible explicar.

Si Teodora no hubiera sido lo que Procopio cuenta de ella, es decir, una cómica de circo, difícilmente hubiera sabido comportarse tan perfectamente en su nuevo papel de emperatriz, como realmente lo hizo. Si en su carácter nunca pudo negar su condición advenediza (y en esto fue el verdadero "pendant" de su esposo), tampoco le fue difícil presentarse como protagonista en el teatro de la corte, con la misma seguridad con que antes se había presentado en el teatro del pueblo. Su primitiva profesión le sirvió de extraordinario auxilio. Ahora no sólo tuvo que ejercer de actriz, sino también de directora de escena, y ambas funciones las realizó de maravilla. Manifiestamente sentíase por completo en su elemento, y tuvo bastante qué hacer, tanto entre los bastidores como en escena. Inteligente y circunspecta como era, le cupo en suerte reunir todos los hilos en su mano, así de asuntos pequeños como de los grandes, y aún exteriormente supo la experimentada actriz hallar la manera de conciliar la gracia con la dignidad.

Dormía mucho y tomaba muchos baños para conservar la frescura, ya menguante de su cutis. Mantenía en todo su vigor, con ostentación de advenediza, el ceremonial cortesano. Rodeábase de brillante séquito. Hacía calculadamente, que los admitidos a audiencia aguardasen largas antecámaras, y luego se arrojasen en el suelo ante ella y le besasen la púrpura. En suma, supo imponer respeto. Después de haber "debutado" brillantemente comenzó, pues, a distribuir los papeles. En esto procedió con desconsideración arrolladora. Su especialidad eran los asuntos de matrimonio y divorcio. En una familia principal había dos viudas jóvenes, demasiado alegres, cuyas andanzas eran motivo de escándalo. Teodora lo supo y decidió volverlas a casar, pero al mismo tiempo castigarlas por su licencia, señalándoles maridos de baja estirpe (de los cuales Teodora conocía muchos). Las dos hermanas escogieron el asilo de la iglesia de Santa Sofía. Pero al fin tuvieron que aceptar su destino. De todos modos, éste les fue aliviado en el sentido de que la emperatriz elevó los nuevos maridos a cargos principales y honrosos. También a una sobrina de Justiniano, que había tenido una aventura con un apuesto oficial armenio, la casó rápidamente con otro, para ponerla de esta suerte a salvo.

K. Dieterich: Figuras Bizantinas.

Traducción del Alemán por Emilio R. Sadia. Revista De Occidente, Madrid, 1927.

Junio

9 de Junio 2004

Cuando el mundo era medio milenio más joven tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño. Todo acontecimiento, todo acto, estaba rodeado de precisas y expresivas formas, estaba inserto en un estilo vital rígido, pero elevado.

Las grandes contingencias de la vida el nacimiento, el matrimonio, la muerte tomaban, con el sacramento respectivo el brillo de un misterio divino. Pero también los pequeños sucesos, un viaje, un trabajo, una visita iban acompañados de mil bendiciones, ceremonias, sentencias y formalidades. Para la miseria y la necesidad había menos lenitivos que ahora. Resultaban, pues, más opresivos y

dolorosos. El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado. El frío cortante y las noches pavorosas eran un mal mucho más grave. El honor y la riqueza eran gozados con más fruición y avidez, porque se distinguían con más intensidad que ahora de la lastimosa pobreza. Un traje de ceremonia, orlado de piel, un vivo fuego en el hogar acompañado de la libación y la broma, un blando lecho, conservaban el alto valor de goce que acaso la novela inglesa ha sido más perseverante en recordar con sus descripciones de la alegría de vivir.

Y todas las cosas de la vida tenían algo de ostentoso, pero cruelmente público. Los leprosos hacían sonar sus carracas y marchaban en procesión; los mendigos gimoteaban en las iglesias y exhibían sus deformidades. Todas las clases, todos los órdenes, todos los oficios podían reconocerse por su traje. Los grandes señores no se ponían jamás en movimiento sin un pomposo despliegue de armas y libreas, infundiendo respeto y envidia. La administración de la justicia, la venta de mercancías, las bodas y los entierros, todo se anunciaba ruidosamente por medio de cortejos, gritos, lamentaciones y música. El enamorado llevaba la cifra de su dama; el compañero de armas o de religión, el signo de su hermandad; el súbdito, los colores y las armas de su señor. El mismo contraste y la misma policromía imperaban en el aspecto externo de la ciudad y del campo.

La ciudad no se diseminaba, como nuestras ciudades, en arrabales descuidados de fábricas aisladas y de casitas de campo uniformes, sino que se erguía rotunda, cercada por sus muros, con sus agudas torres sin número. Por altas y poderosas que fueren las casas de piedra de los nobles o de los comerciantes, eran las iglesias las que dominaban con sus eminentes masas pétreas la silueta de la ciudad. Así como el contraste del verano y el invierno era entonces, más fuerte que en nuestra vida actual, lo era también la diferencia entre la luz y la oscuridad, el silencio y el ruido.

La ciudad moderna apenas conoce la oscuridad profunda y el silencio absoluto, el efecto que hace una sola antorcha o una aislada voz lejana. En virtud de este universal contraste, de esas formas multicolores, con que todo se imponía al espíritu, emergía de la vida diaria un incentivo, una sugestión apasionante, que se revela en los fluctuantes sentimientos de ruda turbulencia y áspera crueldad, pero también íntima emoción, entre los cuales oscila en la Edad Media la vida urbana.

J. Huizinga: El Otoño De La Edad Media.

Segunda Edición Completa en un solo Volumen. Revista De Occidente. Madrid. 1945.

16 de Junio 2004

Desde su derrota en la batalla naval de Salamina, que le obligara a abandonar a Atenas para refugiarse en Asia, el rey Jerjes residía en Sardes. Y allí le sucedió que comenzó a enamorarse de la mujer de su hermano Masistes, que también se hallaba en la ciudad. Le envió mensajes en secreto, inútil. Ella no escuchaba sus protestas de amor y ni pensaba en hacerles caso. Por temor a su hermano, Jerjes no se atrevía a emplear la violencia. Y dado que la mujer sabía esto perfectamente, acentuaba todavía más su actitud de rechazo. Pero todo ello no hacía sino acrecentar el deseo de Jerjes, quien ideó otro camino.

Decidió casar a su hijo Darío con una hija de esta esposa de Masistes. De esta forma quizá consiguiera sus propósitos. Y en cuanto hubiera prometido a los dos jóvenes según la costumbre, se retiró a Susa. Pero ocurrió que una vez en su palacio de Susa y entregada la novia a su hijo, la llama que encendiera en él la mujer de Masistes se apagó por sí sola. En cambio se enamoró locamente de la esposa de su hijo Darío, que se llamaba Artaínta, la cual sí le correspondió. Poco tiempo había de transcurrir antes de que se descubriera todo.

La cosa sucedió así: Amestris, esposa de Jerjes, había tejido un artístico y precioso manto para su marido. Jerjes sintiéndose muy orgulloso de aquella prenda, se envolvió en ella y fue a visitar a Artaínta. En cuanto hubo gozado con la joven, ofreció a ésta un regalo. Podía elegir lo que quisiera; no habría nada que él le negara. Y Artaínta destinada a arrastrar a la desgracia a toda su familia contestó a Jerjes: ¿De veras me darás lo que te pida? El rey repitió su promesa, reforzándola con un juramento ya que no podía imaginarse lo que la joven querría. Sin detenerse apenas a reflexionar, Artaínta expresó

su deseo de obtener el manto. Temía la reacción de Amestris, que ya había dado muestras de sospechar algo. Si ahora se lo regalaba a la joven, estaba perdido. Ofreció a Artaínta ciudades enteras, montones de oro y un ejército al que nadie sino ella, mandaría. Hay que añadir aquí que eso de regalar un ejército es costumbre muy persa. Más de nada le sirvió. Ella no dio el brazo a torcer, de modo que a Jerjes no le quedó otro remedio que desprenderse del soberbio manto. Y Artaínta, muy orgullosa, lo lució cuanto pudo.

Werner Keller: El Asombro De Herodoto. ¿Cómo Era El Mundo Hace 2500 Años? Barcelona, Bruguera, S. A., Libro Amigo, Primera Edición, 1975.

30 de Junio 2005

El mito acerca de la guerra de Troya es que la hubo. No fue así. Al menos, no hubo una de la que estemos enterados. En los miles de años que han transcurrido desde que apareció la epopeya de Homero, nadie ha encontrado pruebas de que ocurriera la guerra allí descrita. Sus entusiasmos sólo tienen esperanzas. (Ni siquiera sabemos si Homero fue real.) Es cierto que existió Troya. De hecho, según los testimonios arqueológicos desenterrados en el Siglo XIX y principios del XX, al parecer hubo al menos nueve Troyas, apiladas una sobre otra (situadas en lo que hoy es Turquía). Pero no hay ninguna prueba de que jamás hubiera una guerra entre Grecia y Troya en que intervinieran una bella reina llamada Elena, un gran caballo de madera o un héroe que tenía un talón de Aquiles.

Puede suponerse que griegos y troyanos combatieran en alguna ocasión. Después de todo, eran humanos. Y debió haber alguna razón para que los troyanos construyeran las enormes murallas que rodeaban su ciudad, pero no hay prueba arqueológica alguna de que un ejército acampara fuera de los muros de Troya, ya no digamos un inmenso ejército griego de 110 mil soldados. En todo caso, gran parte de esa historia es claramente inverosímil. Resulta inconcebible que una guerra durara diez años; nunca se habría podido mantener tanto tiempo la disciplina militar (se sabe que ninguna otra guerra de esa época duró más de unos cuantos meses). Y nadie cree que los soldados griegos estuvieran acampados en la playa todos esos años, con sus reyes incluidos. El asunto de Elena que supuestamente huyó con un príncipe troyano, y que los griegos fueron a la guerra para rescatarla resulta romántico pero insostenible. Además no es muy probable que ella escapara.

Fitz Roy Raglan, experto en historia universal, afirmó que no pudo encontrar "ningún ejemplo" en la historia "de que una reina huyera con un príncipe extranjero... ni con nadie más". Como quiera que sea, nadie sabe si Elena siquiera existió. Desde luego, según la tradición, la beldad cuyo rostro "hizo zarpar mil naves" vivió y fue reina. Pero según la tradición, también era hija de Zeus y "salió del huevo de un cisne".

En cuanto a la historia del Caballo de Troya, absolutamente nada lo demuestra. De los miles de objetos que han aparecido en las repetidas excavaciones de Troya, ninguno apoya la existencia de un gran caballo de madera. Los que afirman la historicidad de la guerra de Troya insisten en que no importa si algunos detalles son increíbles o no pueden ser demostrados. Lo que cuenta son los detalles creíbles. Pero, según este método, podía descubrirse que cualquier poema tiene confirmación histórica. El hecho de que un poema incluya uno o dos personajes reales no significa que trate de un acontecimiento histórico. Y sin embargo éste es el tipo de argumentos que sostienen los apologistas de la epopeya homérica.

Tucidides creyó que la historia de Troya era cierta. Pero Tucidides vivió más de ochocientos años después de que supuestamente ocurriera la guerra y no estuvo en mejor posición que nosotros para comprobar su verdad. Probablemente sólo quiere creer en ella. A Homero se le ha atribuido, desde hace mucho tiempo, esa historia, pero nadie sabe quién fue Homero, dónde vivió, si realmente existió o cómo pudo encontrar información fidedigna acerca de la temprana historia de Troya. Si vivió, fue en el Siglo VIII o IX a de C., unos cuatro siglos después de la guerra que describió. Es probable que hoy sepamos más acerca de la verdadera Troya de lo que él pudo saber. Desde luego es probable que el relato fuera transmitido casi intacto a lo largo de los siglos. En los tiempos antiguos de la tradición

oral, la gente tenía mejor memoria que hoy. Pero, ¿por qué se molestarían los griegos en celebrar una guerra contra Troya cuando no se preocuparon, en cambio, por recordar muchas otras cosas más importantes que ocurrieron en su pasado? Lo que nos han dejado es un poema escrito por un hombre que acaso no vivió, acerca de una guerra que probablemente nunca ocurrió.

*Richard Shenkman: Leyendas, Mentiras y Mitos De La Historia Universal.
México, Edivisión Compañía Editorial, S. A., 1998.*

Julio

14 de Julio 2004

Con el correr del tiempo Nínive, la capital de un imperio que había regido sobre la tierra por más tiempo que cualquier otro, anterior o posterior, desapareció de la vista. Nínive, la ciudad feliz que vivía descuidadamente y que se decía: "¡No hay ninguna otra como yo!" desapareció transformada por la naturaleza en herbosos montículos adecuados para las ovejas. Nada quedó ni de Nínive ni de Asiria, salvo vagos recuerdos, leyendas, mitos y tradiciones transmitidas en la literatura sacra y profana. Ni un resto de evidencia tangible sobrevivió para probar que Nínive había existido. Nínive desapareció tan rápidamente de la vista que cuando Jenofonte condujo a sus diez mil griegos por el sitio, doscientos años más tarde, en su celebrado reconocimiento del imperio persa, no llegó a comprender que Nínive estaba bajo sus pies.

"Marchamos una jornada, seis parasangas, hasta una gran plaza fuerte, abandonada y en ruinas", dijo Jenofonte. Las ruinas eran la de Nínive, y al amparo de sus sombras tuvo un encuentro con una patrulla persa. Llamó al lugar Larisa. A comienzos de la era cristiana, los montículos eran comunes en la Mesopotamia. Estrabón, griego por idioma y educación, étnicamente asiático, pero romano de corazón, observó en su celebrada geografía que "se ven montículos en toda el área". Cuando visitó el delta y vio las ruinas de Babilonia, les aplicó el epíteto atribuido a los megalopolitanos de Arcadia. "La gran ciudad es un gran desierto", dijo Estrabón. En cuanto a Nínive, aunque infrecuentes aguaceros causaron deslizamientos y resquebraduras de los montículos, la ciudad estaba tan perdida para la vista que Estrabón no hizo referencia alguna a ella, aunque ésta había sido la ciudad más grande de las dos.

Seiscientos años más tarde, en el 627 de nuestra era, Heraclio derrotó a Cosroes, rey de Persia, en una batalla sostenida en el borde de los montículos. Si el emperador romano sabía que había luchado dentro del entorno de Nínive, al igual que Estrabón, no hizo mención alguna de ello en su relato de la contienda junto al Tigris. Sin embargo el sitio nunca se perdió verdaderamente en la tradición local. Así, tras la conquista de la Mesopotamia por parte de los árabes, los geógrafos musulmanes tales como Ibn Hykal, Edrisi Abdulfeda e Ibn Batuta, identificaron los montículos de la margen oriental del Tigris, en un punto frente a la pequeña ciudad comercial de Mosul, como Ninawi o Ninaway.

Cuando los turcos sucedieron a los árabes y redujeron a la Mesopotamia a la condición de provincia que estaba fuera de los límites del imperio otomán, imperio que durara hasta el presente siglo, Nineweh era el único nombre lícito que se podía emplear en escrituras y otros documentos legales relativos a la propiedad o transferencia de tierras de la margen opuesta a la de Mosul. Pero, a pesar de esas ricas tradiciones locales, para todos los fines prácticos, Nínive estaba perdida para occidente. En realidad la primera referencia europea a Nínive se hizo hasta después de las Cruzadas.

*Arnold C. Brackman: El Destino de Nínive: Lo Inexplicable.
Argentina, Javier Vergara Editor. 1978.*

28 de Julio 2004

Una vez oí decir que la cualidad más efectiva de Roosevelt era la receptividad. Pero también transmitía. Era como una especie de nudo universal, o más bien un conmutador, un transformador. Toda la energía del país, toda la energía de ciento cuarenta millones de

personas, fluía hacia él y a través de él, no sólo sentía esa energía, sino que la utilizaba, la transmitía. ¿Por qué un país, si es afortunado, produce un gran hombre cuando más lo necesita? Porque realmente cree en algo y enfoca toda la energía de sus deseos nacionales en un ser humano; las fuerzas supremas de la época convergen en un solo vehículo.

Roosevelt podía manipular esa energía, dirigirla hacia cualquier ángulo, provocar respuestas, irradiar ideas y hombres, descubrir salidas enormes. Era como una aguja, siempre temblando, siempre oscilando, respondiendo a nuevos impulsos, girando ante la más leve variación de la corriente; un instrumento magnético que medía incesantemente el tono y la intensidad de la presión pública. Pero no importa cuánto temblara y oscilara la aguja, raras veces se desviaba de su verdadero norte. Pero este análisis, aunque sugestivo, es demasiado artificial para mi gusto, porque la esencia de F. D. R. no era mecanicista, sino sublimemente (y a veces ridículamente) humana.

De todas sus cualidades multifacéticas probablemente la dominante era su extrema humanidad. El término "humanidad" abarca un amplio sector, desde la amabilidad hasta la compasión, desde la fertilidad de ideas hasta la sutilidad en las relaciones personales, desde la feliz expresión de una vitalidad animal al más profundo conocimiento del sufrimiento y la desesperación primitiva. El presidente era inveteradamente personal y la gente era eveteradamente personal con él.

Una dama que conozco, nada sentimental, me dijo dos o tres años después de su muerte: Me hizo sentirme contenta de ser mujer. Le hecho de menos activa, personalmente a diario. Al menos una docena de personas de todo el país me dijeron a principios de 1945 (la observación parecía casi vulgar): Nunca le conocí, pero me siento como si hubiera perdido a mi mejor amigo. Su sonrisa radiante, enérgica incluso con el toque de la enfermedad, incluso cuando parecía forzada llenaba a la gente de confianza y esperanza. Su voz lustrosa, tan sedante, tan resonante, tan viva, decía: "Mis amigos"... y la gente lo era. No eran meramente sus seguidores, sino sus compañeros. Dirigía, andando, lo que constituía una de sus fuentes de poder más características. Elevaba a la gente por encima de sí misma, les daba un objetivo de modo que ninguno podía volver a separarse de las masas. Les daba a los ciudadanos el sentido de que ellos, nosotros, el país, progresaban; que la vida aun era la aventura que había sido en la época de los pioneros; que el ritmo era rápido y que las recompensas sustanciales estaban su alcance.

Sin embargo, desmembró al país más que ningún presidente moderno, lo que constituye una de las paradojas más evidentes de Roosevelt. ¿Por qué lo odiaban, lo difamaban, lo calumniaban tanto? Porque quitaba a los ricos para dárselo a los pobres. Pero esta es sólo una explicación. ¿Por qué se le odia aún tanto después de su muerte? Porque lo que hizo sobrevive. Pero ésta es solo una parte de la historia (...)

John Gunter. Líderes Del Siglo XX.

Barcelona, Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruquera S. A., 1970.

Agosto

4 de Agosto 2004

Más que una tempestad, la era del descubrimiento y conquista de América parece, por momentos, un estallido, una explosión; una tremenda explosión de los imponderables de que se había ido cargando la Península Ibérica (España y Portugal), durante centurias y aun durante milenios. El Barón de Humboldt nos habla de grandes tesoros vegetales, "acumulados allí por el movimiento constante de los pueblos hacia el Occidente bajo la influencia de una civilización en progreso", pero para ser exactos, tendríamos que hablar también de otras muchas inmigraciones de muy diversa índole, operadas con rumbo a España como centro magnético del mundo, como por ejemplo, la de las cifras matemáticas hindúes, llevadas allá por los árabes.

En general puede decirse que en vísperas del primer viaje de Cristóbal Colón, la Península Ibérica era una arca en que todas las grandes culturas y civilizaciones de Europa, de África y del Asia

tenían depositada una herencia para el Nuevo Mundo, formada con aportaciones de los celtíberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los judíos, de los visigodos y de los sarracenos... Aunque el Cristianismo estaba allí detenido, representado, en espera del momento propicio para continuar su marcha triunfal siguiendo la ruta del sol.

Pero no sólo se habían amontonado y acumulado en España los ideales y las aspiraciones y virtudes más puras de la antigüedad, del Medioevo y del Renacimiento, también esperaban las grandes concupiscencias, el "surge et ambula" del descubrimiento, para lanzarse al asalto de las nuevas tierras. Esta mezcla extraña y complicada hace singularmente explosiva la época de los grandes descubrimientos y de las grandes conquistas, y hace contradictoria la historia de aquellos tiempos, porque al lado del "Id y predicad a todas las naciones..." actúan también los tenebrosos instintos biológicos y bestiales del superhombre de Nietzsche.

Recién llegados los conquistadores a las tierras vírgenes de América, sentían relajados los frenos morales y represivos que en el Antiguo Continente inhibían las concupiscencias de la fiera; pero la conciencia cristiana, la acción de la autocritica que actúa siempre sobre el hombre español, logran refrenar a la bestia y tras una lucha secular, España implanta en el Nuevo Mundo un eficaz y efectivo régimen de derecho. El duelo entablado entre los teólogos por un lado y los encomenderos por otro, duelo tranzado por el jurista en etapas sucesivas así casi siempre con mayor ventaja para los primeros, acaba por hacer derribar toda la corriente histórica del imperio de la violencia al imperio de la justicia social, y si nuestra vida se inicia con las sangrientas conquistas de ese gran carnicero que es Nuño de Guzmán, la época de las conquistas se cierra en nuestro país con la fe de la Alta California -conquista incruenta -por ese santo que se llama Junípero Serra.

El imperativo evangélico acaba por imponerse en la Nueva España al imperativo biológico y los fueros del espíritu privan al fin sobre los fueros de la carne. Sin embargo, no hay que desestimar ni condenar siempre la cooperación de los instintos primarios: es el concurso de todas las energías amontonadas y de todos los imponderables acumulados en la Península Ibérica, lo que da su fuerza incontenible a la acción colonizadora y evangelizadora. Energías e imponderables se expanden como gases presionados que rompen sus recipientes y estallan. Misioneros y aventureros son bombardeados como proyectiles contra América. Nada ni nadie puede contenerlos; vencen los mares, los desiertos, las selvas, las montañas y las nieves eternas. Encontramos por todas partes las huellas de su paso de evangelizadores y conquistadores como impactos de bala después de un combate; perforan el Continente Americano que se les opone en todos sentidos, y muchos tienen todavía fuerzas para lanzarse y dispersarse por la aguas y por las islas del Pacífico, descubierto por Nuño de Balboa, y al redondearse la tierra por aquellos hombres nunca jamás superados, la Historia adquiere por primera vez un sentido universal.

Por eso cuando llegó San Francisco a España tiene en Santiago de Compostela la suprema revelación de que su Orden está destinada a una actuación ecuménica. Para entender y escribir la biografía de los individuos de aquella edad, es preciso tener en cuenta, además del coeficiente personal de cada uno de ellos la energía colectiva, la dinámica del momento histórico, la fuerza que suma el destino a sus voluntades, los codos que añade a sus estaturas la grandeza de su misión, la intensidad de su vocación, la importancia del mensaje que están encargados de llevar a los demás.

Todo hombre tiene en sí mismo un valor personal que, graduado en relación al valor de cada uno de los demás hombres, fluctúa entre la cifra uno y la cifra nueve; pero además hay que agregarle a cada hombre de aquellos tiempos de epopeya todos los ceros a la derecha con que el Destino o la Providencia acrecienta su valor personal, su significación individual.

Pablo Herrera Carrillo: Vidas Mexicanas. Fr. Junípero Serra: Civilizador de las Californias. México, Ediciones Xóchitl, 1943.

Corrupción y Terror son pues los dos modos de lograr y usar del poder que habremos de examinar. Corrupción como técnica psicológica para lograr la lealtad y la adhesión del hombre hacia las causas inicuas; Terror como medio de eliminar la desobediencia. Nos proponemos pues destacar cómo, en nuestra opinión, las élites de Occidente, lograron "la complicidad colectiva", a base de pervertir al hombre, empujándolo por el camino de la pasión, tras el presentarle los sofismas que "justificaban" la conducta pasional.

Pero antes de examinar el proceso psico-terógeno que merece tratamiento por separado queremos abocarnos al examen de otros fenómenos que constituyen la característica del terántropo moderno, esto es, el imperialismo y la tiranía, que completan el cuadro de la megalomanía.

El examen de la tiranía es de especial interés, en tanto que nos permitirá examinar el otro aspecto del poder terógeno: la coerción en el grado de terror para eliminar la desobediencia. Antes de iniciar el examen del binomio corrupción-terror, no podemos menos que evocar, de nueva cuenta, el episodio de Caín y Abel, porque es simbólico del proceso que examinamos.

En efecto, Caín, antes de asesinar a su hermano debió ser ya en su psique un fratricida. Más aún, como fratricida en potencia ya había sin duda considerado, y reconsiderado, la posibilidad de suprimir a su hermano y sin duda, ya había encontrado "razones" que "justificaban" el crimen en su fuero interno. Sólo necesitaba de una "provocación" para descartar los residuos de amor fraterno que le detenían. ¿En qué consistió tal provocación? ¿Fue la alegría de Abel signo indudable de superioridad humana, la gota que derramó el vaso del resentimiento? ¿Fue algún hecho que trasluciese la preferencia de los padres por la disposición pacífica de Abel? Cualquiera que haya sido el caso, alguna provocación o algún hecho molestó lo suficiente a Caín para convertir en delincuencia de facto lo que era ya delincuencia de intención. Pero además, al cometer su delito, Caín conocía ya de antemano el enorme e infalible poder de que dispondría, si para consumir su "proeza" se ayudaba de la traición.

La lección que nuestra interpretación del episodio bíblico nos revela, la cual es aplicable a la historia, es que el hombre, antes de dedicarse a la práctica de la criminalidad en forma sistemática, necesita primero criminalizarse psíquicamente. Pero lo que el episodio bíblico no revela y que sí en cambio nos enseña la historia y en especial la moderna es que mediante la práctica sistemática del sofismo en apoyo de la megalomanía, la criminalidad acaba por convertirse en estado habitual del hombre. Y en este ambiente criminalizado, los líderes de la iniquidad no sólo encuentran normal el uso irrestricto de la corrupción y de la coerción, como sucede en la tiranía sino que también provocan la complicidad del pueblo -como sucede en el imperialismo para que la coerción sea aplicada en escala masiva y los pueblos se conviertan en máquinas de exterminio o de expoliación.

Mikhail Fersen: El Fracaso De Occidente.

México, Editorial Jus. S. A., 1968.

18 de Agosto 2004

Los recuerdos son los remanentes específicos e invisibles en nuestras vidas de lo que pertenece al tiempo pretérito. Ya han pasado más de cincuenta años desde que, a principio de la década del 20, París empezó a ser incluida por primera vez en las memorias de un pequeño grupo de jóvenes norteamericanos expatriados, más ricos que la mayoría en ambición creadora y de un nivel económico más bien modesto. La mayor parte de nosotros acababa de llegar a Francia en la tercera clase de algún barco, a través del Atlántico, en aquel tiempo aún no sobrevolado salvo por las aves migratorias. Nos establecimos en los pequeños hoteles de la Rive Gauche de París, cerca de la Place Saint-Germain- des-Prés, flanqueada por un enorme café en una esquina llamado, Les Deux Magots y una impresionante iglesia romántica del Siglo XII, con un jardincito de viejos árboles en cuyas ramas cantaban los pájaros metropolitanos de madrugada y yo les podía oír desde mi cama, próxima a la rue Bonaparte.

Aunque no nos conocíamos, como compatriotas pronto descubrimos nuestros puntos comunes. Éramos un grupo literario. Todos aspirábamos a convertirnos en escritores famosos lo más pronto posible. Después de la publicación en Nueva York de *The Sun Also Rises*, de Hemingway, Ernest se convirtió en el primero y más famoso de los escritores norteamericanos exiliados. Cuando recuerdo

el revuelo que creó su personal estilo de escribir, lo que resalta en mi memoria es el hecho de que sus personajes, como el mismo Ernest, eran de una masculinidad desproporcionada hasta en los pequeños detalles. En sus escritos, la descripción del color del agua en alta mar, al lado del bote, o de las espinas de la trucha en los lugares que pescaba, eran como informes que la pupila de su ojo transmitía por medio de su pluma al papel.

Como un talento especial, Ernest tenía un estilo físico de escribir como con sus sentidos, que era de su exclusiva creación únicamente y que sin embargo, muy pronto influyó en la creación literaria varonil norteamericana. Había introducido la naturaleza europea con todo su esplendor en sus novelas, luego se enamoró de las corridas de toros españolas y se identificó con los toreros; más tarde, en África, se dedicó a la caza mayor por la que sentía una pasión sangrienta. En una carta me dijo que le gustaba matar. Por temperamento, era un profesional del exceso como forma de generosidad. Se casó cuatro veces y enseñó a cada esposa cómo disparar y sobrevivir en safaris. Cuando por último se mató con un revólver, aquél fue el melodrama final de su existencia espectacular.

El padre de Ernest había sido un suicida y también el mío y esas dos muertes habían ocurrido más o menos en el mismo período de nuestra juventud (yo tenía siete años más que Ernest), cuando ambos teníamos veintitantos. Esto era una especie de duplicado de nuestras historias personales, que un día descubrimos por casualidad y que discutimos con el interés de un investigador en una mesa tranquila al fondo del café de Deux Magots, su lugar favorito para las conversaciones serias como por ejemplo la lectura, en un susurro, de la primera poesía que había escrito después de la guerra. Recuerdo que, como agnóstica, yo tenía un punto de vista más racionalista que él sobre el suicidio considerado como un acto de libertad en mi mente y conciencia, se trataba de un posible acto permisible de liberación de cualquier cadena humillante que no permitiera ya una existencia con dignidad y nuestra conversación terminó con la declaración mutua de que si alguna vez nos matáramos, el otro no sentiría pena, sino que recordaría que la libertad era tan importante en el acto de morir como en los demás actos de la vida.

De este modo, años más tarde, no creí que la muerte de Ernest en Idaho, con aquel revólver grotesco, había sido un accidente como al principio se declaró oficialmente para desmentirlo sólo un año después a favor de una verdad más profunda. Yo había comprendido al instante que el disparo fatal había sido un acto mortal para guardar su libertad. Pero me sentí profundamente conmovida cuando me enteré de los lamentables detalles de sus últimos años, como aquellos ataques insufribles de dolor en un hombro que yo sabía (porque él me lo había dicho) que tenía un concepto estoico del dolor, que había sufrido con frecuencia en su vida arriesgada; y lo que era peor, al final se había dado cuenta de que sus facultades disminuían y de la amenaza de pérdida de la razón. La muerte de Ernest me conmovió profundamente porque murió en un estado de decadencia física y mental.

Janet Flanner: París fue Ayer (1925-1939)
España, Ediciones Grijalbo, 1974.

Septiembre

1 de Septiembre 2004

El cuatro de octubre de 1824 se promulgó en la Ciudad de México la Constitución que instituía los Estados Unidos de México, y el pueblo mexicano tuvo la impresión de que con ella terminaban tres años de feroz contienda y de convulsión política. Durante los meses anteriores, representantes de todas partes del país habían considerado con amplitud en una asamblea constituyente diversos sistemas políticos posibles y habían llegado a la conclusión de que los que mejor se ajustaban a las circunstancias y necesidades de la nación era una federación de estados soberanos unidos bajo la dirección de unos poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial centrales.

El público fue informado de que las deliberaciones habían sido arduas, pero provechosas, pues al cabo de tres siglos de opresión y limitación coloniales, México en adelante prosperaría y ocuparía el puesto al que era acreedor entre las primeras naciones del mundo. La Constitución sería el custodio

del progreso e incluía los principios fundamentales para el desarrollo de una sociedad madura y estable en la que el respeto a la ley y a la promoción del bien común fuesen deber y responsabilidad de todo ciudadano mexicano.

Guadalupe Victoria, primer presidente electo de la nueva federación, se hizo eco de estas mismas esperanzas y aspiraciones en el discurso que dirigió al Congreso al prestar juramento de fidelidad a la nueva carta constitucional: "Esta obra, Señor, que se confiará a vuestras luces y a vuestra provisión, forma desde este día la época venturosa de las glorias de la patria. Emancipados de nuestros ya impotentes opresores, hemos salido de la ignominia y de la esclavitud para elevarnos al alto rango de las potencias libres, independientes y soberanas. La confianza en el Gobierno, cimentada por la voluntad nacional y explicada por los mandatarios del pueblo, segará para siempre el anchuroso abismo de las revoluciones. La experiencia dolorosa de los males que pasaron y la grata perspectiva de los bienes que se esperan bajo las garantías constitucionales, todo, Señor, nos promete que vuestras benéficas intenciones serán cumplidas, y la República, feliz, respetada, poderosa". Estas fervientes esperanzas de los legisladores y del presidente, y los festejos con que la Constitución fue recibida por doquier, son muestra del talante de expectación y confianza del pueblo mexicano en el otoño de 1824.

Pero antes de que transcurriese una década, el país iba a verse profundamente dividido, las facciones políticas se empeñaron en una lucha cruel y violenta, el Gobierno legal y constitucional se había derrumbado, un presidente ilegal ocupó el cargo, la intervención militar fue admitida como forma de conquista del poder, y el crédito de la nación y su reputación internacional se vieron arruinados.

En el verano de 1834, la Constitución, proclamada con tanto orgullo y tanta esperanza fue abandonada, y la federación creada por ella estaba en ruinas. Nada se había progresado en la realización de los objetivos tal vez utópicos de los autores de la Constitución y sus ideales políticos, sociales y económicos parecían ahogados y destruidos en una frenética lucha por el poder. México estuvo condenado a décadas de levantamientos militares, paralización económica, y aparente incapacidad de autogobierno, hasta que la mano férrea de un dictador en la persona de Porfirio Díaz fue finalmente capaz de restaurar una cierta apariencia de estabilidad y de paz.

Son muchas las posibles causas de esta situación; por ejemplo, los ruinosos efectos de la larga guerra de independencia, la falta de inversiones posteriores de capital, las rivalidades regionales, las influencias del extranjero, el atraso de la agricultura; realmente, la lista sería interminable. No es mi intención en este estudio, sin embargo, tratar de explicar por qué México se desarrolló como lo hizo en el decenio que siguió a la independencia, sino más bien, a través de un examen de los políticos y de las actividades de los partidos nacionales, describir lo que aconteció en aquellos años tumultuosos, revelar las cuestiones y personas implicadas y seguir el rastro de la rápida y compleja serie de acontecimientos que contribuyeron directamente al hundimiento del gobierno constitucional.

Como carecemos casi en absoluto de estadísticas fidedignas de la actividad económica o datos biográficos de la mayoría de los hombres que se hicieron cargo de la dirección del país después de 1821, apenas se intenta, salvo en términos generales, analizar los factores sociales y económicos subyacentes, por ejemplo, los prejuicios de clase, las relaciones personales y familiares y la rivalidad comercial, que influyeron en las actitudes políticas, y quizá, hasta las determinaron. En suma, mi forma de abordar el tema ha sido deliberadamente, y por necesidad, más descriptiva y narrativa que interpretativa. En realidad, a pesar de su extensión, este estudio no pretende ser más que una introducción, un primer paso, en lo que es en gran parte terreno virgen para el historiador.

Michael P. Costeloe: La Primera República Federal De México (1824-1835). Fondo De Cultura Económica. Sección Obras De Historia (Un Estudio De Los Partidos Políticos En El México Independiente), Impreso En España, Primera Edición En Español, 1975.

8 de Septiembre 2004

Podrá haber vidas paralelas, pero no hay obras de arte paralelas. Seguir bien cada ruta, hasta

medir el primer ángulo, aún el más imperceptible, es la función del crítico. Goza el arte de concurridas estaciones, de puntos de arranque fáciles de señalar, y el crítico ocioso, o poco inquieto, suele sentarse en los grandes andenes a leer la Guía. Allí aprende los enlaces, las confluencias, suele utilizar un buen mapa... Pero es mejor, aunque más penoso, desdeñar toda técnica ferroviaria y cartográfica y seguir a campo traviesa la libre curva de los rieles. Si para un cuadro es preciso comenzar por "coger una silla y sentarse", para ver un libro, lo primero es dejar la silla y echar a andar tras el autor.

Comparar es renunciar a ver, o a seguir viendo. Para el mal de ojo clínico, todas las epidemias son iguales. El crítico que prefiere comparar, suele convertirse en funcionario del registro civil estético; porque redactar una fe de nacimiento, con nombres de padres y padrinos, es cosa fácil. No lo es tanto redactar una fe de personalidad. Para filiar la obra de arte, unos apelan a un recuerdo, otros a una intuición; no hagamos mucho caso del crítico que -como los jubilados del amor- vive sólo de recuerdos. Se suele tomar por crítica a la historia literaria. Es como tomar por Evangelio al "liber generationium" -hay cierto deleite en anotar que Jesús contó, entre sus ascendentes, a rameras y asesinos: oscuro placer del investigador hacia atrás-.

La obra de arte no sale, ciertamente, de la nada, pero suele nacer de padres desconocidos. No afanarse en buscar padres y hermanos a un hijo natural. Y la obra cimera de una época suele ser siempre un hijo natural. Luego vienen los hijos legítimos, que comienzan por rechazar al bastardo... Aunque luego se averigüe que el bastardo, subterráneamente, los había engendrado a todos. Libros hay que tienen la virtud de desenrollar los viejos mapas y desencadenar torbellinos de recuerdos; pero no tienen la fortuna de suscitar un viaje nuevo. Si alguno emprende la marcha, no goza del camino, prefiere ir anotando la inútil maraña de algunos laberintos, la arriesgada de algunos vericuetos... es como recorrer un museo para notar el duro gesto de los guardas o la angostura de un pasillo.

*Benjamín Jarnés: Rúbricas. (Nuevos Ejercicios)
Primera Edición, Biblioteca Atlántico, 1931.*

15 de Septiembre 2004

El 17 de octubre de 1797 se firmó la paz de Campo Formio. Con ella se terminaba la campaña italiana y Napoleón regresaba a París. "Los días heroicos de Napoleón han terminado", escribió Stendhal, pero el escritor se equivocó, ya que entonces empezaban los días heroicos. Mas antes de que Napoleón recorriera Europa entera como un cometa, que terminaría por inflamarse a sí mismo, "se entregaba a una loca quimera, surgida de un cerebro enfermo". Yendo y viniendo sin sosiego en su estrecha cámara, devorado por la fiebre de la ambición, comparábase con Alejandro y se desesperaba por lo que no se había hecho. Entonces escribió: "¡París me pesa como un manto de plomo! ¡Vuestra Europa es una topera! ¡Sólo en el este, donde habitan seiscientos millones de almas, se pueden fundar grandes imperios y realizarse grandes revoluciones!"

La idea de valorar a Egipto como puerta de Oriente es anterior a Napoleón, pues Goethe anticipó ya la construcción del canal de Suez y le atribuyó gran valor político. Y antes aún, Leibniz esbozó, en 1672, un memorándum a Luis XIV indicando que la política imperial francesa debía desarrollarse precisamente en el sentido en que evolucionó más tarde.

El 19 de mayo de 1798, con una flota compuesta por trescientos veintiocho barcos, y llevando a bordo un ejército de treinta y ocho mil hombres, casi tantos como Alejandro cuando partió para conquistar la India-, Napoleón embarcó en Toulon. Objetivo: ¡Egipto, vía Malta! El plan era alejandrino. La aguda mirada de Napoleón también saltaba de Egipto a la India. La campaña en el mar era intento para herir mortalmente a Inglaterra en uno de sus tentáculos, a aquella Inglaterra que no se dejaba atrapar en el mosaico europeo. Nelson, almirante de la flota inglesa, surcó en vano, durante un mes entero, las aguas del Mediterráneo, y por dos veces tuvo casi ante su vista a Napoleón, pero las dos veces se le escapó.

El dos de julio Napoleón pisaba suelo egipcio y después de una marcha terrible a través del desierto sus soldados se bañaban en las aguas del Nilo. Y el 21 de julio, en un crepúsculo matutino

surgía ante ellos El Cairo, presentándoseles como una visión de los cuentos de Las Mil y Una Noches, con las esbeltas torres delgadas de sus cuatrocientos alminares con la cúpula de la famosa mezquita Djami-el-Azhar. Pero junto a esta plenitud graciosa, a los ornamentos de filigranas y las nieblas de un cielo mañanero, al lado de aquel mundo espléndido, voluptuoso y hechicero del islamismo se erguían, de la sequedad del desierto amarillo y frente a la muralla gris violácea de las montañas de Mokatom, los perfiles de aquellas construcciones gigantescas, frías, enormes y severas de las pirámides de Gizeh, una geometría en piedra, mudos y eternos testigos de un mundo que dejó de existir cuando el islamismo no había nacido.

Los soldados no tenían tiempo para entregarse al asombro y a la admiración. Allí se encontraba el pasado desaparecido. El Cairo era el porvenir brillante, pero ante ellos estaba el presente guerrero; el ejército de los mamelucos, formado por diez mil jinetes con una capacidad de maniobra y ejercicio admirables, montados en magníficos caballos que hacían brillantes escarceos, y al frente de ellos el flamante príncipe de Egipto, Murad, con veintitrés de sus beys, cabalgando en un caballo blanco como la nieve, y tocado con un turbante verde cuajado de brillantes. Napoleón, hablando, señalaba a las pirámides, y no solamente era el jefe militar quien se dirigió a los soldados, sino el psicólogo a la masa, el hombre occidental que se enfrentaba con la Historia Universal.

Entonces fue cuando pronunció la famosa frase: "¡Soldados! Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan". El choque fue terrible. No triunfó el entusiasmo de los orientales, sino que vencieron los cuadros perfectos de las bayonetas europeas. La batalla se convirtió en una matanza. El 25 de julio, Bonaparte entraba en El Cairo, y con ello parecía haberse hecho la mitad del camino hacia la India. Pero el siete de agosto tuvo lugar la batalla naval de Abukir. Nelson, por fin, halló la flota francesa y la atacó con la furia de un ángel exterminador. Napoleón se vio cogido en la trampa y la aventura egipcia tuvo así su final.

*C. W. Ceram: Dioses, Tumbas Y Sabios. La Novela De La Arqueología.
Barcelona, Ediciones Destino, Quinta Edición, 1958.*

22 de Septiembre 2004

La vida de Catalina de Médicis no es sólo la de un personaje insigne de la historia de Francia, sino, además, un momento crucial de la civilización europea moderna. Por eso era preciso otorgar, en la historia de su vida, un lugar importante a su medio: la sociedad italiana que la engendró, y la sociedad francesa, en la cual vivió y a la cual dirigió... a su manera, tan personal. Catalina de Médicis fue la madre de familia de tres reyes, sus tres hijos, durante treinta años. Fue formada en Florencia y en Roma, de 1519 a 1533, pero debido a su matrimonio con Enrique de Orleans, segundo hijo de Francisco I, se la reeducó en la Corte de Francia.

Su personalidad sólo resulta comprensible en sus vericuetos y sus misterios cuando se conocen sus fuentes primeras. Catalina sólo se convirtió en "la reina negra" de los franceses debido a la acción irresistible e inconsciente de su herencia y educación florentinas y romanas, conjugadas con la acción brutal de la Corte y la sociedad francesas después de su casamiento: tenía catorce años, y una pavorosa experiencia de la simulación y la política. ¿No son sinónimos, una y otra?

Catalina es un producto puro del Siglo XVI italiano y francés al mismo tiempo. Un proverbio africano lo dice muy bien: "Eres más hijo de tu época que de tu padre". ¿Cómo se la podría hacer volver a vivir fuera de la Corte de los Valois, del siglo del Renacimiento y de las guerras de religión? Por sí sola, ella es todo eso al mismo tiempo. Desarraigada de Florencia, se encontró trasplantada sin miramientos al lecho de su joven esposo, en una Corte y un país extranjero y más bien hostil. En el lecho encontró el amor, el de toda su vida, el único. En la Corte y el país, desdichas sin fin. El choque fue duro. La forma en que se aclimató ya resulta profundamente reveladora de su naturaleza secreta. Pero al mismo tiempo pone de manifiesto a la sociedad francesa del momento. Tuvo que afrancesarse, cuando en la Corte la moda consistía en italianizarse. Lo extraño de esta coyuntura que habría podido resultarle

favorable, es que, al contrario, Catalina fue considerada por la aristocracia, y aun por el pueblo mismo, como un cuerpo extraño, tanto más cuanto que no pertenecía a la raza de la realeza. Y no fue la menor de las dificultades que debió superar.

Para pintar esta larga y humillante naturalización a la sombra de un esposo a quien idolatraba, y que sólo la amaba porque así se lo habían ordenado, haría falta, con el fin de hacer su retrato, que se encuentra en el centro de todo, hacer también el de sus acompañantes: el rey, las amantes, la familia real, los nobles, y relatar los rumores populares. En ellos se refleja la forma en que Catalina supo hacerse aceptar, tanto por su sumisión como por una tranquilizadora humildad, y más tarde por su autoridad, cuando, en nombre del rey, defendió la monarquía y a Francia como ninguno de sus hijos supo hacerlo. Y siempre con una maravillosa inteligencia. Esta extranjera despreciada tuvo que gobernar, sin embargo, el reino inmerso en una revolución inaudita, no política y social: las estructuras de la sociedad se mantuvieron invariables... en apariencia.

El Renacimiento fue una revolución de las inteligencias y las almas. Demasiadas innovaciones trastornaron las creencias ancestrales, como para que la gente de ese siglo no se haya visto a la vez deslumbrada y desorientada. Se descubrió un nuevo mundo, que contenía una humanidad que no conocía a Dios, y a la cual los textos sagrados ignoraban. ¿Y entonces? Copérnico descubre un nuevo cielo: la tierra ya no es el centro del universo, es apenas una bola de tierra que gira, desolada, junto con otras bolas de tierra. ¿Y entonces? ¿Qué ocurría entonces con nuestra tierra, amasada por Dios para el hombre, a su vez amasado de la misma tierra? ¿Qué pasaba con los sueños sublimes de Dante, y con las enseñanzas de la Santa Iglesia, que nos ubicaba como criaturas únicas, en el corazón de la Creación, colocada como una joya en un cofre centelleante, el firmamento? Todo estaba cuestionado, en primer lugar las enseñanzas de la Iglesia, y aun la institución clerical y romana.

Además este siglo descubrió las obras griegas y latinas, es decir, otra manera de pensar y de creer. La libertad de pensar salió del pozo de la antigua ignorancia. La gente se creyó apta para juzgar respecto de todo, y no se privó de hacerlo. Catalina heredó, junto con la corona de su marido, la más vasta, la más apasionada, la más sangrienta disputa de nuestra historia: las guerras de religión.

Jean Orioux: Catalina de Médici: Biografía e Historia.

Buenos Aires, Javier Vergara Editor, S. A., 1987.

29 de Septiembre 2004

El terreno estaba ya preparado para lo que había de ser, desde luego, la restauración y la transformación de la Constitución romana, pero primero era necesario crear una atmósfera adecuada. En su sexto consulado, en el 28 a de J. C., Augusto compartía escrupulosamente tanto los honores como los deberes con su colega Agripa. Con un solo edicto abolió todas las "acta" de los triunviros con el fin de extirpar la memoria del viejo absolutismo. Aumentó la distribución del grano libre, e hizo regalos de dinero a los senadores necesitados para capacitarles a ejercer cargos públicos. Su objeto era restablecer la moral romana inspirando confianza con su propia honradez y mansedumbre. Por encima de todo intentaba probar su lealtad a Roma y hacer cesar el rumor de que tuviese intención alguna de variar la sede del gobierno.

Continuó sus proyectos de replanteo de poblaciones, la restauración de los templos dilapidados y la construcción de otros nuevos; gran parte del gasto lo cubrió con dinero de su bolsillo, y no permitió expropiaciones violentas de tierras. Indujo a sus amigos a que imitasen sus donaciones al pueblo. El descubrimiento de las canteras de Carrara le capacitó para cubrir con mármol muchas construcciones antiguas de ladrillo y cemento. Muchos edificios famosos y trabajos públicos comenzaron a perfilarse: los templos de Vesta y Júpiter Capitolino y el de Apolo en el Palatino, donde se guardaban los libros sibilinos; el templo de Marte Ultor, cuya promesa de erección databa de Filipo; el replanteo del Campo de Marte, con su gran mausoleo de la Casa Juliana; mientras Agripa terminaba en mármol la "Saepta Julia", que Julio había comenzado en travertino, y erigió el primer

Panteón; Estalicio Tauro completó el primer anfiteatro, y Planco construyó el gran Templo de Saturno. "Aquí tenemos decía el ciudadano de las calles cuando veía a los albañiles ocupados en todos los barrios de Roma a un romano de verdad y no a un "deraciné", uno que ama a Roma y cree en su eternidad".

Augusto podía construir en mármol duradero de por vida, pero no se hacía ilusiones respecto al carácter temporal de la Constitución que iba a ofrecer al pueblo. Era un ensayo de prueba, un arreglo provisional estrictamente limitado, una estructura que pudiera tener que ser modificada profundamente. Los principios fundamentales, que tuvo cuidado de no acentuar impropriamente, eran, a su juicio, esenciales, pero los detalles eran asunto de evolución lenta y de reajuste. Estaba requiriendo a Roma a participar en un gran experimento y admitiéndola francamente en el seno de su confianza, confiadamente porque sabía las inmensas ventajas que estaban de su parte. Unánime era el profundo cansancio de todas las clases y su deseo de una vida estabilizada. Había proporcionado paz al mundo, y éste se volvía ahora hacia él en busca de seguridad.

La segunda era su riqueza, la fortuna de su familia y los tesoros de Egipto, que le facilitaban el aligerar las cargas públicas y cancelar las deudas públicas, inaugurar grandes obras para aliviar el paro y restablecer el orgullo romano sin recurrir a nuevos impuestos. La tercera era el hecho de no tener competidor. No había figura que por el momento pudiera compararse con la suya en materia de autoridad, y lo que era más importante, no había credo político defendido con tal pasión que pudiera ser un obstáculo para el suyo propio.

El republicanismo doctrinario había casi desaparecido; se había transformado más en un sentimiento prolongado que en un dogma, el cual estaba dispuesto a atraerse, toda vez que él mismo lo compartía. Un credo podía haber sido un formidable rival el legado de Julio-, y Augusto podía haber encontrado sus dificultades más serias en sus propias lealtades primitivas. Pero la leyenda cesárea comenzaba ya a desvanecerse en el ambiente.

La política de largo alcance de Julio nunca había sido tan bien comprendida en Roma, y aún aquéllos que se abrazaron a ella rara vez habían sido adictos. Augusto, desde el principio, había descartado mucho de ella, y había dado a la autocracia, sobre la que estaba basada, una interpretación más sutil. A los conservadores les parecía que la tradición augustiana era en la mayoría de sus aspectos categóricamente opuesta a la juliana. Sólo aquí y allá algún pensador aislado se daba cuenta de que del mundo había desaparecido un maravilloso poder de visión y continuaba en secreto sus sueños irrealizados.

Grandes Biografías: Augusto. John Bucham.

Traducción Del Inglés Por G. Sans Huélin. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1942.

Octubre

6 de Octubre 2004

Voy a daros detalles acerca de los hunos. Hay muchas naciones de ellos y ocupan las tierras salvajes que se extienden al norte de los imperios romano y persa, desde los Cárpatos hasta China. Hay hunos blancos, hunos masagetas, hunos hérulos, hunos búlgaros, tártaros y muchos más. Todos tienen las mismas costumbres, excepto los hérulos que últimamente se han hecho cristianos. Los hunos tienen color trigueño, ojos malignos y hundidos (siempre enrojecidos por el viento y el polvo), narices pequeñas, abultadas mejillas, pelo negro y lacio que llevan cortado en la frente, trenzado en las orejas y cayéndoles suelto por la espalda, pantorrillas delgadas, brazos poderosos y pies pequeños y zambos. Viajan por el desierto como el marino por el mar, formando largas caravanas de carros pintados de negro. Sus caballos pueden correr veinte millas en un solo día. Sobre unos carros atan grandes cestos de mimbre cubiertos de fieltro negro, donde llevan los objetos de su pertenencia, y sobre otros las tiendas en forma de campana, que constituyen su único hogar. Van de prado en prado, según la estación, recorriendo en un año una distancia equivalente al doble de la que hay entre

Constantinopla y Babilonia.

Todas las tribus o clanes tienen sus prados hereditarios. La mayoría de sus guerras se deben a las disputas acerca de los derechos a terrenos de pasto. Durante el verano marchan hacia el norte siguiendo al pájaro de las nieves, y en el invierno regresan al sur. No cultivan la tierra, pero obtienen grano mediante trueque o como tributo que exigen a sus vecinos. Su bebida más preciada es la leche de las yeguas, que ellos llaman "kosmos", que beben fresca, como suero, o constituyendo una bebida intoxicante llamada "kavasse". Aborrecen el agua pura. Comen toda clase de carne, pero se alimentan principalmente de caza y carne de caballo, pues, las vacas y los cerdos morirían con los crueles vientos de las estepas.

Los hunos llevan gorras de piel de zorro, y durante el invierno dos abrigos de pieles, uno con pelo hacia fuera y otro con el pelo hacia adentro. La categoría de un hombre se conoce por el abrigo que lleva: las personas vulgares se cubren con abrigos de piel de perro o de piel de lobo, pero los nobles usan abrigos de marta. Sus calzones están hechos de piel de cabra. Su principal deporte es la lucha montados a caballo. Son muy belicosos; sin embargo, cuando luchan dos hombres no interviene un tercero para separarlos, ni aunque sea el padre o el hermano. El asesinato se castiga con la muerte (a menos que el asesino esté embriagado) y también la fornicación, el adulterio, el robo, el orinar sobre una hoguera de campaña y hasta delitos muchos menores; a menos que se cometan fuera del clan o tribu o confederación de tribus, pues en tal caso todo está permitido.

Los hunos son muy sucios, no se lavan nunca y se embadurnan la cara con sebo de caballo. Adoran el cielo azul, creen en los magos y, por miedo a los malos espíritus, a los enfermos los visitan únicamente los criados. Los aterran el trueno y los rayos, y durante las tormentas se esconden en las tiendas. El matrimonio entre ellos se realiza por medio del rapto, o simulando el rapto y los hijos heredan todas las mujeres de su padre, a excepción de su propia madre.

Sus armas son arcos ligeros, fuertes lanzas y espadas curvas. En la batalla los nobles llevan unas chaquetas de cuero recubiertas de placas de metal en la parte delantera, pero no en la de atrás pues lo considerarían como una cobardía. Hablan un idioma casi ininteligible, semejante al piar de los pájaros. Generalmente viven en desarmonía, tribu con tribu, y clan con clan, pero de vez en cuando aparece un noble que se convierte en príncipe, por tener muchos clanes dependientes de él, y se llama Khan.

Cuando surge un Khan, es cuando ambos imperios deben prevenirse contra incursiones fronterizas. He terminado con los hunos.

*Robert Graves: Belisario. Historia De Un Carácter.
Traductora: María Luisa Martínez Alinari. México, Ediciones Coma, 1981.*

13 de Octubre 2004

Nuestro primer recuerdo se llama Gárgoris, andaluz y rey de los cunetes, patriarca del bosque tartésico donde los titanes se alzaron contra los dioses, amigo de las abejas e inventor del arte de recoger la miel. Se emparejó con la más hermosa de sus hijas y de ella tuvo un varón que era nieto del padre y hermano de la madre. A este prodigio le pusieron por nombre Habidis. Y cuando aún repetía el eco del primer vagido, Gárgoris lo echó al monte para encubrir un acto que ya las gentes empezaban a llamar incesto y a considerar pecaminoso. Quería que las alimañas se cebaran en el niño, pero sucedió que se acercaron mansamente a él y hasta le dieron leche. El rey hizo entonces ayunar a su jauría y, cuando ya los perros babeaban, les arrojó el cuerpo tierno de Habidis. Pero los lebreles, rodeándole, lo halagaron. Seguros servidores se hicieron a la mar con el recién nacido y lo abandonaron a mucha distancia de la costa. Pero las olas lo devolvieron sin encono y una cierva tuvo para él leche y premura de madre.

Habidis bebió la ligereza en esos pechos y, ya adolescente, devastaba la región sin que nadie se atreviera a pintarle cara. Cayó al fin en una trampa y los campesinos lo llevaron ante Gárgoris, que primero cobró afición al muchacho y luego lo reconoció como nieto y único heredero de su reino. Habidis fue un monarca sabio, prudente, generoso y grande. Dio leyes al pueblo bárbaro, unció los

bueyes a la reja y fundó la ciudad santa de Astorga, acaso el más antiguo enclave urbano de los que subsisten en la Península.

Trogo Pompeyo recoge el cuento en la perdida Historia Universal, cuyo epítome trazó Justino. Forzosamente hubo testimonios anteriores devorados por el sueño de la razón. Con o sin ellos, Gárgoris y Habidis protagonizan la fábula más antigua de Occidente. En su bóveda resuenan otros ámbitos y otras voces: las de Horus y Set, Astiages y Ciro, Semiramis, Zarathustra, Telephos, Atlante, los hijos de Malanippe, Cibeles, el príncipe egipcio Moisés, Rómulo y Remo, los hindúes Sandragupta y Krishna, San Jorge, Bernardo de Carpio, Fernán González y -ya en un terreno puramente literario- las del Gargantúa de Rabelais, el Mowgli de Kipling y el gurú inventado por Hermann de Hesse en el epílogo de Juego de Abalorios.

Un hilo secreto mueve a todos estos personajes, una misma sangre los recorre. Cito de memoria y olvido o desconozco otras formulaciones de este sueño común que los españoles soñaron antes (o recordaron mejor.) A finales del siglo pasado, cuando la polémica de las dos Españas empieza a afilar sus uñas y todos los argumentos parecen buenos, algunos de los pensadores más representativos de ambos bandos resucitan el mito. Joaquín Costa lo narra, desmenuza, emparenta y metafORIZA con más acopio de datos que claridad. Menéndez y Pelayo siempre a la caza de infiltraciones libertarias, lo incluye con razón en los Heterodoxos. Ya en nuestros días, alguien menos popular y más impertinente afirma -o quizá demuestra que los dibujos rupestres del Tajo de las Figuras -situados por los esteros de la Janda aluden a las peripecias de Gárgoris y Habidis.

F. Sánchez Dragó: Gárgoris y Habidis; Una Historia Mágica De España. España, Planeta De Bolsillo. 3ª. Edición, 1985.

20 de Octubre 2004

En el Siglo VI, los hijos de Clotario habían dividido su herencia en tres reinos: el de París (Neustria), que pertenecía a Chilperico; el de Metz (Austrasia), que tenía por rey a Sigiberto, y el autun (Borgoña), en el que reinaba Gontrán. Los tres soberanos eran envidiosos. Todos soñaban con poseer todo el territorio, y por consecuencia sus relaciones eran bastante tensas. Por esto Chilperico, que tenía un carácter muy desagradable, había intentado asesinar a sus dos hermanos. Éstos no se escandalizaron demasiado, porque conocían las costumbres de la familia merovea, ya que muy a menudo habían visto a su padre en acción. En efecto: cuando un visitante importunaba a Clotario, éste le hacía cortar la cabeza por uno de sus servidores. En sus mejores días de humor se contentaba con cortarle la lengua. Pero Clotario, estaba de buen humor muy pocas veces. Cuando murió su hermano Clodomiro, dejando tres niños pequeños eran molestos y los invitó a pasar una tarde en su palacio. Los niños podrán jugar, -dijo a su abuela, la reina Clotilde. Los niños llegaron sin ninguna desconfianza. Clotario mandó a su madre una nota redactada así: "Quisiera conocer tu voluntad acerca de los niños: ¿prefieres que vivan con la cabeza rapada o que sean degollados?". En aquella época, la cabeza rapada constituía una señal infamante. La abuela exclamó ante los emisarios, a la manera de los héroes cornelianos: ¡Antes muertos que rapados! Clotario no esperaba más que esta respuesta para poner manos a la obra. En cuanto la recibió se dirigió a la sala en que estaban jugando los niños, y con la ayuda de su hermano Childeberto, los asesinó a cuchillazos. Tras ello los dos criminales procedieron a repartirse el reino de Clodomiro.

Estos métodos, que ahora nos sorprenden, eran corrientes en aquella época; por consiguiente, Chilperico, Sigiberto y Gontrán se mantenían alerta. Lo cual no les impedía pasar sus días en medio de las juergas más desenfundadas. Chilperico era el que, sobre todo, llevaba la vida más disoluta. Poseía un verdadero harén, y cada una de sus preferidas ostentaba el título de reina. Gregorio de Tours, que le conocía bien, escribe: "Es imposible imaginar un acto lujurioso que Chilperico no haya cometido". Un día se enamoró de la criada de Audovera, su "reina" favorita. La joven, de gran belleza, se llamaba Fredegunda. Pero el rey no tuvo tiempo de demostrarle sus buenos sentimientos, pues entre tanto, una guerra entre los sajones le obligó a abandonar el palacio. Durante la ausencia de Chilperico, Audovera dio a luz una niña, lo cual brindó a toda la corte un buen motivo para divertirse y banquetear

varios días seguidos. Después de una comida, particularmente animada, Fredegunda que era ambiciosa, tuvo una idea diabólica. Fue al encuentro de la reina. -Deberíais hacer bautizar a la pequeña, sin esperar la vuelta del rey le dijo. Y añadió hipócritamente: Estoy segura de que sería muy feliz si vos misma fuerais la madrina. Audovera que no tenía malicia alguna, aceptó y el bautizo se celebró.

Al cabo de un mes regresó Chilperico rodeado de sus guerreros. Fredegunda se precipitó a su encuentro: -¿Con quién os acostaréis esta noche, monseñor?- preguntó humildemente. Y como el rey se sorprendiera con tal pregunta, le explicó casi sin poder aguantar la risa: ¡La reina es la madrina de tu hija! A Chilperico le brillaron los ojos. ¡Bien! dijo encantado. Ya que no puedo acostarme con ella lo haré contigo. Tres horas más tarde, Fredegunda se convertía en reina de Neustria, y, al día siguiente, Audovera era repudiada, definitivamente expulsada de palacio y encerrada en un monasterio.

*Guy Breton: Historias de Amor de la Historia de Francia.
Barcelona, Editorial Bruguera, S. A., 1973.*

27 de Octubre 2004

Hace unos nueve mil años, comenzó a producirse un gran cambio en la humanidad. Hasta entonces, y durante muchos miles de años, los hombres recolectaban frutos o cazaban animales para alimentarse, allí donde podían; perseguían animales salvajes y recogían frutas y bayas. Habían roído raíces y buscado nueces. Los hombres debían contentarse con sobrevivir, y los inviernos eran épocas de hambre. Una franja de tierra no podía sustentar a muchas familias, y los seres humanos se dispersaban sobre la superficie del planeta. Por el 8000 a.C. tal vez no había más de ocho millones de seres humanos en total.

Más tarde, por un proceso gradual, los hombres aprendieron a almacenar alimentos para usarlos en el futuro. En vez de cazar animales y matarlos en el lugar mantenían algunos vivos y los cuidaban. Los dejaban crecer y multiplicarse, y sólo mataban unos pocos de vez en cuando. De este modo no sólo tenían carne, sino también leche o lana o huevos. Hasta podían hacer trabajar a algunos para ellos. De igual manera, en vez de recolectar los alimentos vegetales aprendieron a plantarlos y cuidarlos, para asegurarse de que dispondrían de ellos cuando los necesitaran. Además, podían plantar mucha mayor cantidad de plantas útiles que las que tenían probabilidad de encontrar en estado natural. De cazadores y recolectores de alimentos, los grupos humanos se convirtieron en pastores y agricultores. Los que se dedicaron a la crianza de animales se hallaron con que debían estar en movimiento constantemente. Los animales tenían que ser alimentados, lo cual suponía que era menester buscar pastos verdes de tanto en tanto. Estos pastores tendieron a convertirse en "nómadas" (de una palabra griega que significa "pasto").

La horticultura era más complicada. La siembra debía realizarse en el momento apropiado del año y de la manera correcta. Las plantas en crecimiento debían ser cuidadas; era menester quitar la maleza y mantener alejados a los animales merodeadores. Era trabajo tedioso y agotador, sin la despreocupada comodidad y los escenarios cambiantes de que disfrutaban los nómadas. Debían trabajar en cooperación muchas personas y permanecer en el mismo lugar durante toda la estación del crecimiento, pues tenían que estar junto a las plantas inmóviles. Los agricultores se agruparon y construyeron viviendas permanentes cerca de sus campos. Las viviendas se apiñaron, pues los agricultores debían estar cerca unos de otros para defenderse contra los animales salvajes y las incursiones de los nómadas. Así surgieron los poblados.

El cultivo de las plantas o "agricultura", permitió que una franja de tierra sustentase más personas que las que podía sustentar cuando los hombres eran recolectores de alimentos, cazadores hasta pastores. La cantidad de alimentos que podía acumularse no sólo bastaba para alimentar a los agricultores sino que permitía el almacenamiento para el invierno. En verdad, pudo producirse tanto alimento que los agricultores y sus familias tenían más de lo que necesitaban para ellos. Alcanzaba para alimentar a personas que no eran agricultores, pero proporcionaban a los agricultores cosas que

ellos deseaban o necesitaban. Algunas personas podían dedicarse a la alfarería o a fabricar herramientas o a hacer adornos de piedra o metal. Algunos podían ser sacerdotes; otros, soldados; y todos eran alimentados por el agricultor.

Los poblados se convirtieron en ciudades, y la sociedad alcanzó una complejidad tal en esas ciudades que podemos hablar de "civilización" (esta voz proviene de una palabra latina que significa "ciudad").

Noviembre

3 de Noviembre 2004

La Biblia alude una o dos veces a un grupo de gente que vivía en la parte más meridional de Canaán: "y a los hórreos de Seir hasta el Farán" (Génesis 14:6), y se cree ahora que esos hórreos, o "horim" en hebreo, eran los hurritas. La influencia hurrita fue más allá de Canaán también. Un abigarrado grupo de invasores, formado por amorreos y hurritas, irrumpió en Egipto. Los egipcios los llamaron los "hicsos". Puesto que los egipcios, como los mesopotámicos, carecían de vehículos tirados por caballos, no pudieron hacer frente a los recién llegados. Sus desconcertados ejércitos se retiraron y se perdió la mitad septentrional del reino; esa pérdida duró un siglo y medio.

Mientras tanto, penetraba en Asia Menor otro grupo de norteños familiarizado con la técnica de los carros tirados por caballos. Los testimonios mesopotámicos los llaman los hattis, al parecer, son los que la Biblia llama hititas. Cuando entraron por primera vez en Asia Menor, hallaron las regiones orientales de ésta densamente ocupadas por mercaderes asirios. Pero los asirios se retiraron a medida que los hititas avanzaban. Inmediatamente después de la muerte de Hammurabi, los hititas se expandieron rápidamente; por el 1700 a.C. dominaban la mitad de Asia Menor, y en esta etapa de su historia constituyeron el llamado Antiguo Reino.

Adoptaron las formas civilizadas de vida, tomaron la escritura cuneiforme y la adaptaron a su lengua. Los hurritas y los hititas, que provenían del norte, no hablaban las lenguas semíticas, originarias de Arabia, del sur. La lengua hurrita no tiene relaciones claras con otras lenguas, pero la lengua hitita tiene el tipo de estructura gramatical de casi todas las lenguas de la Europa moderna y de partes del Asia moderna, aun en regiones tan orientales como la India. A toda esta familia de lenguas se les llama ahora indoeuropeas.

En el Éufrates superior, los imperios fundados por los hititas y el Mitanni se enfrentaron, y su antagonismo les impidió adquirir la potencia que podían haber tenido. La parte oriental de la Media Luna Fértil no se salvó de la anarquía que se extendió por todo el mundo del Este. Apenas acababa de descender a la tumba Hammurabi, cuando las revueltas provinciales sacudieron el Imperio Amorreo, y las hordas nómadas se aprovecharon plenamente de ello.

Un ejército hitita se abalanzó desde el norte, y el hijo de Hammurabi sólo pudo rechazarlo con gran esfuerzo. Mientras tanto, la independencia asiria había sido barrida por los hurritas, y Babilonia pronto quedó reducida a la pequeña región que dominaba antes de Hammurabi. Además, un particular peligro surgió de los montes Zagros, donde antaño habían morado los Guti, y antes que ellos los sumerios. Durante algunos siglos, los nómadas de los montes Zagros habían estado en calma. Eran conocidos por los babilonios como "koshshi", y tal vez la Biblia se refiera a ellos cuando habla de los "cushitas". Los griegos de épocas posteriores los llamaron los "kossaioi" (o "coseos", en nuestra versión), pero nos son más conocidos por el nombre de "casitas".

Por el 1700 a.C. habían adoptado la técnica de carro tirado por caballos y también ellos se volvieron conquistadores. Llegaron como una avalancha desde el nordeste, tomaron Ur y la saquearon salvajemente. La misma Babilonia resistió desesperadamente durante un siglo, pero en 1595 a.C., después de quedar muy debilitada por una incursión hitita, la gran ciudad fue tomada y ocupada por los casitas, apenas siglo y medio después de la muerte del gran Hammurabi.

10 de Noviembre 2004

Desde el propio día en que Balboa vio el mar pacífico, la imagen del canal fue tomando la forma de un sueño que obsesionó a los hombres por espacio de cuatro siglos. Puede afirmarse que este enérgico conquistador, salido del común del pueblo, llevó sobre sus hombros las primeras naves que cruzaron el istmo. Quería explorar el nuevo mar: su mar. Se fue con los macheteros a los montes, cortó los troncos más altos y parejos para mástiles, aserró como pudo las tablas, y sobre los hombros de los indios y los blancos, doblando las cumbres, fue pasándolo todo, vigas, tablas, trapos, clavos a las orillas de un río donde armó sus barcas para bajar con ellas hasta las aguas azules del mar.

Lo que veía él, lo que veían sus compañeros, en los pedazos de las cosas que llevaban cuando iban por las trochas del monte, era la nave. Cada cual, en las manos que apretaba el hacha, en los hombros que cargaban los palos, en las espaldas que se inclinaban bajo el peso de los cables, llevaba un pedazo de la nave. Las faldas de los cerros eran un monte tupido, hirviendo en que las ramas de las brillantes hojas verdes laureles-, golpeando la frente de los hombres, sirviendo de sombra contra el sol bravo, y de abrigo contra las lluvias torrenciales, fingían olas de un mar vegetal: sobre estas olas avanzaba, balanceándose en la imaginación de los conquistadores, la nave.

Cuatro siglos más tarde, los ingenieros rompen el cerro, atan los mares, y pasan por el canal los trasatlánticos de hélices mecánicas: esta maravilla no logrará nunca borrar la grandeza de la primera estampa bárbara, sudorosa, apasionada-, en donde se confunde la violencia de estos hombres guerreros y duros con el candor de sus ensueños de descubridores. La desproporción que hay entre las manos toscas, hombrunas, de Balboa, que se juntan para recibir en su cuenco al más grande de los mares de la tierra, al océano que queda entre ellas palpitando como un pájaro en su nido: la fantasía de armar las naves en las cabeceras de los montes, para meter en ellas la tropa y bajar a reconocer las cosas innumerables, las islas de los huevos de oro y las bahías con sus bancos de perlas: la locura de desplegar los trapos entre la floresta, de tomar el mar por el hilo del río, de acunar el sueño del océano cuando más agarrados estaban por la sierra firme: todas estas cosas son epopeya en la historia del canal. Buscando el estrecho, el paso directo, se mueven después de Balboa los navegantes, los geógrafos, los ingenieros de todo el mundo. Con sus nombres se puede formar el más completo catálogo de ilusos que recuerdan la historia maravillosa de los descubrimientos.

Germán Arciniegas: Biografía Del Caribe.

Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Octava Edición Primera En la Colección Piragua.

Publicada En Junio De 1963.

17 de Noviembre 2004

Se habían oído en Europa, en 1346, rumores de una peste temible nacida en China y llegada a través de Tartaria (el Asia Central) a la India, Persia, Mesopotamia, Siria, Egipto y toda el Asia menor. Hablaban de pérdidas tan enormes que, se contaba, toda la India había quedado disminuida, con territorios sembrados de cadáveres y otros totalmente despoblados. En Aviñón, el Papa Clemente VI estipuló 23 millones 840 mil defunciones. No teniendo noción del contagio, Europa se alarmó de veras hasta que los barcos mercantes transportaron su cargamento pestífero a Mesina, mientras otros, asimismo infectados, procedentes de Levante arribaban a Génova y Venecia.

La pandemia penetró en Francia desde Marsella y en el norte de África desde Túnez en el mes de enero de 1348. En embarcaciones de cabotaje y fluviales se propagó desde Marsella hacia el oeste hasta España, a lo largo de Languedoc, y hacia el norte, por el Ródano, hasta Aviñón, en donde brotó en marzo. Apareció en Narbona, Montpellier, Carcasona y Toulouse entre febrero y mayo, y al mismo tiempo en Italia, en Roma y Florencia, y sus comarcas. Entre junio y agosto alcanzó Burdeos y Lyon y

París, se difundió en Borgoña y Normandía, y cruzó el canal de la Mancha desde Normandía al sur de Inglaterra. Desde Italia salvó los Alpes en el mismo verano, pasó a Suiza y se dilató por el oriente hasta Hungría. En determinados territorios sembró la muerte entre cuatro y seis meses y desapareció, excepto en las poblaciones grandes, en las que echando raíces en los hacimientos urbanos, se aplacó en invierno, reapareció en primavera e hizo estragos durante otro medio año.

En 1349 resurgió en París, se extendió a Picardía, Flandes y los Países Bajos, y fue desde Inglaterra a Escocia e Irlanda, así como a Noruega, en la que un barco fantasma cargado de lana y cadáveres navegó sin rumbo hasta que encalló cerca de Bergen. Desde allí se dirigió a Suecia, Dinamarca, Prusia, Islandia e incluso Groenlandia, Dejando una caprichosa laguna de inmunidad en Bohemia, y Rusia se salvo hasta 1350.

Aunque la tasa de mortalidad fue antojadiza en unos lugares acabó con un quinto de los habitantes y en otro con las nueve décimas partes o con todos-, el cálculo amplio de los demógrafos modernos, en lo que atañe al ámbito existente entre la India e Islandia coincide bastante con la fría apreciación de Froissart: "Murió un tercio del mundo". Su juicio, que compartieron sus coetáneos, se debió no a una conjetura acertada, sino a haber tomado en préstamo la cifra sobre la mortalidad de la peste que da San Juan en el Apocalipsis, guía favorita de los asuntos humanos en la Edad Media.

Un tercio de Europa equivaldría a unos veinte millones de óbitos. No se sabe a ciencia cierta cuántas personas murieron. La documentación contemporánea expresa horror, no datos precisos. Se relató que en la multitudinaria Aviñón perecían a diario cuatrocientos individuos; se clausuraron siete mil casas que la muerte había vaciado; un solo cementerio acogió once mil cadáveres en seis semanas; la mitad de los habitantes, se informa, falleció, entre ellos nueve cardenales un tercio del total- y setenta prelados de categoría inferior. La visión de la interminable procesión de carros fúnebres atizó la normal exageración de los cronistas, quienes cifraron el censo de defunciones aviñonesas en sesenta y dos mil (hubo alguno que anotó ciento veinte mil, a pesar de que la población total de Aviñón no llegaría probablemente a cincuenta mil almas).

Repletos los cementerios de la ciudad pontificia, hasta que se recurrió a las fosas comunes, los cadáveres se lanzaron al Ródano. En Londres las fosas sumaron tantas capas de cuerpos que rebosaron. Los documentos de todas partes cuentan que los apestados fallecían demasiado aprisa para que los vivos pudieran sepultarlos. Entonces se sacaban de las casas y se abandonaban a sus puertas. Cada amanecer revelaba nuevas pilas de cuerpos exánimes. De recogerlos se encargó en Florencia la Compagnia della Misericordia, fundada en 1244 para atender a los enfermos, los miembros de la cual llevaban vestiduras rojas y capuchas que ocultaban sus rostros, salvo los ojos. Cuando no dieron abasto, los cadáveres se corrompieron en las calles días sin cuento.

La falta de ataúdes hizo que se depositaran dos o tres en tablas, en las que se transportaban a los cementerios o a las fosas comunes. Las familias arrojaban en éstas a sus deudos o las inhumaban con tanta premura, y de modo tan somero, "que los perros los desenterraban y devoraban".

Barbara W. Tuchman: Un Espejo Lejano.

Barcelona, Editorial Vergara, S. A., Segunda Edición 1980.

Traducción de Juan Antonio Larraya.

24 de Noviembre 2004

A pesar de su temida máquina militar y de su indiscutido dominio político del mundo conocido, Babilonia nunca aceptó a la "advenediza" Asiria ni su propia situación de estado vasallo. En el Siglo VII a. C., los babilonios se levantaron en rebelión y proclamaron su independencia. Rebeliones análogas estallaron desde Egipto a Persia. Los insurgentes se unieron en una gran alianza y marcharon sobre Nínive. Los relatos clásicos de la caída de Nínive en el 612 a. C. los de Beroso, Ctesias, Diódoro, Eusebio, y de historiadores armenios tales como Moisés de Chorene han entusiasmado a los lectores occidentales desde la Era de Bronce griega.

En esos relatos, Asurbanipal Sardanápalo-, como lo llamaban los griegos, el último rey asirio, es considerado responsable de "la total destrucción de un imperio que había durado más que cualquier otro conocido en la historia". Se dice que Sardanápalo, un sibarita, superaba a sus predecesores en su fausto y su holgazanería. "Llevaba la vida de una mujer", escribió Diódoro con disgusto. "Usaba vestiduras femeninas y se cubría el rostro y todo el cuerpo con cosméticos y otros ungüentos usados por las cortesanas que los tornaban más delicado que el de una mujer amante del lujo". Imitaba la voz de las mujeres y en las fiestas no sólo bebía y comía en exceso, "sino que también perseguía los deleites del amor con hombres así como con mujeres, porque se entregaba a los goces sexuales de ambas clases sin restricciones.

Mientras la inquietud se difundía por todo el imperio, Sardanápalo figuradamente tañía las cuerdas, como Nerón lo haría literalmente setecientos años más tarde. Así como Macbeth se tranquilizaba al pensar en el bien enraizado Bosque de Birnam, el señor asirio se solazaba en la antigua profecía de que "ningún enemigo tomara nunca a Nínive por asalto, a menos que el río se convierta primero en enemigo de la ciudad". Cuando las fuerzas enemigas se aproximaban a la gran ciudad, Sardanápalo cometió un acto de locura. Pidió ayuda al lobo contra los perros. Hizo un pacto con los bárbaros del límite septentrional del imperio, los escitas.

En comparación con los escitas, los asirios, a pesar de su codicia, su gobierno represivo y su desenfrenada crueldad con los prisioneros de guerra, eran seres civilizados. Los guerreros escitas aun bebían la sangre de sus enemigos, hacían recipientes para beber con sus cráneos, capas con sus cueros cabelludos, los desollaban y la piel la usaban como manteles. Según comentara Herodoto, a quien Cicerón llamó el padre de la historia, algunas veces los escitas "despellejaban el brazo derecho de sus enemigos muertos y con la piel, que queda con las uñas colgando, hacen una cubierta para sus aljabas. De todos modos, los escitas descendieron sobre Nínive y pronto traicionaron a Sardanápalo. Se unieron a los babilonios, medos y otros pueblos en el ataque final. (Un ejército egipcio estaba en camino, pero llegó demasiado tarde para participar en la matanza).

La estrategia de los rebeldes incluía una desviación de las aguas del Tigris, sobre cuyas márgenes estaba Nínive. La antigua profecía asiria se cumplió. Según Ctesias, para evitar la captura, Sardanápalo construyó un enorme fuego en su palacio, apiló encima todo su oro y su plata, así como los elementos del guardarropa real, y encerrando a sus concubinas y eunucos en el cuarto de la pira, los entregó a ellos, a sí mismo y a su palacio a las llamas. Con pompa wagneriana, esa muerte ígnea marcó el ocaso de Asiria.

*Arnold C. Brockman: El Destino De Nínive. Lo Inexplicable.
Buenos Aires, Javier Vergara Editor, Segunda Edición, 1979.*

Diciembre

15 de Diciembre 2004

Todos los mares del mundo son uno solo. Con unas cuantas excepciones de escasa importancia lagos salados más que mares-, todos están conectados unos con otros y todos ellos son navegables, salvo en las regiones heladas circumpolares. Un buque seguro, con una tripulación competente, debidamente aprovisionado y dotado de medios de orientarse, puede llegar a cualquier región del mundo que tenga costas marítimas y volver luego a su lugar de origen. Estos hechos escuetos son ahora tan conocidos, tan esenciales para la buena marcha de una sociedad mundial entrelazada, que suelen tomarse como cosa natural; a pesar de ello, en la larga historia de la experiencia humana, su aceptación es relativamente reciente.

El conocimiento de que existían pasos marítimos continuos de un océano a otro en todo el mundo (me refiero al conocimiento comprobado y no a las hipótesis geográficas), fue fruto del período de un siglo y pico durante el cual los europeos exploraron los mares y que en los libros de historia suele aparecer con el título de La Edad de los Grandes Descubrimientos. Hasta el último del Siglo XV, la mayoría de esos pasos eran desconocidos en Europa, y algunos lo eran de forma absoluta, es decir, no

sólo en Europa, sino en todo el mundo. Los únicos pasos importantes que los barcos europeos conocían y utilizaban con regularidad eran los estrechos que unen el Mediterráneo y el Báltico con el Atlántico Norte y el Mar Negro con el Mediterráneo.

Ninguna nave había penetrado en el Caribe, el Mediterráneo de las Américas. En el otro extremo del mundo, los navegantes chinos, malayos, y probablemente también los árabes conocían bien los largos y tortuosos pasos que, serpenteando entre las islas, conectaban la bahía de Bengala con el mar de China y, por ende, de forma más remota, el Océano Índico con el Pacífico; más, que entre nosotros sepamos, ninguno se había atrevido a adentrarse mucho en el Pacífico. Era un mundo marítimo aparte; para los europeos, su misma existencia como océano independiente era desconocida, como lo era también la gran barrera continental de las Américas, que lo separa del Atlántico. Por supuesto, tanto los hombres de mar europeos como los árabes eran muy conscientes de la separación entre el Océano Atlántico y el Índico, así como de África, la otra gran barrera entre ellos; pero nadie sabía hasta dónde se extendía la barrera ni si tenía fin.

Según algunos autores respetados, el Océano Índico era un mar rodeado de tierra. El Atlántico Sur permanecía totalmente inexplorado; ningún buque de altura, a juzgar por los datos que tenemos, había penetrado jamás por sus aguas, y mucho menos las había cruzado, ni había pasado de este océano al Pacífico o al Índico. A finales del Siglo XV y principios del XVI se llevaron a cabo todas estas hazañas. En 1519-1522 un barco dio incluso la vuelta al mundo. La edad de los grandes descubrimientos fue en esencia la edad de los descubrimientos del mar.

J.H. Parry: El Descubrimiento Del Mar.

Crítica. El Medio. Serie General "El Medio". Director: Gonzalo Pontón. Editorial. Crítica. Barcelona, Grupo Editorial Grijalbo., 1974.

29 de diciembre 2004

Uno de los hombres más notables en toda la historia de la egiptología, dice el arqueólogo Howard Carter, refiriéndose a Giovanni Bautista Belzoni (1778-1823), "poco antes de llegar a Egipto, se había exhibido en Londres haciendo el "número de fuerza". La observación de Carter se refiere más a la personalidad que al trabajo. De todas formas, Belzoni es uno de los "outsiders" más extravagantes. De distinguida familia romana, pero nacido en Padua, estaba destinado a la carrera eclesiástica. Mas antes de tomar el hábito se vio mezclado en intrigas políticas, y en vez de entrar en una cárcel italiana, ya dispuesta a acogerle, escapó a Londres.

Cuéntase cómo este gigante italiano "¡Hombre fuerte!" atraía todas las noches a un nutrido grupo de espectadores alrededor de la pista del circo donde actuaba. Sin duda entonces no sospechaba aún sus futuras ambiciones arqueológicas. Parece ser que luego estudió la carrera de ingeniero mecánico, aunque también es muy posible que se dedicara a ganarse la vida como simple charlatán y, en 1815, lo vemos que pretende introducir en Egipto una noria mecánica capaz de dar cuatro veces más rendimiento que las rudimentarias norias indígenas. De todos modos debió ser muy hábil, pues consiguió el permiso para instalar su modelo nada menos que en el palacio de Mohamed Alí, el tirano más temido.

Alí había comenzado su carrera siendo un simple albanés, miserable y pobre en extremo; luego traficó con café, se hizo militar y, por último llegó a Pachá y se hizo dueño de Egipto y de una parte de Siria y de Arabia, tierras todas dependientes del Imperio turco. Cuando Belzoni se acercó a él, ostentaba el cargo de pachá, confirmado por la Sublime Puerta, y ocupaba el lugar del anterior gobernador turco expulsado. Por dos veces aniquiló a las tropas inglesas y había ordenado una de las mayores matanzas conocidas en la historia universal: reprimió una revuelta política de los mamelucos invitando a los cuatrocientos ochenta beys, con falsos pretextos, a una comida en El Cairo, y allí los hizo asesinar a todos. Aparte de ésta y otras "proezas" Mohamed Alí, como se puede apreciar, era amigo del progreso, pero no quedó convencido con la noria de Belzoni.

Éste, en cambio, mientras tanto, había recibido del alemán Burckhardt, que recorría África, una

carta de presentación, para el cónsul general británico en Egipto, Salt y cuando habló con el cónsul, al punto le prometió llevar "el colosal busto de Memnón" la estatua de Ramsés II, ahora en el Museo Británico, de Luxor a Alejandría.

Los cinco años siguientes los pasó ocupado en trabajos de coleccionista. Primeramente, coleccionó para Salt, luego por su cuenta. Recogía todo cuanto se le presentaba, desde minúsculos escarabajos, hasta obeliscos. Precisamente, durante el traslado, un obelisco se le cayó al Nilo y él se las ingenió, para sacarlo de nuevo. Y toda aquella labor la realizaba en una época en la cual en Egipto, ya famoso como el cementerio de antigüedades del mundo, saqueado sin orden ni concierto, nadie vacilaba en conquistar ese oro antiguo con métodos más arteros que los usados por los buscadores de oro que decenios más tarde invadieron California y Australia en su afán de conquista del oro natural. Allí no regían leyes o no eran respetadas y más de una vez las divergencias fueron decididas a tiros.

*C. W. Ceram: Dioses, Tumbas y Sabios: La Novela de la Arqueología.
Ediciones Destino. Barcelona. Quinta Edición. Enero 1958.*